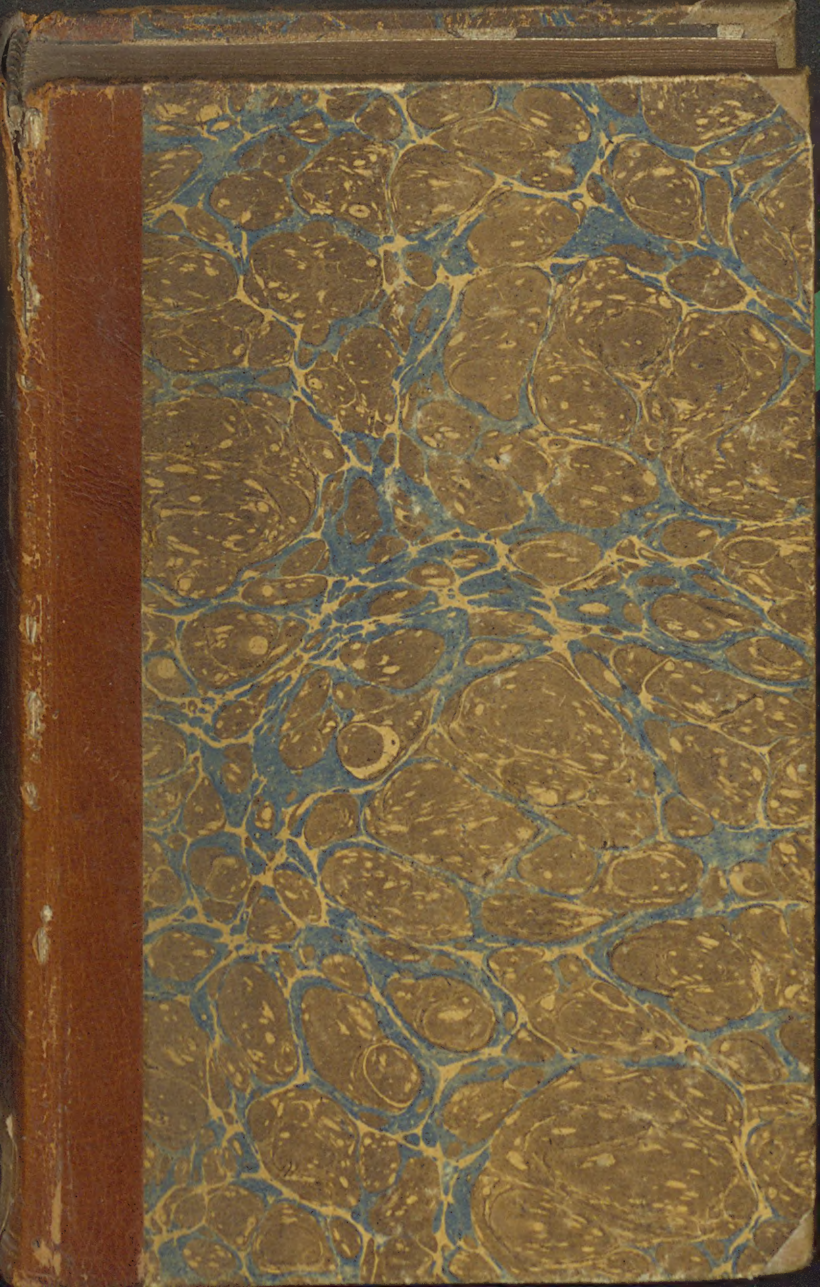






Historia Universal

DEL

Conde de Segur.

TOMO V.

HISTORIA

Universal.

HISTORIA ANTIGUA

Por el Conde de Segur,

DE LA ACADEMIA FRANCESA, PAR DE FRANCIA:

traducida al español

Por D. Alberto Lista,

con correcciones, notas y adiciones.

TOMO V.

MADRID: Octubre, 1830:
Oficina de D. F. Moreno.

HISTORIA ROMANA.

CAPITULO VI.

Los Gracos.

Decadencia de la república. Guerra de Viriato. Guerra de Numancia. Tribunado y muerte de Tiberio Graco. Tribunado de Cayo Graco.

Decadencia *de la república.* (A. M. 3856 A. J. 148.) Roma victoriosa en Europa y en Africa vió triunfar en sus muros á un mismo tiempo á Escipion el segundo africano, á Metelo el macedónico, y á Mummio el acaico; mas no pudo resistir á la embriaguez ordinaria que causa la prosperidad en los hombres por grandes que sean. ¿Y qué virtud podria libertar del orgullo á tantos ciudadanos ilustrados por triunfos, á tantos guerreros adornados de coronas cívicas y murales, nobles

premios de las acciones heróicas y cargados de los ricos despojos del mundo, y en fin, á tantos senadores y consulares, que todos habian ganado batallas, tomado plazas, subyugado naciones, y visto reyes á sus plantas? La reunion de los vencedores de Europa, Asia y Africa, la celebridad de sus hazañas, los homenages de los pueblos y reyes, y los ricos tributos que les enviaban todos los príncipes, debian escitar el orgullo de los romanos, aturdir su razon y desterrar hasta las últimas memorias de la austera virtud, y de la antigua simplicidad de los hermosos dias de la república. La mejor época de la historia romana comienza despues de la invasion de Pirro, cuando las costumbres dejaron de ser agrestes y selváticas, sin perder su pureza, y acabó con la tercer guerra púnica. Mientras los romanos vieron en peligro su ecsitencia, sometidos á los principios de la religion y á las reglas de la justicia, confundieron siempre el interés privado con el general. Entonces este pueblo asombroso, fuerte y apasionado como una faccion, é invencible por su concordia, debió inspirar admiracion y miedo. Pero destruida Cartago, quebrantada España, sometida Italia, subyugada Grecia y amenazada el Asia, libertaron al pueblo romano de todo temor, y no conoció freno nin-

guno para sus pasiones. Rotos los diques, el torrente superó sus ribazos. Los ciudadanos, que habian peleado tantos años para defenderse y despues para conquistar, no emplearon ya sus armas sino en disputarse unos á otros los frutos de la conquista y los goces de la dominacion. En vano algunos hombres virtuosos quisieron oponer al lujo la fuerza de las costumbres, á la ambicion el amor de la patria, y á la violencia la justicia: su voz se perdió entre el tumulto de las pasiones.

Roma presentará, pues, un nuevo espectáculo. No veremos ya las palmas de la gloria sobre el arado de Cincinnato. La modestia y la pobreza no embellecerán los triunfos de los Fabios y Emilios: los cónsules y dictadores no podrán oponer el ascendiente de sus virtudes republicanas á la licencia del pueblo, al orgullo de los magnates. La fuerza ocupará el lugar de la justicia, y la opulencia recibirá los inciensos tributados antes á la libertad. Dejamos ya aquel senado, lleno de sábios y de héroes, que Cíneas comparaba á un consejo de reyes, y vamos á contar las querellas sangrientas de los nuevos señores del mundo, devorados de ambicion y codicia, crueles y voluptuosos á un mismo tiempo, que destrozaban el seno de la patria por satisfacer la sed

del oro, y obligaban á las legiones y al mundo á pelear por la eleccion de su tirano. Pero la corrupcion, aunque rápida, procedió por grados. Al principio no se violaron las leyes sino por ambicion; y la ambicion conserva aun las apariencias de la verdadera gloria. Pero cuando holladas las antiguas leyes y costumbres, los próceres enriquecidos con el saqueo y ruinas de las provincias habitaron palacios grandes como ciudades, hicieron cultivar sus tierras con legiones de esclavos, y poseyeron tesoros mas ricos que los de los monarcas; entonces la avaricia, pasion la mas vil y funesta, dominó los ánimos, y se sacrificó la justicia, las costumbres y la patria al deseo de enriquecerse. Ni hubo libertad ni virtudes: todo fue venal. Los hombres se hacian facciosos para ser ricos; y en llegando á serlo, corrompian á los pobres para conservar el poder y la opulencia. Ya no servian al estado, sino á un partido, y la caida de la república era inevitable. A las sediciones de los gracos, debian seguirse las proscripciones de Mario y Sila, y la tiranía de este preparaba la dictadura de César y el imperio de Augusto. Sin embargo, en estos dias de decadencia brillaron todavia algunas virtudes que luchaban contra el vicio triunfante, y muchos hombres célebres

por sus talentos, valor y hazañas: ¡felices si hubieran consagrado sus altas cualidades á la salvacion de la patria que ilustraron con su heroismo y que destrozaron con sus disensiones! Mas ya era imposible volver al orden y á la libertad, porque la perversion de las costumbres oponia un obstáculo insuperable. Las causas del engrandecimiento de los romanos estaban mas bien en sus hábitos que en sus instituciones, y la corrupcion lo destruyó todo. Condillac observa con mucha razon que nada habia fijo en el gobierno de Roma. Los derechos del pueblo y del senado eran inciertos y espuestos á contestaciones, y los poderes estaban distribuidos sin esactitud: los censores, los tribunos y los cónsules, ejercian alternativamente una autoridad casi arbitraria: solia nombrarse un dictador para eludir las leyes; pero la sencillez de las costumbres, la templanza, el desinterés y el amor de la patria suplian la falta de las leyes políticas; y hasta las disensiones de las clases, sosteniendo una emulacion saludable, fortificaban la república en vez de trastornarla. Todo, hasta la virtud, estaba en los hábitos. No se puede suponer que un cuerpo numeroso conserva por cinco siglos un mismo espíritu. Se debe, pues, atribuir el engrandecimiento de Roma á la ca-

sualidad que obligó al principio á adoptar un plan, el cual se siguió despues por costumbres. En los primeros tiempos, los romanos, débiles y rodeados de enemigos, se vieron obligados para aumentar sus medios de defensa á hacer alianza con los vencidos. Empleando despues el mismo sistema, se sirvieron de los latinos y de los hérnicos para subyugar á los volscos y á los etruscos. Apenas fue reconocida la utilidad de su alianza, todos los pueblos la solicitaron. Sagunto la imploró contra Cartago, Masilia contra los galos, los étolos contra Filipo, los egipcios contra los seleucidas. Esto fue lo que aumentó el poder del pueblo dominante. Se le hubiera temido como conquistador: se le recibió como aliado. Los romanos dejaban á las ciudades sus leyes, y á los monarcas sus tronos, llamados constantemente al socorro de un pueblo contra una faccion, de un príncipe contra sus concurrentes, gobernaron mas bien como jueces y patronos que como señores; y su poder estaba sólidamente establecido, cuando seguros de su fuerza, dejaron de disimularla. La legislacion política de Romá habia continuamente variado sin perjuicio de la libertad. Esta fue destruida apenas el lujo cambió las costumbres; porque el gobierno habia seguido

una rutina mas bien que un plan.

Guerra de Viriato. (A. M. 3857. A. J. 147.) El primer pais donde la avaricia romana buscó una rica presa é inmoló numerosas víctimas fue la España. Los fieros habitantes de este pais, rebelados contra la codicia é injusticia de los procónsules y de los pretores, se defendian con un valor digno de mejor fortuna. España talada durante setenta y cuatro años, muchas veces vencida, algunas vencedora, no habia estado nunca enteramente sometida. Algunos años antes de la ruina de Cartago, un pastor llamado Viriato habiendo reunido bajo sus órdenes algunos vagamundos y ladrones, ennobleció este ejército sublevando la Lusitania y combatiendo por la independencia de su patria. Fabio Máximo, hermano de Escipion é hijo de Paulo Emilio, obtuvo al principio alguna superioridad sobre él, mas no supo aprovecharla. Viriato aumentó sus fuerzas, disciplinó sus tropas, ganó muchas victorias, y el cónsul, obligado á tratar de igual á igual con un gañan, le concedió una paz honrosa. El senado, que comenzaba ya á no respetar la justicia, autorizó á Cepion, sucesor de Fabio, para romper este tratado. La guerra volvió á comenzar, y el general romano, que no habia podido vencer al valiente lusitano, sobornó sus

embajadores para que le diesen muerte en su mismo lecho.

Guerra de Numancia. (A. M. 3859. A. J. 145.) El pueblo de Numancia, firme y belicoso, fue acometido por los romanos con el pretesto de que habia dado la hospitalidad á los refugiados de otras ciudades conquistadas por Roma. Los numantinos despues de haber vencido á Quinto Pompeyo, acometieron al cónsul Mancino, lo derrotaron, tomaron su campamento, y hubieran aniquilado su ejército á no ser por la intrepidez y talento de Tiberio Graco. Este joven guerrero, que habia adquirido ya mucha celebridad, habiendo sido el primero que subió á las murallas de Cartago cubrió la retirada de Mancino, y salvó las reliquias de las legiones, haciendo con Numancia un tratado que el cónsul firmó. El senado no ratificó esta paz, y á pesar de las representaciones de muchos romanos que declararon haberse salvado por ella la rompió, y Mancino cargado de cadenas fue entregado á los de Numancia. Esta sentencia recayó solo sobre él, porque el favor del pueblo salvó á Graco y á los demas oficiales que habian intervenido en la capitulacion El ejército romano, mandado por Furio, venció á los lusitanos y calaicos; pero fue vencido por los numantinos. Lépido, su

sucesor, sin mas causa que el ansia del botin atacó á los vacceos, que rechazaron valerosamente esta agresion injusta, derrotaron las legiones, y las desanimaron de tal manera que desde este momento el nombre solo de los españoles les infundia temor. Los alistamientos para España se hacian con dificultad, y los senadores aspiraban á mandar en esta provincia solo por saciar su avidez. Dos cónsules solicitaban venir á ella, el uno avaro y el otro pobre. Escipion se opuso al nombramiento de entrambos diciendo «que el uno era demasiado rico, y que el otro no lo era bastante.»

El buen suceso de los insurgentes aumentaba su audacia, y el ejército romano perdia á un mismo tiempo sus conquistas, su valor y disciplina. En estas circunstancias críticas el senado recurrió al talento de Escipion el segundo Africano. Elegido cónsul pasó á España, reunió las tropas, restableció el orden en ellas, evitó los negocios decisivos, y redujo la guerra á acciones de puestos, en las cuales se reanimó el valor y la confianza del soldado con victorias parciales. Marchó despues contra Numancia y la sitió; mas no quiso arriesgar ningun asalto porque los españoles estaban aguerridos y se mostraban mas intrépidos que los romanos. Limitóse pues á defender sus líneas

y á rechazar las salidas de la guarnicion, se apoderó de todas las avenidas, y bloqueó esactamente la ciudad. Los numantinos, reducidos en breve á una espantosa miseria, pidieron una paz honorífica. Escipion quiso que se rindiesen á discrecion. No se avinieron á ello, y pidieron por último favor que se les diese batalla para morir como esforzados. Negado esto tambien, su consternacion se trocó en desesperacion. Salieron todos de sus murallas y se precipitaron sobre las trincheras con tal furia que, á pesar de la fuerza de su posicion, el cónsul tuvo necesidad de todo su valor y talento para rechazarlos. En fin, despues de quince meses de una resistencia ostinada, los numantinos privados de todo socorro y esperanza, pusieron fuego á la ciudad y perecieron con todas las riquezas en el incendio. No quedó rastro de este famoso pueblo, que Bossuet llama *el terror segundo de los romanos*. Estaba situado en lo que hoy es Castilla la Vieja, cerca de Soria. En el triunfo de Escipion no se presentaron mas que cincuenta numantinos. Su ruina fue el año 621 de Roma.

Tribunado y muerte de Tiberio Graco. (A. M. 3869. A. J. 135.) Roma no gozó largo tiempo del descanso que parecian asegurarle sus victorias. El espíritu de sedicion turbaba la pros-

peridad, de la cual no gozaban igualmente los poderosos y los plebeyos. Dos hermanos, Tiberio y Cayo Graco, célebres por su valor, talento, elocuencia é infortunios, abrazaron la causa popular, escitaron grandes turbaciones en su patria, dieron mucho esplendor á su nombre, y presentaron al mundo un triste ejemplo de las vicisitudes de la fortuna, del peligro de las facciones, del espíritu vengativo de los grandes: y de lo poco que se puede confiar en el favor de la muchedumbre. Eran nietos de Escipion el primer Africano, y cuñados del segundo, que habia casado con una hermana de ellos. Cornelia, su madre, fue tan célebre por sus virtudes, como su padre y sus hijos por sus acciones. Cuando quedó viuda de Sempronio Graco, Ptolemeo, rey de Egipto, le ofreció su cetro y su mano. Pero su altivez la hacia mirar el trono con desprecio, porque en aquella época los ciudadanos romanos se creian superiores á los reyes. Cornelia hallaba su gloria en la virtud, y su placer en el cumplimiento de los deberes: despreciaba el lujo de las matronas, y les decia que «sus mejores joyas eran sus hijos.» La educacion que les dió los elevó sobre sus conciudadanos, fortificó su alma y desenvolvió sus talentos; pero al mismo tiempo les inspiró la fiereza, la osadía y el

ardor que los arruinaron, y aun se cuenta que los incitó á ser facciosos diciéndoles: «todos me llaman la suegra de Escipion: ¿cuándo tendreis bastante gloria y poder para que llamen la madre de los Gracos?»

Tiberio, adornado con todos los dones de la naturaleza y de la fortuna, hechizaba la vista por su rara hermosura: era querido de los soldados por su valor, y admirado de sus conciudadanos por su elocuencia: sus brillantes hazañas lo habian hecho ilustre en Africa y España, y los lazos de la sangre y de la amistad le unian con los personages mas distinguidos de la república. Era natural pues que se uniese al partido de los grandes; pero como el senado no quiso ratificar el tratado que habia hecho con Numancia para salvar el ejército, la sentencia injusta dada contra Mancino, su general, y la censura ignominiosa que recayó sobre él, le irritaron contra los senadores y le obligaron á entrar en el partido popular. Su hermano Cayo participaba de sus sentimientos y no le era inferior en elocuencia; pero Tiberio, mas suave, diestro y moderado, ganaba los corazones insinuándose en ellos. Cayo, vehemente y arrojado, pensaba mas que en convencer en mover. La razon parecia que hablaba por la boca del primero: el otro respiraba

el fuego impetuoso de las pasiones. Tiberio era sencillo en sus costumbres, templado en sus deseos. Cayo, ávido de placeres, se entregaba á ellos con esceso, y su violencia le hacia levantar la voz de tal manera, que conociendo este defecto ponia un músico detras de sí en la tribuna para que moderase su tono cuando era necesario.

Las leyes promulgadas en diferentes épocas para impedir la escesiva concentracion de las riquezas no estaban en vigor. Los senadores se habian apoderado de casi todas las tierras de conquista. El dominio público debia arrendar una parte de ellas á los pobres mediante un censo módico: los ricos hicieron alzar esta renta é impidieron asi á la muchedumbre hacer los arriendos. Algunos grandes, mas hábiles y atrevidos, no disfrazando ya su avaricia ni su iniquidad, despreciaron la ley que prohibia tener mas de quinientas yugadas. Tampoco se desdeñaron de servirse de testas ferreas, y laborearon ó tomaron en arriendo públicamente las mas vastas posesiones. Los pobres de la plebe, desanimados por esta usurpacion y oprimidos de miseria, se disgustaban del servicio militar, y aun se negaban á alimentar y educar sus hijos; de modo que poco á poco se fue despoblando la Italia de hombres

ingénuos, y cubriéndose de bárbaros y esclavos que trabajaban las tierras de los ricos. Lelio, el amigo del primer Escipion, quiso remediar este desórden; pero las intrigas de los senadores hicieron inútiles sus tentativas, y no sacó de ellas mas fruto que el sobrenombre de *sábio*, dado por el reconocimiento público. Cuando Tiberio volvió de España, quedó asombrado de la miseria y despoblacion que habia en los campos de Etruria. El deseo de restablecer la justicia y la igualdad, y el de vengarse de los senadores, le movieron á solicitar el tribunado. Lo obtuvo, y propuso una reforma en la legislacion. Los filósofos Diófanes y Blosio le incitaron á esta empresa, y le animaron en ella el cónsul Mucio Escévola, el soberano pontífice Craso y Apio Claudio, su suegro. Tiberio fue al principio prudente, como suelen serlo los reformadores, se irritó como ellos de los obstáculos, y la pasion le llevó mas allá del término á que aspiraba.

El edicto que Tiberio propuso era moderado (1). En lugar de castigar á los usurpadores

---

(1) ¿Era moderacion trastornar las basas de la propiedad, bajo el pretesto de resucitar la ley Licinia? Esta era buena para los tiempos de Camilo y Fabricio; mas no para el pueblo, Señor del Tajo y del Pactolo. (N. del T.)

de las tierras conquistadas, mandaba que el tesoro público les pagase el precio de sus adquisiciones. Todos los buenos ciudadanos recibieron con aplauso esta ley; pero los ricos indignados se opusieron á ella, calumniaron las intenciones de Tiberio, y le acusaron de que queria trastornar la república con sus innovaciones. El tribuno rechazó con energía sus ataques. «No concibo, decia, como en una ciudad libre ha de ser la condicion del pueblo peor que la de las fieras. Cuando éstas quieren descansar hallan retiradas seguras en las cuevas, asilos pacíficos en los bosques: cuando los ciudadanos que prodigan contínuamente su vida por la salud y gloria de la patria, se ven privados al fin de su carrera de alimento y de hogar; y si aun gozan del aire y del sol, es porque los ricos no pueden quitárselos. Oid sin embargo á nuestros consules y pretores orgullosos cuando arengan á los soldados el dia de una batalla: les hablan como á hombres felices que poseen todos los bienes de la vida. ¿No es una burla insultante eshortarlos á combatir por nuestros altares, cuando carecen de hogar; por los palacios de Roma, cuando no tienen ni una cabaña; por una patria opulenta, que nada les dá? Privados de todo, ¿qué tienen que defender? Han conquistado

los vastos paises que enriquecen la república, y cada dia son mas pobres. Su sangre ha pagado esos tesoros, de los cuales no se les permite participar. El dia antes de un combate, se les llama señores del mundo: el dia despues del triunfo se les disputan algunas yugadas del reino que han conquistado.» (1)

La elocuencia del tribuno le conciliaba los votos del pueblo. El senado, no pudiendo resistirle abiertamente, ganó al tribuno Marco Octavio; el cual declaró que la ley daria motivo á muchas injusticias, trastornaria las propiedades y violaria los contratos y transaciones; y que asi el interes público le obligaba á oponerse á su adopcion. Segun la ley, la oposicion de un tribuno suspendia las deliberaciones. Tiberio, irritado de este impedimento, propuso algunos dias despues un edicto mas favorable al pueblo y mas severo contra la avaricia de los grandes. Pidió que se pusiese en vigor la ley que prohibia tener mas de quinientas yugadas, y que el escedente se repar-

(1) Obsérvese que estos tópicos, de que se han valido los revolucionarios de todos los paises para conmover los pobres contra los ricos, no eran injustos en Roma, donde la ley, mal observada, concedia á los pobres las tierras conquistadas. (N. del T.)

tiese á los pobres. Detenida segunda vez por la resistencia de Octavio, empleó para atraerlo á su partido todas las armas de su elocuencia; mas no pudiendo ni convencerlo ni persuadirle, hizo que el pueblo ordenase á todos los magistrados suspender el ejercicio de sus funciones hasta que la ley fuese desechada ó aprobada definitivamente. El mismo ejecutó el plebiscito, poniendo su sello sobre la puerta del tesoro público para que los cuestores no pudiesen sacar dinero Esta resolucion atrevida escitó el furor de los senadores, y juraron su ruina: algunos no tuvieron vergüenza de disfrazarse y de buscar en la oscuridad la ocasion y los medios de asesinarle. Graco, informado de sus designios, tomó precauciones contra ellos y guardaba un puñal bajo su ropa para defender su vida. Llegó el dia de los comicios y Octavio persistió en su oposicion, á pesar de las súplicas de Tiberio y las lágrimas de los ciudadanos que pedian no los sacrificase al interes de sus enemigos. Graco dijo al pueblo que dos magistrados, iguales en autoridad y opuestos en opiniones sobre una materia tan importante, no podian permanecer en sus destinos sin comprometer la tranquilidad pública: que semejante discordia presagiaba la guerra civil, y que era forzoso depo-

ner á uno de los dos. El pueblo adoptó este parecer. Al dia siguiente habian dado ya su voto conta Octavio diez y siete tribus, cuando Tiberio le conjuró á que desistiese de su oposicion; mas no pudiendo persuadirlo, el escrutinio continuó y Octavio fue depuesto. (1) El pueblo le maltrató de una manera indigna. Tiberio, que habia puesto en movimiento á la muchedumbre con tanta facilidad, no la contuvo sino muy dificilmente. Adoptóse la ley propuesta por Graco, y el pueblo nombró por comisarios para ejecutarla á él, á su hermano y á su suegro Apio Claudio.

El ódio de los senadores era cada dia mas violento, y se les creia capaces de todos los crímenes que anunciaban sus amenazas. Murió súbitamente un amigo de Tiberio: el pueblo atribuyó á los ricos haberlo asesinado, y acudió casi todo á sus esequias. Tiberio, para irritar la muchedumbre contra sus enemigos, se presentó en público vestido de luto, mostró á la plebe sus hijos y la suplicó que los

---

(1) Este dia arruinó Tiberio *de-hecho* la república romana, rompiendo la inviolabilidad del poder tribunicio, único fundamento del principio democrático en Roma. A la deposicion de un tribuno se siguió en breve el asesinato de dos. (N. del T.)

recibiese á ellos y á su madre bajo su proteccion, contra el furor de los magnates que habian jurado su ruina. En este tiempo murió Atalo, el último rey de Pérgamo, y legó sus estados al pueblo romano. Tiberio propuso un edicto para distribuir las tierras de aquel pais y los tesoros del rey á los ciudadanos pobres. En cuanto a las ciudades, el senado no podria disponer de ellas, y el pueblo decidiria de su suerte por medio de una ley. Este decreto aumentó hasta lo sumo la animosidad del senado contra Graco. Pompeyo le censuró en público por haber recibido de Atalo un vestido de púrpura y un cetro, y le acusó de aspirar á la tiranía. La injusta deposicion de Octavio le habia producido tambien algunos enemigos en el pueblo, y su elocuencia calmó con mucha dificultad los ánimos irritados por aquella ilegalidad cometida contra un colega.

El año de su tribunado concluia, y Tiberio se habia comprometido demasiado para volver sin riesgo á la condicion privada. Creyó necesario ser reelegido, y sus amigos le aconsejaron que para conseguirlo captase la benevolencia de la muchedumbre, proponiendo leyes mas populares aun que las que se habian adoptado. Asi presentó varios edictos para abreviar el tiempo del servicio militar, autorizar

la apelacion al pueblo de las sentencias de todos los juzgados y componer los tribunales de un número igual de caballeros y senadores. Esto era destruir las antiguas instituciones y trastornar por la pasion de un momento la sabiduría de tantos siglos. Asi cuando comenzaron á recojerse los votos, observó Graco que sus adversarios tenian la pluralidad. Suspendiendo pues, la deliberacion con el pretesto de que la asamblea no era bastante numerosa, la convocó para el dia siguiente, y pintó con tanta vehemencia los peligros á que el amor del pueblo esponia su vida que muchos ciudadanos pasaron la noche en tiendas erigidas al rededor de su casa para guardarla. Al rayar el dia, presagios siniestros aumentaron sus inquietudes. En aquel tiempo casi todos los ánimos eran esclavos de la superstición mas pueril. Los pollos sagrados no quisieron comer: Tiberio, al salir de su casa, tropezó en una piedra y se hizo sangre: dió algunos pasos, y vió en el aire dos cuervos que peleaban, y uno de ellos dejó caer sobre él un guijarro. El temor de sus amigos detenia su marcha; pero habiéndole representado el filósofo Blosio que se reirian de él sus enemigos, si sabian que un cuervo habia impedido al nieto de Escipion cumplir sus deberes, se avergonzó

de su debilidad y fue al Capitolio, donde el pueblo le recibió con entusiasmo. Enmedio de este tumulto de aclamaciones y aplausos, un senador, amigo suyo, llamado Flavio Flaco, habiéndole hecho señas de que tenia que hablarle, atravesó la muchedumbre y le advirtió que los ricos habian armado sus esclavos y estaban decididos á matarle. Tiberio denunció al pueblo esta conspiracion. Los que estaban cercanos tomaron las alabardas de los aparitores y se armaron de los palos que pudieron hallar. La muchedumbre, mas distante y que no habia podido oirle, se admiraba de este movimiento, cuya causa ignoraba. Tiberio para darles á entender el peligro que corria, puso sus manos sobre la cabeza. Algunos de sus enemigos, al ver esta accion, fueron al senado y declararon que el tribuno pedia al pueblo la diadema. El ódio creyó la delacion, y Nasica propuso que se tomasen medidas prontas para esterminar al atrevido que aspiraba á la tiranía. El cónsul respondió que ningun ciudadano debia morir antes de ser juzgado, y que debian observarse las leyes aun contra sus mismos quebrantadores. Nasica, inflamado de côlera, esclamó: "pues el primer magistrado no quiere mirar por la república, síganme los que desean salvarla." Recoge su

túnica, dóblala al rededor del brazo, y sale de la curia. Síguenle un gran número de senadores y sus numerosos clientes: su furor convierte en armas los palos y muebles que encuentran; suben al Capitolio: la vista de tantos varones consulares intimida una parte del pueblo: otra huye apaleada. Tiberio abandonado quiere escaparse, tropieza y cae, y al levantarse se arrojan sobre él Publio Satureyo, uno de los colegas, y Lucio Rufo, le dan la muerte.

Trescientas personas perecieron en esta sedicion, la primera que produjo efusion de sangre en la república. La muerte de Graco no estinguió el ódio de sus enemigos; no permitieron á Cayo su hermano hacerle los honores fúnebres. Su cadáver fue arrojado al Tiber: se dió muerte, sin juicio anterior, á muchos de sus partidarios, y se encerró al retórico Diofanes en un tonel, lleno de culebras que le despedazaron. Blosio, citado ante los cónsules, dijo qne él habia creido obligacion suya obedecer á Tiberio, su amigo. "¿Qué hubieras hecho, le dijo Nasica, si te hubiese mandado poner fuego al Capitolio?" "Tiberio, respondió, no me hubiera dado nunca una órden semejante." -- "Pero en fin, ¿y si te la hubiera dado?" -- "Hubiera obedecido,

creyendo que un hombre como él no podia mandar nada que no fuese útil al pueblo romano.» Su firmeza le salvó. Refugióse al Asia, en donde despues se dió la muerte á sí mismo habiendo sido derrotado Aristónico, que por consejo suyo se habia apoderado del trono de Pérgamo. El senado, para tranquilizar los ánimos, no se opuso al repartimiento de las tierras pertenecientes al dominio público; pero su condescendencia no estinguió los rencores. El pueblo no disimulaba sus deseos de venganza, y amenazaba á Nasica con un juicio. Perseguido por el ódio de la plebe, pidió un destino en Asia, donde murió en breve cerca de Pérgamo, oprimido de pesares y acaso de remordimientos. El odio del pueblo se estendió hasta Escipion el africano, porque corrió la voz de que habia censurado la conducta de Tiberio.

Al mismo tiempo se habia renovado la sublevacion de los esclavos en Sicilia, y el fuego de la revelion se estendia á Italia y á Grecia. Dueños de la ciudad de Enna, tenian sobre las armas doscientos mil hombres que causaban en la isla los estragos mas espantosos. Enno, á quien habian elegido por rey, derrotó sucesivamente á cuatro pretores; pero el año 619 de Roma, fue derrotado completamente

por Fulvio Flaco. El cónsul Rupilio, su sucesor, terminó esta guerra con la toma é incendio de Enna. El nuevo rey, prisionero de los romanos, se dió la muerte. Su derrota y el suplicio de innumerables esclavos en Sicilia, Roma, Minturno y Africa, ahogó esta conjuracion, que durante muchos años causó á la república grandes recelos Aristónico, vencido por Perpenna, sirvió de ornamento en el triunfo de Aquilio su sucesor, general cobarde y cruel, que si Roma fuera entonces virtuosa, en vez de triunfar, hubiera sufrido el último suplicio; porque para rendir las ciudades del Asia, habia envenenado el agua de las fuentes y acueductos.

El espíritu de sedicion sobrevivia á Tiberio y reinaba siempre en Roma. Labeon, tribuno de la plebe, para vengarse del censor Metelo, que le habia rayado de la lista de los senadores, le hizo condenar, sin juicio anterior, á ser precipitado de la roca Tarpeya. Otro tribuno se opuso y le salvó la vida; pero Labeon confiscó sus bienes, y para completar su triunfo, recobró su asiento en el senado, proponiendo una ley que fue adoptada, para que los tribunos entrasen en la curia y tuviesen voto deliberativo. Cada dia se cometian nuevas violencias, de las que destruyen la liber-

tad por sus mismos escesos, mas terribles para ella que sus mayores enemigos. Se habia establecido el tribunado para defenderlas, y la ambicion de los tribunos fue una de las principales causas de su ruina. Enmedio de esta agitacion, se observaba con sorpresa que Cayo Graco no hacia ningun esfuerzo para vengar á su hermano y heredar su poder. Algunos años vivió retirado del foro y en la mas absoluta oscuridad. El pueblo comenzaba á creer que abandonaba su causa y que desaprobaba las opiniones y conducta de Tiberio. Y acaso en los primeros años atemorizado por el ódio de los ricos y por la inconstancia de la muchedumbre, que escita sus favorecidos al ataque y los abandona en el peligro, tuvo Cayo la intencion de alejarse de las facciones y buscar la seguridad en el retiro; pero la prudencia no podia detener largo tiempo un alma tan ardiente como la suya, y si la razon le inclinaba al descanso, la naturaleza le condenaba al movimiento. Los enemigos de su familia citaron en juicio á uno de sus amigos, llamado Viccio, y Cayo se presentó inopinadamente en la tribuna para defenderlo. El pueblo manifestó mucha alegría al verlo. Su elocuencia confundió á los acusadores y ganó todos los sufragios en favor del acusado. Esta victoria

alarmó á los poderosos que reunieron sus esfuerzos para escluirlo del tribunado. Fue nombrado Cuestor, y sacó á la suerte la provincia de Sardinia, adonde acompañó al cónsul Orestes. Se cuenta que la causa de haber salido de su retiro y de solicitar la cuestura, fue un sueño en que se le apareció su hermano y le dijo: «en vano quieres librarte de tu hado. Ten valor y obedece al cielo. Los dos estamos predestinados á perecer por la libertad del pueblo.» Cuando Graco llegó á su provincia, fue modelo de valor y obediencia. Superaba á todos en actividad, en prendas militares, en templanza, y se ganó el afecto general por su justicia. Habiendo ecsigido Orestes que los sardos contribuyesen para el equipo de las tropas, aquellas ciudades se quejaron al senado y fueron esentas del gravámen. No teniendo medios el cónsul para suplir la falta, Graco visitó los pueblos de la isla, y ganó de tal manera el afecto de los habitantes, que voluntariamente proveyeron en abundancia todos los objetos necesarios á la tropa. La fama de sus virtudes y talentos se estendió hasta Numidia, cuyo rey Micipsa escribió á Roma que enviaba trigo á las tropas romanas de Cerdeña en consideracion á la amistad de Graco. Este mensage irritó á los senadores, arrojaron

con menosprecio á los embajadores de Micipsa y quisieron que Orestes conservase el mando de la isla para prolongar la ausencia de su cuestor; pero éste burló la esperanza de sus enemigos y no tardó en volver á Roma. Los censores reprendieron esta vuelta por contraria á las leyes: Cayo pidió al senado una audiencia para justificarse; y habiéndola obtenido, representó que habia pasado doce años en la milicia, aunque solo estaba obligado á servir diez. La ley limitaba á un año el ejercicio de la cuestura, y él la habia servido tres Sus predecesores se habian enriquecido en aquel destino, y él habia consumido su patrimonio. Estos medios de justificacion eran tan evidentes, que sus mismos enemigos se vieron obligados á absolverle.

Tribunado de Cayo Graco. (A. M. 3879. A. J. 125). Habiendo salido con victoria de esta lid, pidió el tribunado. Los ricos lo solicitaron tambien para escluirlo; pero el favor del pueblo se declaró por él, y fueron tantos los que concurrieron de todos los puntos de Italia para darle el voto, que no cupieron en el campo de Marte y muchos tuvieron que votar desde los techos de las casas. Las intrigas de sus adversarios le impidieron conseguir los tres primeros lugares, y no fue nombrado sino

cuarto Tribuno; pero su elocuencia le dió en breve el primer puesto. Cuando arengó al pueblo, mostró su profundo dolor por la muerte trágica de su hermano. "Romanos, les dijo, la república hizo en otro tiempo la guerra á los faliscos, porque habian insultado al tribuno Genucio. Vuestros antepasados condenaron á muerte á Cayo Veturio, porque no quiso apartarse para que pasase uno de vuestros magistrados: ¡y habeis sufrido que esos orgullosos hayan asesinado á vuectros ojos á mi hermano Tiberio! Hayan arrastrado su cadáver por la ciudad, le hayan arrojado al Tiber, hayan degollado á todos los partidarios suyos que pudieron haber á las manos! Y cuando las leyes ecsijen que un simple ciudadano, antes de dársele la muerte sea citado en juicio y admitido á defenderse, una multitud de romanos ha sido inmolada sin formalidad alguna de justicia.! »

Cuando Graco hubo reanimado el rencor de la plebe, hizo decretar que todo magistrado depuesto por el pueblo, quedase incapaz de obtener dignidades; y que el magistrado que hubiese hecho morir á un ciudadano sin observar las formas legales, fuese juzgado por el pueblo. Esta decision le vengaba de todos sus enemigos. Popilio, temiendo la acusacion

porque habia desterrado á los partidarios de Tiberio, se retiró voluntariamente al Asia. Este decreto, y el rigor con que los triunviros nombrados por el pueblo ejecutaban la ley del repartimiento de las tierras, escitaban la avidez de los pobres, la desesperacion de los ricos, y daban orígen á ódios, venganzas, facciones y contínuas turbulencias. El senado veia la necesidad de nombrar un dictador, y Escipion el africano aspiraba descubiertamente á esta dignidad: pero una mañana entrando sus esclavos á despertarle, lo hallaron muerto en la cama, y como habia dicho que *la muerte de Tiberio era justa si habia perturbado la república*, se acusó á Cayo Graco, y aun á su madre Cornelia, de haber terminado la vida de aquel grande hombre. Su virtud los hacía superiores á esta calumnia dictada por el ódio. El favor del pueblo al tribuno y su familia, crecia en razon del ódio de sus enemigos. Este amor sobrevivió á los Gracos, y en tiempos posteriores el pueblo mandó erigir una estátua de cobre en honor de Cornelia con solo esta inscripcion: *á Cornelia, madre de los Gracos*. La muerte de Escipion, el entusiasmo del pueblo á favor de Cayo, y la estimacion y afecto que le profesaban todas las naciones aliadas, desanimaron por algun

tiempo á los poderosos. Cedieron por un momento al torrente que no podian contener, y Cayo gozó en Roma de una autoridad que eclipsaba la de los otros magistrados. Usó de ella para aumentar el poder del pueblo y disminuir el del senado: objeto que tuvieron todas sus leyes. Una mandaba que se volviesen á poblar tres ciudades grandes del imperio, enviando á ellas ciudadanos pobres de Roma: otra que el vestido del soldado se pagase del tesoro público, y que nadie pudiese servir hasta la edad de diez y siete años. Dió el derecho de ciudadanía á los pueblos confederados de Italia: hizo distribuciones de trigo entre los pobres á precio muy ínfimo. A los trescientos senadores, que hasta entonces habian tenido la facultad esclusiva de formar los tribunales, agregó trescientos caballeros: en fin, hizo democrático enteramente el gobierno que hasta entonces habia estado por un antiguo uso en manos de los patricios; y como el pueblo le confió la eleccion de los jueces, ejerció, bajo el nombre de tribuno, una autoridad casi absoluta. El mismo senado, movido en cierto modo por la opinion pública, pareció algun tiempo que se dirigia por sus consejos, y Graco no los dió sino gloriosos y útiles á la república. Hizo restituir á

los españoles el precio de los granos que les habia quitado la avaricia del pretor Fabio. Por sus consejos y actividad se reedificaron ciudades arruinadas, se repararon los caminos reales, se construyeron otros nuevos, se formaron graneros de reserva. Estableció en todos los caminos columnas miliarias, allanó montañas, contuvo torrentes, facilitó el paso de los rios con puentes sólidos y magníficos; y uniendo á la dignidad el afecto del pueblo, adquirió la estimacion de los embajadores y filósofos estrangeros, y el amor de la muchedumbre. Despues de tantos afanes, Cayo pidió al pueblo una recompensa. Todos creian que aspiraba á la primera dignidad del estado; pero cuando llegó el dia de los comicios, declaró que su único deseo era ver elevado á la magistratura consular á Cayo Fanio. El pueble se lo concedió; y Fanio, apenas fue cónsul, se pasó al partido de los enemigos de Graco. Este, elegido tribuno por segunda vez sin haberlo solicitado, reconoció en la frialdad del cónsul para con él, que tenia que buscar un nuevo apoyo contra el ódio de sus adversarios; y asi pidió el derecho completo de ciudadanía para todos los pueblos latinos, y propuso una ley para volver á poblar á Tarento y á Cápua. El senado formó entonces

otro plan para aniquilar el crédito de Cayo. En lugar de combatir sus proposiciones, hizo que el tribuno Livio Druso, á quien habian ganado los ricos, hiciese otras mas ecsageradas y populares. Y asi propuso Livio que en lugar de dos ciudades, se poblasen doce, y que se libertase á los nuevos colonos del censo anual, al cual los dejaba sometidos la ley de los Gracos; y al mismo tiempo daba á entender el tribuno que sus propuestas eran conformes á las intenciones del senado. Por este medio disminuyó el ódio del pueblo contra los senadores, y se debilitó en gran manera la popularidad de Graco. Rubrio, tribuno tambien del pueblo, hizo adoptar otra ley para la reedificacion de Cartago. La suerte dió á Graco esta comision, y hubo de pasar al Africa. Durante su ausencia, Livio atribuyó la muerte de Escipion el africano, á Fulvio, enemigo declarado de aquel héroe; y que el dia antes de su muerte habia proferido contra él palabras violentas y amenazadoras. Fulvio era amigo de Graco, del partido del pueblo, y colega suyo en la comision de ejecutar la ley sempronia; y el senado, acusando á Fulvio por el asesinato de Escipion, atacaba indirectamente á Cayo, objeto constante de su ódio. El pueblo se opuso al juicio de Fulvio te-

miendo ver comprometido á Graco en esta causa, y asi quedó sin venganza la muerte del segundo africano. Cayo estableció en Africa los cimientos de la nueva Cartago, á la cual puso por nombre Junonia. Los historiadores de aquel tiempo, supersticiosos como su siglo, dicen que fue perturbado con presagios siniestros: que un huracan arrebató las víctimas que ofrecia á los dioses; y que por la noche el valladar, plantado para señalar los límites del pueblo, fueron arrancados por los lobos. Cayo ejecutó sin embargo las órdenes del pueblo, estableció la nueva colonia, y volvió á Roma para sostener á Fulvio contra las diatrivas de Druso. Apenas llegó anunció que iba á proponer, segun su costumbre, nuevas leyes favorables al pueblo: una gran multitud de ciudadanos del campo acudió á Roma con el deseo de oirle; pero el cónsul Fanio, de acuerdo con el senado, mandó salir de la ciudad á todos los forasteros. Cayo irritado fijó una proclama, en la cual censuraba la injusticia del cónsul, y prometia su apoyo á los espulsos si querian resistir á aquella orden tiránica. Poco tiempo despues los ediles, que iban á dar al pueblo el espectáculo de un combate de gladiadores, hicieron construir tablados y graderías, donde era me-

nester pagar para ocupar un sitio. Cayo los mandó echar abajo para que el pueblo pudiese ver gratuitamente la fiesta.

Esta violencia descontentó de tal suerte á sus colegas, que unidos sus esfuerzos á las intrigas de los senadores, le impidieron lograr el tercer tribunado que solicitaba. Despues elevaron al consulado á Opimio, su mayor enemigo; y no contentos con haberle quitado todo el poder, atacaron sus leyes seguros de que irritando su carácter impetuoso, le obligarian á cometer acciones que causasen su ruina. Esta esperanza no fue engañada. Irritado por tantas injurias, aguijoneado por los consejos violentos de Fulvio, y animado, segun algunos historiadores, por el imprudente orgullo de su madre que le envió muchos estrangeros armados y disfrazados de segadores, fue con ellos al Capitolio el dia en que iba á votarse la abrogacion de sus leyes. Antilio, uno de los lictores del cónsul, llevando á la plaza las entrañas de las víctimas sacrificadas, dijo á Fulvio y á sus amigos: «facciosos, plaza á los hombres de bien." Los partidarios de Fulvio, irritados de este insulto, dieron de puñaladas al lictor. Este asesinato ocasionó un gran tumulto; y aunque Cayo censuró con vehemencia una accion tan criminal, Opimio

le acusó de haberla mandado, y pidió venganza. Los amigos de Graco le defendian: los ánimos estaban ecsaltados de ambas partes; pero una lluvia copiosa las separó. Al otro dia el cónsul reunió el senado muy temprano, hizo llevar al foro el cadáver de Antilio, acompañado de oradores vehementes que escitaban al pueblo á la venganza. Los senadores salian de la curia y apoyaban con sus lamentos aquellos discursos; pero estos artificios y el espectáculo del lictor asesinado, no produjeron mas efecto que irritar contra los magnates á la plebe, no olvidada de sus furores y de la muerte de Tiberio. El cónsul, buscando otros medios de satisfacer su rencor, espuso á los senadores la necesidad de tomar medidas enérgicas para cortar el peligro. Un decreto encargó á Opimio el cuidado de velar por la salud de la patria y de esterminar á los facciosos. Revestido el cónsul de esta autoridad absoluta, mandó tomar las armas á los senadores, y á los caballeros reunirse al dia siguiente con dos hombres armados cada uno. Fulvio por su parte reunió el pueblo y le eshortó á defenderse contra el ódio de los ricos que deseaban arruinarlo y someterlo. Cayo, atravesando la plaza, se paró ante la estátua de su hermano, y derramó

lágrimas que conmovieron estraordinariamente á la plebe. Los partidarios de Fulvio guarnecieron su casa, y tomaron en ella las armas que habia conquistado en sus campañas contra los galos. Los amigos de Cayo, tristes y abatidos, parecian mas bien dispuestos á llorar su muerte que á defender su vida.

Al dia siguiente por la mañana, Fulvio ocupó con los suyos el Aventino. Cayo salió de su casa con vestido de ciudad, sin mas armas que un puñal oculto. En vano su esposa Licinia deteniéndole le presentaba su hijo y le decia: «Graco, ¿dónde vas? no sales como un magistrado á proponer al pueblo leyes útiles, ni á buscar la gloria en los peligros de la guerra, sino á recibir los golpes de los que asesinaron á tu hermano. Buscas inerme á tus implacables enemigos, ¿esperas que tu elocuencia ponga de manifiesto tu virtud? Buscas jueces y encontrarás verdugos. ¿Quieres que yo reclame tu cadáver de las ondas del Tíber? Créeme: desde la muerte de tu hermano no se puede confiar ni en la autoridad de las leyes, ni en la proteccion de los Dioses.»

Cayo sin responderle la separó con suavidad, y salió dejándola entregada á un desmayo. Cuando llegó al Capitolio, persuadió á sus

amigos y á los de Fulvio, que enviasen al senado un niño con un caduceo para proponer la reconciliacion. Una parte de los senadores, movida por la inocencia y las lágrimas del mensagero, opinaba que se le debia oir. Pero Opimio respondió que no habia lugar á negociaciones; sino que los rebeldes se sometiesen y viniesen en persona á implorar la clemencia del senado. Cayo queria obedecer á esta decision severa: Fulvio y sus amigos se opusieron y lo contuvieron. Opimio, que deseaba el combate y temia la paz, se puso en marcha al frente de una tropa armada y de los flecheros cretenses; despues de una corta resistencia dispersaron el pueblo. Fulvio se ocultó en un baño con su hijo, y alli fueron muertos. Graco no quiso pelear: desesperado de discordias tan sangrientas y abandonado de la plebe, se refugió al templo de Diana, donde sacó su puñal para matarse; pero sus amigos Pomponio y Licinio lo desarmaron, y le suplicaron que huyese. Antes de ceder á sus súplicas, pidió á la diosa que negase la libertad á un pueblo tan indigno de ella por su debilidad é ingratitud. Fue perseguido en su fuga: dos de sus amigos perdieron la vida defendiendo el paso de un puente por el cual se escapaba Graco. La multitud, que le veia,

lloraba su infortunio; mas no hacía ningun esfuerzo para socorrerlo. Pedia á gritos un caballo: nadie se atrevia á dárselo. En el momento en que iban á alcanzarle sus enemigos, se arrojó á un bosque consagrado á las furias, donde Filocrato, su esclavo, le atravesó con un puñal, y despues se mató sobre su cadáver. El implacable Opimio habia prometido al que le llevase su cabeza una cantidad de oro del mismo peso que ella. Septimuleyo ganó y dobló este horrible premio, llenando de plomo la cabeza de Graco, y poniéndola á los pies del cónsul.

Fueron muertos y arrojados al Tíber tres mil partidarios de los Gracos, y se prohibió á sus viudas llevar luto. Licinia perdió su dote. El hijo pequeño de Fulvio, que no habia aparecido en el tumulto sino para llevar al senado pláticas de paz, fue degollado. Opimio puso el colmo á la humillacion del pueblo edificando, en memoria de aquel dia espantoso, un templo á la concordia; pero despues amaneció gravada en sus paredes una inscripcion, cuyo sentido era:

«Crímen, muerte y discordia
Labraron este templo á la concordia."

Opimio no gozó mucho tiempo de su vergonzoso y sangriento triunfo. Enviado de em-

bajador al Africa, se dejó sobornar por el rey de Numidia, fue puesto en juicio, convencido y condenado; y terminó sus dias en el oprobio, cargado del desprecio y ódio universal. Antes de morir vió las estátuas erigidas por el pueblo en honor de los gracos, y los lugares en que habian perecido, llenos de ciudadanos que llevaban ofrendas de flores y de frutos. Cornelia, digna de sus hijos por su valor, gozó de la gloria adquirida por ellos. En su retiro del monte Miseno recibia dones y homenages de los reyes estrangeros y de los personages mas ilustres de Italia y Grecia. Acudian á verla con una curiosidad respetuosa, y se complacian en oirla contar las hazañas de los dos Escipiones y las acciones de los gracos, cuyos discursos repetia. El viagero, admirando su noble carácter, creía ver en ella la antigua Roma, adornada de todas sus virtudes.

El senado, aprovechándose de un triunfo obtenido por la violencia, revocó las leyes populares adoptadas en tiempo de los gracos. Autorizó con nuevos decretos á los usurpadores del dominio público y á los poseedores de las tierras conquistadas, para que las conservasen y dispusiesen de ellas á su voluntad. El órden se habia restablecido en Roma, pero no

la union, porque la plebe estaba oprimida por los magnates, y esperaba una ocasion favorable para la venganza. Hubo en el Lacio y en Cerdeña algunas rebeliones parciales que fueron oprimidas por el cónsul Aurelio y el pretor Opimio. Hizo muchos estragos en Africa una peste, producida por una nube horrible de langostas que cubrió los campos y corrompió los granos y los frutos. Los galos, cuyo solo nombre causaba en otro tiempo tanto terror á los romanos, atacados ahora en su propio suelo veían amenazada su independencia. Teutomaco, rey de los salios, pueblo de los Alpes, habia insultado el territorio de Marsella. El cónsul Fulvio y su sucesor Sestio Calvino, socorrieron aquella república aliada, y arrojaron de su pais á Teutomaco, que se retiró á los alobroges, pueblo que habitaba lo que hoy es la Saboya y el Delfinado. Estos se ligaron con los arvernos y rutenos, y pelearon contra los eduos que habian hecho alianza con los romanos. La capital de los eduos se llama hoy Autun El cónsul Domicio Ahenobarbo marchó contra los alobroges, los derrotó y les mató veinte y tres mil hombres. Despues Fabio Maximo, hijo de Paulo Emilio, logró contra ellos y sus aliados una victoria todavia mas completa y san-

grienta. Las relaciones romanas, probablemente esageradas, dicen que la pérdida de los galos en aquella batalla ascendió á doscientos mil hombres. Uno de sus reyes fue prisionero y sirvió de ornamento en el triunfo de Fabio Máximo. Este tomó el sobrenombre de *alobrógico*.

CAPITULO VII.

Mario y Sila.

Establecimiento de la provincia narbonense. Guerra de Numidia. Primer consulado de Mario. Cuestura de Sila. Invasion de los cimbros y teutones. Batalla de Acuas Sextias. Batalla de Vercélas. Guerra social. Guerra de Mitridates, y guerra civil entre Sila y Mario. Dictadura perpetua de Sila. Muerte de Sila.

Establecimiento *de la provincia narbonense.* (A. M. 3888. A. J. 116.) No nos admirará tanto el aumento rápido de la potencia romana, cuando consideremos que las naciones, atacadas por sus numerosos ejércitos, no estaban ligadas entre sí: que Roma era el único estado que tenia tropas regulares y pagadas, á las cuales oponian los bárbaros una muchedumbre intrépida, pero desordenada, con malas armas, é ignorante en el arte de las evoluciones, y en el de asegurar las sub-

sistencias. No sabian ni escoger posiciones ni fortificar sus campamentos. El soldado romano, habituado al trabajo desde su infancia, cubierto de un largo escudo y armado de una espada corta, aguda y tajante, llevaba sin dificultad un peso de sesenta libras, hacía diariamente cargado con él una marcha de quince millas, y apenas tomaba posicion, fortificaba el campamento. El órden de las cohortes, la velocidad de las tropas ligeras, las filas estrechas de las legiones, les daban una inmensa ventaja sobre sus enemigos, que se afanaban en vano por romperlas y desbaratarlas. Contra aquellas falanges invencibles se consumia su ardor; y cuando desanimados con el mal écsito de sus ataques, huian en desórden, la caballería romana hacía en ellos terrible matanza, y se apoderaba de su campamento, donde tenian sus mugeres, hijos y riquezas. Asi la ruina de una nacion era frecuentemente la consecuencia de una sola victoria, y desde el año seiscientos treinta y seis de Roma ya eran bastante estensas las conquistas hechas por la república al otro lado de los Alpes, para formar con ellas una provincia que se llamó Galia narbonense.

El mismo año una colonia de galos, establecida en Tracia sorprendió y venció á los

romanos mandados por el cónsul Caton; pero los escordiscos (que asi se llamaban estos bárbaros) no supieron aprovecharse de su victoria. Los romanos recobraron la superioridad, aunque lo áspero del pais hizo durar esta guerra seis años. Metelo se distinguió en ella: Mucio la terminó, y la derrota completa de aquellos pueblos le adquirió los honores del triunfo.

Guerra de Numidia. (A. M. 3891. A. J. 113.). Despues de la victoria de Mucio no hubo por el espacio de cinco años ningun suceso considerable en el vasto imperio de los romanos. Pero este reposo fue turbado por la guerra de Numidia, famosa á causa de la corrupcion de los romanos, y de los artificios, crímenes, talentos y valor de Iugurta.

Muerto Masinisa, heredó el reino Micipsa, su hijo. Este príncipe tuvo dos hijos, llamados Adherbal é Hiempsal: con ellos se educó en su palacio Iugurta, hijo natural de Manastábal hermano de Micipsa. Iugurta se distinguia ya al salir de la infancia, por su fuerza prodigiosa, su rara hermosura, su carácter osado, y su espíritu vivo, flecsible y penetrante. En vez de dejarse corromper, como la mayor parte de los príncipes, por la molicie y los deleites, siguiendo los antiguos hábitos

de su nacion, se ejercitaba en domar caballos fogosos, en lanzar dardos y en disputar el premio de la carrera á los compañeros de su juventud. Los númidas veían con gozo repartirse en él la imágen de Masinisa. Diestro y liberal, sabía hacerse amar de los mismos que se reconocian por inferiores á él. Apasionado á la caza, atacaba intrepidamente los tigres y leones. Todos celebraban sus hazañas, y él parecia ignorarlas. Micipsa admiraba sus grandes cualidades; pero pronto le inspiraron una viva inquietud, porque recelaba que si á tanto mérito se añadia la ambicion, quitaria el trono á sus hijos: por otra parte nada podia hacer contra él, porque los númidas no disimulaban el afecto que le tenian. Resolvió, pues, conociendo el ansia de Iugurta por la gloria, esponerle á los peligros de la guerra, esperando que en ellos pereceria un rival tan peligroso para sus hijos; y le dió el mando de un cuerpo ausiliar de númidas que marchó á España para reforzar el ejército romano.

Esto era en la época del sitio de Numancia. Iugurta, vigilante, activo, intrépido, ardiente en el combate, sagaz en el consejo, grangeó el aprecio de Escipion, que le confió las espediciones mas dificiles, en las cuales adquirió nueva gloria y aumentó la idolatría de

los númidas. Como era amable y liberal, contrajo amistad íntima con muchos oficiales romanos, ambiciosos de dominacion y de riquezas. Estos le inspiraron el deseo de apoderarse del trono de Numidia despues de la muerte de Micipsa, y le aseguraron que no le faltarian valedores en Roma, donde todo se conseguia á precio de oro. Concluida la guerra de Numancia, Escipion antes de salir de España colmó á Iugurta de elogios y presentes; pero le advirtió en secreto que prefiriese merecer la estimacion y benevolencia del senado y pueblo romano por medio de una conducta leal, á ganar la amistad peligrosa de algunos hombres turbulentos. Le aconsejó que no fundase su gloria sino en los talentos y las virtudes, y le predijo que el camino de la intriga y de la corrupcion le conduciria infaliblemente á su ruina: concluyó dándole una carta para Micipsa, en la cual felicitaba al rey por tener un sobrino tan digno de él y de Masinisa. Los elogios de Escipion, la gloria de Iugurta, y el amor que le tenia el pueblo, obligaron á Micipsa á mudar de sistema. Determinó ganar con beneficios al que no podia arruinar sin peligro, y le cedió la tercera parte del reino para conservar á sus hijos las otras dos. Cercano ya á su muerte, llamó á los tres prín-

cipes y dijo á Iugurta: «siempre te he amado como si fueras mi hijo No has engañado mi esperanza, y tus hazañas han llenado de gloria la patria y mi reinado. Has triunfado en fin de la envidia. Yo te conjuro que ames á estos dos príncipes, parientes tuyos por la sangre, y hermanos por mis beneficios. Serán fuertes mas bien por tu amistad que por mis tesoros. El trono que os dejo será indestructible si os unis: perecerá fácilmente si os dividis. Tú tienes mas edad, Iugurta: tu esperiencia debe impedir las desgracias que temo. Vosotros hijos mios, respetad é imitad á este héroe: no se diga que he sido mas feliz por la adopcion que por la naturaleza."

Micipsa murió dentro de pocos dias. Despues de sus ecsequias, los tres príncipes se reunieron para tratar de sus negocios. Hiémpsal, orgulloso por su nacimiento, tomó arrogantemente el primer lugar Iugurta propuso que se anulasen los decretos dados por Micipsa en los cinco últimos años de su reinado, porque en ellos se conocia la decadencia de su espíritu Hiémpsal dijo que aprobaba esta determinacion, porque la adopcion de Iugurta solo tenia tres años de fecha. Esta palabra amarga encendió un ódio que no pudo estinguirse sino con sangre. Los tres reyes repartieron los te-

soros de su padre y fijaron los límites de sus estados. Hiémpsal se retiró despues á la ciudad de Ternida, y algunos emisarios de Iugurta se introdujeron con llaves falsas en su palacio y aposento y le cortaron la cabeza. La noticia de este crímen, esparciéndose con rapidez, aterró á Adherbal y á sus partidarios. Todos los pueblos de Numidia tomaron las armas: el mayor número se declaró por Adherbal: los mas belicosos por Iugurta. Este, reuniendo con prontitud sus tropas, marchó contra el enemigo, lo acometió y venció, le arrojó de sus estados y se apoderó de toda la Numidia. Adherbal vencido buscó asilo en Roma, donde el asesinato de su hermano habia escitado mucha indignacion. Iugurta envió embajadores con mucho oro para conservar el valimiento de sus antiguos amigos y adquirir otros nuevos. La llegada de estos diputados y el repartimiento del dinero causaron una mudanza repentina, y la mayor parte de los senadores convirtieron desvergonzadamente el ódio violento que tenian á Iugurta en la mas activa benevolencia. Adherbal recordó en vano al senado sus derechos al trono y los servicios que su padre y abuelo habian hecho á la república. Representó inútilmente que aun cuando no tuviera mas título que su desgracia,

era propio de la dignidad del pueblo romano socorrerle; y que el senado no debia permitir que un fratricida le arrojase del reino que su familia debia á la generosidad de Roma. Los embajadores de Iugurta respondieron que los númidas habian muerto á Hiémpsal, porque no podian tolerar su carácter violento ni su tiranía sanguinaria: que Adherbal, habiendo atacado á Iugurta, se quejaba sin justicia de las calamidades que su agresion le habia causado: y que el rey suplicaba al senado creer mas bien sus acciones que las calumnias de sus enemigos, y no suponer que hubiese perdido repentinamente las buenas cualidades que le grangearon en el sitio de Numancia, la estimacion de Escipion y de todo el ejército romano. Los senadores ganados por el oro de Iugurta, defendieron su causa con calor, recordando sus servicios. Algunos, mas amigos del honor que de las riquezas, opinaron que se castigase el crímen y se diese socorro al infortunio. Este dictámen fue sostenido por Escauro, hombre intrigante y ávido, pero que sabia evitar el escándalo y ocultar su corrupcion bajo las apariencias de la rigidez. El partido mas injusto prevalecció. Decidióse enviar diez comisarios al Africa para repartir la Numidia entre Iugurta y Adherbal. Opimio, el

homicida de Cayo Graco, fue gefe de esta comision. El rey de Numidia le compró facilmente el sacrificio de sus deberes, y ganando del mismo modo á los demas comisarios, le dejaron en la particion las provincias mas fértiles del reino.

La provincia de Africa, ocupada en tiempos remotísimos por los getulos y libios, pueblos selváticos, fue conquistada, segun dicen los historiadores, por Hércules, cuyo ejército se componia de diversas naciones del Oriente. Cuando murió, los medos, persas y armenios repartieron el pais. Los persas se unieron con los getulos, ocuparon la orilla del mar y tomaron el nombre de númidas. Los medos y armenios se confederaron con los libios y tomaron el nombre de moros. Los fenicios llegaron despues á la costa y fundaron las ciudades de Hipona, Adrumeto, Leptis y Cartago. Cuando comenzó la guerra de Numidia, las ciudades púnicas tenian magistrados romanos: la Numidia, que se estendia hasta el rio Maluca, obedecia á Iugurta, y el rey Boco poseia la Mauritania, donde casi no era conocido el nombre de Roma. Apenas los diez comisarios volvieron á Italia, Iugurta invadió los estados de Adherbal. Este reunió su ejército y escribió al senado quejándose de esta nueva

agresion. Los dos rivales se encontraron cerca de Cirta. Iugurta sorprendió de noche el campo enemigo, y las tropas de Adherbal pasaron en un momento del sueño á la muerte. Adherbal se refugió con mucha dificultad á la plaza de Cirta, y su implacable enemigo lo sitió en ella: Roma envió diputados á entrambos príncipes mandándoles que dejasen las armas. Iugurta respondió que habia probado suficientemente su respeto á los romanos y el deseo de ganar la benevolencia de los hombres mas grandes de la república; pero que mientras mas valor y virtudes mostraba, mas dificil le era sufrir un insulto; y que sabedor de las conspiraciones tramadas contra él por Adherbal, no habia hecho mas que anticiparse: en fin, que él daria cuenta al senado de su conducta. Con esto despidió á los embajadores y estrechó el sitio. Los cónsules recibieron una carta lastimosa de Adherbal, entregando su reino á la república, y pidiendo en nombre de Masinisa, su abuelo, que defendiesen su vida contra los furores de Iugurta. Algunos senadores, indignados de ver despreciada de aquel modo la intervencion de Roma, propusieron enviar inmediatamente un ejército al Africa; pero los partidarios del rey númida lograron que no se adoptase este dictámen. Se

contentaron con enviar á Utica á Escauro, príncipe del senado, con otros consulares. Desde que llegaron, enviaron orden á Iugurta para que se presentase. Iugurta estaba incierto entre el temor que le inspiraban tan graves personages y el deseo de dominar. La ambicion triunfó: dió un asalto terrible á la plaza para cortar las contestaciones con la toma de Cirta y la ruina de Adherbal; pero fue rechazado y hubo de presentarse á los embajadores, cuyas amenazas y eshortaciones no hicieron ningun efecto sobre su ánimo. El sitio continuaba siempre. Algunas tropas italianas, que eran la principal defensa de la ciudad, fatigadas de un bloqueo tan largo y de la falta de víveres, persuadieron á Adherbal que podia capitular sin temor, pues Roma lo protegia, y que sus derechos se sostendrian mejor por negociacion que por armas. El débil príncipe siguió este consejo funesto y se entregó á Iugurta. Este le hizo morir con suplicios horrendos, y mandó matar á todos los italianos y númidas que habian defendido la ciudad.

Cuando llegó á Roma la noticia de estas crueldades, los partidarios de Iugurta procuraron alargar las deliberaciones con la esperanza de lograr la impunidad del rey; pero Cayo Memmio, tribuno del pueblo, y ardiente ene-

migo de la nobleza, descubriendo atrevidamente las intrigas de los senadores corrompidos por Iugurta, les hizo temer que el pueblo irritado avocase este negocio á su tribunal. Se decidieron, pues, á declarar la guerra al rey de Numidia, y sacando las provincias á la suerte, tocó la Italia á Escipion Nasica y el Africa á Lucio Calpurnio Bestia. Iugurta envió nuevos embajadores á Roma para comprar su absolucion con regalos; pero se volvieron á Numidia, porque el senado habia decretado no dar oidos á Iugurta hasta que hubiese puesto su reino y su persona á disposicion del pueblo romano. Calpurnio, general valiente y esperimentado, manchaba tan bellas cualidades con su avaricia sórdida. Fuerte en presencia de los peligros, solo era débil ante el oro. Al alistar su ejército, eligió lugar tenientes del orden senatorial, ilustres por su nacimiento y sus hazañas, pero corrompidos y codiciosos, esperando que el crédito de ellos cubriria sus malversaciones. Escauro fue uno de estos lugar tenientes. Apenas llegó al Africa, entró rápidamente en Numidia, hizo un gran número de prisioneros y se apoderó de muchas ciudades. Iugurta le hizo conocer por medio de sus emisarios las dificultades de la guerra y la facilidad de enriquecerse. El cónsul y Escauro

se dejaron corromper tan prontamente, que Iugurta, cuya esperanza se habia limitado al principio á retardar las operaciones militares, creyó que podia comprar la paz: se presentó, pues, confiadamente en el campamento del cónsul, se justificó ante su consejo por pura formalidad, é hizo con Calpurnio un tratado secreto, en virtud del cual se le dejaba en posesion de su reino, mediante un tributo. Despues de firmar este convenio, entregó á los cuestores treinta elefantes, muchos caballos y una suma corta de dinero. Calpurnio volvió á Italia para las elecciones.

La noticia de esta capitulacion produjo en Roma discusiones muy acaloradas. La prevaricacion del cónsul era evidente; pero el crédito de Escauro impedia al senado declararse abiertamente contra Calpurnio. El tribuno Memmio, irritado de semejante infamia, la denunció al pueblo. "Me avergüenzo, decia, de recordaros hasta que punto sois, de quince años á esta parte, el juguete del orgullo y avidez de algunos ambiciosos. Les habeis dejado asesinar á vuestros defensores: juzgad cuanto os ha envilecido vuestra cobardía, pues habiendo adquirido la superioridad sobre los enemigos, ¿no os atreveis á elevaros? ¿Temereis siempre á esos hombres que deberian tem-

blar de vosotros? Los Gracos y los Fulvios han perecido á sus manos: al que defiende vuestros derechos, se le acusa de aspirar á la tiranía: ¿y quiénes lo acusan? Esos tiranos ambiciosos, esos hombres infames y avarientos, que roban el tesoro público, se apoderan de l s tributos de los reyes, y acumulan todas las dignidades y riquezas. Yo lucho contra su poder; pero mi victoria depende de vosotros. Arrojad su yugo. La impunidad les dá ánimo: en vez de avergonzarse de sus delitos, se glorían de ellos; su union aumenta su fuerza, y vuestra debilidad los asegura. El deseo de no turbar vuestro reposo me inclinaria á tolerar vuestra indulgencia para con estos hombres impíos, homicidas y dilapidadores, sino os condujera infaliblemente á vuestra ruina. Pero es imposible vivir en paz con ellos: son los enemigos de vuestros aliados y los aliados de vuestros enemigos: vosotros quereis ser libres, ellos dominar y no teneis mas eleccion que entre la guerra civil y la esclavitud. Ya es tiempo de poner un freno á su criminal ambicion: os conjuro, romanos, á que no dejeis impune el enorme atentado que acaban de cometer. No se trata ya de saqueos ni de vejaciones, delitos tan vulgares que casi se miran con indiferencia; sino de haber puesto

en venta, á presencia del ejército, el interes público y la magestad de Roma. Sino castigais á los culpables, consentid en ser sus esclavos; porque hacer impunemente todo lo que se quiere, es la verdadera tiranía.»

Este discurso de Memmio inspiró al pueblo tanto enojo que promulgó, con sorpresa de los senadores, un plebiscito, mandando al pretor Casio que enviase á Roma á Iugurta con un salvo conducto, para tomarle declaracion, justificar con ella los crímines, y castigar á los delincuentes. Iugurta no resistió á las insinuaciones de Casio, cuya providad era tan célebre que el rey se fió mas de ella que del salvo conducto de la república. Llegó á Roma no con la pompa de un monarca poderoso, sino con el aparato lúgubre de un acusado que procura escitar la piedad. Su primer operacion fue ganar con prodigalidades algun partido en el pueblo; pero la muchedumbre, irritada contra él. queria que se le pusiese en la cárcel y que sino declaraba sus cómplices, se le diese muerte como á enemigo público. Memmio, enemigo de todo esceso, y fiel á los principios de la justicia declaró que no permitiria la violacion de la fé pública. Su firmeza apaciguó el tumulto. Despues mandó que Iugurta se presentase, le recordó sus crí-

menes y le advirtió que el pueblo conocia sus cómplices y queria que su declaracion acabase de convencerlos. Le previno ademas que si confesaba la verdad, podia confiar en la clemencia de Roma; pero que si mentia, su ruina era cierta sin salvar á los demas culpables. Dicho esto, le mandó responder; pero otro tribuno, llamado Bebio y que estaba sobornado por Iugurta, prohibió á este príncipe que declarase. Esta oposicion escitó un tumulto en la muchedumbre. Bebio resistió obstinadamente á sus clamores y amenazas, y la asamblea se separó enfurecida de haber sido tan indignamente burlada. Este suceso dió ánimo á los acusados. Habia entonces en Roma un númida, llamado Masiva, que era nieto de Masinisa. Habíase escapado de Cirta despues de la muerte de Adherbal. El nuevo cónsul Espurio Albino, le aconsejó secretamente que pidiese al senado el reino de Numidia, y Masiva lo hizo asi. Iugurta, informado de sus pretensiones, hizo que Bomilcar, uno de sus favoritos, apostase asesinos, que lo mataron. Bomilcar fue preso y se le hizo sumaria. El rey dió por él cincuenta rehenes y le envió en secreto al Africa. Despues hizo vanos esfuerzos para alentar su partido con nuevos regalos: todos sus tesoros no

pudieron borrar el horror que inspiraba tantos y tan grandes crímenes. El senado le declaró la guerra y le mandó salir de Italia. Se cuenta que al partir volvió la cara hácia Roma y esclamó: "¡O ciudad venal! no tardarás en ser esclava sino lo que tardes en hallar comprador!"

El cónsul Albino pasó al Africa. Queria terminar la guerra antes de los comicios ó con la victoria ó con un tratado. Mas era tan dificil vencer como engañar á Iugurta. Este príncipe, viendo que el senado estaba resuelto á arruinarlo, opuso á las fuerzas de Roma las de su génio. Valiente, astuto é infatigable, se aprovechó para aumentar sus tropas y ganar tiempo, de todos los recursos que le ofrecian su conocimiento del pais y la presuncion orgullosa del general romano. Unas veces amenazando, otras suplicante, ya se mostraba dispuesto á combatir, ya á someterse. Vivo en sus ataques, pronto en sus retiradas, se burló con sus movimientos y ardides del general enemigo, de modo que pasó el año sin que el cónsul hubiese hecho progresos en la Numidia. Volvióse á Roma para celebrar los comicios, donde el pueblo le acusó de incapaz ó traidor. Su hermano Aulo, que quedó con el mando del ejército, quiso apoderarse de una

ciudad donde Iugurta tenia sus tesoros. Avariento y presuntuoso, esperaba amedrantar al rey de Numidia con esta empresa atrevida y obligarle á comprar la paz. Iugurta, que se burlaba de su impericia, se manifestó aterrado para inspirarle mas confianza, y le envió diputados que lisongearon su ambicion y avaricia. Finge huir, y con el pretesto de un tratado secreto y lucrativo, persuade á Aulo que penetre en unos campos retirados, donde la intriga podria hacerse ocultamente: sus emisarios sobornan á los oficiales romanos, que le prometen abandónar sus puestos á la primer señal. Estando todo dispuesto, acomete de noche el campamento de Aulo y se apodera de él. Las legiones huyen tirando las armas, y se hallan rodeadas de númidas que se habian puesto en asechanzas. Al otro dia declaró Iugurta á Aulo que aunque le tenia encerrado y podia arruinarle con todo su ejército, le concederia la paz, á condicion qne las legiones pasasen bajo el yugo y evacuasen la Numidìa en diez dias. Aulo, medroso, firmó esta paz que le cubria de ignominia. Es mas fácil de concebir que de esplicar la sorpresa y la indignacion de Roma á la noticia de este reves. El senado rehusó aprobar el tratado, declarando que no habia podido concluirse sin ór-

den suya: decision injusta, porque rompiendo la paz, no ponia el ejército en la situacion peligrosa en que se hallaba cuando hizo la capitulacion (1). El pueblo irritado mas que nunca contra los nobles, nombró una comision encargada de proceder contra todos los que se habian dejado sobornar por Iugurta. Escauro tuvo la osadía y la habilidad de hacer que se le nombrase comisario y juez de sus cómplices, y los condenó impudentemente al destierro. La faccion popular, despues de lograda esta victoria contra los magnates, mostró una insolencia igual al orgullo anterior de los nobles; y la humillacion de estos la disponia á la sedicion, asi como sus triunfos la habian preparado á admirar hasta sus defectos. Se elìgieron cónsules á Metelo y Silano. La provìncia de Africa tocó al primero, hombre de una probidad sin mancha, y general hábil, estimado igualmente por los dos órdenes del estado. No haciendo confianza de las legiones hu-

(1) En esta parte no somos de la opinion del conde de Segur. Iugurta debia saber que Aulo no tenia poderes para firmar la paz, y si fue engañado, es porque quiso. Las capitulaciones militares son actos relativos únicamente á la suerte de los ejércitos y no á la de las naciones. (N. del T.)

milladas y vencidas, alistó otras y reunió muchos víveres, armas y caballos. En Africa halló un ejército indisciplinado, insolente, cobarde, perezoso, ladron y mas temible para los aliados que para los enemigos.

Metelo restableció el órden con su severidad, sometió el soldado á ejercicios continuos y restituyó el vigor á la disciplina. Iugurta, temeroso de un adversario como Metelo, le envió embajadores y le prometió entregarse con su reino á los romanos si se le aseguraba una ecsistencia honrosa. Metelo dió en público una respuesta evasiva á estas proposiciones poco sínceras; y atacando á aquel príncipe pérfido y corruptor con sus propias armas ganó en secreto á sus embajadores, que le prometieron entregarle al rey, é invadió la Numidia. La aparente sumision de Iugurta no habia adormecido al cónsul; porque sabia que aquel príncipe era tan temible de lejos como de cerca. Aunque no encontraba obstáculo á su marcha, hacia continuos reconocimientos, cubria sus flancos, y estaba siempre en los puestos avanzados del ejército. Iugurta, viendo que no era posible engañar á Metelo, resolvió tentar la suerte de las armas. Reune todas sus tropas, coloca parte de ellas en una altura y oculta las demas en los matorrales

que coronaban la orilla de un rio. Entre este rio y la montaña habia un campo desierto por el cual debia pasar Metelo. Desde que los romanos se adelantaron, fueron embestidos por los númidas en todas direcciones. En este terrible combate no era posible maniobrar: se peleaba cuerpo á cuerpo, y la victoria dependia mas bien del valor que de la habilidad. La accion duró todo el dia; pero al fin, debilitados un poco los númidas por el calor y el cansancio, consiguió Metelo arreglar las filas y formar las cohortes, y á pesar de la resistencia del enemigo, se apoderó de la colina. El rey solo tenia á su favor su habilidad y la fortaleza de su posicion: los romanos eran mas valientes que sus tropas; y desde que se apoderaron de la altura, los bárbaros huyeron. Rutilio, que mandaba la retaguardia de Metelo, destrozó al mismo tiempo el ala izquierda de los africanos. Metelo, vencedor, continuó su marcha, conquistó muchas fortalezas, taló los campos, é hizo que se le entregasen muchos rehenes y municiones. Iugurta, vencido, mas no desalentado, varió de sistema y no dió mas batallas, si no se puso al frente de una numerosa caballería, costeó sin cesar á los romanos, se apoderó de sus convoyes y mató cuantos soldados se separaban de las columnas. En la

ciudad de Sica, sorprendió á Mario, lugar-teniente del cónsul. Este guerrero, tan célebre despues, nacido para gloria y desgracia de Roma, salió del riesgo con una intrepidez heroica sin pérdida ninguna. Metelo sitió á Zama, creyendo á Iugurta muy lejos de aquel sitio; pero cuando daba el asalto, aparece el rey y se apodera del campamento romano. Ya estaba muerta toda la guardia: solo cuarenta hombres defendian en la estremidad del campo un puesto elevado, cuando Mario acude con algunas tropas, encuentra los númidas ocupados en el saqueo, los arroja y hace en ellos gran matanza. Al otro dia Metelo volvió á asaltar la plaza y Iugurta el campamento: la batalla duró dos dias: Metelo rechazó á los africanos, pero debilitado por tantos combates, levantó el sitio de Zama, dejó guarniciones en las ciudades conquistadas y tomó cuarteles de invierno en las fronteras de Numidia. Deseando triunfar por la astucia con mas seguridad y prontitud que por las armas, sobornó á Bomilcar con grandes promesas, y este traidor valido le prometió vender á su rey. Iugurta estaba devorado de inquietudes. Bomilcar le representó que devastados los campos y esausto el tesoro, el desaliento obligaria á los númidas á tratar con los romanos, sino se anti-

cipaba á someterse y entrar en negociacion con la república donde tenia tantos amigos que asegurarian su vida en todo peligro. Iugurta, movido por sus consejos, envió á decir al cónsul que ponia en manos de Roma su persona y su reino. Metelo pedia que le entregase al momento un gran número de elefantes, caballos y armas y dos mil libras de oro. Iugurta obedeció. Entonces recibió orden de ir á Tifidio; mas sea por inconstancia suya, ó por el temor que le inspiraban los avisos secretos de sus amigos, mudó repentinamente sus resoluciones y determinó continuar la guerra.

Primer consulado de Mario. (A. M. 3895. A. J. 109.) Al mismo tiempo Mario, que se hallaba en Utica, ofreció un sacrificio á los dioses, y el arúspice, consultando las entrañas de la víctima, le predijo una gran fortuna: presagio que desplegó su ambicion devoradora. Mario, dotado de grandes talentos para la guerra, despreciador de los placeres y de las riquezas, solo era ávido de gloria y de autoridad. Tenia fuerza, valor, inteligencia, en fin, todas las cualidades que en tiempos turbulentos pueden elevar un hombre á la cumbre del poder. Habia nacido en la plebe, y participaba del ódio de ésta á la nobleza. Militó desde su infancia; y despreciando la instruccion de los

griegos y la urbanidad romana, solo estudió la guerra, en la cual se distinguió de modo que aunque desconocido personalmente de la mayor parte de sus conciudadanos, fue elevado en los comicios por los sufragios que le adquirió la fama de sus hazañas á tribuno militar. Ascendió sucesivamente á todos los grados, y los desempeñó con tal acierto que siempre se le creia digno de un empleo superior al que ocupaba. A pesar de su mérito aun no habia elevado sus miras á la dignidad consular, la cual pocos plebeyos se atrevian á pretender. La prediccion del arúspice le alentó, y pidió á Metelo una licencia con el designio de ir á Roma á solicitar el consulado. Metelo apreciaba su valor y habilidad, y hasta entonces habia sido su amigo; pero orgulloso como todos los nobles, procuró disuadirle de su determinacion diciéndole que no se espusiese á un desaire; y como Mario insistiese, le añadió que haria muy bien en esperar á que Metelo el hijo, que aun era niño, fuese capaz de pedir el consulado, para solicitarlo juntamente con él. Este sarcasmo ofendió profundamente á Mario: dando oidos solamente á su ambicion, y nada escrupuloso en los medios de satisfacerla, formó un partido entre los oficiales, escitó el descontento de los soldados, censuró la conduc-

ta del general y denigró sus talentos. Añadia, recordando sus propias hazañas, que con la mitad del ejército cogeria á Iugurta, y que Metelo prolongaba la guerra solo para gozar mas tiempo de su autoridad. Estas espresiones, repetidas con frecuencia á los habitantes de las ciudades y á los comerciantes, hicieron en ellos grande impresion, porque el comercio estaba aniquilado á causa de la guerra, y era necesaria una pronta paz para vivificarlo. Mario grangeó tambien la amistad de Gauda, príncipe númida, que debia heredar el trono de Iugurta, y cuyo amor propio habia ofendido Metelo con sus altiveces. Este príncipe, los caballeros romanos, los comerciantes, y hasta los soldados escribian á Roma censurando siempre la lentitud del cónsul, y repitiendo á una voz que el único medio de terminar la guerra de Numidia era confiar á Mario el mando del ejército. Todas estas cartas circulaban en Roma, hacian perder á Metelo la confianza pública, y aseguraban á Mario el favor de la plebe. Mientras que el cónsul se veia atacado en su patria por la ingratitud de un cliente de su familia, protegido por él en muchas ocasiones, la fortuna le daba otros motivos de inquietud. La plebe de la ciudad de Vacca, de concierto con los soldados de la guarnicion, degollaron á los

nobles y oficiales que celebraban un banquete. El cónsul atacó á los asesinos, los venció y dió á saco la ciudad. Al mismo tiempo interceptó Iugurta una carta que descubria la conspiracion de Bomilcar, y la cabeza de este alevoso cayó; pero desde aquel momento el temor de nuevas traiciones y el remordimiento de sus crímenes no le permitieron gozar un solo instante de descanso. Creyendo ver en cada vasallo un conspirador, mudaba sin cesar de ministros, de guardias, de alojamiento y aun de cama. Perseguido de sueños horribles, muchas veces tomaba las armas en medio de la noche y llamaba en su favor la guardia, y los terrores de este príncipe pérfido y sanguinario se parecian á las estravagancias de un delirante. Metelo marchó contra él, le derrotó segunda vez, le echó mas allá del desierto, y le obligó á retirarse á Tala, donde habia encerrado á sus hijos y las reliquias de sus tesoros. El cónsul le persiguió con mas ardor que prudencia: las tropas romanas, abrasadas del sol y sin agua, estuvieron á pique de perecer, y no se salvaron sino por una lluvia abundante muy rara en aquellos paises, y que pareció milagrosa. Iugurta desanimado se retiró con sus hijos á la Mauritania: el rey Boco, que era su yerno, reanimó su valor é hizo alianza con él contra

los romanos. Metelo se apoderó de las murallas de Tala, porque los habitantes habian quemado las casas y perecido en el incendio.

Mario llegó á Italia y logró el consulado por los votos unánimes del pueblo, á pesar de los esfuerzos de los nobles. El nuevo cónsul, irritado de esta oposicion, manifestó violentamente el ódio que les tenia. En la primer arenga que hizo al pueblo, despues de haber enumerado las obligaciones de su dignidad, dijo que el hombre nuevo elevado por sola su virtud, debia inspirar mas confianza que aquellos nobles soberbios, dispensados de tener mérito en razon de la riqueza, esplendor y clientela de su familia. «Romanos, decia, lo que he hecho antes de conseguir vuestros sufragios os dice bastantemente lo que haré en adelante para justificarlos. Los que han fingido por ambicion ser virtuosos, se quitan la máscara cuando llegan al poder; pero yo he practicado la virtud desde mi tierna edad, y el hábito la ha radicado en mi alma. Sé que los nobles, envidiosos de mi dignidad y no de mis trabajos, no pueden perdonarme la preferencia que me habeis dado. Ecsaminad, pues todavia es tiempo, si hareis mejor en confiar vuestros ejércitos y la direccion de la guerra contra Iugurta á uno de esos ilustres magnates, tan

ricos en abuelos, tan pobres en servicios. Sabeis lo que hacen en estos casos: ciertos de su impericia toman por consejeros á plebeyos hábiles, y cuando Roma les encarga que manden á todos, eligen á algunos que los manden á ellos mismos. Es verdad que cuando ascienden al consulado empiezan á leer la historia de nuestros antepasados y los libros militares de los griegos. Trastornando el orden natural de las cosas aspiran al gobierno antes de instruirse, y no se aplican al estudio sino cuando es necesario obrar. Comparad su orgullo con el mérito de un hombre nuevo. Lo que ellos tienen que aprender, lo he hecho yo: lo que es menester contarles, lo he visto: lo que esperan hallar en los libros, lo he aprendido combatiendo. Ved si quereis preferir mis acciones á sus palabras. Yo no puedo ostentar, como ellos, las imágenes, los consulados y los triunfos de mis antepasados; pero puedo mostrar dardos, arneses, estandartes, coronas, ilustres dones de mis gefes, y las numerosas cicatrices que cubren mi pecho. Esta es mi nobleza y mis títulos, no adquiridos por herencia, sino conquistados en medio de los peligros. Mis discursos no tienen arte ¿qué importa si en ellos se ve al descubierto la virtud que me anima? Yo dejo los prestigios de la elocuencia á los que

quieren ocultar la infamia de sus acciones. Confieso que ignoro la literatura griega; pero es porque no he visto que haya hecho mas valerosos ni independientes á los que la enseñan, y ademas he aprendido una ciencia mas útil á la república, la de vencer al enemigo, ejercitar las tropas, arrostrar el rigor de las estaciones, dormir en la tierra, sufrir el trabajo y la hambre, y no temer nada sino la ignominia. Yo daré esta instruccion á vuestros soldados, y la gloria y el peligro serán comunes entre ellos y su general. La nobleza me desprecia y trata de hombre rústico, porque ni sé dirigir un espléndido banquete, ni doy sueldo á histriones, ni tengo un cocinero que me cueste mas que un aperador. Tengo vanidad en merecer estas reprensiones, porque mi padre me enseñó que las virtudes son la riqueza de Roma, y las armas su adorno, y que el lujo conviene á las mugeres y el trabajo á los hombres. Esos orgullosos patricios, entregados á los deleites, pasen enhorabuena su vejez en las mismas delicias que encenagaron su juventud: el sudor y el polvo me gustan mas que sus orgías; ¿pero cómo ha de sufrirse que hombres tan degradados os quiten el premio de vuestras hazañas, y que los vicios, que deberian deshonrarlos, les sirvan de escalones para subir á la

autoridad y arruinar con ella la república, víctima y no cómplice de su depravacion? He refutado sus objecciones comparando nuestras costumbres simples y varoniles con su afeminada perversidad: vengamos ya á los negocios públicos. La guerra de Numidia no debe inquietaros habiendo desterrado del ejército la avaricia, el orgullo y la ignorancia en el arte militar, únicos apoyos de las esperanzas de Iugurta. Vuestros soldados conocen muy bien el pais; pero es forzoso alentarlos, fortificarlos y completar el ejército. Hasta ahora han sido mas valientes que felices: la imprudencia y la codicia de sus generales han causado la ruina de la mayor parte de las tropas. Vosotros que estais en edad de combatir, unios á mí para servir á la patria, y no os asusten las desgracias anteriores. Seré vuestro compañero en la marcha, en los trabajos y en los riesgos. Todo nos promete que triunfaremos: una gran mies de victoria, de botin y de fama nos espera: y aun cuando no, es obligacion de todo hombre honrado defender su pais. La cobardía no ha inmortalizado á nadie: un padre no desea que sus hijos sean eternos, sino que vivan con honor. Mas os diria si las palabras diesen ánimo á los cobardes: para los valientes basta lo que he dicho."

La confianza que Mario inspiraba, escitó

el ardor de la juventud para alistarse. Despues de haber tomado las medidas que aseguraban el logro de su empresa, partió al Africa. Metelo no quiso verle, y encargó á Rutilio que le entregase el mando del ejército. El cónsul, para ejercitar y dar ánimo á las tropas del nuevo alistamiento, las llevó á un pais fértil, atacó muchas fortalezas, y distribuyó entre los soldados el inmenso botin que en ellas se hizo. Los dos reyes africanos reunieron en el centro de sus estados las fuerzas necesarias para oponerse á un adversario tan temible. Metelo creia, cuando llegó á Roma, que los ánimos estarian irritados contra él por las intrigas de Mario: pero con gran sorpresa suya, vió que el senado y el pueblo le mostraban igual benevolencia. La envidia habia espirado con su autoridad. Mario, prosiguiendo su marcha rápida, venció en muchos reencuentros á los mauritanos y á los númidas: sorprendió la ciudad de Capsa y degolló sus habitantes: el temor hizo que otras muchas plazas le abriesen sus puertas. La fortuna, á la cual deben una parte de sus triunfos los grandes generales, hizo que cayese en poder de Mario una fortaleza donde estaban los tesoros de Iugurta, y que era tenida por inespugnable á causa de su

posicion sobre un risco tajado. Un soldado ligur, andando en busca de caracoles, descubrió un sendero oculto entre las malezas. Los romanos, aprovechándose de este descubrimiento, subieron en el silencio de la noche, á la roca por aquel camino, escalaron la muralla, y se apoderaron de la ciudad.

Cuestura de Sila. (A. M. 3896. A. J. 108). Mario recibió poco tiempo despues un refuerzo considerable que venia de Italia á las órdenes de Lucio Cornelio Sila. Este joven patricio, que se inmortalizó por su génio, su felicidad y sus crueldades, descendia de una familia antigua, pero de poca nombradía. Instruido en la literatura griega y latina, dotado de una vasta inteligencia, amigo de los deleites, pero codicioso de gloria, no se entregaba al placer sino en los tiempos de descanso. Sacrificó á sus amorios su virtuosa esposa, pero nunca á los intereses de su ambicion. Elocuente y astuto, amable con sus amigos, afable con la muchedumbre, profundo en sus designios, hábil para ocultarlos, pródigo de sus riquezas, intrépido en el combate, constante en sus determinaciones, fue mirado como el mas venturoso de los hombres hasta la guerra civil que coronó su ambicion y manchó su gloria. Nunca fue infe-

rior su capacidad á su fortuna, y no se puede decidir si tuvo mas dicha que habilidad. Salustio, despues de haber hecho un magnífico elogio de este célebre romano, añade: «hablo de los tiempos anteriores á su dictadura. Si tuviera que hablar de los posteriores, no sé qué sentimiento dominaria mas en mí, el dolor ó la vergüenza" Sila empezaba su carrera militar cuando llegó al Africa. Su reputacion eclipsó en breve la de todos sus compañeros. Familiar con el soldado y respetuoso con sus gefes, recibiendo presentes con disgusto y prodigándolos con placer, haciendo servicios sin ecsigir recompensa, y siendo generoso sin interés, pasaba fácilmente de la conversacion mas frívola á los negocios mas sérios. Activo en todos los ejercicios, vigilante en los puestos, infatigable en los trabajos, el primero en los peligros, se apartaba del sendero comun de los ambiciosos, no censurando nunca las operaciones de los generales, y no atacando la reputacion de nadie. Su amor propio consistia en obrar de manera que ninguno le escediese en actividad, prudencia y valor. Sus grandes cualidades le ganaron en breve la estimacion de Mario y el afecto de los soldados.

Boco y Iugurta atacaron á los romanos

con todas sus fuerzas. La batalla fue larga y sangrienta. Mario, al frente de un cuerpo escogido, reunia sus soldados que los africanos ostigaban, y detenia á los enemigos cargando sobre ellos cuando conseguian alguna ventaja. La noche puso fin al combate sin decidirse la victoria: pero cuando los dos ejércitos, cansados de pelea, se entregaban al descanso para cobrar fuerzas, Mario al rayar el dia dá la señal del combate. El estruendo de las trompetas y la griteria de los romanos despiertan á los bárbaros asustados y sorprendidos. El vigor del ataque repentino desordena y aterra á los africanos. Muchos perecieron al tomar las armas y reunirse: los demas huyeron, y esta derrota les causó mas pérdida que una batalla disputada con tenacidad. Mario, despues de la victoria, se acercó á las ciudades marítimas para que su ejército gozase de la abundancia y del descanso. Los pueblos belicosos del Africa, oponiendo su número al valor de las legiones, ponian en lugar de los ejércitos destruidos, otros nuevos. Boco y Iugurta volvieron á atacar á los romanos; y mientras Mario, al frente de su ala derecha, rechazaba valerosamente á los númidas, Boco, esparciendo la falsa voz de que el cónsul habia muerto, desordenó el ala

izquierda del enemigo, y la persiguió hasta el campamento. Sila acude con prontitud, acomete á los mauritanos, los detiene y restablece el combate. Mario, vencedor de los númidas, se une con él: los bárbaros son completamente derrotados; y Iugurta, abandonado de los suyos, no pudo salvarse sino por la ligereza de su caballo. Algunos dias despues, Boco desalentado pidió la paz. El cónsul mandó á Sila y á Manlio que se viesen con él. Sila, despues de haber lisonjeado en un discurso artificioso el amor propio de aquel príncipe, elogiando su valor y poder, le aconsejó que no mancillase su gloria teniendo alianza con Iugurta, el mas perverso de los hombres. «No nos pongas, le dijo, en la triste necesidad de castigar á un mismo tiempo tu error y sus crímenes. El pueblo romano ha preferido siempre tener amigos á tener esclavos: porque cree mas segura la alianza que la sumision. Atendida la distancia que nos separa, Roma será para tí una aliada util y no peligrosa. ¡Ojalá te hubieras convencido antes de esta verdad! Pero, pues que las cosas humanas dependen de los caprichos de la fortuna, no deseches la ocasion que te presenta, y repara con servicios el mal que has querido hacernos. Sabe que el pueblo romano no se

deja vencer en beneficios: la fuerza de sus armas ya la conoces."

Iugurta, receloso de esta negociacion, empleó todos sus artificios para inutilizarla, y lo consiguió por algun tiempo: pero Boco, cansado de la guerra, resolvió terminarla, y envió embajadores á Roma para saber á qué condiciones podria reconciliarse con la república. El senado respondió que se olvidaría lo pasado; y que Roma le concedería su amistad y alianza cuando la hubiese merecido. Boco escribió al cónsul que deseaba tener otra plática con Sila; y éste vino á su corte con algunos oficiales romanos. Encontró en el camino un cuerpo de caballería maura á las ordenes de Vólux, hijo de Boco; sabiendo que Iugurta estaba cercano con sus tropas, creyó que se le hacía traicion, y se preparó al combate prefiriendo una muerte cierta, pero gloriosa, á la ignominia del cautiverio. Vólux se adelanta á hablarle, hace protestas de que está inocente, y le asegura que ignoraba el movimiento de Iugurta; añadiendo que el númida tenia pocas fuerzas; que no se habia puesto en marcha sino por inquietud; y que fundando sus esperanzas solo en la proteccion de Boco, no se atreveria á cometer á su vista un atentado contra la per-

sona del embajador romano; en fin, propone á Sila que vaya solo con él á hablar á su padre. El intrépido cuestor se resuelve á ello: y Iugurta, admirado de su audacia, le deja atravesar su campo, y se contenta con enviar sus agentes para que espien las operaciones del rey de Mauritania. Este, vacilando entre el parentesco que lo ligaba con el rey de Numidia, y el temor que Roma le causaba, no tenia que elegir sino traiciones, y dudaba si pondria á Iugurta en poder de los romanos, ó á Sila en poder de Iugurta. En la conferencia pública solo se trató de la paz general; pero á la noche hablaron secretamente Sila y Boco. El rey, incierto y falaz como todos los príncipes débiles, pidió al principio que Roma le permitiese quedarse neutral entre ella y Iugurta. Mas no pudo lograrlo, Sila le amenazaba por una parte con la pérdida de su trono si no se declaraba enteramente á favor de la república, y por otra le ofrecia la alianza de Roma y una parte de la Numidia si entregaba á Iugurta. Boco, impelido por el miedo y retenido por la vergüenza, cedió en fin á la astucia y elocuencia de Sila: y envió á decir al númida, que habia llegado el momento favorable para hacer la paz á condiciones honrosas, y que de-

bia apresurarse á venir á la negociacion. Iugurta deseaba con ansia el fin de la guerra, pero dudando de la sinceridad de los romanos, respondió que ecsigia se le entregase á Sila como rehen, porque desconfiaba de Mario. El pérfido Mauro lo prometió, y engañó con sus protestaciones al rey de Numidia y á sus agentes. El dia señalado para la conferencia, avanzó Iugurta al frente de sus tropas. Boco socolor de honrarle, salió á su encuentro con algunos oficiales, y se detuvo detras de una eminencia donde habia puesto una celada. El príncipe númida, no observando ninguna cosa que pudiera darle rezelo, se separa de su tropa, y se acerca al rey seguido de algunos amigos. Unos y otros estaban sin armas, segun el convenio hecho anteriormente: pero apenas se acercó Iugurta á donde estaba Boco, á una señal se levantan los de la emboscada, los rodean, matan á sus compañeros, lo encadenan y lo entregan á Sila, que marchó con él al campamento de Mario.

Invasion de los Cimbros y Teutones (A. M. 3897. A. J. 107). Cuando el cónsul y su cuestor, en vez de imitar las virtudes y generosidad de los Camilos y Fabricios, terminaban por la traicion la guerra de Numidia, se hallaba consternada la Italia con la noticia de

haber sido completamente derrotadas sus legiones por los bárbaros del septentrion. Los cimbros originarios de la península que hoy se llama Jutlandia, atravesaron la Germania y las Galias, y aniquilaron los ejércitos romanos mandados por Cepion y Manlio. Este desastre aterraba á Roma; y el pueblo sabiendo que la Numidia estaba sometida y Iugurta preso, nombró cónsul á Mario por la segunda vez, aunque estaba ausente, y le dió por provincia la Galia. Cuando llegó á Roma recibió los honores del triunfo. Iugurta seguia su carro oprimido de hierros. El senado abusando de su victoria, le condenó á morir de hambre. Sus crímenes eran dignos del último suplicio: pero Roma no tenia sobre él mas derecho que el de la fuerza. El verdugo rompió sus vestidos y le metió desnudo en un calabozo, donde la muerte no terminó su padecer hasta el séptimo dia, el año seiscientos cuarenta y siete de Roma.

Los cimbros se habian reunido en su invasion con los teutones, pueblos originarios de las islas del Báltico, y con otras naciones germanas. Este torrente devastador, que derribaba todos los obstáculos, amenazaba pasar los Alpes. Ya habian perecido ochenta mil romanos ó aliados en muchos combates, en que

el valor selvático de aquellos guerreros habia triunfado de la táctica italiana. Antes de penetrar en Italia, atravesaron la Aquitania, pasaron los Pirineos y talaron la España. Mario, en lugar de atacarlos en este pais, quiso esperarlos á su vuelta á las Galias, creyendo sin duda que seria mas fácil vencerlos despues de tan largas marchas y viniendo cargados de botin. Para prepararse á esta lucha peligrosa, siguiendo el ejemplo de los Escipiones y de Paulo Emilio, restableció la disciplina: ejercitó las legiones sin cesar; y para despertarlas de la ociosidad, que afemina el alma y el cuerpo, los hizo trabajar en la reparacion de los caminos y en la construccion de los puentes. Las bocas del Ródano estaban entonces llenas de arena y légamo. Mario apartó el curso de este rio abriendo un canal que se llamó *Fossa Mariana*.

Batalla de Acuas Sextias. (A. M. 3890. A. J. 104.) Los cimbros volvieron pronto á las Galias, y los de Tolosa se reunieron á ellos. Mario les presentó batalla y los derrotó. En la accion Sila, su lugar teniente, se distinguió por su valor é hizo prisionero á Copilo, rey de los tolosanos. Despues de esta victoria, el consul, para debilitar á los cimbros, habia resuelto prolongar la guerra. Pero los bárbaros

se dividieron en tres cuerpos con el objeto de penetrar en Italia mas fácilmente. Mario, que seguía todos sus movimientos, alcanzó la mas fuerte de las tres columnas junto á Acuas Sextias. El número de los bárbaros era prodigioso y el cónsul hubiera querido evitar el combate; pero la falta de víveres y de agua le obligó á aceptarlo. La batalla duró dos dias: el génio de Mario, la habilidad de sus movimientos y el valor de los romanos triunfaron de la fogosidad impetuosa y de la resistencia obstinada de los enemigos. Les mató dos cientos mil hombres, é hizo noventa mil prisioneros, contándose entre estos su rey Teutoboco. Este ejército se componia casi enteramente de teutones y ambrones. Los bárbaros, que huían de los romanos vencedores, perecian á manos de sus mugeres; las cuales les echaban en cara su cobardía, y los mataban sino querian volver al combate.

Batalla de Vercélas. (A. M. 3891. A. J. 103.). Los cimbros ignoraban la derrota de los aliados, y pasaron los Alpes á pesar de los obstáculos que les oponia la aspereza de las montañas y el rigor del invierno. No buscaban camino, sino se cubrian con pieles, y arrojándose desde lo alto de los montes, resvalaban sobre la nieve hasta el llano. El procónsul Cá-

tulo quiso en vano detenerlos en las orillas del Adige: pasaron este rio, y el general romano, no pudiendo traer sus soldados al combate ni impedirles la fuga, hizo marchar una bandera delante de ellos para dar á aquel desórden la apariencia de una retirada. Los romanos nombraron á Mario cónsul por la quinta vez; y él se apresuró á reunir sus legiones con las de Cátulo. Los cimbros, que continuaban avanzando, le enviaron embajadores para pedirle que se les cediesen tierras en Italia para ellos y para sus hermanos. «¿Qué hermanos? preguntó Mario.» Los teutones. «Ya las tienen, y no las perderán nunca.» Los cimbros que no comprendian el sentido de estas palabras, le amenazaron con su venganza y la de los teutones cuando llegasen. «Estan aqui, les respondió Mario, y podeis saludarlos.» Y les mostró los príncipes teutones encadenados. Los bárbaros enfurecidos le desafiaron y le dijeron que señalase dia para la batalla: Mario lo señaló.

Cuando llegó salieron entrambos ejércitos de sus campamentos. Mario dió á Cátulo el mando del centro y colocó sus propias legiones en las alas. Intentó atacar al enemigo por el flanco por adquirir solo el honor de la victoria; pero poco faltó para que no tuviese parte

alguna en ella: porque un viento furioso levantó remolinos de polvo que oscurecian el aire. Mario perdió el camino, se alejó, sin conocerlo, del enemigo á quien deseaba acometer, y no volvió hasta muy tarde al campo de batalla. El corage de los bárbaros luchó largo tiempo contra la disciplina romana; pero al fin fueron rodeados, derrotados y destruidos. Sus mugeres, tan intrépidas como las de los teutones, defendieron con valor los carros que rodeaban su campamento, reprendian á los fugitivos y los obligaban á combatir. Cuando perdieron toda esperanza de salvacion, degollaron sus hijos y se dieron todas de puñaladas para libertarse de los ultrajes y del cautiverio. Perecieron en esta jornada ciento cuarenta mil cimbros, galos y germanos, y quedaron prisioneros sesenta mil. Esta accion gloriosa terminó la guerra que habia comenzado doce años antes: y le adquirió á Mario el título de tercer fundador de Roma. Un solo triunfo recompensó sus tres victorias. Los romanos, siempre supersticiosos, contaban que cuando Mario iba al combate, volaban dos buitres sobre su cabeza.

La república condenada por el cielo á no gozar un momento de reposo, vió comenzar poco despues las disensiones sangrientas, que

iban á destrozar su seno por largo tiempo. Mario, acusado ya de actos arbitrarios la tercer vez que fue cónsul, decia que el ruido de las armas no le dejaba oir la voz de las leyes: y con su conducta tiránica y cruel probó bastantemente que solo habia sido amigo de la plebe por dominar, y acusador de los grandes por envidia. Saturnino, su amigo y cómplice, fue destituido de la cuestura de Ostia por sus prevaricaciones, á pesar de los esfuerzos de Mario para defenderle; éste para vengarse de los patricios, hizo que se le eligiese tribuno del pueblo. Saturnino, ejerció su destino mas bien como faccioso que como magistrado, y se sirvió de su poder para satisfacer su codicia. Metelo, que era censor entonces, quiso echarle del senado, pero en vano: porque Mario lo sostenia con todo su poder, mas bien por ódio á Metelo que por amistad al tribuno. Concluido el año del tribunado quiso que se le reeligiese; pero Nonnio, hombre querido á un mismo tiempo del pueblo y de los senadores, le quitaba muchos votos. Saturnino se libertó de este rival por medio de un crímen y lo hizo asesinar. Desde que empezó su segundo tribunado, adulando al pueblo para tener en él un apoyo contra los grandes, propuso un edicto que daba á los plebeyos las tierras conquista-

das por Mario en las Galias. El senado oprimido por los facciosos, juró que cumpliria esta ley; pero Metelo se negó á hacer el juramento, y buscó en Esmirna un asilo para substraerse á la venganza de Mario y de su tribuno El destierro de tan gran ciudadano era una ignominia para Roma, y el pueblo conservaba aun bastante virtud para conocerlo: asi se le restituyó á su patria poco despues. Mario tuvo entonces por conveniente alejarse de la capital, corrió el Asia, y visitó á Mitridates, rey del Ponto, que era entonces el monarca mas afamado del oriente. Fue recibido con distincion por aquel rey belicoso; y algunos historiadores dicen que alagó su orgullo y escitó su ambicion, ya con el designio de tenerlo por aliado, ya con la esperanza de pelear contra él y conquistar el Asia. «Solo te quedan dos medios, le decia, para conservar y aumentar tu poder, ó ser mas fuerte que los romanos, ó someterte á ellos enteramente.»

Cuando volvió á Roma se enemistó con Sila, el cual le causó desgracias mas crueles que las que él habia causado á Metelo. Ya habia tiempo que su lugar teniente ofendia su orgullo atribuyéndose con esclusion la gloria de haber terminado la guerra munidica pren-

diendo á Iugurta. El anillo que servia de sello á Sila, era una piedra grabada, que representaba al príncipe númida encadenado y puesto en su poder por el rey de los mauros. Boco aumentó el enojo de Mario, enviando á Roma para el templo de Júpitér Capitolino un grupo de estátuas de oro en memoria del mismo suceso. Desde entonces Mario juró la ruina de Sila. La guerra social, que estalló poco despues, retardó los efectos de su ódio, el cual produjo á la república todos los horrores de la anarquía y del despotismo. Mario acababa de entrar en su sesto consulado (1). Saturnino, elegido tribuno por la tercera vez, queria darle por colega á Glaucias que era de su partido. Era competidor de este Memmio hombre muy estimado: el tribuno, habituado á los crímenes, hizo que le diesen de puñaladas. Este homicidio escitó la indignacion general. Saturnino, citado en juicio, fiaba en la proteccion de Mario: pero el cónsul, temeroso del ódio público, abandonó al mismo ami-

(1) Creemos que su viage al Asia fue posterior á este consulado; porque todos los que obtuvo Mario desde el segundo al sesto fueron seguidos; y no es creible que siendo consul, pasase al Asia para viajar como simple particular. (N. del T.)

go que sus consejos habian escitado á entrar en el camino de la perdicion. Sin embargo, el tribuno sostenido por un partido numeroso, opuso la fuerza á la justicia: y el senado tuvo que emplear la fórmula usada en semejantes ocasiones. Mario, encargado de preservar á la república de todo detrimento, atacó á los rebeldes y los obligó á refugiarse al Capitolio. Ellos esperaban siempre que no castigaria con mucho rigor un delito cometido en favor suyo, y quizá por sus ordenes; pero su esperanza fue vana: Mario permitió á los caballeros romanos que los matasen.

Guerra social. (A. M. 3911. A. J. 93). Poco despues se levantó contra Roma una tempestad que puso en peligro, no solo su gloria, mas tambien su ecsistencia. Druso, tribuno del pueblo, no atreviéndose á combatir directamente las usurpaciones del partido de la plebe, creyó conveniente para lograr su intento y restituir al senado una parte de sus antiguos derechos, proponer una ley que parecia tan popular como justa. Los caballeros eran dueños de los tribunales: propuso que se les diesen las plazas vacantes en el senado, y que despues se eligiesen de este cuerpo los jueces. Cepion, colega suyo, se opuso con vehemencia á este proyecto: declamó, co-

mo los gracos, contra el orgullo y corrupcion, y acusó de malversacion á muchos de sus miembros. Druso, perseverando en su empresa, trató de asegurar su logro ganando el afecto del pueblo. Para esto pidió la ejecucion rigorosa de la ley agraria: y temiendo ofender á los aliados de Italia, sino entraban en el repartimiento, presentó una nueva ley, por la cual se les concedian los privilegios y derechos de ciudadanos romanos. El senado se opuso á ella, juzgando con razon que el derecho de ciudadanía iba á envilecerse prodigándolo, y que el pueblo romano perderia su esplendor y magestad, si ponia al nivel suyo tantas naciones estrangeras. Los aliados que se hallaban en Roma, sostenian con todas sus fuerzas la proposicion de Druso: y las pasiones, inflamadas con esta disputa, fueron tan violentas, que algunos estrangeros insultaron é hirieron al cónsul Filipo, impugnador acérrimo de la ley.

Druso, viendo que no podia vencer la oposicion al edicto de repartimiento, queria á lo menos que se adoptase el de naturalizacion: pero un dia, al volver del foro, fue asesinado á la puerta de su casa. Esta violencia, atribuida al senado, no quedó impune.

Los pueblos aliados, que eran entonces la

principal fuerza de los ejércitos romanos, llevaban á mal ser inferiores en derechos á los ciudadanos de la capital. Los gracos les habian prometido la ciudadanía: Druso acababa de despertar sus esperanzas. Tenian muchos partidarios en Roma: pero su ausilio les era inútil, porque los caballeros romanos mataban ó desterraban á los que se atrevian á hablar en su favor. Las ciudades italianas declamaban violentamente contra la ingratitud de Roma, que se habia engrandecido por sus armas y les negaba la recompensa debida á sus servicios. Ecsasperadas por la muerte de Druso, hicieron alianza y se enviaron rehenes. Los primeros pueblos que tomaron las armas fueron los lucanos, los apulos, los marsos, los peliguos y los samnites. Su conspiracion fue tan secreta que no se supo en Roma en ocasion oportuna para impedirla. El procónsul Servilio, que estaba junto á Neapolis, informado de algunos movimientos hostiles de los habitantes de Asculo, marchó á contenerlos; pero se arrojaron sobre él y lo asesinaron; y lo mismo hicieron con los demas romanos que habitaban en la ciudad. Despues de este alzamiento la confederacion declaró públicamente sus designios, y envió al senado una memoria que contenia sus quejas y peticiones. El sena-

do respondió que «con las armas no se conseguian favores de Roma, sino con el arrepentimiento y la sumision.» Los diputados se retiraron y comenzó la guerra. Escepto la de Annibal, no sostuvieron los romanos otra mas activa, sangrienta ni peligrosa: porque no combatian contra los bárbaros, sino contra los que antes habian militado bajo sus banderas. El vacío que dejaron en los ejércitos tantos oficiales y soldados, obligaron á alistar los libertos. Esta guerra se llamó *social.* En la primer campaña fueron vencidos en muchas acciones los generales romanos. En la siguiente dieron muerte los marsos en una emboscada al cónsul Rutilio. El espectáculo de su cadáver y de otros muchos guerreros distinguidos, causó en Roma tal consternacion en el pueblo, que el senado dió un decreto para que se enterrasen en el sitio donde estaba el ejército, todos los que muriesen en una accion. Cepion, sucesor de Rutilio, cometió los mismos yerros, y tuvo el mismo fin. El peligro crecia, y el senado resolvió confiar á Mario el mando del ejército. La edad, sin haber suavizado el carácter feroz de este hombre, habia disminuido su audacia y actividad. No obstante, contuvo los ímpetus del enemigo, limitándose contra su costumbre á la defensiva. Pompeyo

Silon, uno de los generales mas acreditados del enemigo, le escribió que si era tan gran general como se decia, saliese de sus líneas y entrase en batalla. Mario le respondió: «Si eres tan hábil como crees, oblígame á salir del campamento y á combatir.» Terminó su campaña con una victoria: pero Sila, que servia bajo sus ordenes, consiguió triunfos mas brillantes y decisivos. Lo que salvó á Roma fue la division de los aliados: pues á haber perseverado en su union, hubieran oprimido á los romanos: pero separando sus tropas para defender cada uno su pais, fueron sucesivamente vencidos. La fortuna de Roma quiso que todos los pueblos, dentro y fuera de Italia, cometiesen el mismo yerro. Al año siguiente, bajo el consulado de Pompeyo, padre del grande y de Porcio Caton, el senado concedió la ciudadanía á los pueblos de Italia que no habian tomado las armas contra Roma. Esta medida afirmó la fidelidad de los pacíficos é introdujo el arrepentimiento en los rebeldes. Caton consiguió muchos triunfos, y envanecido con ellos, se atrevia á compararse á Mario. Mario el joven, celoso de la gloria de su padre, y tirano como él, se acercó al cónsul en el momento que acometia á los marsos, y lo asesinó infamemente. Pompeyo ganó

una batalla contra los picentinos, y se apoderó de Asculo, cuyos habitantes mandó azotar y degollar. Venció despues á los marsos, matándoles 18000 hombres. Sila venció dos veces á los samnites y se apoderó de su campamento. Atribuyósele el honor de haber terminado esta guerra tan funesta á entrambos partidos, que segun Veleyo Patérculo, perecieron en ella 300000 de los mas valientes guerreros de Roma é Italia. Los rebeldes se sometieron, y el senado mostrándose generoso despues de la victoria, les concedió la ciudadanía.

Guerra de Mitridates, y guerra civil entre Sila y Mario. (A. M. 3914. A. J. 90.) Sila obtuvo el consulado el año 662 de Roma. La tranquilidad, que produjo la terminacion de la guerra social, no duró mucho tiempo. Mitridates rey del Ponto, airado contra los romanos que le habian quitado la Frigia, arrojó del Asia menor las tropas que la guarnecian y ultrajó y mató indignamente al pretor Aquilio su prisionero. El senado le declaró la guerra, y dió al cónsul Sila el mando del ejército contra el rey del Ponto Mario habia empleado poco antes medios violentos para arrancar del templo de Júpiter las estátuas de Boco que consagraban la gloria de Sila: pero

sin conseguir su intencion. Viendo ahora á Sila encargado de la guerra del Asia, no pudo enfrenar su resentimiento. Resuelto á apoderarse de la autoridad que le negaban, y no limitándose ya á alimentar el ódio del pueblo contra el senado, pagó 3000 satélites, y los puso á las ordenes de Sulpicio, tribuno de la plebe, el mas atrevido de los facciosos y el mas adicto al partido de Mario. Sulpicio llamaba á aquella tropa su antisenado: y se valia de sus puñales para asesinar á los que le deservian. Sostenido por semejante canalla, abrió en el foro una secretaría, donde recibió el precio del derecho de ciudadano, que vendia desvergonzadamente á los libertos y estrangeros. Un hijo de Pompeyo, colega de Sila, fue asesinado en una sedicion: Sila quiso reprimir los desórdenes, y lo echaron de la plaza pública. Perseguido y obligado para salvar su vida á refugiarse en casa de Mario, éste le prometió la seguridad, pero á condicion que le cediese el mando del ejército de Asia. El pueblo escitado y engañado por Sulpicio, anuló los decretos del senado y dió á Mario el mando de aquel ejército: pero ya Sila era dueño de él: apenas llegó al campamento, sus soldados degollaron á los oficiales del partido de Mario, y éste hizo lo mismo

en Roma con los amigos de Sila. Desde este momento no es posible escribir sino con sangre la historia de la república, mas célebre en otro tiempo por sus virtudes que por sus victorias.

El senado, deseando, aunque inutilmente, impedir los males que amenazaban á la ciudad, envió á Bruto y á Servilio á tratar de la paz con Sila. Los soldados furiosos maltratan y despojan á estos diputados y los echan del campamento. Sila estaba incierto si marcharia ó no contra Roma: pero se cuenta que habiendo visto en un sueño á Belona dejar un rayo entre sus manos, dió parte de su vision al ejército y marchó rápidamente hasta las puertas de la capital. El pueblo, enfurecido contra el senado, hace cortaduras en las calles, y arroja desde lo alto de las casas piedras y flechas contra los soldados de Sila. Mario combate al frente de sus partidarios, y arma los esclavos para aumentar sus fuerzas: pero el ejército triunfa de aquella muchedumbre mas propia para las facciones que para las batallas. Sila se hace dueño de la ciudad y Mario evita la muerte huyendo. Pocos dias antes habia salvado la vida de Sila: este, mas implacable, lo hizo condenar á muerte y puso su cabeza en precio. Suplicio, vendido por un esclavo,

fue descubierto y asesinado. El pueblo sufria con indignacion el yugo del vencedor: Sila para apaciguarlo, consintió que se nombrase cónsul á Cinna, uno de los gefes del partdo popular; mas le hizo jurar que abrazaria su causa y le seria fiel: juramento, prestado por la ambicion, y quebrantado poco despues por la perfidia. Cinna citó á juicio al vencedor; y el altivo Sila, desdeñándose de responder, le dejó arengar al pueblo á todo su placer, salió de Roma y tomó el mando del ejército: seguro de que si el ódio le acusaba, aun cuando la justicia le condenase, seria absuelto por la victoria.

Mitridates se habia apoderado de Grecia, y Atenas seguia su partido. Sila entregó al saqueo las ciudades y templos de aquel desgraciado pais. El espíritu de faccion, que habia destruido la disciplina del ejército, hacia que los generales para ganar el afecto de las tropas les permitian todo género de escesos. Sila conoció la necesidad de restablecer el órden y volver á la autoridad su vigor. Estaba acampado cerca de Elatea y tenia al frente el ejército de Mitridates mandado por Arquelao, y su inmenso número, compuesto de todas las naciones del Oriente, aterraba á los romanos. En vano Sila se empeñó en hacerlos salir del

campamento: ni las burlas ni aun los insultos del enemigo consiguieron moverlos. El procónsul tomó el partido de someterlos á trabajos tan rudos y penosos, que prefirieron en fin los peligros á la fatiga y pidieron á gritos la batalla. Los enemigos sitiaban á Queronea; Sila los siguió rápidamente, é hizo marchar á la espalda de ellos, sin que lo conociesen, un cuerpo de tropas escogidas, que los atacó de improviso. El procónsul, aprovechándose de su desórden, los acomete con sus legiones, los derrota y hace en ellos grande carnicería. Despues erigió un trofeo en celebridad de esta jornada, y puso en las inscripciones: *Marte, Victoria y Venus*. Creia ó queria persuadir á los pueblos que Venus le favorecia particularmente, y por eso á sus nombres Lucio Cornelio Sila, añadia el de *Epafrodito*. Algunas veces tomaba tambien el sobrenombre *de Felix* (feliz): y cuando Mario atribuia á su génio sus triunfos, Sila atribuia los suyos á la fortuna. Este hábil político sabia que todos se arriman al partido de los afortunados. Las fuerzas de Mitridates eran demasiado numerosas para ser destruidas en una sola batalla: Sila tuvo que pelear otra vez con Arquelao junto á Orcomeno; y la pelea fue muy disputada. Sus soldados, oprimi-

dos por la multitud de los bárbaros, comenzaban á desordenarse. Sila desmonta, toma una bandera, se pone delante de los fugitivos y les dice: "*Yo he resuelto morir aqui: si os preguntan en Roma qué es de vuestro general, decid que le habeis abandonado en la llanura de Orcomeno.*" Dicho esto se lanza en medio de los enemigos. Las legiones reanimadas por su heroismo y vergonzosas de haber aflojado, se precipitan sobre los bárbos, los desordenan y hacen pedazos y se apoderan de su campamento.

Mientras Sila, cubriendo con laureles las llagas sangrientas de la república, parecia olvidar sus intereses personales y las amenazas de sus enemigos para atender solamente á la gloria de su patria, dominaban en el senado de Roma sus partidarios y complacian sus venganzas. Mario, perseguido y declarado enemigo público, se habia dado á la vela: pero un viento impetuoso echó su bajel sobre la costa de Italia. Sus compañeros, cobardes ó pérfidos, viéndole tan constantemente ultrajado por la fortuna, le abandonaron en la embocadura del Liris El dinero prometido por su cabeza, escitaba la codicia de muchos soldados, que le buscaban por todas partes. Mario se libertó de su persecucion sumergiéndose en

un pantano, y despues fue á la cabaña de un militar viejo y pobre al cual se descubrió. El generoso veterano recibió con respeto en su humilde asilo á su antiguo caudillo, y despues de haberle hecho tomar algun alimento, le llevó hasta la playa, atravesando las lagunas. Sintieron en breve á los soldados que le perseguian y que venian dando gritos; el viejo dejó tendido y encubierto á Mario entre unos cañaverales y se ausentó de alli. Todo conspiraba entonces contra aquel hombre estraordinario. Los soldados le descubrieron en el húmedo asilo donde se habia ocultado, y le llevaron preso á Mintúrnas. En el tiempo de su prosperidad habia hecho algunos servicios á los habitantes de aquel pueblo, que amaban su nombre y respetaban su gloria: pero los magistrados, temiendo la autoridad del senado, se creyeron obligados á seguir literalmente sus órdenes. Resolviéronse, pues á dar muerte al preso: y como ninguno de los habitantes, ni aun el verdugo, quisiese manchar sus manos con la sangre de aquel ilustre proscrito, encargaron á un cimbro, que estaba entonces en Mintúrnas, aquella triste operacion. El bárbaro recibió con alegría la comision de vengar la derrota y la ruina de sus conciudadanos. Entra con la espada en la mano en el cuarto

donde descansaba el héroe que habia sido azote de su nacion. El romano se levanta y echándole una mirada terrible, le dice: "bárbaro, ¿te atreverás á matar á Cayo Mario?" Al aspecto de aquel guerrero, que parecia aun llevar ante sí el espanto y la muerte, el cimbro aterrado deja caer el acero, y huye diciendo: "no me es posible matar á Cayo Mario." Esta última victoria de un héroe desarmado, escitó la admiracion del pueblo, y se manifestó tan descubiertamente el afecto que le tenian, que los mismos magistrados, avergonzándose de su crueldad y tiranía, condujeron á Mario hasta la playa. Entregóse al mar: corrió muchas veces el riesgo de ser preso en las costas de Sicilia, y desembarcó últimamente en la de Africa cerca de Cartago. El pretor Sextilio, que mandaba en aquella provincia, le envió un oficial para decirle, que sino salia prontamente de su gobierno, se veria obligado, á pesar suyo, á ejecutar las órdenes del senado y tratarle como á enemigo del pueblo romano. Mario, despues de un momento de silencio, respondió al mensagero: *di á Sextilio que has visto á Cayo Mario, desterrado de Roma y sentado junto á las ruinas de Cartago.* Hiémpsal, rey de Numidia, enternecido al principio de las desgracias del vencedor de Ingurta, le ofre-

ció un asilo en su reino, y tambien á su hijo, á Cetego y á otros desterrados. Pero despues, cuando quisieron salir de sus dominios, los detuvo en ellos y parecia dispuesto á grangear la amistad de Sila con una traicion. El amor los sacó del peligro en que estaban. El jóven Mario habia seducido á una de las concubinas del rey; y ésta, que velaba por la salvacion de su amante, dió escape a él y á su padre en una barca de pescadores.

Al mismo tiempo estaba Roma despedazándose con nuevas disensiones. El senado quiso dar el mando de las legiones de Italia á Pompeyo Rufo: pero las tropas que amaban á su comandante Estrabon, asesinaron al que iba á reemplazarle. En aquella época infeliz, no habia mas ley que la fuerza, y los ejércitos disponian del poder, anuncio el mas seguro de la ruina de un estado. Eran cónsules Cinna y Octavio: el primero, ardiente favorecedor del partido popular, propuso un decreto para la restitucion de Mario y de los desterrados: pero Octavio, mas poderoso en el senado que su colega, le echó de Roma, le destituyó, é hizo nombrar ilegalmente en su lugar á Mérula. Cinna, resuelto á vengarse de una violencia inaudita hasta entonces, imploró el ausilio de los pueblos de Italia, los cuales

le proporcionaron medios para levantar un ejército. Mario supo en Africa esta noticia: juntó algunas tropas en aquel pais, y se apoderó de cuarenta buques con los cuales pasó á Italia. Cinna, instruido de su desembarco, le envió los lictores y las demas señales de la dignidad consular. Mario no quiso recibirlas: dejó crecer sus barbas y cabello y se vistió de luto: porque sabia que recordando de este modo su infortunio y proscripcion, adquiriria mas partidarios que con la pompa y esplendor de una dignidad, objeto las mas veces de la envidia y del ódio. Su esperanza no fue engañada. Los desterrados, los facciosos, los arruinados por deudas, y los que no podian restablecer sus negocios sino por la guerra civil, acudieron en tropel de todas las provincias de Italia. Reunióse con Cinna y tomó todas las plazas, que servian á Roma de almacenes. Se acercó despues á la ciudad y se apoderó del Janículo. Octavio le obligó á evacuarlo: pero habiendo prometido Cinna la libertad á los esclavos, que se alistasen en sus banderas, se apoderó el terror del senado: y temiendo una rebelion por los síntomas que observaba en el pueblo, envió diputados á Mario y á Cinna, y les ofreció la paz con tal que jurasen no ejercer ninguna venganza. Antes de responder

á esta proposicion, Cinna ecsijió que se le restituyese la dignidad consular, y la obtuvo. Como le instasen á hacer el juramento ecsigido, se negó á ello y se contentó con asegurar que no seria causa de la muerte de ningun ciudadano. Mario estaba en pie junto á él, silencioso y triste: su aire sombrío y sus miradas feroces manifestaban el furor concentrado. Obligado en fin á hablar, dijo que si se creia útil su presencia en Roma, consentia en volver á ella: pero que habiendo sido proscrito por un decreto, era necesario otro para restablecerle en sus derechos: y en cuanto á lo demas, que estando acostumbrado á respetar las leyes aun las mas injustas, podian estar ciertos sus conciudadanos de que no quebrantaria ninguna mientras no las hubiese mejores. El desórden que habia en la ciudad obligó á los diputados á contentarse con estas respuestas equívocas, y se hizo la paz.

Mario entró en Roma, como en una ciudad tomada por asalto. Los vandidos que le acompañaban, obedeciendo á una señal de aquel hombre feróz, degollaron sin piedad á los ciudadanos mas virtuosos. Dieron muerte al pretor Ancario, solo porque Mario no respondiendo á su saludo, habia manifestado no estar contento de él. El célebre orador Marco

Antonio, uno de los mas nobles ornamentos de la tribuna de Roma, fue muerto en esta proscripcion Cátulo, varon ilustre y que habia sido colega de Mario, intercedió por él. Mario respondió con frialdad: "es fuerza que muera." Perecieron todos los amigos de Sila que no pudieron escaparse. Estos vencedores, llevando la venganza mas allá de la muerte, negaban la sepultura á sus víctimas, y se complacian en ver á los buitres cebarse en sus cadáveres. El senado, oprimido y diezmado, declaró á Sila enemigo de la república, su casa fue demolida y sus bienes vendidos, y no se perdonó á ninguno de sus amigos. Cátulo y Mérula, citados en juicio por haber ejercido las funciones de cónsul despues de la destitucion de Cinna, se robaron al suplicio por medio de una muerte voluntaria. Mario fue elegido cónsul por la séptima vez: el pueblo contaba que siendo niño, se habian visto siete águilas volando sobre su cabeza; y que un agorero, esplicando el presagio, dijo que ascenderia siete veces al poder supremo. Este viejo ambicioso y cruel, oprimido por la edad y los pesares, envidioso de la gloria de Sila, y temiendo su vuelta, no podia gozar un momento de reposo. De dia agitaba el furor su alma: por la noche, la sangre que habia der-

ramado, gravitaba sobre su corazon, y turbaba su descanso con sueños funerales. Queriendo libertarse de imágenes tan lúgubres, se entregó, contra su costumbre, á los banquetes y á la crápula, cayó enfermo y murió. Mario, hábil general é intrépido guerrero, mal ciudadano, y tan célebre por sus hazañas como por sus delitos, llegó en sus últimos dias á ser tan odioso al pueblo romano, como fue querido en su juventud. Fue el primero que ensayó en Roma la tiranía. Su último consulado no duró mas que diez y siete dias, y murió de edad de setenta años. Su hijo heredó sus vicios y su crueldad, pero no su gloria.

El pueblo dió el consulado á Cinna y á Carbon, que armaron la Italia y alistaron toda su juventud para completar las legiones. Entretanto Sila, proscrito en Roma, estendia con sus victorias la gloria de su patria. Metela, su esposa, escapó de la proscricion, se reunió con su marido en Grecia, y le informó que habian jurado su ruina, robado sus riquezas y vendido sus tierras. Arquelao al saber estas mudanzas creyó favorable la ocasion para recobrar con negociaciones lo que habia perdido por la suerte de las armas. Pidió una conferencia á Sila, y le propuso unirse con Mitridates, el cual le daria ausilios para vengarse de

su ingrata patria. Sila, sin responder á esta proposicion, le eshortó á rebelarse contra el rey del Ponto, ofreciéndole sus armas para usurpar el trono. Arquelao horrorizado desechó esta propuesta: «Y ¿qué, le replicó Sila, tú siervo de un rey bárbaro tienes honor para avergonzarte de una perfidia, y vienes á proponerla á un lugarteniente del pueblo romano, á Sila? Acuérdate que hablas á quien te ahuyentó de Queronea, cuando mandabas ciento veinte mil guerreros, y te obligó despues á esconderte en las lagunas de Orcomeno." Rota la conferencia, Sila continuó el curso de sus victorias y echó á los bárbaros de Grecia. Su escuadra batió á la del rey, y pasando al Asia concluyó la paz con Arquelao, y obligó á Mitridates á ratificarla. Se cuenta que habiéndole pedido aquel altivo monarca una conferencia en la Troade, se acercó á él, y sin hablarle le presentó la mano. Sila, sin alargar la suya, le preguntó: «¿Consientes en el tratado que he hecho con Arquelao?» El rey vacilaba en responder, y Sila prosiguió: «Mira que los que piden la paz son los que han de hablar: el vencedor debe callar y oir las súplicas.» Mitrídates declaró que ratificaba el tratado, y Sila lo abrazó y lo reconcilió con los reyes de Bitinia y Capadocia. Estos dos príncipes, que habian

sido destronados por Mitrídates, dijeron al general romano «¿cómo perdonaba á un príncipe que habia hecho asesinar en el Asia ciento cincuenta mil italianos?» Pero la situacion de Sila, el armamento de Italia contra él, y la cercanía de las legiones de Fimbria, general del partido de Mario, que mandaba en el Asia menor, le imposibilitában arruinar enteramente á Mitrídates. Se contentó pues con quitarle en el tratado las conquistas que habia hecho en Asia y Grecia, obligarle á pagar los gastos de la guerra y encerrarle dentro de sus estados. Libre de la guerra estrangera, atendió á la civil y marchó contra Fimbria, mas no tuvo que pelear con él: las legiones de aquel general lo abandonaron, y él se dio la muerte. Sila volvió á Grecia y puso sitio á Atenas, de la cual se apoderó por asalto, diciendo con menosprecio á los oradores atenienses que venia á castigar rebeldes y no á escuchar arengas. Sin embargo despues de haber desmantelado la ciudad, le volvió sus leyes y se inició en los misterios eleusinos. En Atenas descubrió las obras de Aristóteles y de Teofrasto, y enriqueció con ellas su patria. Envió al senado cartas amenazadoras, dándole cuenta de sus hazañas, enumerando sus quejas, anunciando su venganza, y prometiendo perdonar solo á los ciudadanos

virtuosos y pacíficos. El senado libre de la tiranía de Mario, y obedeciendo á otro nuevo temor, prohibió á los cónsules continuar el armamento, mas no fue obedecido. Cinna hizo embarcar sus tropas para hacer la guerra á Sila en el continente de Grecia; pero habiendo vuelto á entrar en Brundusio á causa de una tempestad, los soldados se declararon contra la guerra civil y no quisieron volver al mar. Cinna acudió para apaciguar el motin: su presencia lo irritó en lugar de calmarlo, y queriendo castigar á los rebeldes se arrojaron á él y lo mataron.

Entretanto Sila desembarcaba en Italia, donde habia quince ejércitos formados contra él. Los primeros que atacó fueron los que mandaban Mario el joven y Norbano, y los derrotó matándoles seis mil hombres. En las *memorias* escritas por él y dedicadas á Luculo, dice que este suceso decidió su destino, pues si no hubiera vencido todo su ejército, que empezaba á disgustarse de la guerra civil, se habria desbandado y entregádole indefenso al furor de sus enemigos Carbon quiso reconciliarse con Sila, mas éste desechó sus proposiciones. Escipion y Norbano, nuevos cónsules, Carbon y Mario hicieron los mayores esfuerzos contra Sila; pero se vió con sorpresa á Cetego,

partidario de Mario, seguir la causa de su enemigo, ejemplo muy comun en tiempos de facciones, en los cuales pierden su fuerza los vínculos de la humanidad, el interes borra los principios de justicia, y la ambicion triunfa de los demas afectos. El ejército de Escipion, abandonando á su gefe, cedió á las promesas y amenazas del vencedor de Mitrídates, y se pasó á sus banderas. El mismo cónsul fue arrestado; pero Sila le concedió generosamente la libertad. Carbon, admirando á pesar suyo el valor y los ardides de Sila, decia que habia en él un leon y una raposa, y que la raposa hacia mas estragos que el leon. Sila, ya por supersticion, ya por política, hablaba con respeto de los presagios y miraba los sueños como avisos de la divinidad. Cuando desembarcó en Italia la tierra se abrió junto á Brundusio, y salió una llama viva y clara que se lanzó al cielo. Los augures esplicando este fenómeno dijeron, que un hombre grande y rubio se apoderaria de la autoridad y daria la paz á la república. Sila tenia rubios los cabellos, y aplicándose este oráculo aumentó el ánimo de su ejército.

Norbano fue vencido otra vez por un general de Sila, y no atreviéndose á fiar en la generosidad de éste huyó. Los ejercitos de Sila y

de Carbon hacian en Italia los estragos mas horrorosos: todas las ciudades, divididas en las dos facciones, fueron teatros sangrientos de homicidios y latrocinios. Al año siguiente Pompeyo, Craso, Metelo y Servilio, generales del venturoso Sila, esperimentaron como él los favores de la fortuna. Metelo derrotó completamente á Norbano, que se dió la muerte: Pompeyo venció á Marcio, lugarteniente de los cónsules: Sila encontró á Mario el jóven junto á Signa, le dió batalla, le mató veinte mil hombres, y le persiguió con tanto furor que lo obligó á encerrarse en Preneste. Enfurecido Mario, no queriendo que el partido de la nobleza se regocijase de su infortunio, escribió á Bruto que hiciese matar á todos los que por temor abandonasen su causa: este orden atroz se ejecutó. Metelo derrotó el ejército de Carbon, el cual desanimado por este reves y por la desercion de una parte de sus tropas, se escapó al Africa, aunque tenia todavia bajo sus órdenes un cuerpo de treinta mil hombres Sila, despues de haber derrotado á Mario, entró sin obstáculos en Roma, y al principio limitó su venganza á confiscar los bienes de los fugitivos. Habiendo dejado guarnicion en la capital marchó á Preneste, que tenia sitiada, contra un ejército de samnites ausiliares de Mario; pero durante su

marcha Telesino, general de los samnites, se presentó inopinadamente á las puertas de Roma, con gran terror de los habitantes. Apio Claudio, al frente de pocos soldados, defendia la entrada con mas valor que esperanza. Sila acude con una parte de su ejército, y aunque inferior en número se atreve á dar batalla á aquellos antiguos y temibles enemigos de la república. A pesar de todos sus esfuerzos los samnites desbaratan el ala izquierda donde él mandaba: envuelto por los contrarios, invocó á Apolo délfico, del cual llevaba siempre una imágen de oro, reune sus soldados, y redobla su valor y pertinacia, aunque en vano, porque al fin se vió obligado á buscar su salvacion en la fuga. En el momento que se creia perdido y sin recursos, sabe con admiracion que Craso, comandante de su ala derecha, acababa de derrotar á los enemigos y de conseguir una victoria completa. Sila, furioso por el peligro que habia corrido, mandó degollar tres mil prisioneros y echar á la plaza de Preneste las cabezas de los generales Marcio y Carino. Los habitantes de la ciudad consternados por la derrota de los samnites, y desesperando de ser socorridos, se rebelan contra su general y se entregan á Luculo. Mario se dió de puñaladas: su cabeza fue enviada á Roma, y Sila mandó

clavarla en la tribuna de las arengas. Entretanto Carbon habia reunido tropas en África, é hizo un desembarco en Sicilia, donde fue derrotado por Pompeyo, y perseguido en la mar hasta Corcira. Alli fue hecho prisionero: Pompeyo, estraviado por los furores y por el ódio, tristes efectos de las guerras civiles, ultrajó á este cónsul, le mandó matar y envió su cabeza á Sila.

Este caudillo, dueño de Roma, no disimuló ya sus furores, y declaró ante el pueblo que queria recompensar dignamente á los que le habian sido fieles; pero que se vengaria de todos los que le habian ofendido. Mas cruel que Mario y mas implacable inundó de sangre la ciudad. Sus listas de proscripcion, dictadas no menos por la codicia que por el ódio, se aumentaban de dia en dia. En el campo de Marte degolló una vez ocho mil ciudadanos. Era delito capital haber servido en las banderas de Mario, y haber obedecido á los cónsules ó á sus generales. La amistad y aun la compasion de los proscritos era castigada con la muerte. La independencia, el honor y la humanidad conducian al suplicio: la sospecha valia tanto como la conviccion: la queja era un crímen. La posesion de una heredad fértil, de una bella casa, ó de una alquería productiva, era tam-

bien castigada; porque Sila, frio en sus violencias y profundo en sus crueldades, mataba para confiscar, y enriquecia á sus oficiales, partidarios y soldados con los despojos de sus enemigos, y aun de los que se habian mantenido neutrales en las disensiones. Por este medio se aseguraba el apoyo constante de los ejércitos, y un inmenso partido cómplice ya de sus venganzas, y tan interesado como él en sostener su poder y sus decretos. Las mismas escenas de latrocinios y asesinatos se repetian en todas las ciudades de Italia. La codicia, la delacion y el puñal perseguian constantemente á sus víctimas. Sila, temiendo que se les escapasen algunos proscritos, puso precio á sus cabezas y amenazó con la muerte á los que les diesen asilo. Al hermano de Mario se le hicieron saltar los ojos, y se le cortaron manos y lengua antes de matarlo. Los hombres mas perversos lograban el favor de Sila cometiendo crímenes. Catilina habia asesinado á su propio hermano, y suplicó á Sila que para disimular este delito incluyese al muerto en la lista de proscricion. Pagó despues este horrible favor dando de puñaladas á un enemigo de Sila y trayéndole la cabeza: concluida la espedicion lavó sus manos ensangrentadas en el agua lustral del templo de Apolo. La avaricia sacrificó mas víc-

timas que el rencor. Se acusaba y degollaba á los inocentes para conseguir premios. Aurelio, ciudadano pacífico y ageno de los partidos, viendo su nombre en la lista fatal esclamó: «¡Ay triste! mi casa de Alba me proscribe» y algunos momentos despues fue asesinado. En medio de aquella soberbia capital, dominatriz del mundo y esclava de un tirano sanguinario, algunos ciudadanos arrostraron la muerte con valor, y mostraron vestigios de la antigua libertad. Aufidio se atrevió á representar á Sila que si queria reinar en Roma no debia matar á todos sus habitantes. Metelo añadió: «sino quieres perdonar á ninguno de los condenados, da por lo menos seguridad á los que no has de proscribir, y no ignore ningun romano si le toca vivir ó perecer.» Caton, destinado á morir mas tarde por la causa de la libertad, tenia á la sazon no mas que catorce años; y como iba algunas veces á casa de Sila, preguntó un dia á su ayo ¿por qué se dejaba vivir á un tirano tan odioso? El ayo le respondió: «porque le temen aun mas que le aborrecen:» «pues bien, respondió el fiero mancebo, dame una espada y verás como lo mato.» Sila, pronosticando la ambicion y el destino de Julio César, que ya era bien quisto del pueblo, pensaba en proscribirle. Sus amigos se lo disuadieron. «No

aconsejais bien, les dijo Sila: las costumbres afeminadas y el cinto flojo de ese joven, os ocultan su índole; pero yo veo en él solo muchos Marios ».

Dictadura perpetua de Sila. (A. M. 3920. A. J. 84). Habiendo perecido en la guerra los dos cónsules Mario y Carbon, Sila salió de la ciudad, é hizo que el senado, segun la costumbre antigua, nombrase un interey. Fue elegido Valerio Flaco; y fiel á las instrucciones que habia recibido, representó á los senadores la necesidad de crear un dictador para restablecer el orden en la república, y al mismo tiempo opinó que no se pusiese coto á su poder. Sila, designado por el interey, ofreció al senado sus servicios. Los senadores no atreviéndose á rehusarlos, y creyendo hallar en las formas electivas un vestigio de libertad, eligieron al dichoso Sila dictador por todo el tiempo que le pareciese. El año 668 de Roma fue cuando esta ciudad, victoriosa de los reyes, recibió el yugo de un tirano.

Las turbulencias de la república estaban apaciguadas; pero el remedio violento que Sila empleó para curarlas, sumergió á Roma en la consternacion, y su inmovilidad era la de los sepulcros. Las crueldades de Mario, Cinna, Carbon, Sila y sus lugartenientes ater-

raban todos los ánimos. La invasion de Brenno y Annibal no habian costado tanta sangre á la Italia, y los vencedores temblaban como los vencidos; porque se acordaban de que Sertorio, no encontrando modo de sugetar á los seis mil soldados con que Mario habia entrado en Roma, le persuadió que los cercase y matase á flechazos. Se horrorizaban todos pensando en aquellos dias funestos en que ultrajados los nombres mas santos, delataban los hijos á los padres, y las mugeres sin honor á los maridos, y pedian á los verdugos el vil salario de su crimen. En aquel tiempo de delirio y horror en que la naturaleza estraviada no reconoce sus vínculos sino despues de haberlos roto, se vió á un hermano matar á otro en la batalla, y darse la muerte sobre su cadáver cuando le conoció. El senado temblaba á la vista del dictador, recordando el dia en que oyéndose un ruido espantoso que turbaba las deliberaciones, dijo Sila con serenidad: «no os inquieteis por esos gritos: son unos miserables que he mandado castigar.» Y aquellos terribles gemidos eran de ocho mil prisioneros degollados por orden suya. El pueblo no podia confiar en la fuerza de las leyes contra un hombre que habiendo hecho asesinar arbitrariamente á un senador, candidato

del consulado, y á uno de sus generales que tomó á Preneste, no dió mas disculpa de estos crímenes que decir: « los he muerto porque me resistieron. » Tampoco habia que esperar asilo en los templos: el pontífice Mérula habia sido degollado al pie de los altares de Júpiter; y su destino estuvo vacante setenta y siete años. Roma llevaba luto por noventa senadores, quince consulares, y dos mil seiscientos caballeros: las últimas proscriciones parecieron mas espantosas, porque en lugar de ser una efervescencia popular, servian al triunfo y á la venganza del partido de los grandes contra el del pueblo; y asi fueron mas largas, mas sistematizadas, mas cubiertas con la máscara del orden y de la justicia, y se estendieron no solo á la vida de los proscritos, sino tambien á su honor. Asi produjeron resentimientos mas durables: y los grandes mismos, que despues de adquirido el poder se lo disputaron unos á otros, se vieron obligados á buscar fuerzas en el mismo pueblo que habian despreciado y oprimido. Las venganzas de Sila tuvieron por un triste privilegio los dos caractéres de los partidos que dividian la república: fueron feroces como las del pueblo, y prolongadas como las de la aristocracia. Nadie manchó con delitos mas

grandes, acciones mas ilustres. Sin embargo, era tal el cansancio de los romanos y la necesidad del reposo, que Sila, poniendo fin á sus crueldades, pareció conservar la confianza del senado, el respeto del pueblo y el favor del ejército. Es verdad que ya no quedaba á Roma mas asilo que la monarquía que restableciese el equilibrio entre la nobleza y la plebe, destruido por la corrupcion de las costumbres. Pero esta misma corrupcion hizo que el poder viniese á parar, no en manos de reyes, sino de déspotas militares; porque las fiebres políticas podian curarse, mas no la gangrena moral que habia disuelto enteramente los vínculos de la sociedad humana.

El carácter de Sila presenta una mezcla inconcebible de cualidades y vicios, de grandeza y de pequeñez. Pocos hombres de génio le igualaron en osadía: pocos espíritus vulgares tuvieron mas supersticion. Un sueño bastaba para aterrar á este ambicioso que acometia sin temor á Roma, capital del mundo. Vivió mucho tiempo entregado á las letras y á los placeres, modesto en sus victorias, suave con sus iguales, sometido á sus gefes, familiar con sus inferiores; pero cuando se vió proscrito por Mario la pérdida de sus bienes, el asesinato de sus amigos, y el deseo de la

venganza, mudaron repentinamente sus costumbres. En Atenas y Roma manifestó muchas veces la ferocidad grosera de un cimbro. Conservaba no obstante algunos vestigios de sus primeros hábitos y de sus virtudes anteriores; y asi debió parecer á los romanos el mas caprichoso de los hombres. Unas veces llegaba su arrogancia hasta ser insolente: otras su afabilidad se parecia á la adulacion. Un dia perdonaba los delitos mas graves; y al siguiente castigaba con el último suplicio las faltas mas ligeras. Generoso con Escipion le dá libertad: implacable con Mario el jóven, le ultraja aun despues de muerto. Pompeyo, al cual rehusaba el triunfo, le insulta y le dice: «el pueblo está mas dispuesto á adorar al sol naciente, que al que se pone. »Sila, mas admirado que ofendido de su osadía, dijo: «pues bien, una vez que este jóven quiere triunfar, que triunfe.» Pocos dias despues mandó matar á Ofela, porque contra su voluntad solicitaba el consulado. Este guerrero, tan altivo con el senado, tan duro para el pueblo, tan inaccesible á la piedad y al temor, no podia resistir al ascendiente que habia tomado sobre él su esposa Metela. Ella sola podia triunfar de su orgullo y de su rencor. Los romanos no conseguian de Sila ningun

favor ni clemencia sino por la intercesion de su esposa. Cuando estaba moribunda, su marido, cediendo á la supersticion y temiendo que un cadáver mancillase su casa, la hizo transportar á otro alojamiento: pero habiendo muerto Metela, manifestó la mas violenta desesperacion, y le prodigó las espresiones del mayor dolor y ternura.

Habiendo llegado al poder supremo, recompensó la complacencia servil de Valerio Flaco nombrándole general de la caballería. Queriendo despues consolar á Roma de la dependencia en que estaba ofreciéndole alguna imagen de la antigua libertad, hizo que el pueblo nombrase cónsules á Marco Tulio Décula y á Cneyo Cornelio Dolabela. Las leyes que publicó tuvieron por objeto el mantenimiento del órden y de la autoridad del senado y la abolicion de los privilegios que se habia abrogado el pueblo. Renovó la prohibicion de solicitar el consulado antes de haber sido pretor; y estableció el intersticio de diez años entre dos consulados de una misma persona. Completó los colegios sacerdotales: introdujo trescientos caballeros en el senado: quitó á los tribunos de la plebe los derechos que habian usurpado; y limitó sus funciones á la de proteger como antiguamen-

te los intereses del pueblo. Estendiendo su poder á todo el imperio, ecsigió tributo de las provincias conquistadas, de las ciudades, pueblos y reyes aliados. En Roma dió la dignidad y derechos de ciudadano á diez mil libertos; y estendió esta medida á todas las ciudades de Italia para tener en ellas un partido seguro. Estos nuevos ciudadanos tomaron todos el nombre de Cornelio. Todas las tierras que pertenecian al fisco por las proscriciones, fueron distribuidas á los veteranos que habian conquistado bajo sus banderas la Grecia, el Asia y á Roma. Para lisonjear el orgullo de esta capital, despojada por él de la libertad, estendió su recinto, reedificó el capitolio que se habia quemado durante la guerra civil; é hizo buscar por todo el imperio copias de los libros sibilinos consumidos en aquel incendio. Para destruir las reliquias del partido de Mario en cualquiera parte que se arraigasen, envió al Africa á Pompeyo contra Domicio Enobarbo, yerno de Cinna, cuyas fuerzas se habian aumentado con la alianza de Juba, rey de Numidia. Pompeyo, en solo cuarenta dias, destruyó el ejército de Domicio, batió á Juba y conquistó la Numidia, cuyo trono dió á Hiémpsal. Sila le llamó á Italia: sus soldados querian dete-

nerle, mas él obedeció al dictador. Este, contento con su sumision, le dió el título de grande, que conservó despues. Entonces fue cuando obtuvo, ó por mejor decir, arrancó los honores del triunfo. Sila, ejerciendo siempre el poder absoluto, hizo que le nombrasen cónsul con Metelo. Despreciando insolentemente la opinion pública, sostituia muchas veces en el tribunal sus caprichos á las leyes, y concedia las rentas de una ciudad y aun de una provincia á histriones y mugeres de mala reputacion. Un mal poeta le dedicó un dia sus obras: el dictador le hizo un regalo magnífico y le mandó que no volviese á escribir versos.

En su consulado Roscio fue citado en juicio por Crisógono, que habiendo asesinado al padre de aquel, le habia hecho poner en la lista de los proscritos, y ahora queria apoderarse de su herencia. Ciceron se presentó por la vez primera en la tribuna, y defendió con valor la causa del heredero del proscrito en presencia del proscritor. Su brillante elocuencia escitó la admiracion general, y anunció á los romanos un grande hombre. Despues de este principio glorioso, pasó á Atenas á perfeccionar su talento. Apolonio Molon, uno de los mas célebres oradores de Grecia, habién-

dole oido, meditaba tristemente y no le aplaudia. Ciceron le preguntó la causa de su silencio, y Apolonio le respondió suspirando: «Admiro á la verdad tu discurso: pero me lastima la suerte de mi patria. Solo le quedaba la gloria de la elocuencia, y tú vas á quitársela y á transportarla á Roma." Ciceron era del orden de los caballeros: nació el mismo año que Pompeyo, que fue el 647 de Roma. Mientras que Sila procuraba consolar á la república, dándole algun reposo, de los males que le habian hecho sufrir tantas guerras estrangeras y civiles, su lugar teniente Murena que mandaba en Asia, impelido de su ambicion, volvió á comenzar, sin estar autorizado para ello, la guerra con Mitridates, tomando por pretesto que aquel príncipe aumentaba su ejército y se negaba á restituir algunas ciudades de Capadocia. Hubo una batalla, en la cual estuvo indecisa la victoria: porque la pérdida de ambos ejércitos fue igual, y uno y otro se retiraron á un mismo tiempo del lugar donde se dió la accion. Sila para abatir el orgullo de Mitridates que se atribuia la victoria, hizo que se concediese el triunfo á Murena: pero al mismo le dió orden de que suspendiese las hostilidades. Uno de los actos mas absolutos del dictador fue el decreto que hizo aprobar

por el senado y el pueblo, y que ratificó todos los que él habia dado antes y despues de su dictadura. Ciceron niega justamente el nombre de ley á este edicto despótico, que consagraba tantas atrocidades y hacia cómplice de ellas al pueblo romano.

Parecia probable que un hombre que habia derramado tanta sangre para conquistar el poder supremo, no le dejase sino con la vida: porque nadie se atreve á descender de un trono fundado por crímenes. El pueblo, acostumbrado al yugo, ofrecia al dictador el tercer consulado: pero con grande admiracion de Roma y del mundo, Sila lo rehusó, abdicó la dictadura y declaró que viviria en lo sucesivo como un simple ciudadano. Su génio ardiente y soberbio no hallaba un alimento digno de sí en los cuidados de una administracion pacífica. No tenia mérito para él la potencia sin peligros: y no habiendo ya que conquistar ni á quien proscribir, cualquiera otra ocupacion le parecia insípida y vulgar. Su retirada, mas atrevida que sus victorias, mostró que estaba muy fastidiado de los hombres para gustar de gobernarlos: y que los despreciaba demasiado para temerlos. Cuando bajó de la tribuna y se retiraba á su casa, un joven le dijo palabras afrentosas. »Tu imprudencia, le respondió

Sila con frialdad, hará que otro dictador no abdique.» Si nos admiramos al ver este hombre feroz, precedido poco antes de veinte y cuatro segures que inspiraban miedo, pasearse sin poder ni terror por la ciudad que habia inundado de sangre y entregarse desarmado á la venganza de las numerosas familias sumergidas por él en el luto y la miseria, se disminuye esta sorpresa recordando la inmensa cantidad de cómplices que habia adquirido por las confiscaciones: los partidarios que logró en el senado restableciendo los privilegios de este cuerpo: la adhesion de los cornelios que le debian su ecsistencia, y el afecto de los veteranos, vencedores bajo sus ordenes y enriquecidos por sus beneficios. Acometer á Sila hubiera sido acometer á todos, y su interes le formaba una guardia perpetua para la seguridad de su persona y el mantenimiento de sus leyes. El partido de los descontentos, numeroso, pero sin poder, se vengó de sus males verdaderos con chanzas inútiles. Daba á su autoridad absoluta, revestida con las formas republicanas, el nombre de *monarquía negativa* y de *tiranía confesada.* Sila, despues de su abdicacion, consagró á Hércules la décima parte de sus bienes, y dió una gran fiesta en la cual convidó todo el pueblo á un banquete.

La profusion fue tan grande, que hubo que arrojar al Tiber una gran cantidad de comestibles sobrantes. No teniendo ya ambicion sino para sus hijos, les dió los sobrenombres de Fausto y Fausta, creyendo que con esto serian tan afortunados como él. Despues de muerta Metela su esposa, casó con Valeria, hermana del célebre orador Hertensio.

Muerte de Sila. (A. M. 3924. A. J. 80.) Alejado de los negocios y retirado á Cúmas, se entregó á los placeres, quizá para libertarse de los remordimientos, y terminó su carrera como Mario, entre los escesos de la intemperancia. Dos dias antes de morir escribia sus *memorias*: pero siempre supersticioso, dijo que su muger Metela se le habia aparecido en sueños y avisádole que se reuniria pronto con ella. En un movimiento de enfado se le reventó un absceso que tenia en las entrañas y murió á la edad de 60 años. Su sombra pareció que queria renovar las discordias civiles: porque sus ecsequias dieron motivo á una violenta disputa entre los cónsules. Lépido queria que se le enterrase sin pompa y que se aboliesen sus decretos. Cátulo, sostenido por Pompeyo, ganó la votadura en el senado; y segun el decreto que propuso, el cadáver del dictador, vestido de la ropa triunfal, llevado sobre un lecho

de oro y precedido de veinte y cuatro lictores, corrió la Italia, venerado de todos los pueblos, y vino á Roma á recibir los últimos honores. Todos los soldados que habian militado á sus ordenes, acompañaron el cuerpo: las vestales, los pontífices, el senado, los caballeros, y mucha parte del pueblo le salieron á recibir. Se cantaron á coro sus alabanzas, y su pira se erigió en el campo de Marte. En tiempo de Plutarco se conservaba su sepulcro en el mismo campo con este epitafio, compuesto, segun se decia, por él mismo: *Aquí descansa Sila. Nadie le escedió en hacer bien á sus amigos y mal á sus enemigos.* Este hombre, tan célebre por sus crímenes como por sus hazañas, se mostró en su juventud digno de los bellos siglos de Roma (1). En otras circunstancias, no se hubieran conocido sino sus virtudes: las discordias civiles desenvolvieron sus vicios. La impunidad de sus escesos y el mantenimiento de sus actos aun despues de su abdicacion, enseñaron á los ambiciosos que Roma podia sufrir un tirano. Todas sus empresas, coronadas por la fortuna, le adquirieron el nombre de *Feliz*, desmentido por su abdicacion, su fas-

(1) No olvidemos la traicion infame de que se valió para apoderarse de Iugurta. (N. del T.)

tidio del mando, su triste fin y sus remordimientos.

Aun humeaban sus cenizas cuando el cónsul Lépido, no desalentado por su primer revés, emprendió reanimar la faccion popular, llamar á los desterrados, restituir los bienes confiscados á las familias de los proscritos y comenzar de nuevo las turbulencias civiles. Era mas ambicioso que hábil, é incapaz de llevar al cabo una empresa tan vasta que parecia justa por ser en defensa de los oprimidos; pero que envenenaba las heridas en lugar de curarlas, como todas las reacciones políticas: y como dice Floro, la república semejaba entonces á los enfermos que mueren cuando se vuelven á abrir sus llagas, que no pueden sufrir ningun remedio violento y solo sienten la necesidad de descanso. Cátulo, apoyado por un gran número de senadores, se oponia con actividad á los proyectos de Lépido, que tenia en su favor la muchedumbre y el partido de Mario. De las discusiones se pasaba á las amenazas, y ya venian á las manos. El senado receloso de nuevas turbulencias conjuró á los cónsules que no volviesen á destrozar la patria, eshausta por tan largos infortunios. Cedieron por el momento á su voz, suspendieron sus debates y sacaron las provincias á

la suerte. Lépido marchó á la suya que fue la Galia. Llamado á la capital poco tiempo despues, en lugar de venir solo como debiera, avanzó en Italia al frente de su ejército con el designio de obligar á los comicios á que le nombrasen cónsul segunda vez. El senado difirió la eleccion y encargó al interey Apio Claudio y al procónsul Cátulo, que velasen por la seguridad de la república. Cátulo, sostenido por Pompeyo, marchó contra Lépido, le venció en batalla campal, y le obligó á retirarse á Etruria. Despues de la derrota de Lépido fueron nombrados cónsules Decimo Bruto y Marco Emilio. Pompeyo, lugar teniente de los cónsules, penetró en la Galia Cisalpina, venció á Marco Bruto, lugar teniente de Lépido, le obligó á encerrarse en Mutina y despues á rendirse, y mandó cortarle la cabeza. Cátulo dió batalla en Etruria á Lépido: este peleó con tanto valor, que hubiera ganado la victoria, á no acudir Pompeyo en socorro del proconsul. Lépido vencido se retiró á Cerdeña. Concedióse una amnistía completa, y Roma conoció que Sila no ecsistia ya.

CAPÍTULO VIII.

Pompeyo y César.

Pompeyo encargado de la guerra contra Sertorio. Segunda guerra de Mitrídates. Consulado de Ciceron. Triunfo de Pompeyo. Triumvirato de Craso, César y Pompeyo. Gobierno de César en las Galias. Guerra de los helvecios y batalla de Bibracte. Guerra con Ariovisto rey de los suevos. Guerra con los belgas. Guerra contra los germanos y britannos. Guerra con los treviros. Guerra de Vercingetorix. Guerra civil entre César y Pompeyo. Batallas de Dirraquio y Farsalia. Batalla de Zela. Guerra de Africa y batalla de Tapso. Guerra de España y batalla de munda. Muerte de César.

POMPEYO *encargado de la guerra contra Sertorio.* (A. M. 3927. A. J. 77.) Pompeyo, que contaba mas victorias que años, habia triunfado en Sicilia, en Africa y en Italia, de la faccion de Mario, sin haber obtenido todavia

ninguna de las dignidades que daban derecho para mandar los ejércitos. Su mérito era su título, y la gloria se habia anticipado en él á la fortuna. En esta época, el partido de Mario, abatido en las demas provincias, solo mostraba fuerza y vida en España, donde Sertorio le sostenia con denuedo y victorias, que causaban en Roma grande inquietud. Habia vencido uno despues de otro á todos los generales que se habian enviado contra él: y el mismo Metelo, á pesar de su larga esperiencia en el arte de la guerra, cedia al génio de aquel gran caudillo. En estas críticas circunstancias juzgó el senado que solo Pompeyo podria oponerse con probabilidad de buen écsito á tan temible adversario. Sertorio, firme en sus designios, rápido en sus operaciones, fecundo en recursos, esento de temor en los peligrosos y de orgullo en la prosperidad, habia adquirido tanta reputacion por sus virtudes como por sus talentos. Este romano, no manchado por ningun vicio, digno de los tiempos antiguos, y fuera de su sitio en un siglo de corrupcion, se encontró por la fuerza de las circunstancias arrastrado á las discordias civiles, é ilustró su partido con hazañas sin participar de sus furores ni de sus crímenes. Era natural de Sabinia: se distinguió en la profesion de

orador por su elocuencia, y en la guerra contra los cimbros por su valor. Habiendo aprendido la lengua de aquellos bárbaros, se introdujo en sus campamentos, reconoció su posicion, dió informe de ella á Mario y contribuyó en gran manera á sus victorias. Perdió un ojo en una accion, y se consolaba diciendo que aquella señal honorífica era mas notable y permanente que ninguna otra. Vuelto á Roma solicitó el tribunado, y Sila impidió que lo consigüiese: desde entonces se unió invariablemente al partido de Mario. Partícipe de su gloria y no de sus escesos, le manifestó su horror á las proscriciones y le persuadió que acabase con los seis mil vandidos que habian inundado la ciudad de sangre. Despues de la muerte de Mario, viendo la poca union que habia entre sus lugar tenientes, de los cuales unos cometian yerros militares y eran vencidos, otros dejaban sobornar y corromper sus ejércitos, pronosticó la ruina de todos, y se retiró á España con mil hombres resueltos á morir por él. Los españoles, despreciando su corto número, no solo se negaron á pagarle las contribuciones ordinarias, sino ecsigieron ademas que pagase la susistencia y alojamiento suyo y de sus tropas. Los romanos que le seguían no podian habituarse á esta injuria

hecha á un procónsul, y querian que no pagase. Sertorio riéndose de una vanidad tan inoportuna, les dijo: «Dejadme que los satisfaga; asi gano tiempo, cosa que no hay dinero con que pagarla, cuando se meditan grandes empresas.” No pudiendo reunir fuerzas bastante considerables contra Annio, encargado por Roma de aniquilar su partido en España, y que ya habia vencido á su lugar teniente Salinator al pie de los Pirineos, cedió por algun tiempo á la fortuna de Sila, y se embarcó para el Africa. Sostuvo en ella la gloria que habia adquirido; restableció en el trono á Ascalio, que era perseguido por una faccion, y le ayudó á conseguir grandes victorias de los príncipes vecinos, enemigos suyos. El triunfo completo de Sila, su poder absoluto, sus venganzas crueles y la bajeza de los romanos en sufrir su tiranía, llenaron de indignacion el espíritu altivo é independiente de Sertorio. Cansado de los caprichos de la fortuna, irritado de la inconstancia de la muchedumbre y avergonzado de su patria, resolvió alejarse de la escena del mundo y retirarse á las islas Afortunadas, donde esperaba hallar, segun las relaciones de los viageros, habitantes sencillos y afectuosos, campos fértiles, costumbres puras, invariable paz y primavera

eterna; pero habia nacido para la ambicion y la gloria, y el amor del retiro se debilitó bien pronto en su corazon. Los lusitanos imploraron su socorro para defender la independencia de su pais contra los lugar tenientes de Sila: Sertorio no podia negarse á pelear por una causa tan noble que le ofrecia esperanzas de reanimar su partido. Tan osado como Viriato, y mas hábil en la ciencia de la guerra, juntó en breve un poderoso ejército, compuesto de los romanos refugiados en España, y de una multitud inmensa de guerreros de diversas naciones. Valiéndose ya de la fuerza, ya de la astucia, vió todas sus empresas coronadas de un écsito feliz. Obligó á Annio á evacuar la Lusitania, y estendiéndose por la península, venció á todos los generales que se atrevieron á acometerle. Su mansedumbre y justicia le ganaron el amor de los pueblos. Los patricios y caballeros romanos proscritos por Sila, acudian de todas partes á buscar bajo su proteccion un asilo inviolable, la imágen de la libertad y la esperanza de vengarse. Asi bajo sus tiendas ecsistia un senado independiente contra el senado esclavo de Sila. Estaba rodeado de cónsules, pretores, cuestores y tribunos, y parecia que Roma entera se habia trasplantado á su campamento. Al mismo tiempo que

los romanos hallaban la independencia bajo sus banderas, los españoles, sometidos á sus órdenes, asegurados por su valor, armados y disciplinados por un general tan hábil, le amaban como á padre y le respetaban como á rey. Sertorio, que poseía el arte de manejar los ánimos, se aprovechó de la superstición de los pueblos para darles mas confianza y aumentar su partido; y les persuadió que conferenciaba con los dioses y recibia de ellos consejos por medio de una cierva blanca que habia domesticado y le seguía aun entre el bullicio de los campamentos. Metelo, á quien el senado encargó pelear contra este gran capitan, empleó inútilmente su valor y esperiencia. No sabia pelear con sus legiones armadas completamente sino en batalla campal. Sertorio, mas jóven, activo y astuto tenia pocas tropas regladas y muchos guerreros valientes y dispuestos; pero que no sabian la táctica romana. Evitó, pues, con habilidad toda accion decisiva, y aprovechándose de la aspereza de los lugares, del conocimiento del terreno, del afecto de los habitantes y de la ligereza de sus tropas, apresaba todos los comboyes, ponia emboscadas, se presentaba y desaparecia como un relámpago, huía en el momento que Metelo pensaba haberlo cogido, y caía sobre él

cuando le suponia muy lejos. Asi debilitaba las fuerzas romanas sin comprometer las suyas, y Metelo era vencido por su enemigo sin haber logrado combatir con él. Un refuerzo inesperado mudó de repente la posicion y los planes de Sertorio. Perpenna llegó á España con las legiones que habian escapado de la derrota de Lépido. Este patricio, orgulloso por su nacimiento, creyó que la Lusitania y aun toda la España, y las tropas del partido de Mario le darian el mando general: pero sus propios soldados, prefiriendo la gloria á la altivez y el mérito al nacimiento, le obligaron á reunirse con Sertorio y á someterse á él: con lo cual hallándose este capitan al frente de un verdadero ejército, marchó contra Metelo y le venció en varios reencuentros. Mitrídates le envió entonces una embajada ofreciéndole su alianza y socorros poderosos, con tal que le dejase señor del Asia. El general romano tenia mas virtud que ambicion, y no podia preferir el bien momentáneo de su partido á los intereses de la patria. Respondió, pues, no como un desterrado, sino como un cónsul, que aceptaria la alianza, si el rey se contentaba con la Bitinia y la Capadocia, que nunca habian pertenecido á Roma; pero que sino seria su enemigo; pues él peleaba para

realzar la gloria y la libertad de la república, no para disminuir su poder. Esta respuesta noble y generosa aumentó la estimacion de Mitrídates á Sertorio, y el tratado se hizo como queria este general.

Cuando su gloria y prosperidad habian llegado á colmo, Pompeyo, á quien se habia dado el título de procónsul, desembarcó en España con un nuevo ejército. Su primer combate no fue dichoso; porque yendo á socorrer á Laurona que estaba sitiada, Sertorio lo venció y se apoderó de la plaza. Despues de la victoria, una muger española arrancó los ojos á un soldado que quiso ultrajarla: la cohorte á que pertenecia el soldado, se disponia á vengarle, porque toda ella no solo aprobaba aquel insulto, sino cometia diariamente otros semejantes. Sertorio lo supo, y condenó á muerte los soldados de un cuerpo tan indisciplinado: lo que no solo afirmó el buen órden en las tropas sino tambien aumentó el afecto que le tenian los españoles. Metelo, mas feliz contra los lugar-tenientes de Sertorio que contra éste, consiguió en la Bética una gran victoria de Lucio Hirtuleyo, que para vengar este revés, acometió de nuevo al enemigo y fue muerto. Los ejércitos de Pompeyo y Sertorio se encontraron una vez junto á Sucrona,

ciudad de los edetanos. La victoria se disputó por mucho tiempo. Afranio derrotó el ala derecha de Sertorio y la persiguió hasta su campamento ; pero Sertorio vencedor con su ala izquierda, obligó á Pompeyo á retirarse, se arrojó despues sobre Afranio y lo derrotó. En medio del tumulto de esta batalla, desapareció la cierva de Sertorio, lo que fue mirado como un agüero siniestro. Un soldado la trajo por la noche, y Sertorio la ocultó. Al dia siguiente reunió el ejército y declaró que en un sueño se le habia prometido por los dioses la restitucion de la cierva querida. Apenas habia pronunciado estas palabras, se presentó el animal, corrió á él, y se hechó á sus pies. Este ardid disipó el terror de los lusitanos, los confirmó en su supesrticion y reanimó su valor. Sertorio perseguia á Pompeyo; pero sabiendo que se le habia reunido Metelo, se retiró diciendo: "sino hubiera llegado esa *vieja*, yo hubiera enviado el *niño* á Roma bien azotado.» Metelo llamaba á Sertorio "*el fugitivo de Sila*, escapado del naufragio de Carbon." Asi eternizan las facciones sus ódios, esacerbándolos con el menosprecio. Metelo y Pompeyo obligaron en fin á Sertorio á arriesgar una accion general: despues de una batalla larga y disputada, Pompeyo cedió y Sertorio ven-

ció á Metelo, que recibió una herida y estuvo á pique de caer prisionero: mas sus tropas reanimadas por el peligro de su general, se arrojaron furiosamente sobre los sertorianos y los desbarataron. Los de Pompeyo, alentados con este suceso, volvieron al combate y le quitaron la victoria á Sertorio. Este se vió obligado á retirarse. Metelo mancilló su último triunfo con el orgullo y la crueldad. Hizo que le rindiesen los honores divinos en las ciudades de España y puso en precio la cabeza de Sertorio, esperando vencerlo, como dice Plutarco, mas bien por traicion que con las armas.

Mientras pasaban en España estas cosas, la turbulencia de los tribunos producia en Roma nuevas alteraciones. Sicinio, uno de ellos, solicitaba que se restituyesen al tribunado sus privilegios: el cónsul Curion lo hizo matar; pero al año siguiente el pueblo alborotado por causa de la carestía, obligó al cónsul Aurelio Cota á abolir la ley de Sila, que escluia de todas las dignidades á los que hubiesen sido tribunos. Al mismo tiempo acometió á la república un nuevo enemigo muy formidable, porque habiéndose hecho dueño de todos los mares, interceptaba los convoyes y esponia la capital del mundo al azote del hambre. Los

cilicios que habitaban en las costas del Asia Menor, un pais montuoso y casi impenetrable, se hicieron temibles á todos los pueblos por sus piraterías. Aumentaron sus fuerzas dando asilo á los piratas de las demas naciones que se acogian á ellos. Sus barcos numerosos y ligeros, se presentaban en los mares, destruian el comercio é infestaban las playas. Ciceron, que entonces era cuestor en Sicilia, libertó á Roma de la carestía, enviando un gran convoy de granos, que felizmeute se escapó de manos de los piratas. A su vuelta de aquella isla, en la cual habia restablecido el órden y las leyes, se halló muy ofendida su vanidad, como él mismo cuenta ingenuamente, cuando al desembarcar en Italia, conoció por las preguntas que le hacian los ciudadanos mas distinguidos, que la mayor parte de sus compatriotas ignoraba si venia de Africa, de Sicilia ó de su casa de campo. Este desengaño de su amor propio, le movió á consagrarse á la profesion de orador, y se fijó en Roma con el designio de ostentar siempre sus talentos á la vista de sus conciudadanos, para quitarles la posibilidad de olvidarlo. La provincia de Macedonia fue acometida en esta época por los dardanios: el procónsul Curion los subyugó, venció á los dacios, conquistó la Mesia y penetró hasta el

Danubio. Asi, á pesar de las turbulencias contínuas de Roma, sus armas victoriosas rechazaban en todas partes á sus enemigos. Parece que la fortuna hizo á los romanos invulnerables para los bárbaros, é incapaces de ser vencidos sino por sí mismos.

En españa continuaba siempre la guerra civil; pero la suerte inconstante que habia elevado tanto á Sertorio, cesó repentinamente de favorecerle. Habia algun tiempo que Perpenna, envidioso de su gloria y cansado de obedecer, vejaba á los soldados con trabajos muy duros, les infligia castigos crueles y descontentaba á los españoles, esigiéndoles crecidos tributos, Este pérfido, fingiendo que hacia aquellas cosas por órden de Sertorio y contra su propia voluntad, hizo aborrecible el general al ejército y al pueblo. No tardaron las sediciones: Sertorio, obligado á obrar contra su carácter, ejerció rigores que produjeron su efecto ordinario; el de necesitar de otros nuevos y enagenar los ánimos de dia en dia. Poco seguro de la fidelidad de las legiones, vacilantes ya por las intrigas de su lugar-teniente, confió á los celtiberos la guardia de su persona, con lo que acabó de irritar á los romanos. Cuando Perpenna los vió en la disposicion que deseaba, tramó una conspiracion

contra la vida de Sertorio; y como uno de los conjurados iba por indiscrecion á descubrir el secreto, el lugar-teniente se apresuró. Convidó al general á un banquete: empezaron á hablar en presencia suya de un modo libertino, contrario como todos sabian, á la severidad de las costumbres de Sertorio. Indignado de aquella licencia, se recostó en el lecho volviendo la espalda á sus indignos convidados, que se arrojaron sobre él y le dieron de puñaladas. Perpenna, heredero de su poder y no de su génio, no tardó en llevar el castigo de su traicion. Pompeyo conociendo su temeraria incapacidad, dispersó en los campos los soldados de algunas cohortes: el enemigo cayó en el lazo y diseminó tambien sus fuerzas para perseguir á los forrageadores. Entonces Pompeyo le ataca súbitamente, destruye sin dificultad un ejército desordenado y hace prisionero á su indigno gefe. Perpenna no tenia valor para salvarse, y recurrió á una nueva perfidia. Los papeles de Sertorio estaban en su poder, y constaban de numerosas correspondencias con muchos senadores, caballeros y otros ciudadanos de todas clases, que favorecian secretamente desde Roma aquel partido. El vil Perpenna los entregó al vencedor creyendo que con ellos compraria la vida. Pompeyo, justificando el

sobrenombre de grande, que se le habia dado, ahogó aquella funesta semilla de discordias y venganzas, y echó en público al fuego todos los papeles sin leerlos, honró con nobles lágrimas la memoria de Sertorio y vengó á este grande hombre, enviando al suplicio su asesino. Estos dos actos de justicia y generosidad atrajeron á sus banderas los soldados de la faccion vencida. Habiendo terminado la guerra de España, que habia durado diez años, Pompeyo hizo erigir en los montes Pirineos monumentos de su victoria, de los cuales quedaban algunos vestigios muchos siglos despues. El senado le concedió por segunda vez los honores del triunfo.

En el mismo año Publio Servilio venció por mar á los piratas, penetró en Cilicia y se apoderó de Isaura, su ciudad principal, por lo que adquirió el sobrenombre de Isáurico, Vencidos los piratas, mas no subyugados, volvieron á parecer con nuevas fuerzas, é hicieron alianza con los cretenses que los recibieron en sus puertos. Marco Antonio, hijo del orador y padre del famoso triumviro, fue enviado contra ellos con gran armada; pero los piratas rompieron su línea, tomaron al abordage casi todos sus buques, y colgaron á su vista los marineros romanos con las cadenas

que presuntuosamente tenia destinadas para atar á los enemigos. Este general temerario y desgraciado no pudo sobrevivir al pesar de aquella derrota, que aumentó hasta lo sumo la potencia de los piratas.

Segunda guerra de Mitrídates. (A. M. 3928. A. J. 76) Mitrídates, viendo el mar casi cerrado á los romanos, y á Pompeyo y Metelo ocupados en España por las fuerzas de Sertorio su aliado, concibió esperanzas, no solo de recobrar el Asia, sino tambien de llevar el terror como Annibal al pie de las murallas de Roma, eterna enemiga de los reyes. Sus esperanzas se aumentaron cuando supo que la Italia estaba ardiendo en los furores de una guerra intestina, escitada por un esclavo tracio, que rompiendo sus hierros habia sublevado los de su clase y formado de ellos un grande ejército. Pero Roma, aunque habia perdido sus costumbres conservaba todavía su valor: su poblacion guerrera acudia á todos los peligros, y en estas circunstancias críticas terminó la guerra de España por medio de Pompeyo, contuvo á los galos con firmeza, luchó en Italia contra Espartaco, mantuvo la Grecia bajo su yugo y envió contra Mitrídates un ejército poderoso mandado por Luculo. El senado trató al principio con desprecio la rebelion de los

que presuntuosamente tenia destinadas para atar á los enemigos. Este general temerario y desgraciado no pudo sobrevivir al pesar de aquella derrota, que aumentó hasta lo sumo la potencia de los piratas.

Segunda guerra de Mitrídates. (A. M. 3928. A. J. 76) Mitrídates, viendo el mar casi cerrado á los romanos, y á Pompeyo y Metelo ocupados en España por las fuerzas de Sertorio su aliado, concibió esperanzas, no solo de recobrar el Asia, sino tambien de llevar el terror como Annibal al pie de las murallas de Roma, eterna enemiga de los reyes. Sus esperanzas se aumentaron cuando supo que la Italia estaba ardiendo en los furores de una guerra intestina, escitada por un esclavo tracio, que rompiendo sus hierros habia sublevado los de su clase y formado de ellos un grande ejército. Pero Roma, aunque habia perdido sus costumbres conservaba todavía su valor: su poblacion guerrera acudia á todos los peligros, y en estas circunstancias críticas terminó la guerra de España por medio de Pompeyo, contuvo á los galos con firmeza, luchó en Italia contra Espartaco, mantuvo la Grecia bajo su yugo y envió contra Mitrídates un ejército poderoso mandado por Luculo. El senado trató al principio con desprecio la rebelion de los

esclavos; pero Espartaco, gefe de ellos le desengañó en breve. Este tracio, igual en talentos á los mas grandes capitanes de Roma, se escapó de las cárceles de Cápua con doscientos compañeros, destinados como él á servir de espéctáculo al pueblo y á perecer como gladiadores complaciendo la curiosidad sanguinaria de una plebe ociosa y cruel. Espartaco se acampó en el Vesuvio con su pequeño escuadron y favorecido por la astucia de su muger, que se fingia inspirada y tenia fama de adivina, proclamó la libertad de todos los esclavos, y aumentó su tropa con los de Campania. Al frente de ellos derrotó á Apio Claudio Pulcer, que venia á acometerle con tres mil hombres. Otro pretor, llamado Vatinio se le opuso con fuerzas mas considerables, y fue vencido y muerto por Espartaco. Adornado con los despojos é insignias del vencido, se presentó desde entonces con el aparato de un pretor, precedido de lictores con haces. Pareció mas digno por su virtud que por su fortuna de la imprevista elevacion á que habia llegado; pero aunque inspiró su valor á los bárbaros que mandaba, no pudo comunicarles sus sentimientos generosos. Indignado de los horrores que cometian en las ciudades y campos de Italia resolvió licenciarlos y despedirlos

á sus tierras, contento, decia, con haber róto las cadenas de tantos desgraciados. No bastaba la libertad á aquellos feroces guerreros, sedientos de pillage y venganza, y asi no quisieron obedecer. La discordia se siguió á la licencia: los galos, que componian la mitad de su ejército, se separaron de él y eligieron por general á Crixo: y Espartaco solo conservó en sus banderas á los tracios sus compatriotas. El destino de Roma fue triunfar siempre por la desunion de sus enemigos. El cónsul Gelio marchó contra los galos y venció á Crixo, que murió en el combate. Unido despues con el pretor Ario, acometió á los tracios; pero Espartaco consiguió la victoria á fuerza de habilidad é intrepidez, y ahuyentó el ejército consular. Aunque vencedor, no hizo mas que un acto de venganza. Para celebrar los funerales de Crixo y humillar el orgullo de los enemigos, quiso que sufriesen por una vez la desgracia que ellos hacian sufrir á sus cautivos en la guerra, y obligó á trescientos prisioneros romanos á combatir en su presencia como gladiadores. Marchó despues rápidamente hácia Roma, y puso en huida, casi sin pelear, las tropas del procónsul Casio y del pretor Manlio. En medio de estos reveses, el célebre Caton, jóven entonces de diez y siete años,

manifestó el valor digno de la antigua Roma. Siempre era el primero en el ataque y el último en la retirada. Austero partidario de las leyes, se negó ostinadamente á recibir los premios militares que sus gefes querian darle, diciendo que debian ser recompensa de las hazañas y no del favor, y que él no los habia aun merecido. Marco Craso, que fue despues mas célebre por su opulencia, avaricia y presuncion, que por sus hazañas, gozaba de mucho crédito. Discípulo de Sila y rival de Pompeyo, fue nombrado pretor y se le encargó la guerra contra los esclavos. Es probable que Espartaco hubiera triunfado facilmente de tal adverserio (1) á no introducirse de nuevo la discordia en sus tropas. Los galos y germanos le abandonaron, pelearon sin órden en Lucania, fueron dispersados y perdieron en la fuga treinta y cinco mil hombres. Espartaco con las pocas fuerzas que le quedaron marchaba á guarecerse de los Alpes; pero fue acometido de los romanos. Antes de entrar en la batalla, se apeó, mató su caballo, y dijo á

(1) No olvidemos que Sila debió á Craso la victoria que consiguió de los samnites junto á Roma, cuando ya se creia perdido. (N. del T.)

sus soldados: "si venzo, no me faltarán caballos; si soy vencido, no tendré necesidad de ellos. " Resuelto á triunfar ó morir, se arroja impetuosamente sobre el enemigo, desordena sus filas y lo obliga á retirarse; pero habiéndolo perseguido con demasiado ardor, se vió cercado por todas partes. Fue herido gravemente y peleó mucho tiempo con la rodilla en tierra, con el escudo en una mano y la espada en la otra. Cubierto al fin de su sangre y de dardos, ú oprimido por el gran número de contrarios, pereció despues de haber dado muerte á muchos, cuyos cadáveres amontonados le sirvieron de trofeo y de sepulcro. Su muerte desalentó sus tropas, y dió la victoria á los romanos. Cuarenta mil esclavos perecieron en esta jornada: los demas se dispersaron. Solo cinco mil, mandados por Publipor, defendieron algun tiempo su vida y libertad. Pompeyo, que entonces llegaba de España, y á quien se le habia encargado esta guerra, marchó contra ellos y destruyó sin dificultad aquellas miserables reliquias de Espartaco. Demasiado orgulloso por una hazaña tan pequeña escribió al senado que si Craso habia vencido á los esclavos, él acabó de estinguir las raices de aquella guerra.

Craso obtuvo el pequeño triunfo, llamado

ovacion, en el cual la corona de mirto se sustituia á la de laurel; pero él creyó engrandecer su victoria consagrándola con una profusion sin ejemplo hasta entonces. Diez mil mesas se sirvieron á costa suya para el pueblo, y dió á cada ciudadano el trigo necesario para mantenerse tres meses. Este fue un verdadero triunfo de su vanidad contra su avaricia. Envidioso de Pompeyo, queria balancear su crédito haciéndose popular, y su ambicion volvió á abrir las llagas de Roma, haciendo restituir á los tribunos la autoridad que Sila les habia quitado (1). Este mismo año, que fue el 684 de Roma, nació Virgilio en Andes, aldea cercana á Mantua, cuando Ciceron ascendia al empleo de edil. La suerte parecia resarcir á Roma de su prósima decadancia, ilustrando la tumba de la república con el esplendor del mas grande de sus poetas, del mas elocuente de sus oradores, y de los guerreros mas ilustres del universo. El senado libre de un enemigo tan formidable como Espartaco, encargó á Metelo la

(1) Los males que sufrió Roma en los dias de su corrupcion, no tuvieron por origen el tribunado, sino el proconsulado. Sila se equivocó, como todos los que proscriben, en la verdadera causa de los desórdenes públicos. (N. del T.)

guerra contra los cretenses y castigarlos por su alianza con los piratas. Sus armas victoriosas destruyeron el prestigio de la reputacion militar que tenian desde la antigüedad aquellos insulares. Apoderóse de Cidonia, Ecnoso y Liso. Pompeyo, que no queria dejar gloria ni poder á ninguno de sus rivales, logró por sus intrigas que se nombrase á Octavio lugar-teniente suyo, en lugar de Metelo; pero este general, irritado de tan grande injusticia y alentado á desobedecer con ejemplos recientes, conservó el mando, sometió la isla de Creta, hizo que Octavio fuese testigo pasivo de sus victorias y lo obligó á reembarcarse. El único resultado de los esfuerzos de Pompeyo fue impedir por tres años que Metelo obtuviese los honores del triunfo.

Mientras Roma combatia en España contra Sertorio y en Italia contra Espartaco, el cónsul Luculo atacaba en el Oriente á Mitrídates, el enemigo mas hábil y temible que tuvo la república, despues de Annibal. Luculo, igual de Sila en los talentos militares y superior en las virtudes, mas ambicioso de gloria que de autoridad, queria ilustrar su patria, no subyugarla. El defecto que mancilló sus grandes cualidades, fue el amor escesivo de los placeres. Tampoco estuvo esento del vicio capital de su época; y en vez de imitar el desinterés

de los antiguos generales romanos, se aprovechó de su poder para juntar inmensas riquezas. Pero aunque tan opulento como Craso, no fue tan avaro; al contrario, se le culpó justamente de haber contribuido con su prodigalidad voluptuosa, que se hizo muy célebre, á la corrupcion de las costumbres y á la decadencia de la república. Luculo, considerado como general, fue quizá demasiado severo con la tropa, y no supo ganar su afecto; pero cuando no mandaba se distinguió siempre por la dulzura de su carácter y por su urbanidad. Instruido en la literatura griega, elocuente en la tribuna y sostenedor de la justicia en una época de facciones, no tuvo parte en los crímenes de Sila, aunque fue su cuestor y su amigo; y á pesar de sus opiniones libres conservó siempre influjo sobre aquel hombre feroz. Sila le dedicó sus *comentarios* y le nombró tutor de su hijo. Esta preferencia escitô la envidia de Pompeyo, y desde entonces fueron rivales y casi enemigos. Luculo habia logrado en Asia sus primeras victorias bajo las órdenes de Sila, y se hizo célebre por la batalla naval en que venció la armada de Mitrídates. Habiendo obtenido el consulado, solicitó el mando del ejército de Oriente. Pompeyo lo deseaba tambien; pero á ninguno de

los dos se dió. Luculo tuvo por provincia la Galia; y como Pompeyo decia que pasaria de España á Italia con su ejército, pretestando la falta de dinero, Luculo para tener lejano un rival tan peligroso hizo que se le suministrasen socorros mas que suficientes. Cuando volvió de Galia, pidió el gobierno de Cilicia con la esperanza de suceder á su colega Cota, que estaba peleando contra Mitrídates. La fortuna favoreció sus deseos, porque Cota, para no repartir con él la gloria del triunfo, no lo esperó, atacó imprudentemente al rey del Ponto y fue vencido. Luculo, que acababa de derrotar á los cilicios, marchó rápidamente en socorro de Cota, y se halló en fin con el mando que por tanto tiempo habia sido objeto de su ambicion.

Mitrídates, preparado desde mucho antes á esta guerra, aliado de Sertorio y de los piratas de Cilicia, conquistó la Capadocia y parte de la Bitinia, aunque su último rey la habia legado en su testamento al pueblo romano. Despues de tantas ofensas solo la victoria podia libertar al rey del Ponto de la venganza de Roma; y su ruina, en caso de ser vencido, era inevitable. Reunió pues un ejército de ciento cincuenta mil hombres, reformó las costumbres de su pueblo, abandonó el lujo asiático, intro-

dujo en sus tropas las armas y táctica romanas, y Luculo, que solo tenia treinta mil hombres, habia de pelear, no con asiáticos afeminados, sino con legiones cubiertas de hierro, disciplinadas, instruidas y acostumbradas á la guerra y á la victoria. Mitrídates sitiaba á Cizico: el general romano tomó el prudente partido de contemporizar y evitar las acciones generales, esperando que el enemigo no podria por mucho tiempo dar subsistencias á un ejército tan numeroso. Los romanos, encerrados en su campamento, se indignaban de la timidéz de su gefe; pero este supo resistir á los clamores y el suceso le justificó. El ejército de Mitrídates se halló reducido en poco tiempo á una carestía tan espantosa que los cadáveres servian de alimento á los soldados. En vano quiso el rey usar de los castigos mas rigorosos para mantener en la obediencia sus tropas hambrientas: se desbandaron y se retiraron desordenadamente. Luculo saliendo entonces de su campamento las persiguió, las alcanzó en las orillas del Granico, é hizo en ellas gran matanza. Esta sola victoria hubiera podido terminar la guerra; pero el astuto Mitrídates viendo que iba ya á ser cogido, sembró sus tesoros por el camino, y debió su salvacion á la avidez del soldado romano, cebado en el botin y olvidado de

perseguir al rey. Luculo, habiendo obtenido que se le prorogase el proconsulado, conquistó la Bitinia, destruyó dos escuadras que el rey del Ponto enviaba á Italia, obligó á este príncipe á encerrarse en su reino, hizo prisionero á Marco Mario, embajador y lugarteniente de Sertorio, y mandó darle muerte en castigo de su rebelion. Mitrídates no pudiendo vencer á Luculo trató de asesinarle; pero el desertor encargado de esta accion fue preso, y el rey no sacó de aquella infamia mas fruto que el oprobio de haberla intentado. El romano en lugar de espantar á Mitrídates con un ataque vigoroso, fingió circunspeccion y timidéz; pero sin dejar de observar los movimientos del contrario para aprovecharse de ellos. Mitrídates, engañado por estas apariencias, atacó en una posicion desventajosa para él á un convoy romano, que se defendió con valor. Luculo, arrojándose entonces sobre el enemigo, lo sorprendió y desordenó de tal modo que el rey tuvo que huir á pie y sin comitiva. En el tumulto de los que huian cayó en el suelo, y debió segunda vez la vida al ardor de los romanos por el botin: un mulo cargado de oro impidió que continuasen persiguiéndole. Mitrídates, sabiendo que el reino del Ponto iba á caer en poder de los enemigos, despues de dar á sus mugeres

y hermanas la orden de morir se refugió á los estados de su yerno Tigranes, rey de Armenia. Luculo intimó á éste que entregase á su suegro ó se preparase á la guerra. Tigranes, dueño de gran parte del imperio de Ciro, veia á sus órdenes muchos pueblos del Asia, tenia por cortesanos y oficiales de su palacio á muchos príncipes de oriente que le servian de rodillas, y habia tomado orgullosamente el título de rey de reyes. Admirábase con indignacion de la insolencia romana, despidió con desprecio al embajador Apio, y declaró sin miedo la guerra á Roma. Sus aduladores no le permitian ni aun sospechar el peligro de semejante determinacion. Luculo acometió á este coloso, de mas tamaño que fuerza, pasó el Tigris y penetró en Armenia. Tigranes no podia creer que un ejército tan pequeño se atreviese á atacarle, y no se persuadió á ello hasta que vió derrotada su vanguardia. Entonces determinó retirarse para reunir todas sus fuerzas. Luculo prosiguiendo su marcha, sitió á Tigranocerta. El rey, segun lo habia previsto el general romano, no pudo sufrir la humillacion de ver sitiada su ciudad favorita y se adelantó para socorrerla. Luculo, dejando al pie de sus murallas diez mil legionarios, salió intrépidamente contra los armenios con solo veinte mil hombres.

Un rio separaba los dos ejércitos. Tigranes, cuyas fuerzas ascendian á cuatrocientos mil combatientes, entre ellos mas de cincuenta mil de caballería, se rió al ver el pequeño número de los romanos. «Para embajadores, decia, son muchos: para enemigos muy pocos.» Luculo hizo un movimiento para buscar vado en el rio, y el armenio creyó que se retiraba amedrentado de las fuerzas que se habian desplegado á su vista; pero Taxilo, uno de los reyes que asistian á su corte, le dijo: «tu poder ha hecho un milagro si obliga á los romanos á retirarse sin combatir; porque no es esa su costumbre. Veo sus yelmos desnudos y brillantes, sus escudos sin cubierta, y las ricas cotas de mallas que llevan puestas: yo los conozco bien: no se adornan asi sino para las batallas.» Al mismo tiempo vieron que Luculo, pasado el rio, marchó por su flanco, adelantándose con rapidéz hácia el ejército del rey. Tigranes asombrado esclamó: «¿qué, se atreven á acometernos?» Los gefes de las legiones conjuraban á su general para que difiriese el combate, porque aquel dia, aniversario de la derrota de Escipion por los cimbros, era *infausto* para Roma. *Yo lo haré felíz*, dijo Luculo. Mientras él ataca de frente al ejército de Tigranes, habia enviado á sus flancos un cuerpo de caballería que lo ro-

dea, ataca y le corta la retirada. Los bárbaros ceden á la impetuosidad de las legiones y quieren retirarse; pero embarazados por su mismo número confunden sus filas, y ni pueden combatir ni huir: los caminos se llenan de hombres, armas y bagages: la confusion es estrema: la pelea se convierte en matanza, y los romanos no se detienen hasta haber degollado cerca de cien mil hombres; y les costó muy poca gente haber destrozado un ejército tan grande. La diadema de Tigranes cayó en manos del enemigo: Tigranocerta fue tomada por asalto, y se consiguió en aquella ciudad un botin inmenso.

La moderacion de Luculo despues de la victoria le grangeó el afecto de los reyes y ciudades del oriente. Dió un ejemplo raro de justicia y firmeza aliviando á los pueblos, que estaban cargados de impuestos, é impidiendo las vejaciones de los arrendadores romanos. Sin embargo, el tesoro de la república no le suministró nada para esta guerra, y la hizo á costa de los reyes vencidos. Si esta conducta le mereció la estimacion del senado y el aprecio de los estrangeros, enagenó el amor de los soldados, que esperaban el repartimiento de los tesoros enviados al fisco por Luculo. El rey de los partos, teniendo noticia de sus victorias

le envió embajadores para solicitar su alianza, y al mismo tiempo prometió su apoyo á Tigranes á condicion de que le cediese la Mesopotamia. Luculo, informado de este trato doble, despidió á los embajadores y declaró la guerra á aquel monarca. El ejército romano, acostumbrado por las guerras civiles á la indisciplina, se negó á marchar contra los partos. Luculo, despues de haber intentado en vano los medios de rigor, se vió obligado á ceder á los facciosos y á permanecer en la inaccion. Mitrídates y Tigranes, animados por aquella inobediencia, reunieron de nuevo sus fuerzas y se prepararon á tomar la ofensiva. La noticia de su marcha restableció momentáneamente la disciplina en el ejército romano, que se sometió á su general y tomó las armas. Luculo acometió á los reyes y consiguió una completa victoria junto á Artaxata. Mitrídates fue uno de los primeros que huyeron. El rigor del invierno detuvo los progresos de los romanos, que en esta campaña se limitaron á la conquista de algunas ciudades. La fortuna, que hasta entonces habia favorecido á Luculo constantemente, declinó en un instante; y aunque no fue vencido perdió todo el fruto de sus victorias. El espíritu de sedicion volvió á reinar en su ejército: los oficiales y soldados preguntaban por qué

ellos estaban pobres y su general rico. Luculo, á pesar suyo, hizo algunos castigos que irritaron los ánimos. Su cuñado Publio Clodio, hombre tan vicioso que adquirió una celebridad vergonzosa en aquel siglo corrompido, sobornó y sublevó contra el general las antiguas legiones de Fimbria. En vano Luculo, informado de los nuevos movimientos del enemigo, solicitó que sus legiones volviesen al camino del honor; se negaron ostinadamente á ponerse en marcha hasta que supieron que Tigranes habia vuelto á Armenia, y que Mitrídates presentándose en el Ponto habia arrojado de él á Fabio, encargado de defender aquella provincia. El temor las obligó en fin á someterse; pero Triario, que mandaba un cuerpo separado, no quiso esperar á Luculo y perdió una batalla contra Mitrídates, que se apoderó de su campamento despues de haberle muerto seis mil hombres. Luculo llegó demasiado tarde para socorrer á Triario, y no pudo obligar á Mitrídates á dar batalla. Quiso entonces llevar su ejército contra Tigranes, que aumentaba diariamente sus fuerzas; pero las rebeliones contínuas de sus tropas no le permitieron arriesgar una accion con soldados tan sospechosos. Los dos reyes, aprovechándose de esta anarquía militar, se apoderaron sin obstáculos del Ponto y de la

Capadocia, y aun amenazaron la Bitinia, al mismo tiempo que en Roma se acusaba á Luculo de prolongar la guerra para enriquecerse. El tribuno Manilio propuso que se diese á Pompeyo el mando del ejército de oriente, añadiéndolo al proconsulado de los mares y al gobierno de las costas del imperio que habia obtenido para terminar la guerra de los piratas. Esto era entregarle casi el cetro del mundo. Cátulo, príncipe del senado, y el orador Hortensio se opusieron ostinadamente á la ley Manilia; pero el pueblo, apasionado por su ídolo, le sacrificó, segun acostumbra, la libertad. César y Ciceron sostuvieron la ley; Ciceron con la esperanza de ascender al consulado: César porque convenia á sus designios secretos acostumbrar los romanos á tener un señor. La ley fue adoptada.

Pompeyo, cuando llegó al Asia, prohibió á las tropas obedecer á Luculo, anuló todas sus ordenanzas, y solo le dejó mil seiscientos hombres para que le acompañasen en su triunfo. Los dos generales tuvieron una conversacion, que empezó urbanamente con enhorabuenas recíprocas por sus victorias, y se terminó por acusaciones de ambicion y codicia, que de una y otra parte eran justas. Luculo cuando volvió á Roma, entregó en el tesoro

una gran cantidad de oro y plata; lo que le justificó, pero solo en parte, de las malversaciones que se le imputaban. El dia en que triunfó, murió su ambicion. Fastidiado de la gloria por la inconstancia de la fortuna y la ingratitud de los hombres, se presentaba rara vez en el senado, el cual queria oponer su talento y su firmeza republicana á la ambicion de Pompeyo. Consagrado el resto de sus dias al descanso, al estudio y á los placeres, adquirió celebridad por la magnificencia de sus palacios, la belleza de sus jardines, y la profusion voluptuosa de sus banquetes. Las hazañas de su juventud y el lujo de su vejez, presentaban la imágen de Roma en su fuerza y en su decadencia. Todos los paises del mundo contribuian á los placeres de su mesa: horadó montañas para que el mar pasase junto á su quinta, y se criasen en ella peces monstruosos; por lo cual el pueblo le dió el nombre de Jerjes romano. Despues que Ciceron y Caton salieron de Roma, no volvió á presentarse en el senado. Algunos historiadores dicen que el esceso de los placeres turbó su razon y abrevió sus dias: otros, que Calistenes, su liberto, le dió veneno creyendo que solo era un filtro, con el cual queria apoderarse esclusivamente de su amor y confianza. Todo

el pueblo romano asistió á sus esequias; y mandó que fuese enterrado como Sila en el campo de Marte; pero su hermano consiguió que se le llevase á Tusculo, donde habia construido su sepulcro.

El espíritu sedicioso del ejército romano, dejando respirar á Mitrídates, habia impedido su total ruina; pero tambien es cierto que Luculo, vengando á Roma de los ultrajes y crueldades de aquel príncipe y dando un golpe mortal á su poder, habia derrotado muchas veces sus ejércitos y los de Tigranes, libertado el Asia de su dominacion y conquistado el Ponto, la Armenia y la Siria; de modo que Pompeyo no tenia mas que hacer sino apoderarse de las mieses segadas ya por su rival. Pompeyo, mayor por su fortuna que por su génio, parecia entonces destinado á heredar sin trabajo el fruto de las hazañas y gloria de los mas famosos capitanes de la república. La suerte que le favorecia constantemente, el crédito que sus riquezas le daban en el pueblo, el logro de sus empresas y la amenidad de su carácter, le habian hecho adquirir sin crimen aquel imperio casi absoluto que Mario y Sila consiguieron á costa de tanta sangre y delitos. Era hijo de Pompeyo Estrabon, que estimado como general, se habia

hecho odioso por su avaricia. Un rayo le mató, y el pueblo creyéndole herido por los dioses, insultó su cadaver; pero el mismo pueblo manifestó al hijo, desde su primer juventud, tanto afecto como aborrecimiento habia tenido á su padre. Cneyo Pompeyo, dotado de una elocuencia noble y persuasiva, reunia en su carácter dignidad, gracia y dulzura. Se parecia tanto á Alejandro el Grande, que muchas veces se le dió el nombre de este héroe. Cuando Cinna fue por algunos momentos dueño de Roma, adivinando los talentos y el futuro destino de Pompeyo, resolvió quitarle la vida. Pompeyo, habiendo descubierto su intencion, sublevó algunos soldados en favor suyo, y con su ausilio se libertó de los puñales del cónsul. Citado en juicio algun tiempo despues como heredero de su padre, defendió la causa con tanta elocuencia, que el pretor Antistio, que era el juez, le propuso la mano de su hija, ademas de sentenciar á favor suyo. El pueblo, no ignorante de la intencion del magistrado, empezó á clamar: ¡*Talasio*! ¡*Talasio*! grito usado en Roma cuando se celebraban las nupcias. La tiranía de Carbon fue la época en que comenzó la fortuna de Pompeyo, y la debió solamente á su osadía. En aquel tiempo en que las leyes enmudecian ante la violen-

cia, los ciudadanos á quienes su riqueza ó sus virtudes esponian á la proscricion, se retiraban lejos de Roma, la abandonaban á los furores de los atroces partidarios de Mario, y buscaban un asilo en el campamento de Sila. Pompeyo no quiso presentarse en él como un fugitivo; y aunque no tenia ninguno de los títulos que daban entonces autoridad, logró con sus discursos, promesas, regalos, y con el socorro de los proscritos, reunir y armar tres legiones, cuyos oficiales nombró él mismo. Apoderóse de muchas ciudades; y siendo rodeado por tres gefes del partido de Mario, les dió batalla, mató con su mismo acero á uno de ellos, y derrotó los enemigos. No tenia mas que veinte y tres años cuando consiguió esta victoria. El consul Escipion, celoso de sus progresos, marchó contra él; pero Pompeyo, habiendo enviado diestros emisarios al campo contrario, atrajo á su partido todos los soldados del cónsul, que debió su salvacion á la prontitud de su fuga. El mismo Carbon no pudo resistirle, y fue completamente batido por el. Pompeyo no se presentó á Sila sino cubierto de laureles y con un ejército victorioso. Aquel famoso capitan, que trataba al senado romano con altaneria y al pueblo con dureza, y que nunca habia de-

puesto su orgullo ante ningun poder, sorprendió mucho á la tropa de cortesanos que le rodeaba, cuando se le vió, presentándose Pompeyo, bajar del caballo, saludarle y llamarle *imperator*; título que solo se daba á los cónsules y generales despues que habian conseguido grandes victorias: sin embargo, Pompeyo no ejercia entonces ninguna magistratura; no era mas que caballero, y aun no habia tomado asiento en el senado. Sila, justo apreciador de su mérito, queria llamar de la Galia á Metelo, y confiar á su jóven lugarteniente el mando de aquella provincia. Pompeyo no ignoraba que la gloria modesta desarma la envidia, y no quiso ofender el amor propio de un guerrero antiguo é ilustre, poniéndose en su lugar; y asi pidió servir en la misma provincia bajo sus órdenes. Cuando Sila fue dictador, obligó á Pompeyo á repudiar á su muger Antistia y á casar con Cornelia su hija separándola violentamente de su marido Escauro, cuando estaba en cinta. Pompeyo obedeció, no teniendo para el disfavor la misma osadía que para el peligro. Cornelia y su madre murieron de pesar; Antistio pereció asesinado, y sus sombras debieron oscurecer siempre la brillante carrera de Pompeyo. Desde entonces no mostró mas virtudes que las

que podian conducirle al poder soberano. Su campaña brillante de Africa aumentó su celebridad, y Sila le honró con el título de Magno. Despues de la muerte del dictador, arrojó de Italia y Sicilia á Lépido y Perpenna. La ciudad de Mesana resistia á sus órdenes oponiendo las leyes á la autoridad, y Pompeyo respondió: «no me hableis de leyes mientras estoy armado.» Tal era Roma en su decadencia: la justicia desaparecia ante la fuerza. Pompeyo era mas hábil aunque atrevido. Al mismo tiempo que conservaba la amistad de Sila, ejecutando públicamente sus órdenes crueles, y enviando al suplicio á Carbon y á Valerio, adquiria el afecto y la estimacion del pueblo, ocultando sin comprometerse y librando á muchos proscritos. Recompensaba magníficamente sus tropas; pero las sometia á una disciplina severa. Habiendo sabido que sus legiones cometian escesos y violencias, las castigó pegando las espadas á las vainas con su mismo sello, para que no pudiesen usar de las armas sino con orden suya. Era consumado político, y conocia la vanidad del pueblo que sufre las cadenas y no los insultos. Y asi, aunque era general vencedor y habia obtenido el triunfo, antes de tomar asiento en el senado, admiró á Roma sometiéndose á las

antiguas reglas, y presentándose como simple caballero en el tribunal del pretor para esi-mirse del alistamiento en virtud de haber hecho las campañas que la ley esigia. El es-plendor de sus victorias, su moderacion apa-rente y la suavidad de su trato, le hacian el ídolo de los romanos. Querian darle todos los mandos y dignidades: creian engrandecerse elevándole: todos los ánimos volaban á recibir su yugo, y la república parecia convidarle con el poder supremo.

Cuando los corsarios de Cilicia, cubriendo el Mediterráneo con mil navíos, destruían en todas partes el comercio, infestaban las cos-tas y robaban los templos, amenazando á Ro-ma un nuevo peligro, quizá mayor que el de las invasiones mas terribles, el senado y el pueblo no hallaron otro general mas capaz que Pompeyo para libertar la Italia de aquellos enemigos; y entonces, olvidando el temor sa-ludable que sirve de escudo á la independen-cia, el favor popular le dió un poder sin lí-mites. Pusiéronse á su disposicion quinientos bajeles, quince lugar tenientes elegidos por él, ciento veinte y cinco mil hombres, y la au-toridad absoluta en todas las costas de Euro-pa, Africa y Asia, con facultad de esigir con-tribuciones sin dar cuentas. Caton, defendien-

do ostinadamente la libertad sobre las ruinas de la república, se opuso inútilmente á esta ley propuesta por el tribuno Geminio. El pueblo dijo que se oponia por envidia y enfado. Cátulo tomó un camino mas á propósito para impugnar la ley. "¿Cómo esponeis, dijo al pueblo, un hombre tan útil á la república y que amais tanto, á las guerras y á los peligros? Si perece, ¿á quién pondreis en su lugar?" "A tí, Cátulo," esclamó el pueblo, y la ley fue adoptada. Pompeyo justificó la confianza pública con victorias rápidas y brillantes. Escogió trece senadores por lugar tenientes, dividió el mar en trece regiones, y en cuarenta dias, atacando á los piratas á un mismo tiempo en todas, purgó de ellos las costas. No contento con haber destruido sus escuadras, los atacó en su misma guarida al pie del monte Tauro, tomó sus fortalezas y ciudades y terminó la guerra.

Pompeyo estaba en Cilicia cuando sus amigos y agentes, aprovechándose de los reveses de Luculo, lograron en Roma que se le diese el mando del ejército de oriente, conservándole su poder absoluto en los mares y las costas. Cuando el tribuno Manilio hizo adoptar este decreto que apoyaban Ciceron y César por motivos de interés, Cátulo indignado es-

clamó: «buscad ahora un risco mas alto é inaccesible que el Aventino, donde nos retiremos para defender la libertad.» Pero hablaba en desierto en medio de un pueblo corrompido. Plebe y senado adoptaron la ley. Pompeyo supo en Asia que se habian cumplido sus mas ardientes deseos, y afect · pesarle tanto como era su alegría interior. «¿Cuándo concluirán, decia, mis fatigas y trabajos? ¿no me será lícito nunca gozar del descanso, que ya tengo merecido, á la sombra de mis bosques y en el seno de una familia que idolatro?» Ocultando asi la sed del mando bajo la máscara de la modestia, este hombre diestro y ambicioso habia adquirido sin violencia una autoridad casi monárquica, y tanto mas temible cuanto parecia legal y no usurpada. Juntando sus numerosas legiones con las que le dejaba Luculo, marchó rápidamente contra Mitrídates y lo derrotó en el primer encuentro. Le persiguió con ardor y le alcanzó junto al Eufrates. Se cuenta que Mitrídates, turbado por un sueño, habia previsto su derrota. La batalla se dió por la noche: los rayos pálidos y engañosos de la luna prolongaban de tal modo las sombras de los romanos, proyectándolas sobre los enemigos, que los bárbaros creyéndolos cerca cuando todavia estaban le-

jaños, lanzaban sus dardos y flechas contra ellas; y asi ya estaban sin armas arrojadizas al acometerlos el enemigo. Se desbandaron llenos de terror y diez mil de ellos perecieron en la batalla. Mitrídates, despues de haber distribuido dósis de veneno á sus amigos, para que no cayesen vivos en poder de los romanos, huyó y buscó un asilo en los estados de Tigranes. Este príncipe ingrato y cobarde le negó la hospitalidad y puso en precio su cabeza. El desgraciado rey del Ponto, habiéndolo pérdido todo menos el valor, atravesó con rapidez la Colquide, y se ocultó en los desiertos de Escitia. Pompeyo, acompañado del hijo de Tigranes, que se habia rebelado contra su padre entró en Armenia. El rey, tan débil en el peligro como soberbio en la prosperidad, tomó el partido vergonzoso de venir á ofrecer á Pompeyo su persona y estados. El general romano le trató al principio con el desprecio que merecia, no permitiéndole que entrase á caballo en el campamento. El cobarde Tigranes se le acercó respetuosamente, se quitó la diadema y la espada y quiso ponerlas á los pies del romano; pero Pompeyo le levantó y le permitió sentarse junto á él. «Nada os he quitado, le dijo; Luculo fue quien os desposeyó de la Siria, Fenicia, Galilea y Sofene. Lo

que os dejó os conservo; y ademas daré la Sofene á vuestro hijo. Pagareis á Roma seis mil talentos por los daños que habeis querido hacerle.» Tigranes, que solo pensaba en conservarse en el trono, aunque fuese con degradacion, se sometió humildemente á las condiciones dictadas por el vencedor. Los romanos le saludaron rey. Tigranes el jóven, que no creía suficientemente recompensada su traicion con una sola provincia, no quiso firmar el tratado: se le puso en prision y sirvió despues de ornamento en el triunfo de Pompeyo.

Fraates, rey de los partos, queriendo oponerse á los progresos de las armas romanas, envió embajadores al general para intimarle que limitase sus conquistas en el Eufrates. Pompeyo respondió que se pararia donde pensase que era justo y conveniente. Fraates no se atrevió á atacarlo y se contentó con guarnecer sus fronteras.

Pompeyo, libre de todo temor por la parte de Armenia, siguiendo las huellas de Mitrídates, pasó el Caucaso, sometió los albanos, derrotó en batalla campal á los iberos, entró en la Colquide, volvió á someter á los albanos que se habian rebelado, les ganó una sangrienta victoria, en la cual mató pelcando cuerpo á cuerpo al hermano del rey de aquel

pais y destruyó el ejército enemigo. Halláronse en el campo de batalla muchos calzados de muger, lo que dió motivo á que se renovase la fábula de las amazonas, y á que se creyese que habian peleado como ausiliares de los albanos. Pompeyo quiso penetrar en Hircania. Plutarco dice que suspendió su marcha por el gran número de serpientes que hay en aquel pais: lo mas probable es que temió entrar en los desiertos, teniendo á las espaldas tantos enemigos vencidos, pero no subyugados. Cuando volvió á los estados de Mitrídates, mereció el mismo elogio que Escipion y respetó las mugeres del rey que por la suerte de las armas habian caido en su poder. Estratónica, prostituta en su juventud, y despues concubina de Mitrídates, conservaba en esta especie de elevacion su bajeza primera. Con el objeto de adquirir á su hijo Jifáres la proteccion de los romanos, entregó á Pompeyo una ciudad y los tesoros de Mitrídates, que este rey le habia confiado. Cuando él supo en Escitia la traicion y el motivo de ella, mandó matar á Jifáres. Entre los papeles suyos que cayeron entonces en poder de Pompeyo, se hallaron las órdenes que habia dado para asesinar al rey de Capadocia, matar á su hijo y envenenar algunas de sus mugeres. Estas revelaciones,

que descubrieron sus delitos y mancillaron su gloria, le fueron mas nocivas que todo el poder de los romanos.

Pompeyo, no pudiendo perseguir á Mitrídates, cuyo paradero ignoraba, marchó á Siria, y redujo aquel reino á provincia romana, á pesar de las reclamaciones de Antíoco el Asiático, que fue el último de los seleucidas. Su objeto era estender las fronteras del imperio romano hasta el mar Rojo por la parte del sudeste, asi como las habia puesto por la parte del occidente en el mar Atlántico. Atravesó, pues, la Fenicia y la Palestina, y venció á los árabes, mas no pudo subyugarlos, porque sus desiertos los preservaban de toda dominacion estrangera. Pompeyo, al volver de esta espedicion, halló que Aristóbulo, hermano de Hircano, rey de Judea, se habia rebelado y hecho fuerte en Jerusalen. Pompeyo tomó por asalto la ciudad, que devolvió al legítimo rey. Su moderacion y afabilidad le ganó el afecto del pueblo. Respetando la religion, dejó al templo sus riquezas y visitó el santuario abatiendo como Alejandro la gloria humana ante la magestad de Dios. Sin embargo, la entrada de un profano en aquel lugar sagrado era, segun la ley de los judíos, tan criminal que á este sacrilegio atribuyeron despues los

reveses y muerte desastrada de Pompeyo. Mientras que sin obstáculos conquistaba la Siria y la palestina, Mitrídates se apareció de repente en el Bósforo Cinmerio, y formó el atrevido proyecto de pasar á Italia, atravesando la Escitia, la Pannonia y la Iliria con un ejército numeroso que habia reunido de escitas, dárdanos y bastarnos. Antes de acometer tan grande empresa, escribió á Pompeyo pidiéndole la paz, y el general romano se la negó. Cuando iba á ponerse en marcha, su hijo Farnáces reveló el ejército contra él y Mitrídates se dió la muerte. Pompeyo estaba en Jericó, receloso de la nueva aparicion del rey del Ponto; mas no tardó en saber su muerte por un correo que le envio Farnáces. Este parricida sometió á los romanos el cetro adquirido por un crímen; y por otra vileza, tan despreciable como atroz, envió por tributo á Pompeyo el cadáver de su padre. Mitrídates habia sido tan formidable durante el espacio de cuarenta años, que los romanos al verle muerto, mostraron una alegría indecorosa. Pompeyo no participó de esta debilidad, sino apartó con horror los ojos de aquel espectáculo, diciendo: "el ódio de Roma contra Mítridates no debe pasar mas allá de la muerte." Digno entonces de su gloria por su generosi-

dad tributó á la memoria de aquel rey célebre todos los honores que á pesar de sus vicios se debian á su dignidad y á su génio.

Consulado de Ciceron. (A. M. 3939. A. J. 65.) En los dias felices de la república admirábamos las virtudes y dignidad del senado, la energía del pueblo, la emulacion de todos los ciudadanos que no disputaban sino sobre cual amaba mas la patria. Las leyes y costumbres de esta gran nacion nos obligaban á estudiarlas y venerarlas. Pero desde que la fortuna y el poder, y con ellos la corrupcion, elevaron á los grandes, no son ya el pueblo ni el senado los que llaman nuestra atencion: se fija toda entera sobre un corto número de grandes capitanes ú oradores célebres que se disputan el honor de mandar á los señores del mundo. No escribimos ya la historia de la república, sino la de algunos hombres. Mientras Pompeyo estendia la gloria y el poder de Roma hasta las estremidades del Oriente, dos conjuraciones formadas en el seno de la ciudad, la amenazaban con su total ruina. El tribuno Rulo, hombre diestro, elocuente y faccioso, estraviando el pueblo, queria restablecer la tiranía de los decemviros; y Catilina, patricio tan célebre por su talento y osadía como por sus crímenes, encendiendo la guer-

ra civil, solicitaba con el ausilio de sus numerosos cómplices y de una gran parte del ejército de Italia, degollar el senado y resucitar en Italia todos los horrores y proscriciones de Mario y Sila. La república se libertó de este riesgo inminente, no por un capitan famoso, sino por un ilustre orador, magistrado prudente y firme, y cónsul filósofo. Este fue Ciceron, que mereció en aquellas terribles circunstancias el nombre de *padre de la patria.*

Marco Tulio Ciceron tuvo por amigos á todos los hombres virtuosos de su tiempo, y por enemigos á todos los malos ciudadanos que buscaban en los delitos medios de restablecer su caudal ó de aumentar su poder. Estos, obligados á admirar su talento, se vengaban calumniando su carácter y afectando mucho desprecio á la ecsiquidad de su cuna. Sin embargo Ciceron, aunque se califica á sí mismo de *hombre nuevo*, con noble altivez, pertenecia al orden ecuestre en la ciudad de Arpino, cuyos habitantes eran ciudadanos de Roma. Su madre Helvia y su muger Terencia, pertenecian á familias senatoriales muy distinguidas, y su cuñada Fabia era vestal. Dotado de un génio vastísimo, se consagró desde su juventud al estudio de la literatura griega y latina, se aprovechó de las lecciones

que le dieron los oradores y filósofos mas célebres, y acabó de perfeccionar en la patria de Demóstenes el talento que habia de hacerle igual en lo sucesivo á aquel grande hombre. A pesar de su pasion al estudio, cumplió Ciceron en su juventud la primera obligacion de un ciudadano romano; peleó en defensa de su patria, y militó con distincion en la guerra contra los marsos, bajo las banderas de Sila. Sus primeros triunfos en la tribuna, el valor con que defendió la causa de un proscrito en presencia del dictador, la vivacidad de su imaginacion, la fecundidad de su memoria, su declamacion noble, animada y menos teatral que la de Hortensio, le dieron desde el principio de su carrera un lugar distinguido entre los primeros oradores de Roma. El favor popular que su elocuencia le grangeó, hizo que se le nombrase cuestor en Sicilia. Integro en su administracion, halló medios para satisfacer las necesidades del ejército y aliviar al mismo tiempo á los sicilianos de los enormes tributos que sus predecesores les habian impuesto. El fue quien descubrió el sepulcro de Arquimedes en un lugar desierto, donde yacia oculta entre malezas una pequeña columna y sobre ella el cilindro circunscripto á la esfera. La inscripcion no dejó duda algu-

na sobre el destino de aquel monumento. «Asi, decia el mismo Ciceron, una de las mas ilustres ciudades de Grecia, y en otro tiempo de las mas sábias, hubiera ignorado siempre el sepulcro del mas ilustre de sus ciudadanos, á no haberlo descubierto un arpínate.» Sus talentos, su justicia y su humanidad le adquirieron el amor de los pueblos sicilianos, los cuales á su partida le hicieron honores casi sin ejemplo. Seria necesario un libro entero para describir la carrera oratoria y literaria de Ciceron. Se han conservado muchos de sus alegatos y arengas, que serán en todas las edades lecciones y modelos. Enriqueciendo su patria con las *palmas* de Grecia, aclimató en Roma la filosofía, y señaló á los hombres sus deberes con un talento igual al que habia desplegado para defender sus derechos. Reconoció los defectos del sistema austero de los estoicos, y los errores agradables de Epicuro, y prefirió la secta académica, mas conforme por su moderacion al carácter y rectitud de juicio que le distinguia. A su intimidad con Pomponio Atico debemos una coleccion de cartas; en ella es tan amable Ciceron por sus virtudes privadas como digno de admiracion en sus obras filosóficas y elocuentes discursos como filósofo y estadista. Este monumento precioso

para la historia, tiene en nuestros tiempos el mérito particular de presentarnos un cuadro fiel y circunstanciado de las costumbres romanas en aquella época de esplendor y decadencia, y de hacernos en cierto modo asistir á todos los sucesos y conocer las interioridades de sus principales actores.

Una de las causas del aprecio general que logró Ciceron, y del juicio que formaron todos de su firmeza é idoneidad para dirigir en medio de las tempestades el bajel de la república, fue el proceso que intentó contra Vérres, patricio poderoso, sostenido por todos los grandes de Roma y por aquella parte del pueblo que vende siempre su voto á la opulencia. Vérres, siendo pretor en Sicilia, la habia oprimido como un tirano. Nunca la virtud animosa atacó la iniquidad y la avidez con mas energía, ni pintó sus vicios con mas vivos colores ni formó un cuadro mas conmovedor de las desgracias de un pueblo oprimido. Atacando á su adversario, ya con apóstrofes valientes, ya con ironías acervas, estrechándole con lógica irresistible, variando incesantemente sus formas, movimientos y colorido, y acumulando sobre el contrario las pruebas mas convincentes, trasmitia á los ánimos de los circunstantes los afectos de las víctimas del

tirano. Acusar á Vérres, era atacar á la mayor parte de los grandes de Roma, que debian sus inmensos caudales á concusiones de la misma especie; pero su crédito, las intrigas de sus clientes, los clamores de los hombres corrompidos y las prodigalidades del pretor, nada pudieron contra el valor y la elocuencia del acusador. Vérres fue condenado al destierro á pesar de los esfuerzos que hicieron los nobles para salvarle. Ciceron, arrostrando su ira, decia animosamente: «Los nobles son como enemigos naturales de la virtud, de la fortuna y de los talentos de los hombres nuevos: quieren formar una casta diversa de la nuestra. Implacables siempre contra nosotros, nuestra laboriosidad, trabajos y servicios no pueden escitar su benevolencia ni aun su aprecio. Pero su oposicion constante no me impedirá seguir mi carrera. Yó no pretendo elevarme sino por mis acciones y no aspiro á las dignidades del estado sino cuando las merezca, ni solicito el favor del pueblo sino sirviéndole con fidelidad sin temor de las venganzas que el ódio prepara á mi firmeza. Los poderosos declaman, los facciosos se alborotan: yo resisto á todos; y en la causa importante que me he obligado á sostener, si los jueces no corresponden á la opinion que tengo de su integri-

dad, yo mismo los acusaré de prevaricadores. Si alguno emprende amenazar ó seducir á los magistrados para libertar al culpable de las manos de la justicia, yo lo citaré ante el tribunal del pueblo y le perseguiré con la misma vehemencia que persigo á Vérres. «El triunfo de Ciceron en esta importante causa, tuvo consecuencias que no se habian previsto. El calor de sus discursos resucitó el antiguo ódio de la plebe contra los magnates y la incitó á pedir que se restableciese la antigua autoridad de los tribunos. Julio César, que queria levantar el partido del pueblo, sostuvo con fuerza esta proposicion. Pompeyo, cuyo crédito era entonces predominante, tuvo la debilidad de consentir en ello, y así puso él mismo los cimientos de la fortuna de su rival; pues con la asistencia de los tribunos logró César trastornar despues la república (1). Ciceron, que

---

(1) En esta época los tribunos no tenian poder ni lo tuvieron despues. El senado tenia la autoridad *legal*, y la *efectiva* estaba en poder de los proconsules. El senado, queriendo oponer unos gefes á otros fue la verdadera causa de las guerras civiles. César se hubiera opuesto á Pompeyo, hubiese ó no tribunos. El mal estaba en que la república no ecsistia ya *de hecho*, ni podia el imperio ser gobernado sino por un solo hombre. (N. del T.)

entonces aborrecia á los nobles, apoyó el dictámen de César, y no tardó en arrepentirse de ello. Cuando Pompeyo partió al Asia, Ciceron, sostenido por el favor del pueblo, obtuvo la edilidad, empleo que le abria las puertas del senado; pero le obligaba á costear con suma magnificencia los juegos públicos y las fiestas de Céres, Liber, Libera y la madre Flora. En aquel tiempo, en que el oro tenia mas peso que la virtud, en que los ricos se empleaban en comprar la autoridad y el pueblo en vender los votos, los plebeyos permitian á los grandes que dominasen, con tal que satisfaciesen la pasion general al dinero y á los espectáculos; y asi los ediles procuraban popularizarse haciendo inmensas distribuciones de víveres y gastos enormísimos. César los venció á todos en profusion en las fiestas fúnebres de su padre; porque hizo labrar de plata maciza las tablas y decoraciones del teatro; y como dice Plinio; las fieras del circo pisaron entonces ese metal precioso. Ciceron evitó en sus espectáculos la mezquindad y la ostentacion. Los sicilianos agradecidos quisieron pagar el costo de aquellas fiestas; pero no aceptó sus regalos sino para distribuirlos á los pobres y abaratar el precio de los víveres.

Cuando los reveses de Luculo ofrecieron

al partido de Pompeyo ocasion oportuna para dar á su gefe una autoridad sin límites, Ciceron, por la primera vez, pareció sacrificar el interes público al suyo, y la libertad á su ambicion; y aunque al sostener la ley Manilia, que concedia á Pompeyo casi el poder de un monarca, aseguró que solo asentia al bien de la república, es probable que nadie le creyó; pues se veia claramente que aspiraba al consulado, apoyándose en los amigos de aquel general. La ambicion, que ciega á los hombres mas ilustrados, no permitió en mucho tiempo á Ciceron conocer los vicios y proyectos de Catilina. El deseo de ser sostenido por el crédito de este patricio, le engañaba para no penetrar sus ardides, y aun le impelió á defenderle ante un tribunal. "Me lisonjeo, escribia á Atico, de que si logro que Catilina salga absuelto, tendrá mas ardor para favorecerme: si me engaño, tendré paciencia." No necesitaba de tan indigno apoyo para elevarse: los sufragios unánimes del pueblo le designaron cónsul. Desde que fue nombrado, se empleó únicamente en el bien general y sacrificó su fortuna á sus deberes; y para estar cierto de que su colega Antonio no se opondria á las medidas útiles que pensaba tomar, le cedió la rica provincia de Macedonia; y prometió á

Metelo la de la Galia Cisalpina. El mundo entero era tratado como pais de conquista por una sola ciudad, y asi los gobiernos de las provincias aseguraban á los procónsules una riqueza inmensa; pero el unico objeto de Ciceron era la gloria. "Quiero, decia á su amigo, ejercer el consulado con tal justicia é independencia, que nadie pueda decir que obro con la esperanza de obtener algun gobierno ó dignidad. Solo esta independencia me dará recursos y derecho para oponerme á la turbulencia de los tribunos." El órden ecuestre, ilustrado por sus talentos, era suyo: él fue el primer caballero que obtuvo el consulado sin haber sido inscripto en la lista de los senadores. En vez de dejarse estraviar por el espíritu de partido ó la falsa mácsima, *divide para mandar*, creyó que la union era la sola verdadera fuerza del estado; se aplicó á restablecer la buena armonía entre los caballeros y el senado, y lo consiguió.

El tribuno Publio Servilio Rulo propuso al pueblo una ley agraria. Su proyecto contenia la creacion de decemviros por cinco años, encargados con poder absoluto de establecer muchas colonias nuevas, repartir entre los ciudadanos las tierras conquistadas en Europa, Asia y Africa, ecsaminar la legalidad ó

ilegalidad de las propiedades adquiridas, y obligar á dar cuentas á todos los generales, escepto á Pompeyo. El mismo proyecto escluia del decemvirado á los ciudadanos ausentes de Roma. Era claro que el autor de esta ley queria, con el título de gefe de los decemviros, llegar al poder supremo; pero la plebe, ciega por el interés, no vió lo que saltaba á los ojos: halagada por el deseo de adquirir bienes y por su envidia contra los ricos y grandes, no conoció el objeto oculto del tribuno, ni los peligros á que se esponia la república si fuese adoptada semejante proposicion. Cuanto mas popular parecia, mas temible era para el senado, porque de aceptarla se seguia un trastorno general, y de rechazarla, nuevos ódios y nuevas guerras civiles. Ciceron animó á los senadores aterrados, los eshortó á la resistencia, y sin temor de perder su popularidad, atacó á los tribunos en la misma asamblea del pueblo. Su posicion era delicada. Siendo un hombre nuevo, se le podia acusar de ingratitud si abandonaba una causa que parecia plebeya; y la fuerza de la elocuencia y de la razon no bastaba en aquellas circunstancias para ilustrar los ánimos preocupados y enardecidos, ni para desenmascarar una ambicion tanto mas peligrosa, cuanto caminaba á la tiranía

bajo el estandarte mentido de la libertad. Nunca mostró mas arte Ciceron que en esta lucha atrevida de la rectitud contra la codicia y del interes público contra el privado. En vez de ostentarse orgulloso por la púrpura consular, empieza dando gracias al pueblo por la dignidad que le debe, y recuerda que él es y debe ser un cónsul popular. Antes de atacar directamente la nueva ley agraria, dá su aprobacion á las que en otro tiempo propusieron los gracos, y prodiga los mayores elogios á aquellos ilustres y desgraciados ciudadanos, cuya memoria vivia aun en los ánimos de sus compatriotas. Despues de haber aprobado los principios que los guiaban para proponer un repartimiento equitativo, se opone con fuerza á la adopcion del decreto de Rulo, que bajo una máscara popular, oculta la ereccion de una tiranía odíosa y el nombramiento de diez reyes con poder arbitrario. Pompeyo era á la sazon el hombre mas favorecido del pueblo romano, y Ciceron insinúa diestramente, que los tribunos, aparentando esceptuar á aquel héroe de la regla comun, no lo elevan sino para abatirlo, no lo perdonan sino para arruinarlo, no lo dispensan de dar cuentas sino para impedir que se presente en Roma y escluirlo asi del decemvirado. Empleando el ar-

ma de la ironía, representa á Rulo llegando como triunfador al reino de Mitrídates, precedido de lictores, seguido de una guardia numerosa, circundado del aparato régio, tomando con orgullo en sus cartas los títulos de «tribuno del pueblo, decemviro, magistrado supremo,» y dando al conquistador del Asia solo el tratamiento de Pompeyo, hijo de Gneyo. "¿No lo ois ya mandar á aquel grande hombre que se presente en su tribunal, le sirva de escolta y asista á la venta de las tierras que su valor ha conquistado? ¿Quién dará de hoy en adelante órdenes para establecer nuevas colonias en Italia, Asia y Africa? El rey Rulo. ¿Quién juzgará á los pretores y cuestores, á los ciudadanos y á los aliados? El rey Rulo. ¿Quién decidirá de la fortuna pública y privada? ¿Quién distribuirá los premios y castigos? El rey Rulo." Hablando despues con mas seriedad de los abusos monstruosos de un poder tan estenso, y formando con los colores mas vivos el cuadro espantoso de la nueva tiranía, se dá la enhorabuena del favor con que le han escuchado, y saca de él un presagio feliz para la conservacion de la libertad. En vano los tribunos quisieron responder injurias á sus argumentos, y destruir con calumnias la impresion que habia hecho su elocuen-

cia: en vano dijeron al pueblo que era un partidario de la aristocrácia y de Sila: Ciceron probó con evidencia que el mismo Rulo se atrevia á defender los actos de aquel tirano, pues que el efecto de su decreto seria dar á las violencias de la dictadura una sancion legal. La razon del cónsul triunfó de las pasiones del pueblo, y el proyecto de Rulo fue desechado.

Poco tiempo despues dió el senado un decreto asignando á los caballeros un lugar distinguido en los espectáculos públicos. Oton, que habia sido el fautor de esta resolucion, cuando entró en el teatro fue silvado por el pueblo y aplaudido por el órden ecuestre. Los partidos se enardecieron; de la altercacion mas violenta se pasó á las amenazas, y ya iban á llegar á las manos. Ciceron, informado del tumulto, acude al teatro, manda al pueblo que le siga al templo de Belona, y le hace un discurso, que fue citado durante muchos siglos, como un ejemplo admirable del poder de la elocuencia sobre las pasiones. Aquel poderoso orador se hizo dueño en pocos momentos de los ánimos de la muchedumbre, de tal manera, que cuando el pueblo volvió al espectáculo, manifestó á Oton el mayor aprecio y respeto. Se cree que Virgilio aludió á este triunfo del orador romano en los hermosos

versos en que compara á Neptuno calmando las olas irritadas, á un grave magistrado, cuya presencia magestuosa y palabras llenas de dignidad y dulzura apagan los furores de la multitud. La elocuencia de Ciceron hechizaba tanto á los romanos, que el pueblo, si hemos de creer á Plinio, olvidando sus ocupaciones y sus placeres, lo dejaba todo por oirle.

Pronto tuvo que pelear con un enemigo mas formidable, y salvar á la república de un peligro mayor. Un patricio, ilustre por su nacimiento, dotado de gran talento y de mayor audacia, incapaz de moderacion en los deseos y de temor en los riesgos, diestro en ganar la estimacion de los hombres honrados por su hipocresía, la amistad de los malos por sus vicios, y el afecto de las tropas por su valor; Lucio Sergio Catilina, educado en las discordias civiles, meditaba mucho antes el designio de trastornar la república, y de ascender á la tiranía por el camino sangriento que Mario, Carbon y Sila habian trazado. Si el retrato de este conspirador famoso, hecho por el mismo Ciceron, es fiel y parecido, Catilina presentaba en su carácter la mezcla inaudita de las mas opuestas cualidades; porque tenia los lineamentos de grandes virtudes, desfigurados en el fondo de su alma por vicios los mas feos;

ligado en secreto con todos los hombres corrompidos y perversos de la república, no manifestaba aprecio sino á los ciudadanos mas virtuosos. Al entrar en su casa, el pudor se ofendia de ver en pinturas lascivas los irritamientos de la liviandad; mas no por eso dejaba de admirarse en ella armas, libros y todo lo que puede incitar al trabajo, al estudio y al heroismo. Monstruo de opuestas especies, ninguno supo mejor que él seducir á los buenos y agradar á los criminales, profesar escelentes principios y seguir los mas perversos, encenagarse en la deshonestidad y sufrir el trabajo y las privaciones. Era tan pródigo como avaro. Ningun ambicioso le escedia en el arte de ganar amigos, con los cuales repartia su dinero, sus trenes, su crédito y hasta sus damas: ni habia crímenes que no estuviese dispuesto á cometer por servirlos. Cuando hablaba con filósofos austeros ó con hombres melancólicos, su carácter flesible se presentaba con una tristeza que parecia natural: si lo rodeaban jóvenes festivos, era mas loco y alegre que todos. Sério con los graves, ligero con los aturdidos, mas atrevido que los mas temerarios, mas voluptuoso que los mas corrompidos, la increible versatilidad de sus costumbres habia hecho partidarios suyos, no solo á los hombres sin

conducta ni principios que abundaban en Italia y en las provincias, sino tambien á muchos personages ilustres, seducidos por sus apariencias hipócritas. Catilina se habia mancillado desde su mas tierna juventud con delitos infames. Compró el favor de Sila con homicidios; deshonró una jóven patricia; corrompió á la vestal Fabia, cuñada de Ciceron: violador de las leyes divinas y humanas, sacrificó la naturaleza misma para saciar su pasion vergonzosa á Aurelia Orestila, de quien ningun hombre honrado alabó nunca sino la hermosura; dió muerte á su propio hijo, cuyos derechos impedian á Orestila casarse con él, y celebró sus infames bodas en la misma casa que habia mancillado con tan esecrable parricidio. Parece que este crímen aceleró la ejecucion de sus designios ambiciosos; porque tenia necesidad de grandes tumultos esteriores para ahogar el grito del remordimiento. Temiendo la ira del cielo y la venganza de los hombres, hallaba un enemigo implacable en lo mas hondo de su corazon, que le impedia descansar un solo instante. Su conciencia era su verdugo: su color pálido, sus miradas sombrias, su paso ya lento, ya precipitado, daban indicios de su locura. Rodeado de una tropa escogida de perversos, bandidos y hombres

inmorales y oscuros, la aumentaba sin cesar con jóvenes cargados de deudas, á los cuales pervertia con sus artificios, instruia en la maldad y acostumbraba á despreciar las leyes, los peligros y las vicisitudes de la fortuna. Se servia de ellos para los testimonios y firmas falsas; y seguro de su obediencia, cuando una vez les habia hecho perder la reputacion, ecsigia crímenes mayores; tal vez les hacia cometer asesinatos sin motivo, prefiriendo que fuesen crueles sin necesidad, á que sus manos ociosas perdiesen la costumbre de delinquir. Seguro de su adhesion, y casi cierto de que le ausiliarian los antiguos soldados de Sila, arruinados por sus desórdenes y que echaban menos la licencia de las guerras civiles, Catilina creyó el momento favorable para acometer á la república, cuando los ejércitos romanos y Pompeyo, que habieran podido oponérsele, hacian la guerra en los confines del oriente. La lejania de este gran capitan, el descontento de las provincias, las murmuraciones de los aliados, la corrupcion del pueblo y la necia seguridad del senado, le hacian esperar un triunfo pronto y no dificultoso. Pero antes de emplear la fuerza manifiestamente, solicitó el consulado con el ausilio de sus amigos para destruir las leyes, armado de un título legal.

No era esta la primera vez que aspiró á tan alta dignidad, ni tampoco la primera que meditó crímenes para conseguirla. Algun tiempo antes Publio Autronio y Publio Sila, convencidos de sobornadores, fueron escluidos del consulado, para el cual estaban ya designados. Catilina solicitó votos para entrar en lugar de ellos: pero acusado él mismo de escesos, concusiones y rapiñas que habia cometido siendo pretor en Africa, no se le admitió en el número de los candidatos, y fueron cónsules Torcuato y Cota. Enfurecido con este desaire, quiso obtener por la violencia la autoridad que no pudo adquirir legalmente; y de concierto con Autronio y Cneyo Pison, emprendió al frente de un partido numeroso, asesinar el primero de enero á los cónsules, y apoderarse de su autoridad. A Pison debia darle despues el gobierno de España. La indiscrecion de uno de los cómplices hizo que se descubriese la conjuracion, y los obligó, no á renunciar á ella, sino á dilatar su ejecucion hasta el quince de febrero, dia en que ademas de los cónsules, habian resuelto asesinar muchos senadores. Catilina, demasiado impaciente de satisfacer su venganza y su ambicion, dió antes de tiempo la señal en que se habian convenido. Los conjurados, que estaban á las

puertas de la curia, no se habian juntado aun en bastante número para lograr el golpe, y quedó sin écsito por su escesivo ardor esta conjuracion primera, cuyo fruto logró solamente Pison, pues obtuvo el gobierno de España con el ausilio de Craso, que satisfacía en este nombramiento su ódio contra Pompeyo, de quien entrambos eran enemigos. Los vicios de Pison le fueron tambien útiles, porque el senado consintió gustoso con alejar de Roma á un hombre de quien tan justamente recelaba. Partió á su gobierno, y fue asesinado en un tumulto movido por algunos emisarios de Pompeyo.

Catilina, lejos de desanimarse por el mal suceso de su proyecto, se aplicó constantemente á emplear los medios que asegurasen su ejecucion. Trabajando sin cesar en alentar á sus partidarios, cuyo número aumentaba cada dia, animaba á unos con promesas, á otros con regalos: lisonjeaba todas las pasiones, irritaba todos los resentimientos, inflamaba la codicia, daba esperanzas á los malvados de impunidad, á los pobres de riquezas, á los esclavos de libertad, á los soldados de saqueo, á los plebeyos del abatimiento de la nobleza. En esta conspiracion entraron muchos senadores, seducidos por sus artificios y por la pro-

mesa de partir con él la suprema autoridad. Entre ellos se contaban el pretor Cayo Cornelio Lentulo, Cetego, Autronio, Casio Longino, Publio y Servio Sila, sobrinos del dictador, Vargunteyo, Quinto Annio, Porcio Lecca, Lucio Bestia, Quinto Curio; y del orden ecuestre Fulvio Nobilior, Estatilio, Gabino Capiton y Cayo Cornelio. Creyóse tambien en aquel tiempo que Craso, por ódio á Pompeyo, favorecia en secreto y sin comprometerse, la conjuracion, esperando ponerse al frente de ella sino se malograba. Cuando Catilina creyó su partido bastante fuerte y la ocasion oportuna, reunió á los conjurados, con quienes hasta entonces solo habia tratado en particular, y les dijo: «mis esperanzas serían vanas, y gran locura en mí sacrificar lo cierto por lo incierto, sino hubiese ya esperimentado vuestro valor y fidelidad. Pero vuestros ánimos son fuertes: tenemos los mismos amigos y enemigos, único lazo de la firme amistad; y la intrepidez invencible que mostrais me dá osadía para tan grande empresa. Nuestros infortunios actuales y los que nos esperan sino conquistamos la libertad, me afirman en mi propósito. Roma está sometida á un corto número de hombres avarientos y poderosos; á ellos pagan tributo los reyes y los

puéblos, mientras todos los ciudadanos honrados y valerosos, nobles y plebeyos, estan confundidos con el populacho, sin crédito ni autoridad, sometidos á los caprichos de los que si hubiese república temblarian de nosotros. Su herencia son el poder, los honores y las riquezas: los peligros, las injurias y los suplicios la de nosotros. ¿Hasta cuando, valientes amigos, sufrireis esta indignidad? ¿No es mejor perecer con denuedo, que yacer víctimas y ludibrios de su orgullo, y terminar en el oprobio una vida infeliz? Pero por los dioses y los hombres, la victoria está en nuestras manos. Estamos en la flor de la edad y del vigor de ánimo, cuando ellos son viejos y enervados por las riquezas. Atrevámonos y caerán. Porque ¿quién podrá sufrir su lujo insolente? Terraplenan los mares, allanan los montes, edifican palacios, el universo entero contribuye á sus desórdenes, no alcanzan sus gastos insensatos á agotar sus rentas; cuando nosotros carecemos de lo necesario, y apenas nos ha quedado un miserable tugurio en que vivir. La escasez reina en nuestras casas: los acreedores nos persiguen: lo presente es triste, lo porvenir horrible: nada tenemos sino una alma vigorosa para sentir nuestro infortunio. Despertemos, pues: tenemos á la vista todo lo

que siempre hemos deseado: libertad, riquezas, dignidades y gloria: premios que la fortuna reserva á los vencedores. El peligro, la pobreza, la ocasion, el interés público y los frutos opimos de la guerra os incitarán mas que mis palabras. Seré vuestro general ó vuestro soldado: mi ánimo y mi espada estarán siempre dispuestos; y si llego á ser cónsul, satisfaré con mas prontitud vuestros deseos. Espero que conservareis la union, y que no preferireis el oprobio al honor, ni la servidumbre á la independencia.»

Despues de este discurso hicieron estrecha alianza con un juramento terrible; y algunos añaden que Catilina les presentó en una copa vino mezclado con sangre humana: que todos bebieron de ella, y consagraron despues sus enemigos á los dioses infernales. La conspiracion estaba aun oculta: los cónsules locos de placer con la gloria de Pompeyo; el pueblo se entregaba á la alegria de la prosperidad; el senado se adormecia en un falso descanso; y Roma, tranquila en la orilla del precipicio, estaba á punto de perecer sin haber quien le advirtiese el riesgo. La inconstancia de una muger, la indiscrecion de un amante, y la firmeza de un magistrado, salvaron la república. Quinto Curio, uno de los conspiradores,

habia consumido su caudal obsequiando á una patricia llamada Fulvia, y esta le despreció cuando le vió arruinado, sin que ruegos ni lágrimas pudiesen moverla. La nueva esperanza que le daba la conjuracion reanima á aquel hombre perdido: vuelve á las súplicas, mezclando entre ellas algunas amenazas, y asegurando una mudanza prócsima en su fortuna. Fulvia admirada, sospecha que hay oculto algun secreto importante; cuenta, sin nombrar á Curio, las noticias vagas que tenia de la conjuracion; circulan y se estienden con rapidez; el espanto crece por lo mismo que nada se sabia con certeza, y la imaginacion pasaba los límites de la realidad. Como era entonces la época de los comicios, el peligro comun hizo enmudecer la envidia de los nobles contra Ciceron, y solo se tuvieron presentes sus virtudes y talentos. Las intrigas de Catilina salieron vanas, y Ciceron y Antonio fueron nombrados cónsules por unanimidad. Esta eleccion, que privaba á los conjurados de todo medio legal para conseguir sus designios, aumentó su furor. Catilina redobló su actividad: envió partidarios suyos á los puntos mas importantes de Italia, y les distribuyó armas. Sus cómplices, á fuerza de préstamos, robos y crímenes, juntaron bastante dinero para que Man-

lio marchase á Fésulas á juntar un ejército. Los soldados de Sila y toda la canalla de Italia concurrieron á porfia á sus banderas: todas las cortesanas y mugeres corrompidas de Roma contribuyeron á los gastos de este armamento. Entre ellas se distinguia Sempronia, ilustre por su nacimiento, hermosura, ingenio é instruccion. Desdeñando la felicidad doméstica que podia gozar al lado de un marido virtuoso, y de hijos que prometian mucho, se abandonó á los desórdenes, echando á perder su caudal al mismo tiempo que su reputacion. Arruinada por sus escesos no halló mas recurso que el crímen, y cometió muchos que espantaban aun á los hombres mas audaces.

Tales eran los agentes de Catilina. De acuerdo con ellos formó el designio de sublevar los esclavos, degollar el senado, incendiar á Roma y establecer su tiranía sobre las ruinas de la república. Ciceron, destinado á salvarla, habia penetrado los proyectos del conspirador y seguia sus pasos con infatigable actividad. Empleando hábilmente á Fulvia, hizo que ésta persuadiese á su débil amante que manifestase sus cómplices. El cónsul cedió á la codicia de su colega Antonio la provincia de Macedonia, para que no opusiese obstáculo alguno á sus operaciones. Los conjurados temiendo su fir-

meza, y buscando los medios de sustraerse á su vigilancia, le ponian lazos incesantemente, y todos los dias le amenazaban con sus puñales. Catilina creia imposible apoderarse de Roma sin matarlo antes; pero él, rodeado siempre de amigos y clientes, evitó con su prudencia todas las asechanzas que se le tendian. No tardó en saber que Catilina formaba en la ciudad acopios de armas, y en los diferentes cuarteles apostaba hombres de su confianza. En fin, este audaz conspirador reuniendo otra vez á los conjurados en medio de la noche, se quejó de su lentitud, les dijo que Manlio habia tomado las armas, y que él mismo iba á reunirse con él; pero que ante todas cosas era menester acabar con Ciceron. Cornelio Lentulo ofreció ir aquella misma noche á su casa, pues no podia negarse á recibir la visita del pretor, y juró darle de puñaladas: Vargunteyo prometió acompañarle. Curio, que estaba presente á esta deliberacion, avisó al momento á Ciceron por medio de Fulvia el peligro inminente que le amenazaba. Los asesinos hallaron cerrada y con guardias la casa del cónsul, y no pudieron consumar su delito. Ciceron, habiendo roto el velo que cubria aquella horrible conjuracion, no ignoraba ninguno de los proyectos de Catilina; y aunque no supiese á punto fijo cuáles eran

sus recursos, ni cuántas las fuerzas de Manlio, creyó que debia dar cuenta sin dilacion al senado de todas las noticias que habia adquirido. Oida su relacion, los senadores dieron un decreto que puso en manos de los cónsules un poder casi absoluto, encargándoles que velasen por la salvacion de la república. Pocos dias despues informó al senado que Manlio se habia puesto en campaña al frente de un cuerpo considerable: que los esclavos de Cápua se habian rebelado, y que en toda Italia se hacian grandes trasportes de armas. Un nuevo decreto del senado ordenó que se reuniesen las legiones bajo el mando de Marcio, Metelo Cnetico y Pomponio Rufo. Ciceron hizo fortificar la curia, distribuyó cuerpos de guardia en toda la ciudad, y prometió grandes recompensas á los que diesen alguna noticia acerca de los designios de los conjurados. Estos decretos mudaron repentinamente el aspecto de Roma: al placer de los triunfos, á la tranquilidad de la paz, á la licencia de las fiestas y banquetes sucedieron la tristeza, el terror y la consternacion. El autor de todos estos males se mostraba solo y sin terror en medio de Roma agitada, y aun tuvo la osadía de presentarse en la curia y tomar en ella su asiento acostumbrado. Los senadores, llenos de horror al verle, se apartan

todos de él, y su temeridad esaltó el espíritu del cónsul. La indignacion inspiró á éste un discurso, por el cual la fama de su elocuencia se igualó merecidamente con la de Demóstenes. « ¿Hasta cuándo, Catilina, dijo con ardor, abusarás de nuestra paciencia? ¿Cuándo se cansará tu furor de burlarse de nosotros? ¿A dónde se detendrá esa tu audacia desenfrenada? ¿Qué, ni la guardia que vela en el Palatino, ni los soldados que guarnecen la ciudad, ni la consternacion del pueblo, ni las fortificaciones de la curia, ni la concurrencia de todos los buenos, ni las miradas que te dirijen los senadores, nada te asombra, detiene ni intimida? ¿No ves que tus designios estan descubiertos, tus pasos averiguados, tu conjuracion encadenada? ¿Quién de nosotros crees que ignora lo que hiciste en la noche última y en la anterior, el lugar de tus reuniones, los cómplices que concurrieron y las resoluciones que se adoptaron? ¡O tiempos! ¡ó costumbres! El senado sabe todas estas infamias, el consul las ve, y ¡tú vives! y no solo vives, sino vienes al senado, tomas asiento entre nosotros, participas de nuestras deliberaciones, y señalas con tus miradas las víctimas que deseas inmolar. ¡Nosotros, hombres valientes, creemos haber satisifecho á la república si apartamos de nuestro

seno el puñal de este delirante! Mucho tiempo ha, oh Catilina, que mereces ser llevado al suplicio por orden del cónsul, y sufrir tu solo las calamidades con que nos amenazas.» Recuerda despues el orador los numerosos ejemplos que le autorizan para mandar su muerte, y prueba que mas bien seria digno en este caso de ser llamado lento que cruel. «Pero lo que ya habria debido hacer, continúa, tengo motivos para diferirlo aun. Te daré la muerte cuando no haya en Roma un solo ciudadano tan malvado, tan perverso, tan semejante á tí, que no aplauda tu suplicio. Mientras que alguno se atreva á defenderte, vivirás; vivirás como ahora, rodeado de una guardia numerosa que enfrene tu audacia, de ojos vigilantes que te observen, de oidos que te escuchen.» Esplica al mismo Catilina todo el plan de su conjuracion, y le demuestra que conoce todos sus pasos, acciones y pensamientos; y despues esclama: «sal de Roma, Catilina: las puertas se te abren, marcha: el campo de Manlio reclama su general. Lleva contigo todos tus cómplices, purga la ciudad de tu presencia; yo temeré mientras las murallas de Roma no esten entre los dos. No puedes ya vivir entre nosotros; no lo sufriré, no lo permitiré, no lo consentiré.» Describe las infamias

de su vida, le muestra que es el objeto del temor, del ódio y del desprecio de todos, y supone que Roma misma le dirige estas palabras: «hace muchos años, Catilina, que no se ha cometido ningun delito, sin ser tú ó él autor ó el cómplice; ninguna infamia en que tú no hayas tenido parte. Tú solo has podido impunemente robar á los aliados, saquear las provincias; tú no solo has prevalecido contra los juicios, sino tambien contra las leyes: estas cosas, aunque intolerables las sufri como pude; pero ya que tu nombre solo hace temblar á todos, que en el menor ruido se teme el puñal de Catilina, que no puede formarse ninguna empresa contra mí sin que tú la dirijas, se acabó mi paciencia. Por lo cual vete y calma mis terrores: si son verdaderos, evitaré mi ruina; si falsos, dejaré por lo menos de estar atemorizado.» Ciceron, despues de haber confundido á su adversario con el rayo de su elocuencia, de la cual solo hemos podido presentar una débil muestra, prueba al senado que la muerte de Catilina alejaria el peligro, mas no lo disiparia; porque unos dudarian de la conjuracion, otros creerian tiránica la conducta del cónsul; cuando por el contrario, obligando al enemigo público á desterrarse con sus cómplices, y á decla-

rar sus malvados proyectos con las armas en la mano, se arrancarian de raiz los males que amenazan la patria. Su oracion concluyó asi: «Vé, Catilina: apresurate á comenzar una guerra impia. Y tú, Júpiter, á quien adoramos bajo el nombre de Estator, y que fuiste consagrado por Rómulo con los mismos auspicios que esta ciudad, augusto protector suyo y del imperio, presérvanos del furor de Catilina y de sus cómplices. Defiende los altares, templos, casas y murallas de Roma, los bienes y las vidas de los ciudadanos; y á los ladrones de Italia, enemigos de todos los buenos, verdugos de la patria, unidos entre sí con el lazo de las maldades y crímenes, persigue los vivos y muertos, con eternos suplicios.»

Catilina, disimulando su violencia, y abatiéndose contra su costumbre á los ruegos, suplicó al senado que no creyese con ligereza calumnias dictadas por el aborrecimiento personal. Enumeró pomposamente sus servicios y los de sus antepasados, y trató de probar que era absurdo temer á un patricio interesado por su dignidad y nacimiento en la conservacion de la república y fiar imprudentemente la salud del estado á un arpinate, que no tenia en Roma ni aun una casa, y que disponia insolentemente del honor y la vida de los

mas nobles ciudadanos. No pudiendo contener mas su ira, prorumpió en injurias y amenazas contra el cónsul: entonces se le interrumpió de todas partes, y los senadores, levantándose de sus asientos, le prodigaron los nombres de *tráidor y parricida*. Catilina enfurecido esclamó: «pues mis enemigos me obligan á ello, apagaré los fuegos que me lanzan en la ruina comun.» Dichas estas palabras, sale del senado, reune sus cómplices, les encarga que aumenten las fuerzas del partido, aceleren la muerte del cónsul, y estèn preparados para incendiar á Roma cuando él se presente á las puertas con un ejército, lo que prometió hacer dentro de pocos dias. Habiendo inflamado su valor y animado sus esperanzas, partió con algunos amigos al campo de Manlio. Este habia ya esparcido por Italia proclamas para sublevar el pueblo contra la tiranía del senado, la codicia de los grandes y la injusticia de las leyes, y prometido á los pobres el repartimiento de las tierras pertenecientes al dominio público. Catilina, fiel á su sistema de disimulacion, escribió en el momento mismo de dar principio á la guerra civil, una carta para Cátulo y otros senadores, disculpándose y asegurándoles que su salida de Roma solo tenia por objeto sustraerse á las injus-

tas persecuciones de sus enemigos. Apenas llegó al campamento, tomó osadamente los haces y las demas insignias de la dignidad consular é hizo marchar delante de sí el águila de plata que habia servido en otro tiempo de estandarte á Mario.

El temor que inspiraba su nombre y su ejército, protegia de tal manera á sus cómplices, que á pesar de las recompensas prometidas á los denunciadores, ningun ciudadano declaró la conspiracion, ningun conjurado fue traidor á su causa. El peligro era inminente: los soldados, esclavos, proletarios y casi todos los artesanos, se mostraban favorables á Catilina. Léntulo se valia de la dignidad de pretor para aumentar diariamente su partido. Deseando ganar algunos pueblos estrangeros, encargó á Umbreno que hiciese entrar en la conspiracion á los diputados de los alóbroges que estaban entonces en Roma. Estos embajadores, descontentos de un tributo enorme que sumergia su pueblo en las deudas y en la miseria, se quejaban á las claras de la dureza del senado. Umbreno habia servido en las Galias y conocia á los hombres mas distinguidos de aquel pais. Valído de esta circunstancia, entró en plática con los alóbroges, lamentó su calamidad, y les dió oscuras esperanzas de mejo-

rar la suerte de su república. Ellos acogieron favorablemente esta proposicion. Umbreno creyendo que los podria persuadir á solicitar por las armas lo que se negaba á sus reclamaciones los llevó á casa de Décimo Bruto, les esplicó en presencia de Gabinio todo el plan de la conspiracion, y aun les mostró con sobrada imprudencia la lista de los conjurados. Los alóbroges, incitados por la ocasion y movidos de la gran fuerza que se ofrecia á sostener los intereses de su pueblo, se obligaron á entrar en el partido; pero apenas se retiraron á su casa, reflesionaron los peligros que los amenazaban si la conspiracion era vencida. Vagaban inciertos entre el temor y la esperanza, cuando el génio de Roma, como dice Salustio, les inspiró descubrirlo todo á Quinto Fabio Sanga, defensor de su república; porque entonces cada pueblo tenia en Roma su protector, asi como cada cliente su patrono. Fabio Sanga informó al instante á Ciceron de todo lo que acababa de saber. El cónsul ganó á los diputados con promesas, los tranquilizó acerca de la suerte de su patria, y les encargó que fingiesen un celo ardiente á favor de los conjurados para que conociesen mejor sus designios y medidas. Por ellos supo á pocos dias que los agentes de Catilina escitaban grandes

turbulencias en la Apulia, el Piceno y las Galias: que el ejército rebelde se acercaria pronto á la ciudad: que Léntulo, en el momento señalado, haria que el tribuno Bestia convocase al pueblo, y citase al cónsul en juicio: que Estatilio y Gabinio pondrian fuego á doce cuarteles principales de la ciudad, y que en medio del tumulto, Cetego daria muerte á Ciceron, y muchos de sus cómplices á otros senadores. Los alóbroges, segun las instrucciones que el cónsul les habia dado, pidieron una conferencia á los conjurados. La reunion se verificó en casa de Sempronia. Los embajadores esigieron que Léntulo, Cetego, Estatilio y Casio ratificasen sus promesas por un escrito con sus firmas y sellos, capaz de inspirar confianza á su república. Los gefes de los conjurados consintieron en ello y firmaron el trato: y Léntulo encargó á Volturcio de Crotona, que era uno de sus cómplices, acompañar á los diputados hasta el campamento de Catilina, y le dió para éste una carta que decia asi: «Por el dador conocerás quien soy. Portate como baron; ya ves en que estado estan nuestros negocios: no desdeñes ningun ausilio, ni aun el de los esclavos» Volturcio llevaba ademas encargo de decirle que hacia mal en no armar los siervos, y que acelerase

el movimiento de sus tropas. La noche que debian salir los diputados, Valerio Flaco y Cayo Pontino, puestos en emboscada de orden de Ciceron cerca del puente Milvio, arrestaron á los embajadores que no opusieron resistencia alguna, y cogieron á Volturcio con los escritos que llevaba.

El cónsul, dueño ya de todas las pruebas del crímen, poniéndose al frente de sus guardias, prende á Léntulo y á los demas gefes de la conjuracion y los lleva al templo de la Concordia, donde habia reunido el senado. Se interrogó á los acusados: Volturcio no tardó en renunciar á una denegacion inútil con la promesa que se le hizo de indultarle, y lo confesó todo. Los galos confirmaron su declaracion: Léntulo procuró defenderse, pero en vano, porque se le mostraron sus cartas y su sello, y muchos testigos juraron haberle oido muchas veces citar un oráculo de las sibilas, que prometia el dominio de Roma á tres Cornelios, añadiendo que Cinna y Sila lo habian obtenido, y que él acabaria de cumplir la prediccion. Los conjurados todos reconocieron sus sellos y completaron la probanza. Destituyóse á Léntulo de la pretura, y se puso á él y á sus cómplices bajo la guardia de algunos senadores que debian responder de sus perso-

nas. La inconstante multitud, que pocos dias
antes llamaba quimera á la conjuracion, con-
padecia á los conspiradores y acusaba á Cice-
ron de tiranía, pasó súbitamente de la bene-
volencia mas declarada en favor de Catilina,
al ódio mas violento contra él, y la ciudad re-
sonó con las alabanzas del cónsul. Un ciu-
dadano, llamado Tarquinio, que fue arresta-
do cerca del campamento de Catilina, dió
nuevos indicios acerca de la conjuracion, pe-
ro como él declaraba haber sido enviado á
Catilina por Craso, los amigos de éste acusa-
ron al denunciador de falso testimonio, y lo-
graron por su crédito que se le pusiese en la
cárcel. Como todos se valen de las turbulen-
cias para arruinar á sus enemigos, Cátulo y
Pison hicieron sospechosa la conducta de César,
de quien se creía generalmente que era
favorable á Catilina; y aun dieron pasos para
hacer que los alóbroges le incluyesen en su acu-
sacion. Muchos caballeros romanos, esaltados
por sus discursos, amenazaron á César con sus
espadas al salir del senado: pero Ciceron los
contuvo.

Entretanto los numerosos clientes de los
acusados trabajaron con actividad en corrom-
per el populacho, y sublevaron una parte de
él con el objeto de librar á los conspiradores.

El cónsul vigilante frustró sus designios, dobló las guardias, convocó de nuevo el senado, y le instó á que decidiese con prontitud la suerte de los presos, convencidos todos de crímen contra el estado por sus propias declaraciones. La salvacion de la patria esijia que fuesen castigados; pero en una república, donde la aristocrácia conservaba tanto poder, Ciceron se esponia á grandes riesgos y á largos resentimientos, provocando la ruina de tantos patricios poderosos por sus clientes, familias y dignidades. No ignoraba esto: pero solo oyó la voz de su obligacion, y sacrificó su interés al de Roma. Reunida la curia, Silano, cónsul designado, votó primero y dijo que para espiar el crímen de los conspiradores, era menester darles muerte. Tiberio Neron opinó que se ampliase la informacion: muchos senadores seguian el dictámen de Silano, cuando César se levantó para impugnarle. «Padres conscriptos, dijo, los que quieren juzgar una causa importante y dudosa, han de despojarse con sumo cuidado de todas las pasiones de ódio, enojo ó piedad. El ánimo turbado por estos afectos no puede distinguir la verdad, ni la emocion es compatible con la justicia. Podria recordaros muchas determinaciones injustas de reyes y pueblos que sacrificaron el bien pú-

blico al favor ó al resentimiento: pero me agrada mas citar los actos de equidad y sabiduría de nuestros mayores, esentos siempre de semejantes debilidades. Cuando teniamos guerra con el rey Perseo, la ciudad de Rodas, célebre por su opulencia, y què debia su grandeza á los beneficios del pueblo romano, faltó á la fé, rompió los tratados y se puso en manifiesta hostilidad. Concluida la guerra, se deliberó acerca de los rodios: nuestros mayores los dejaron sin castigo, porque no pareciese que socolor de vengar una injuria aspiraban á despojarlos de sus riquezas. Los cartagineses cometieron contra nosotros muchos crímenes atroces: Roma no se permitió jamas usar de represalias. Nuestros abuelos atendian mas á sus deberes que á sus derechos; y á imitacion suya, ó padres conscriptos, debeis evitar que los delitos de Léntulo y de sus cómplices os lleven mas allá de los límites que ecsije vuestra dignidad. No escucheis el enojo sino lo que dirá la fama Si solo se tratase de buscar una pena adecuada al crímen, adoptaria la innovacion propuesta por Silano; pero aunque la atrocidad del atentado acceda á todo lo que se puede imaginar y temer, yo creo que el horror que nos inspira, no debe hacer traspasar las reglas establecidas, y que no pode-

mos aplicarles mas penas que las de las leyes. Los oradores precedentes han procurado asombrarnos con vivas imágenes acerca de la situacion de la república, y formado un cuadro patético de los horrores de la guerra civil y de la calamidad de los vencidos: nos han puesto á la vista la crueldad de las proscriciones, la violencia del soldado, el ultraje de las doncellas, los hijos arrancados de entre los brazos de sus padres, el honor de las matronas á merced de los vencedores, las casas demolidas, los templos profanados y á Roma enlutada, llena de sangre y consumida por las llamas. Pero por los dioses inmortales, ¿cuál es el objeto de estos discursos? ¿hacernos detestar la conjuracion? como si aquel, á quien no estremeciese un crímen tan atroz, pudiera ser movido con palabras. Nadie mira con indiferencia sus injurias personales ni el riesgo de su vida: y lo que se debe temer es que el horror de la culpa no irrite mas de lo que ecsijen la razon y la justicia. Nosotros no podemos, ó padres conscriptos, entregarnos al resentimiento como los hombres particulares: poco importa que estos se dejen llevar de la ira: su fama es de corta estension como su fortuna; pero aquellos á quienes su dignidad y poder hacen ilustres, deben pensar que todos atien-

den y juzgan sus acciones; y asi cuanto mayor es su potencia, mas deben contenerse. Los hombres públicos no pueden amar ni aborrecer, y mucho menos dejarse arrastrar de la ira. Lo que en otros parecera enojo, en ellos es crueldad. Yo creo, padres conscriptos, que todos los suplicios son demasiado leves para castigar semejante crímen: pero los hombres nunca se acuerdan sino de la última parte de los sucesos; olvidan los delitos, y censuran el castigo si ha sido demasiado severo. Sé que Décimo Silano, varon lleno de virtud, solo ha consultado su celo por la república, y que en una circunstancia tan delicada no ha dado oidos ni al favor ni al ódio: conozco sus costumbres, sus acciones, su prudencia y valor; y asi no tacho su dictamen de cruel, porque ¿qué cosa puede ser cruel contra tales delincuentes? sino de contrario á nuestras leyes y usos. ¿Qué puede, pues, haber movido al cónsul designado á proponer esta grande innovacion? No el temor, de que es incapaz: mucho mas cuando por la vigilancia de nuestro dignísimo cónsul, por su consejo y sus armas estamos seguros de todo peligro. ¿Será acaso el deseo de que la pena sea igual al delito? Si es por eso se engaña; porque en las grandes calamidades y en la estrema miseria, la muerte es mas bien

un descanso que un suplicio: es el término de nuestros padecimientos, y mas allá del sepulcro ni hay dolor ni placer. Pero por los dioses inmortales, ¿por qué, Silano, no has propuesto que antes de darles muerte se les azote con varas? La ley Porcia, me dirás, prohibe infligir este castigo á un ciudadano romano: como si otras leyes, igualmente inviolables, no prohibiesen quitarle la vida. ¿Por qué temes infringir una ley menos grave, y violas otra mas importante? Y ¿quién se atreverá, me dirán, á censurar un decreto contra los parricidas? ¿Quién? El tiempo, la posteridad. Todos los hombres son gobernados por las circunstancias, por las vicisitudes de la opinion, por los caprichos de la fortuna. Cualquiera que sea vuestra sentencia, los delincuentes no sufrirán sino lo que han merecido; pero vosotros, padres conscriptos, meditad las consecuencias. Los ejemplos mas funestos nacen á veces de escelentes principios; y cuando el poder pasa del virtuoso al malo, se autoriza de lo ya hecho para pecar impunemente. Los lacedemonios, tomada Atenas, encargaron su gobierno á treinta hombres: estos comenzaron dando muerte á los mas culpables: el pueblo aplaudia aquellos suplicios; pero bien pronto pagó su nécia alegría, viendo traspasados to-

dos los límites de la justicia y de las leyes, y heridos á un mismo tiempo los buenos y los malos. En nuestros dias, cuando Sila despues de su victoria, mandó matar á Damasipo y á otros delincuentes, manchados de crímenes enórmes, ¿qué ciudadano dejó de alabar su severidad? Y sin embargo aquellos suplicios fueron el anuncio de las proscriciones y de las matanzas. Hombres codiciosos insertaron en la lista fatal á los poseedores de los palacios jardines y muebles que deseaban. Los mismos que habian celebrado la muerte de Damasipo, le siguieron en breve: ni la sangre cesó hasta que Sila hubo saciado la avaricia de sus partidarios. Y yo no temo semejantes desgracias en nuestro tiempo ni bajo el consulado de Marco Tulio: pero en una ciudad donde hay hombres de tan diversas índoles, ¿quién quita que en otras circunstancias, otro cónsul, dueño tambien del mismo poder y de un ejército, se deje llevar de sus pasiones? y cuando autorizado por un decreto como el que se os propone, haya sacado la espada, ¿quién podrá detener su brazo ni moderar sus golpes? Nuestros antepasados, padres conscriptores, mostraron siempre tanta prudencia como valor: un orgullo nécio no les impidió adoptar cuanto les pareció loable en las leyes y costumbres estrangeras; y asi to-

maron de los samnites las armas, de los toscanos las insignias de las magistraturas, y de los griegos las leyes que castigan con pena de azotes ó de muerte: pero cuando la república perdió la pureza de costumbres al mismo tiempo que adquirio un alto grado de poder, cuando el espíritu de partido y el ardor de las facciones ponian en igual peligro al inocente y al criminal, publicaron la ley Porcia y otras semejantes que permitian á los ciudadanos condenados trocar la pena de muerte por la de destierro. Sírvanos de guia la prudencia de nuestros abuelos, y no adoptemos la innovacion. No nos preciemos de saber mas que ellos: con pocos medios nos fundaron un grande imperio que apenas podemos sostener. ¡Cuál es el resultado de estas observaciones? ¿dejar libres á los conjuradores para que se reunan con Catilina? Nó. Mi voto es que se confisquen sus bienes, y que se les tenga presos en las fortalezas de Italia: y ademas que ninguno pueda hablar á favor de ellos ni al senado ni al pueblo: y que el que lo hiciese, sea tenido por enemigo de la república.»

Despues de César hablaron muchos senadores, unos apoyando su opinion, otros la de Silano. El senado estaba indeciso: el enérgico discurso de Caton lo sacó de la incertidumbre,

probando que en causas de otra naturaleza era permitido deliberar con detencion, y esperar la consumacion del crímen para castigarlo: pero que en aquel caso, por poco que se res tardase la decision de la suerte de los conjurados, el furor ó quizá el triunfo de sus cómplices impedirian el ejercicio de la justicia: y que cuando se trataba de saber, no si la república seria mas ó menos poderosa, sino si quedaria en pie, hablar de clemencia era sacrificar todos los buenos ciudadanos á un corto número de malvados. «César, dijo, no cree en los premios y castigos de la otra vida: para no abreviar el suplicio de los conjurados, les niega la muerte. Quiere que sean alejados de Roma, para que sus cómplices no los liberten: como sino hubiese hombres perversos mas que en la capital. Asi su remedio es inútil si teme la conjuracion: pero si cuando todos tiemblan, él solo está tranquilo, nos dá nuevo motivo para que temamos. Pensad, padres conscriptos, que vuestra determinacion acerca de Léntulo, decidirá la suerte de Catilina: todo depende de vuestro vigor ó debilidad. Manlio inmoló su propio hijo por haber quebrantado la disciplina: ¿y vosotros perdonareis á los que nada han respetado? Catilina marcha hácia Roma con un ejército: su es-

pada nos amenaza, sus cómplices estan enmedio de nosotros, observando nuestros pasos, esaminando nuestras miradas, asistiendo á nuestras deliberaciones: ¿nos detendremos? Mi voto es, que los conjurados convictos y confesos de haber proyectado la ruina de la república, sufran, segun la costumbre de nuestros mayores, el último suplicio."

Todos los senadores aplaudieron la firmeza de Caton. Ciceron al reasumir las opiniones, impugnó la de César con moderacion, y demostró vehementemente la necesidad del rigor. Se procedió á la votadura, y se adoptó el decreto que condenaba á muerte los presos conforme al voto de Caton. Ciceron aseguró al senado que sus ordenes serian cumplidas, colocó en todas partes cuerpos de guardias, despreció las murmuraciones de la multitud estraviada que los facciosos querian sublevar, llevó á Léntulo y á sus cómplices á la cárcel é hizo que les diesen muerte en su presencia con un dogal. Cuando salió, dijo al pueblo alborotado: *vivieron*. Catilina no habia reunido aun mas que una parte de sus fuerzas, y esperaba el golpe de los conjurados de Roma para completar su ejército. La noticia de su suplicio destruyó esta esperanza, y la desercion lo quitó muchos soldados. En estas circunstan-

cias críticas, determinó retirarse á las Galias por los montes de Pistoya: pero Metelo Céler, marchando rapidamente al Apenino de Etruria, le cerró todos los desfiladeros, al mismo tiempo que Antonio se dirigia contra él á marchas forzadas. No teniendo retirada, determinó probar la suerte de las armas: arengó á sus soldados, les mostró la imperiosa necesidad de vencer ó morir, y bajó del caballo para pelear á pie entre ellos. Hallándose el cónsul Antonio detenido por una enfermedad, verdadera ó fingida, su lugar teniente Petreyo tomó el mando de las tropas. Acométense los dos ejércitos con la mayor impetuosidad. Catilina, peleando en la primer fila, ostenta la habilidad de un general y el valor de un soldado. Sostiene á los que avanzan, reune á los que se desordenan, lleva ante sí la muerte y el espanto, y á pesar de la superioridad del número, hace indecisa la victoria por mucho tiempo con su ostinada resistencia, hasta que Petreyo, mandando entrar en combate la cohorte pretoria, penetra el centro del enemigo, lo separa á derecha é izquierda y desordena todo el ejército. Catilina, viendo la derrota de sus tropas, tomó una resolucion digna del puesto que habia ocupado: se arroja en medio de las legiones y muere lleno de heridas y rodeado

de víctimas. Despues del combate, el espectáculo del campo de batalla mostró á los vencedores la admirable intrepidez de los vencidos. Los soldados de Catilina, heridos en el pecho, habian perecido todos en el sitio señalado por el general sin rendir ninguno las armas. El triunfo fue celebrado con lágrimas, porque cada uno reconocia entre los cadáveres el de un pariente ó el de un amigo. Los romanos, libres de tan gran peligro, hicieron á los dioses públicas acciones de gracias, y decretaron dar al cónsul el nombre de *padre de la patria*; título que la lisonja de Roma subyugada prodigó á los emperadores, y que Roma libre dió solamente á Ciceron (1).

Triunfo de Pompeyo. (A. M. 3942. A. J. 62.) Mientras la actividad del consul y la firmeza del senado salvaban la república de la

---

(1) ¡Libre! Esta espresion puede sufrirse en un poeta; mas no en un historiador filósofo: la libertad de Roma se enterró en el sepulcro de los gracos. ¿Qué libertad habia en la ciudad de donde huyeron poco despues muchos senadores temiendo á Pompeyo? Esta reflecsion no quita nada de su mérito á Ciceron: pues salvó la patria del fuego de las rapiñas y de las matanzas. La *anarquia* incendiaria que deseaba establecer Catilina, era mucho mas temible y destructora que la especie de anarquia aristocratica, á la cual se daba entonces el nombre de la república. (N. del T.)

ambicion de un nuevo Sila, Pompeyo estendia sus límites en el Oriente. Despues de haber aniquilado á Mitrídates, sometido á Tigranes, conquistado la Judea y reducido á provincias el Ponto y la Siria, se embarcó para volver á su patria. A cada paso de su viage dió muestras de su magnífica generosidad: colmó de presentes á los sábios de Rodas y á los filósofos de Atenas: dió á los atenienses 50 talentos para reedificar las murallas de su puerto: libertó á Mitilene de todo tributo, é hizo levantar el plano del teatro de esta ciudad para que sirviese de modelo al que pensaba construir en Roma. Esta capital, que estaba orgullosa con los triunfos de Pompeyo, temió su vuelta, porque todos creyeron que venia á apoderarse de la autoridad suprema con el favor de sus tropas. Craso y muchos senadores habian salido ya de la ciudad: pero Pompeyo, á fin de disipar su terror, licenció el ejército apenas desembarcó en Italia y envió los soldados á sus casas. Su modestia aparente aumentó las fruiciones de su orgullo, porque todos los pueblos, admirando á un conquistador tan famoso, aislado y sin tropas como un ciudadano, se empeñaron á porfia en acompañarlo hasta Roma, á pesar de sus instancias para que no lo hiciesen. Así llegó

á las puertas de la capital con una comitiva diez veces mas numerosa y respetable que un ejército. El vencedor no podia entrar en Roma sino en triunfo, y suplicó al senado que difiriese el nombramiento de los cónsules hasta que se celebrase la ceremonia. El inflesible Caton se opuso á esta novedad, y aunque Pompeyo para ganar su voto, le pidió su hija en casamiento, ni pudo vencer su resistencia ni hacerle aprobar aquel lazo que Caton miraba como una cadena. El triunfo del vencedor del Asia duró dos dias. Los cuadros que se presentaron en él llevaban los nombres de quince reinos conquistados, de mil fortalezas tomadas por asalto, de novecientas ciudades sometidas, de treinta y nueve reedificadas y de ochocientos bajeles apresados. El estado de las adquisiciones del tesoro demostró que las conquistas de Pompeyo habian doblado las rentas de la república. Seguian el carro del vencedor, el gefe de los corsarios de Cilicia, el hijo de Tigranes, Zocima, reina de Armenia, Aristóbulo usurpador del trono de Judea, cinco hijos de Mitrídates, muchas mugeres escitas y los rehenes de Iberia, Albania y Comagene. Pompeyo gozaba de un honor que hasta él no habia adquirido ningun general romano; haber triunfado de las tres partes del mundo.

Su fortuna y gloria se hubiera comparado á la de Alejandro Magno, si hubiera muerto inmediatamente despues del último triunfo: porque desde entonces su felicidad y su fama descaecieron sucesivamente: y si los restos de su poder parecieron todavia formidables, fue solo para servir de base a la elevacion de César.

Mientras Pompeyo llenaba el universo con el esplendor de su nombre y caminaba al poder supremo con el afecto del pueblo y la confianza imprudente del senado, la fortuna elevaba poco á poco contra él un competidor que sin haber hecho todavia ninguna hazaña grande y sin haber mandado tropas, balanceaba ya su crédito en el pueblo romano y se preparaba á disputarle el imperio del mundo. Sin embargo, en aquella época no temia el gran Pompeyo sino la elocuencia de Ciceron, la virtud de Cátulo (1), la austeridad republicana de Caton, y mas que todo la audacia y ambicion de Craso. Menos político que Sila, menos penetrante que Ciceron, no habia adivinado la índole de César, y creia instrumen-

(1) No olvidemos los medios infames de que se valió para incluir a César en la conspiracion de Catilina. (N. del T.)

to dócil de su poder al mismo que lo habia de echar por tierra.

Cayo Julio César, yerno de Cinna y sobrino de Mario, obtuvo á la edad de diez y seis años el cargo de sacerdote de Júpiter. Sila quiso obligarle á que repudiase á su esposa Cornelia, y César se atrevió á resistir al dictador, obedecido entonces del universo. Para evitar su resentimiento, huyó al pais de los sabinos y sobornó á los satélites que le buscaban para darle la muerte. Salió de Italia y buscó un asilo en la corte de Nicomedes, rey de Bitinia. Destinado á superar todos los hombres en vicios y virtudes, escandalizó con sus liviandades el palacio mas corrompido del Asia. Poco despues se embarcó en un navío mercante, y fue apresado y conducido á Farnabazo, por unos corsarios de Cilicia, que le pidieron veinte talentos por su rescate. Rióse de una suma tan pequeña, les prometió cincuenta, y envió dos esclavos á Roma para traerlos. Habiendo quedado en poder de aquellos hombres fieros y sanguinarios, en vez de mostrarles temor, les hablaba como si fuese su amo y les mandaba callar cuando le interrumpian el sueño. Mas bien parecia príncipe de la isla que prisionero. Su cautiverio duró cuarenta dias. A veces recitaba delante de los

piratas versos y oraciones, y cuando no le aplaudian, los llamaba bárbaros y les aseguraba que algun dia los mandaria ahorcar: y en efecto lo cumplió, á pesar de que los corsarios lo tomaban á chanza. Llegó su rescate, y desembarcó en Jonia: reuni algunos bajeles, volvió á la isla, encontró todavia á los piratas en ella, los venció, les quitó sus riquezas, los hizo prisioneros y los envió á la horca. Habiendo logrado sus amigos que Sila le borrase de la lista de los proscritos, hizo sus primeras campañas en Asia bajo las ordenes del pretor Termo: mereció la corona cívica en el sitio de Mitilene, y se distinguió en Cilicia militando con Servilio Isáurico. Cuando volvió á Roma y se presentó en la tribuna, fue celebrado por su elocuencia: pero su osadía le grangeó un nuevo enemigo. Acusó ante el pueblo á Dolabela, varon consular, que habia obtenido muchos triunfos. No pudo lograr que fuese condenado, y para evitar su resentimiento, pasó á Rodas y se dedicó ardientemente á la literatura griega; su maestro fue Apolonio, hijo del célebre orador Molon.

Sabiendo en aquella isla que Mitrídates habia vencido algunos generales romanos y era dueño del Asia, reunió las tropas de muchos príncipes aliados, las animó, derrotó á

los generales del rey del Ponto, y volvió á Italia. El pueblo, que naturalmente es admirador de la osadía y amigo de los afortunados, viendo á César jóven, elocuente, pródigo, triunfante de los piratas, sin escuadra y vencedor de los lugartenientes de Mitrídates, sin tener ningun grado lo nombró unánimemente tribuno militar. Alimentado con los principios de Mario y Cinna, proscrito desde su juventud por Sila, gefe del partido senatorial, no tardó en manifestar su ódio á los grandes, y sus deseos de resucitar la faccion de la plebe. Primeramente se aplicó á restituir al tribunado su antiguo poder. La audacia y los progresos de este jóven ambicioso en el espíritu del pueblo, debieran haber inquietado muy pronto á los senadores: pero el amor de César á los placeres, su lujo, su familiaridad franca, su aparente frivolidad, el cuidado casi pueril de su adorno, y la afectacion de molicie que llegaba hasta dejar ondeante su vestido y flojo su cinto, contra lo que se usaba, impedian á muchos conocer sus proyectos de ambicion; y generalmente se le creia mas atento á seducir mugeres, que á subyugar hombres. Ciceron fue el primero que lo penetró. «Yo sé, decia, que aspira á ser tirano: sin embargo, apenas puedo creer que un hom-

bre empleado tan sériamente en peinarse, y que no toca á su cabeza sino con las puntas de los dedos, se atreva á concebir el proyecto de trastornar la república." César aumentaba diariamente con sus liberalidades el número de sus partidarios, animaba á los proscritos, despertaba la esperanza de los soldados de Mario, y mostraba en confuso á los hombres cargados de deudas, á los pobres y á los facciosos, nuevos medios de revolucion y de fortuna. Aunque deseaba ser popular, no ignoraba que el esplendor de un nacimiento ilustre deslumbra siempre el pueblo: que este cree las fábulas mejor que la historia: que tiene mas supersticion que piedad, y que no hay mejor medio de ganarle que suponerse un origen celestial. Y asi, cuando Cesar perdió á su muger Cornelia y á Julia, hermana de su padre, obligado segun el uso á hacer su elogio fúnebre, dijo asi: "Julia, por sus abuelos maternos, desciende de los reyes, y por los paternos de los dioses inmortales; porque su madre contaba entre sus progenitores, á Anco Marcio, y los Julios, antepasados de su padre, nacieron de Venus: asi, oh romanos, nuestra familia brilla á un mismo tiempo con la gloria de los monarcas, dominadores de los hombres, y con la magestad de los dioses, se-

ñores de los reyes » Antes de ser el primer general del mundo, César dominaba ya en el pueblo por su elocuencia, y era estimado como el primer orador de su siglo, despues de Ciceron. Defendió de una manera triunfante la causa de la Grecia contra Publio Antonio en presencia de Luculo, cuando este era pretor de Macedonia, y Antonio, apelando de la sentencia al pueblo romano, dijo sonriéndose á los tribunos del pueblo para motivar su apelacion, que le era imposible defenderse en Grecia contra un griego.

El favor popular habia animado tanto á César, que estando vacante el sumo pontificado, se atrevió á solicitarlo á pesar de ser muy joven, en concurrencia de Isáurico y Cátulo, hombres de los mas poderosos de la república. El senado, los ricos y los clientes de estos dos candidatos, se opusieron á César: pero tenia á su favor la muchedumbre, los facciosos y los atrevidos. Las escenas tumultuosas y sangrientas de los Gracos iban á renovarse: la madre de César queria impedir con sus lágrimas que fuese al foro: pero César salió diciéndole: « pronto me verás ó soberano pontífice, ó desterrado. » El pueblo le eligió á pesar de todas las intrigas de los senadores: este triunfo reveló á César cuanto era su poder, y des-

de entonces tuvo mayor intimidad con los enemigos del senado: por lo cual se le acusó de haber tomado parte en la conjuracion de Catilina. Curion le cubrió con su túnica para librarle de las espadas de los caballeros, y los republicanos reprendieron siempre á Ciceron haberle salvado la vida en aquel trance. La destruccion de Catilina no detuvo la ambicion de César. Habiendo ascendido á la edilidad por el favor del pueblo, se atrevió á volver á poner en el capitolio las estátuas y los trofeos de Mario. Obtuvo despues la pretura, é hizo castigar á los satélites de Sila, ejecutores de sus órdenes sanguinarias. Siendo edil consumió todo su caudal en embellecer á Roma con edificios y pórticos suntuosos. Los juegos que dió al pueblo escedieron á todos en magnificencia: habia comprado tantos gladiadores, que el senado, temiendo su número, mandó disminuirlo. Caton y Cátulo, defensores vigilantes de la libertad, no dudaron ya de los vastos designios de César contra la república. Este no ignoraba que para conseguirlos era menester destruir el crédito de aquellos hombres virtuosos, y la autoridad de que entonces gozaba Ciceron: pero impaciente por lograr sus fines, hizo que el tribuno Metelo Nepote propusiese una ley, segun la cual Pompeyo

debia volver á Roma con su ejército, socolor de sosegar las fermentaciones, y en la realidad para echar por tierra al senado. Caton y sus amigos se opusieron á ello vigorosamente: César y los suyos sostuvieron su dictamen con la violencia. Caton estuvo á riesgo de perecer; mas su firmeza triunfó: César, despues de haber resistido inutilmente, se vió obligado primero á ocultarse, y despues á ceder. El senado, temiendo esasperar al pueblo que le favorecia, le devolvió su empleo. Poco despues fue acusado formalmente por Vetio, como cómplice en la conjuracion de Catilina; pero César se defendió con habilidad: probó que habia dado á Ciceron noticias importantes, se justificó plenamente, y logró que sus acusadores fuesen castigados. Entonces habia aumentado su crédito casando con Pompeya, hija de Pompeyo y sobrina de Sila. El partido de su suegro le ausilió cuando se dió cuenta en el senado de la infraccion que habia cometido contra las leyes, levantando las estátuas de Mario, y esta audacia quedó sin castigo á pesar de Cátulo que decia: "es tiempo ya de mirar por nosotros: César conspira abiertamente contra la república."

El lazo que unia á César con Pompeyo se rompió bien pronto. Celebrábanse en Roma

las fiestas de la buena diosa Fausta: sòlo las mugeres estaban iniciadas en sus misterios, y era prohibido á los hombres, bajo penas rigorosas, asistir á ellos. En aquel año se hicieron las solemnidades en casa de César, que se ausentó de ella segun la costumbre. Publio Clodio, infame por sus vicios, irreligion y codicia, por su desprecio de las leyes, ódio contra los buenos, y audacia de sus empresas, estaba locamente enamorado de Pompeya. Ciego de la pasion, se atrevió á introducirse disfrazado de muger en la casa donde se celebraban los misterios. Una esclava le reconoce, y alarma á las matronas: la fiesta se suspende, se profana la solemnidad, empiezan todas á dar gritos, y buscan á la luz de las antorchas al sacrílego: éste logró evadirse. Hubo en Roma un escándalo espantoso: y aunque Pompeya no fue convencida de haber dado favor á la temeridad de Clodio, su marido la repudió diciendo: "Yo sé que no es culpable: pero la esposa de César no debe ser mancillada ni aun por la sospecha." Este marido tan severo ecsigia una virtud, de la cual no daba él mismo el egemplo, pues Pompeyo, cuando volvió á Italia, repudió á su muger Mucia, seducida por César; y la corrupcion de las costumbres era tal, que estos

divorcios no desunieron la alianza de aquellos dos hombres contra la república, y solo se enemistaron despues para disputarse el uno al otro sus ruinas. Clodio, citado en juicio por haber profanado los misterios, sobornó públicamente á sus jueces, y fue absuelto á pesar de los esfuerzos de Ciceron. Roma, donde todo era venal, solo esperaba un conquistador. Los nombres propios eran todo, y la patria nada. Ninguno atendia ni á la justicia ni á las instituciones, sino al partido al cual le ligaban sus intereses ó su aficion. César, que era un grande hombre y miraba su siglo desde un punto de vista superior, observaba el partido republicano decorado mas bien que robustecido con la rigidez de Caton, la virtud de Cátulo, la elocuencia de Ciceron, y la riqueza é influencia de muchos ciudadanos y senadores. No tenian á su favor ni la plebe ni las legiones, y asi gozaban de una autoridad aparente y frágil á la sombra de las leyes, solo por el respeto que se afectaba aun á las tradicciones antiguas: su poder no era otro que el de los recuerdos. La plebe se vendia al mas pródigo, y se dejaba guiar por el mas faccioso. Los soldados, ausentes por mucho tiempo de la ciudad, ya no eran ciudadanos, y servian mas bien á sus generales que á la

república. Los hombres ilustrados conocian que en un siglo tan corrompido, el coloso del imperio romano tenia necesidad de una cabeza, y cada uno de los grandes aspiraba á gobernarlo, Caton por las leyes, Ciceron por la elocuencia, Craso por el dinero, Pompeyo por el favor público, y César por las armas.

Triumvirato de Craso, César y Pompeyo. (A. M 3943. A. J. 61). César, superior en genio á todos sus rivales, no quiso luchar contra ellos por mas tiempo con discursos de tribuna, intrigas populares y magnificencia de espectáculos. Al fin de su pretura se valió diestramente del partido de Pompeyo para que se le diese la España por provincia, y del oro de Craso para pagar sus deudas. Un hombre vulgar hubiera creido útil á sus intereses irritar la rivalidad de Craso y Pompeyo: Cesar, cuya politica era mas profunda, conoció que esta division, favorable á la libertad y contraria á sus miras, solo era útil á Ciceron y á Caton. Reconcilió, pues, los dos hombres mas poderosos de la república, afectó asociarse á sus intereses, y los convirtió, sin conocerlo ellos, en instrumentos útiles de sus vastos designios. El triumvirato, consecuencia de esta reconciliacion, aseguraba á los amigos del orden y de la libertad, porque destruia el

temor de las guerras civiles; pero Caton no se engañó: cuando supo el convenio dijo: «Esto es hecho, la república no esiste: ya tenemos señores.» César tomó prestados de Craso tres mil talentos: sosegó á sus acreedores, y partió á España, donde esperaba hacer gran cosecha de dinero y de gloria. Su carácter, demasiado fuerte para sufrir el freno de la disimulacion, manifestaba sin rebozo algunas veces el deseo del poder supremo. Mas de una vez habia dicho: «si se ha de pecar ha de ser para adquirir el mando: en lo demas debe observarse la justicia.» Atravesando la Etruria llegó á una aldegüela, y uno de sus camaradas dijo observando la ruindad del pueblo: «Apuesto á que en este rincon miserable hay las mismas intrigas que en Roma para lograr la primer magistratura.» «¿Y por qué no? replicó César: mejor quiero ser el primero en Algido que en Roma el segundo.» Llegando á Gades vió una estátua de Alejandro Magno: la contempló silencioso y se le saltaron algunas lágrimas. ¿Por qué lloras? le preguntó un amigo que le observaba. — «Lloro porque aun no he hecho ninguna grande hazaña, y Alejandro cuando tenia mi edad, habia ya conquistado toda el Asia.» En España desenvolvió César por la vez primera el talento militar que

le hizo digno de ser contado entre los mas grandes capitanes. Lo que principalmente se admiró en él fue la increible ligereza de sus movimientos, por la cual consiguió siempre la superioridad. En pocos meses tomó muchas ciudades, ganó batallas, y subyugó, á escepcion de los cántabros, todos los pueblos de la península que hasta entonces, vencidos muchas veces y nunca sometidos, habian opuesto constantemente á Roma la resistencia mas obstinada. Dueño de la España, juntó en ella inmensos tesoros: armas indispensables para usurpar la autoridad en una república corrompida.

A su vuelta á Italia pidió el triunfo y el consulado, aunque el uso le obligaba á optar entre estas dos recompensas, porque era necesario estar en la ciudad para solicitar aquella magistratura; y fuera de Roma para pedir el triunfo. Escribió al senado rogando que le dispensase de estas reglas, que segun él eran solo vanas formalidades. Caton y su partido ganaron la votadura, y se le negó la dispensa. Obligado á escoger prefirió la autoridad del consulado al esplendor del triunfo. Despues de la muerte de Catilina, Ciceron, libertador de Roma, honrado con el título de Padre de la patria, sostenido por el amor de

los caballeros, cuyo órden ilustraba, y apoyado por los republicanos, cuyos principios sostenia, conservaba un dominio aparente sobre los varones honrados, por su virtud, y sobre la muchedumbre, por su elocuencia: pero cuando Pompeyo volvió del Asia, y licenciado su ejército se presentó en la ciudad sin mas comitiva que su gloria y el amor de los pueblos de Italia, todas las miradas se fijaron en él: el orador desaparecio á la vista del héroe, y el salvador de la república ante el conquistador del Asia. Pompeyo no era ya general de las armadas, comandante del ejército, ni dueño del oriente y del Africa: pero aunque hubiese descendido á la clase de simple ciudadano, parecia señor de la república. Mientras menos autoridad afectaba, se le tributaban mas homenages; y durante algunos años, la casa de un ciudadano fue tan brillante como la corte de un rey. Ciceron, rezeloso del ódio que conservaban contra él los parientes de los que envió al suplicio sin formarles causa, solicitó la proteccion de Pompeyo para conseguir un decreto popular que ratificase sus actas: pero solo se le dieron respuestas equivocas que aumentaron sus temores. Ya se habia hecho desagradable á Pompeyo, sosteniendo á Lúculo cuando éste pidió el triun-

so. Por otra parte, siendo Ciceron partidario celoso de la libertad como Caton y Cátulo, por mas aprecio que le mostrasen hombres tan ambiciosos como Pompeyo y César, no le miraban sino como un obstáculo á sus proyectos, y un enemigo que era fuerza arruinar, porque estos dos gefes de partido se dirigian á un mismo fin, aunque por caminos diferentes. Pompeyo queria que se le diese el trono: César se preparaba á conquistarlo: ninguno podia sufrir ni superior ni igual: y la lucha era entre un gran talento y un gran génio. Pompeyo, orgulloso por los homenages que se le rendian, y engañado por las caricias de la fortuna, cometió un yerro muy notable en licenciar su ejército para disipar los recelos de los republicanos, y se persuadió á un grande error creyendo que en un estado libre era posible dominar sin fuerza, usurpar sin violencia, y ascender á la tiranía con el apoyo de la estimacion pública. No tardó en conocer su engaño: los romanos, despues de los primeros enagenamientos de gratitud y admiracion, asegurados con la disolucion del ejército, no concedieron á Pompeyo mas que vanos honores, y le hicieron conocer en breve que solo era un simple ciudadano. El queria que se distribuyesen gratuitamente tierras á

sus soldados, se le dispensase de dar cuentas, y se ratificasen sin ecsamen todos los actos de su proconsulado de los mares y de su comandancia en el oriente. No pudo lograr lo que deseaba por la oposicion de Craso, Caton y Lúculo. Entonces fue cuando César, cuyo génio penetraba el porvenir, creyó que no podria llegar al supremo mando sin precursor, y que su ambicion quedaria ahogada en la cuna, si dejaba á los romanos que volviesen á la libertad, y perdiesen la costumbre del yugo: y este motivo le determinó á reconciliar á Craso y Pompeyo. Unidos por su interés comun, formaron el primer triumvirato, empeñándose con juramento á sostenerse mútuamente, y á reunir todos sus partidarios y riquezas y las fuerzas de sus ejércitos para asegurar el logro de sus empresas.

Los triumviros, fieles á lo que habian prometido, hicieron dar á César el consulado. El deseaba tener por colega á Lucio, amigo suyo: pero el partido republicano prevaleció en esta parte, y fue cónsul Marco Calpurnio Bibulo. El consulado de César fue, pues, el primer fruto del triumvirato que él habia formado; y la primera operacion de sus poderosos rivales fue echar los cimientos de su poder. César, ya cónsul, no cometió el yerro

de mudar de partido poniéndose en favor de los grandes. Opuesto al senado, que queria la república, cuidadoso de captar la benevolencia de la plebe, instrumento móvil y ciego de cuantos quieren oprimirla, propuso una nueva ley agraria. Bibulo, en cuyo ausilio confiaba el senado, no era capaz de luchar contra César. Sin embargo, queriendo balancear su popularidad, declaró que todos los dias de su consulado serian festivos. El pueblo le dejó que los celebrase él solo, no hizo caso sino de su colega y adoptó la ley. César fue entonces el único dueño de la república: solamente Caton, firme é inaccesible como la roca Tarpeya, arrostraba el enojo del cónsul, sublevaba á los republicanos y se esponia al destierro para resistir al triumvirato. Ciceron logró calmar su enardecimiento diciéndole que «si él no necesitaba de Roma, Roma necesitaba de él. «César dominaba el pueblo, afectando la mayor adhesion á sus intereses: gobernaba al senado por medio de los triumviros, y á los triumviros por medio de sus astucias. Dió en matrimonio á Pompeyo su hija única Julia, la cual hábil, ingeniosa y ciegamente adicta á la causa de su padre, se hizo señora absoluta del alma de Pompeyo, y desde entonces se vió obligado Craso á con-

descender con la voluntad de suegro y yerno. Una victoria no impedia á César buscar los medios de conseguir otra. Ningun hombre fue mas hábil que él en el arte de usar sucesivamente y á próposito la suavidad, el poder, la astucia y la osadía. Los caballeros romanos, que eran el gran ejército de Ciceron, daban mucha fuerza al partido republicano: el cónsul los ganó, disminuyendo un tercio de las sumas que pagaban al tesoro por los arriendos de las rentas del Asia. Al mismo tiempo adormeció la envidia de Pompeyo colmando sus deseos, haciendo que el pueblo ratificase los actos de su generalato, y asignándole por provincia la España. Satisfizo la avaricia de Craso dándole el Asia: pero el gran golpe de su política fue hacer que cayesen en su poder las provincias de Iliria y de las Galias con el mando de cuatro legiones durante cinco años. Asi tuvo ocasion de adquirir una gloria brillante. Subyugando los enemigos mas antiguos y formidables de Roma, tomaba tiempo para hacer aguerridas sus legiones y ganarlas para sí, y por el mando de la Galia Cisalpina, que le dejó la imprudencia del senado, era gefe de un ejército en Italia, y dueño de apoderarse de Roma, cuando el esplendor de sus triunfos deslumbrase á un pueblo mas ávido de

gloria y riquezas que de libertad, é hiciese perdonable su elevacion. Como él queria, para asegurar la ejecucion de sus vastos designios, aumentar el número de sus partidarios, hizo declarar amigos y aliados del pueblo romano á Ariovisto, rey de los suevos en Germania, y á Ptolemeo Auletes, rey de Egipto. Despreciando la impotente oposicion de su colega, no se dignaba ni aun comunicarle los decretos que proponia al pueblo y al senado. Bibulo, irritado por este desaire y avergonzado de su nulidad, se vengaba poniendo edictos contra la tiranía de los triumviros, y se estuvo ocho meses encerrado en su casa: por lo cual Ciceron decia, burlándose de él, que en los actos de aquel año debia ponerse por fecha: *siendo cónsules Julio y César.*

Sin embargo el abuso que los triumviros hacian de su poder, comenzaba á descontentar al pueblo, porque absolvian y condenaban segun su capricho, prodigaban á sus sirvientes las riquezas del estado, se burlaban de las leyes, maltrataban á los republicanos y empleaban la violencia para que se adoptasen sus resoluciones. La censura pública llegó á tal estremo que recitando un actor en el teatro este verso:

«Solo por nuestro mal te has hecho gran-

de." El auditorio lo aplaudió escesivamente, lo aplicó á Pompeyo y lo hizo repetir muchas veces. Los triumviros, como casi todos los gobernantes, acusaron á sus enemigos mas bien que á sus propias faltas del descrédito de su administracion, y lo atribuyeron á la oposicion y á las chanzas de Ciceron. Este orador en uno de sus discursos habló con vehemencia contra César. El cónsul resolvió vengarse, y tomó por instrumento á aquel mismo Clodio que habia mancillado tan cruelmente la reputacion de Pompeya. Reconciliόse con el hombre enemigo de su honor, para atacar al que lo era de su autoridad, empleó todo su crédito á fin de que fuese nombrado tribuno de la plebe, é incitó á Vetio, su antiguo acusador, á que indispusiese á Pompeyo con Ciceron, acusando á este de haber querido asesinar á aquel triumviro. La elocuencia de Ciceron triunfó de la calumnia: Vetio fue puesto en la cárcel, y César, temeroso de su indiscrecion, le hizo ahogar en ella.

Gobierno de César en las Galias. (A. M. 3944. A. J. 60.) Antes de salir para las Galias, ganó César á los consules designados para sucederle, á Gabinio con promesas, y á Lucio Pison casando con su hija Calpurnia. Tomo las medidas necesarias para alejar de Roma á Ci-

ceron y á Caton, que eran los mas firmes apoyos del partido republicano. El tribuno Clodio, encargado de esta odiosa comision, sedujo la muchedumbre, mandando por una ley distribuirle gratuitamente el trigo que antes se le daba á precio muy bajo, restableciendo las corporaciones de artesanos que el senado habia disuelto como peligrosas, disminuyendo la autoridad de los censores, y aumentando la libertad de las asambleas populares. Dispuestos los ánimos en su favor por medio de estas resoluciones agradables al pueblo, propuso la ley destinada á dar el golpe decisivo que meditaba. En ella se condenaba al destierro á todo el que hubiese hecho morir á un ciudadano sin formarle causa. Asi atacaba directamente á Ciceron, el cual se vistió de luto, igualmente que todo el senado y veinte mil caballeros, manifestando con este trage lúgubre la consternacion que les causaba el riesgo del salvador de Roma y padre de la patria, acometido por un tribuno faccioso. Este luto hubiera despertado la virtud en la antigua república, pero en la época de su corrupcion el enojo era mas útil que el dolor, porque este es el lenguage de los vencidos, y los malos no ceden sino á la fuerza. Los cónsules, que favorecian el proyecto de los tribunos, mandaron á los

senadores dejar el luto. Clodio arma la plebe y se apodera de la plaza. Aun quedaba á Ciceron el recurso de oponer el valor á la violencia y tomar las armas contra sus enemigos: pues los senadores, patricios, caballeros y todos los hombres virtuosos de Roma se mostraban dispuestos á sostenerle. Es verdad que no le hubiera bastado un solo triunfo, como decia Clodio, y despues de haber echado al tribuno del foro hubiera tenido que vencer á César, que estaba aun á las puertas de Roma con sus legiones. Ciceron era mas elocuente que audaz: ya fuese por el temor que le inspiraba César, ya porque su virtud no le permitia dar por su interés privado la señal de la guerra civil, dejó el campo libre á los sediciosos y se retiró de Roma. Su partido se desanimó, y los faccioso aumentaron su ardor y confianza: Clodio dió un edicto para confiscar los bienes de Ciceron, que fueron vendidos á subasta, y robadas sus casas de la ciudad y del campo. Virgilio, antiguo amigo suyo, que era pretor de Sicilia, se negó á recibirle en aquella isla, y no encontró asilo sino en Tesalonica, ciudad de Macedonia. Clodio, para premiar á los cónsules hader abandonado infamemente al libertador de Roma, hizo que se asignase á Gabinio la provincia de Siria, y á Pison la de Macedonia. Obligó fi-

nalmente á Caton á salir de Italia por la comision que le dió el pueblo de reducir á provincia romana la isla de Chipre, donde reinaba á la sazon un hermano de Ptolemeo Auletes. La república fundaba sus pretensiones sobre aquella isla en el testamento de Ptolemeo Alejandro, que al principio no quiso aceptar. El rey de Chipre no pudiendo defender su trono, y no queriendo sobrevivir á su dignidad, se dió la muerte. Aunque la comision era tan odiosa, Caton sacó de ella la gloria del desinterés, muy rara en aquella época, pues nada se apropió de las inmensas riquezas que halló en Chipre, y las envió todas al tesoro público. Sin embargo, el pueblo romano no apreciaba ya estas virtudes, solo premiaba la opulencia mal adquirida con tal que contribuyese á sus placeres. En aquel siglo se vió al edil Escauro costear trescientas sesenta columnas de mármol, otras tantas de cristal, é igual número de madera dorada para un teatro que no duró mas que un mes, y colocó entre las columnas tres mil estátuas de bronce y mas de diez mil cuadros. Curion, otro edil, construyó dos teatros móviles de madera unidos por la espalda, y que giraban sobre diversos ejes, de manera que los espectadores, sin levantarse, pasaban de la escena en que habian visto representar una tragedia al anfi-

teatro donde peleaban los gladiadores.

César, libre de Caton y de Ciceron, dueño del ánimo de Pompeyo por la influencia de su hija, y temiendo poco á Craso, cuya ambicion estaba contenta cuando se satisfacia su avaricia, partió en fin á las Galias con su ejército. Sabia que Sila no se habia hecho dueño de la república hasta que venció á Mitridates, y habia visto á Pompeyo cuando volvió de oriente árbitro de la autoridad suprema si se hubiese atrevido á ella. Menos imprudente que el uno y menos tímido que el otro, determinado á seguir sus pasos y á superarlos, concibió el vasto designio de subyugar la Galia, atemorizar la Germania, fijar los estandartes romanos en la Britannia, volver á Italia al frente de su ejército victorioso, y fundar un trono sólido sobre las ruinas de la república. Los galos, terror en otro tiempo de Roma, eran tenidos por los mas valientes de los bárbaros. Dueños del norte de Italia se habian derramado como un torrente en Grecia, Germania y Asia. Siendo mas fuertes que los romanos por su constitucion física y su número, hubieran conquistado el mundo en menos tiempo, á haber tenido un solo gefe y formado un solo cuerpo de nacion. Pero divididos en tantos reinos ó repúblicas pequeñas como ciudades habia en el pais, no pudieron

seguir un plan regular para el ataque ó la defensa. Sus diversas confederaciones, envidiosas unas de otras, se hacian la guerra con frecuencia. Pronto perdieron sus conquistas: Roma subyugó la Galia Cisalpina, y poco despues la Narbonense. La fertilidad del suelo, el aumento de las ciudades y la vecindad de los romanos alteraron sus costumbres. Los galos se afeminaron civilizándose: y el amor de los placeres, y el hábito del lujo y del comercio estinguieron poco á poco la pasion de la guerra, que habia sido dominante por tantos siglos. Todavia eran valientes: mas no tenian el mismo ardor en la victoria, ni la misma constancia en los reveses; y asi se vió que los germanos, subyugados antiguamente por ellos, se hicieron temibles á la Galia, la invadieron en diferentes ocasiones, y sometieron á tributo muchos de sus pueblos. Si César no hubiese conocido esta grande alteracion en las costumbres y fuerzas de los galos, no habria podido sin nota de temeridad tener esperanzas de conquistar con cuatro legiones un pais tan estenso y belicoso. César poseia el genio del poder, y sus miradas alcanzaban mas que las de sus contemporáneos: previó pues á cuánto alcanzaban la audacia y la disciplina contra pueblos valientes, pero sin constancia ni union, y con

asombro del mundo con solo treinta mil hombres sometió en ocho años á los fieros descendientes de aquel Brenno, cuya espada era temida aun en el Capitolio. Esta famosa espedicion comenzó el año 694 de Roma. El mismo César dice en sus comentarios, que la Galia estaba entonces dividida en tres partes principales, la Céltica, la Aquitania y la Bélgica. Los romanos daban el nombre de galos á los habitantes de la Céltica. Los rios Matrona y Secuana separaban esta provincia de la Bélgica, y el Garumna servia de límites entre la Céltica y la Aquitania. Los mas valientes de todos los enemigos con quienes César peleó eran los belgas y los helvecios, llamados ahora suizos. Estos pueblos, que casi desconocian el comercio, estaban aguerridos por sus contínuas lides con los germanos.

Guerra de los helvecios y batalla de Bibracte. (A. M. 3946. A. J. 58.) La ambicion de un noble helvecio dió á César la primer ocasion para la guerra. Orgetorix sabia que sus compatriotas descontentos de verse encerrados entre los límites estrechos del Rin y del Jura, deseaban buscar otra patria en un clima mas suave, y en un pais mas fértil y estendido. Quiso pues valerse de estas disposiciones para subir al trono, persuadido de que un pueblo

que emigra necesita de un gefe para que su invasion tenga felíz ésito. Inflamando los deseos de sus compatriotas, y mostrando mucho celo por el logro de su proyecto, solicitó la alianza de los secuanos (habitantes del Franco-Condado) y de los eduos (*borgoñones*). Los agentes encargados de esta negociacion no disimularon las esperanzas de reinar que tenia Orgetórix, y prometieron que repartiria con sus nuevos aliados el imperio de las Galias. Estas intrigas se descubrieron: los helvecios sublevados citan en juicio á aquel ambicioso, que rehusa comparecer y arma sus parciales: pero viendo que sus fuerzas eran cortas se dá la muerte. Su proyecto de emigracion le sobrevivió, y los helvecios quemaron sus doce ciudades y sus cuatrocientas aldeas, y resolvieron penetrar en las Galias. El camino directo al pais de los secuanos tenia un desfiladero muy estrecho entre el Ródano y el Jura: y como el puente de Geneva les pertenecia prefirieron atravesar la provincia romana, mucho mas temiendo la esperanza de que se les reuniesen los alobroges. César, informado de sus designios, los impidió con su celeridad: caminando á marchas dobles llegó á Geneva, rompió el puente que los enemigos creian poder pasar sin dificultades, y mandó alistar la juventud de la

provincia romana. Los helvecios, asombrados de su aparicion imprevista, le enviaron diputados para pedirle el permiso de pasar por su territorio. César no queria concederlo: pero no teniendo aun bastantes fuerzas reunidas para pelear, les dijo que dentro de un mes les responderia, y se aprovechó de la dilacion para construir un grande atrincheramiento desde el lago Lemano hasta el monte Jura. Colocó en él las tropas recien alistadas y negó el paso á los helvecios. Estos se dirigieron al pais de los secuanos, que les permitieron pasar por sus fronteras. Pusiéronse en marcha con la intencion de atravesar toda la Galia hasta el Océano y establecerse en el pais de los santones (Saintonge). César, informado de sus movimientos, encargó á Labieno la defensa de los atrincheramientos y pasó á Italia, donde tomó tres de sus legiones, levantó otras dos, volvió á pasar los Alpes, venció á los montañeses que se le opusieron, y llegó al pais de los secuanos (Leonesado), primer pueblo galo que estaba fuera de los límites del imperio. Alli recibió las quejas de los eduos, cuyo pais talaba ya la vanguardia de los helvecios. César marchó á socorrer este pueblo, antiguo aliado de Roma, y alcanzó á los enemigos en las riberas del Arar (Saona), cuando las tres cuartas partes del ejér-

cito helvecio lo habian pasado, ataca y destruye su retaguardia, y echa un puente sobre aquel rio.

Los helvecios, mas sorprendidos que desanimados por este revés, le propusieron altaneramente la paz, amenazándole si la rehusaba con la suerte de Cacio, que en otro tiempo habia sido derrotado y muerto por ellos. César les respondió que no conocia el miedo, principalmente cuando tenia la justicia de su parte: que sin embargo les concederia la paz si daban rehenes. Divicon, general de los enemigos, le respondió que los helvecios tenian la costumbre de recibirlos y no de darlos. La conferencia se rompió: los bárbaros se alejaron del rio, y aunque César queria seguirlos, se hallaba sin víveres. Admirado de ver que no se realizaban las promesas de los eduos, siendo asi que habian implorado su socorro ó prometídole susistencias, supo de Diviciaco, hombre principal de aquel pais, en cuya adhesion confiaba, que los eduos estaban divididos en dos facciones, y que era gefe de la favorable á los helvecios su hermano Dumnorix, con la esperanza de usurpar la soberanía. César, sin perder tiempo, hace venir á Dumnorix á su provincia, lo reprende, le perdona en consideracion á su hermano, mas no sin

observar su conducta. Frustrada esta conjuracion, llegaron los víveres, y el ejército romano en una marcha rápida se puso en presencia del enemigo, que estaba acampado al pie de una altura á dos jornadas de Bibracte (Autum). César reconoció su posicion y envió secretamente á Labieno para que rodease la montaña y se apostase en su cima. Hizo despues un movimiento para acercarse á sus almacenes: los enemigos, creyendo que huia, salieron de su campamento con tanto ardor como confianza, y se arrojaron sobre los romanos. Eran intrépidos, muy superiores en número y estaban alentados por las victorias que habian conseguido. El écsito de esta batalla podia decidir toda la Galia en favor de los helvecios, destruir la fama de César y derribar en sus principios el edificio de su ambicion. César conoció que aquel momento y aquella primera accion eran decisivos para él. Comunicando á sus tropas la pasion que le agitaba, mandó á todos los oficiales que desmontasen, fue el primero en dar el ejemplo, mostrando que estaba resuelto á convertir el campo de Bibracte en teatro de su primer victoria ó á perecer. Las legiones atacan de frente al enemigo con impetuosidad y penetran en sus masas: pero la reserva de los helvecios acomete el flanco de

los romanos, restablece el combate y balancea la victoria. Entonces baja Labieno de la montaña y ataca á los enemigos, que le resistieron ostinadamente desde la una de la tarde hasta el anochecer. Ninguno de ellos volvió la espalda á los romanos ni aun en la retirada: pelaron hasta en medio de sus bagages; y despues que estos fueron tomados y el campamento quedó en poder del enemigo, se retiraron en número de ciento treinta mil hombres al pais de los lingones (territorio de Langres). Entre los prisioneros habia un hijo y una hija de Orgetórix. César prohibió á los lingones conceder asilo á los vencidos. Despues de enterrar los cadáveres y dar órden en la curacion de los heridos, persiguió al enemigo, le alcanzó á pocas marchas, le cortó la retirada y lo obligó á implorar su clemencia. Celebróse una trégua, y los romanos pidieron rehenes. Durante la negociacion, seis mil hombres del Canton de Urbigena (Berna) se escaparon dirigiéndose á Germánia. César mandó á las ciudades del tránsito que los detuviesen, como en efecto lo hicieron y se los enviaron. Redújolos á la condicion de esclavos é hizo la paz con los helvecios. Eran trescientos sesenta y ocho mil cuando salieron de su patria, entre ellos noventa y dos mil capaces de

tomar las armas: solo volvieron once mil: los demas perecieron, á escepcion de veinte mil boyos, á quienes César permitió incorporarse con los eduos y establecerse en su territorio.

Los galos tenian mas miedo á la dominacion de los romanos que á la invasion de los helvecios; pero la victoria les hizo mudar de opinion, como siempre sucede: el temor se convirtió en lisonja, y el ódio se puso la máscara de la amistad. Todos los gefes de la Galia Céltica vinieron á felicitar á César por su triunfo. El general romano no se adormeció con este incienso, como los hombres vulgares: aprovechóse de él con desconfianza. Mas bien esperaba el logro de sus planes de la rivalidad de los pueblos galos que de su afecto. En una conferencia secreta que tuvo con Diviciaco, se informó del verdadero estado de los negocios políticos en aquel pais. Habia mucho tiempo que los eduos disputaban el imperio con los arvernos (los de Auvernia). Estos, muchas veces vencidos, hicieron alianza con los secuanos y llamaron á los germanos en su socorro, sacrificando el interés general al privado y entregando la patria al yugo estrangero. Los germanos pasaron el Rhin solo en número de quince mil hombres: mas se le reunieron en breve doce mil de sus compa-

triotas. Los eduos se resistieron valerosamente; pero habiendo perdido una gran batalla en que perecieron sus senadores y nobleza y la mayor parte de su caballería y la de sus aliados se sometieron, dieron rehenes y siendo el primer pueblo de la Galia, descendieron á la ignominia de pagar tributo á los estrangeros, Sin embargo, su desgracia no merecida, era nada en comparacion de la de los secuanos, y los vencedores envidiaban la suerte de los vencidos. Ariovisto, rey de los germanos, era mas bien opresor que aliado de aquel pueblo. Se habia hecho dueño de su pais, tomado la tercera parte de las tierras, y distribuídolas á veinte y cuatro mil harudes (originarios del territorio de Constancia). Estos bárbaros cometian con los secuanos las mayores crueldades, y para tenerlos sometidos, guardaban como rehenes los hijos de las familias mas distinguidas. «Solo yo, decia Diviciaco, he reusado al tirano de mi patria el juramento que ha ecsijido á los eduos y á los secuanos. Pedí á Roma socorros que no pude lograr. En breve se arrojarán sobre las Galias todos los pueblos de la Germania. Tú solo, ó César, puedes salvarnos; pero estamos perdidos si Ariovisto llega á saber esta negociacion. Nosotros podriamos libertarnos abandonando nues-

tros hogares; pero los secuanos no tienen este recurso: están en poder de Ariovisto, y los esterminará al momento que sepa que imploramos tu ausilio."

Guerra con Ariovisto, rey de los suevos. (A. M. 3947. A. J. 57). César, habiendo tomado informes de los diputados secuanos, cuyas lágrimas y vergüenza confirmaron la narracion de Diviciaco, prometió libertarlos del yugo. Era muy importante para Roma impedir que los romanos se estableciesen en las Galias, de donde podrian pasar á la provincia Narbonense, atravesar los Alpes y renovar en Italia el terror y los estragos que causaron los cimbros y teutones en otro tiempo. César previó é impidió estas desgracias, que cinco siglos despues cayeron sobre el imperio romano y lo arruinaron. Determinado á arrojar los bárbaros al otro lado del Rhin, envió embajadores á Ariovisto para pedirle una conferencia. El rey de los suevos, respondió con altivez y grosería, que si César tenia necesidad de él, viniese á hablarle. El romano le escribió, que si queria conservar la alianza con la república, dejase de traer germanos á la Galia, restituyese á los secuanos su independencia y á los eduos sus rehenes, y no cometiese hostilidades contra ellos: y que sinó, como el senado y el

pueblo romano habian mandado á los gobernadores de la Nabonense, en el consulado de Mesala y Pison, proteger á los eduos y á sus aliados, se veria en la obligacion de vengar con las armas las injurias de estos pueblos. Ariovisto replicó que en todos tiempos habia sido derecho del vencedor dictar leyes á los vencidos, y que los romanos habian usado de este derecho constante y ampliamente. « Los eduos, añadió, quisieron esperimentar la fortuna de la guerra; fueron derrotados y sometidos á un tributo justo. Si quieren pagarlo, vivirán en paz: sinó los castigaré. Tus amenazas no me espantan: todos los que han tenido la osadía de acometerme, se han arrepentido despues, y aprenderás á tu costa lo que puede un pueblo que nunca ha sufrido derrotas y que de catorce años á esta parte no duerme sino en los campamentos. » En el momento de recibir esta carta supo César que los habitantes de cien cantones suevos habian pasado el Rhin, llamados por Ariovisto. Esta noticia le obligó á acelerar su marcha, y temiendo que los bárbaros se hiciesen dueños de Vesoncio (Besanzon), se apresuró á apoderarse de esta posicion que era muy fuerte. Creia que el ardor de las legiones sería igual al suyo: pero como los mercaderes y viageros

que llegaban á su campo, hacian descripciones esageradas del valor, la fuerza, la estatura gigantesca y las terribles miradas de los germanos, desmayó un poco el valor de las legiones, y esta primer debilidad acabó en terror pánico. Los prefectos, senadores y caballeros, que estaban poco acostumbrados á la guerra y que no habian seguido á César sino por amistad, se despiden y retiran con diversos pretestos. Los oficiales se esconden en sus tiendas: resuenan quejas y gemidos en los reales: los soldados, creyendo cierta su perdicion, hacen testamento: los que por el pundonor disimulaban su miedo, hablan de la dificultad de los caminos y aspereza de los bosques: en fin, llegó el caso de decir á la claras que si el general daba órden de seguir adelante, no le obedecerian. César, que en medio de aquella muchedumbre amedrentada, era el único que no temia, reune los oficiales de las legiones y les dice: «en mi consulado solicitó Ariovisto la amistad de Roma: yo creo que lo pensará bien antes de renunciar á ella. Y si es bastante insensato para arrostrar nuestro poder ¿qué temeis? ¿No conoceis este enemigo? ¿dudais de vuestro valor y del mio? ¿valeis menos que vuestros antepasados, o me teneis en menos que á Mario? Los cimbros y

teutones han huido de los romanos: los helvecios, que acababais de vencer, han derrotado á esos mismos germanos que temeis ahora. Ariovisto no se atrevió á pelear con los eduos y rehusó largo tiempo la batalla: si despues los venció, fue por sorpresa y á traicion. No hay que temer la falta de víveres, porque los he reunido en abundancia. La dificultad de los caminos es menor de lo que creeis, segun consta de los reconocimientos que he mandado hacer. Pero se habla de desobediencia y de no seguir adelante. No puedo creer tal infamia: ningun general romano ha sufrido la injuria de ser desobedecido á no haberse grangeado el ódio de las tropas por su avaricia, ó el desprecio por sus derrotas. En fin, yo no pensaba marchar ahora: pero vuestras murmuraciones me obligan á salir mañana antes del alba: quiero ver prontamente si el deber es mas fuerte que el miedo. Si algunos rehusan seguirme, estoy cierto que la legion décima no me abandonará en ningun caso: ella será mi cohorte pretoria, y con tales soldados acometeré sin temor y venceré á los enemigos.»

La firmeza de su ademan, el ardor de sus miradas y la osadía de sus palabras, causaron en los ánimos una pronta revolucion. La tris-

teza de los soldados se disipa: la alegría y la esperanza brillan en sus rostros: y los que antes solo vian el miedo de la muerte, piden ya la guerra y la victoria. Los tribunos de la legion décima dan gracias á César por su confianza, y le prometen ser siempre suyos. Las demas legiones le envian sus oficiales por diputados para jurarle que le seguirán adonde quiera. César, habiendo reanimado asi el valor de su ejército, sale de su campo y se acerca á Ariovisto, que le propone una conferencia, y para engañarle ecsigió que no fuesen á ella sino con una escolta de caballería. César sospechó el lazo, y mandó á algunos soldados de la décima legion, que montasen los caballos de la escolta, por lo cual dijo uno de los legionarios: «César nos dá mas de lo que ofreció; pues que segun su promesa debia hacernos pretorianos, y nos hace caballeros.» Las dos escoltas se detuvieron á doscientos pasos de un cerrillo donde habia de celebrarse la conferencia. César recordó al rey su tratado con Roma, y la obligacion que tenia la república de defender á los éduos. Ariovisto respondió que él no habia pasado á las Galias sino llamado por los galos: que despues, habiéndose reunido todos contra sus germanos, los habia vencido: y que el tribu-

to impuesto era consecuencia legítima de su victoria. Los romanos, dijo, no han sostenido á los éduos contra los secuanos: ¿por qué es- tarian obligados á defenderlos contra mí? Yo sospecho que no has tomado las armas sino para hacerte dueño de las Galias, y estoy re- suelto á oponerme á ello Si en esta guerra te quito la vida, te prevengo que daré mucho placer á personages muy ilustres de Roma que me han incitado con sus cartas á pelear contra tí: pero en lugar de hacernos daño, unámos nuestros intereses. Si me dejais libre en mis conquistas, te prometo favorecer tus designios con todo mi poder.» César comen- zaba á replicarle que no habia razon para que las Galias fuesen mas bien de los suevos que de los romanos, cuando vinieron á avi- sarle que la caballería enemiga avanzaba, de- cia insultos á la suya y le tiraba piedras. Cé- sar interrumpió la conferencia, y se retiró prohibiendo á los romanos las represalias, que- riendo probar asi su buena fé, y culpar á Ariovisto por la infraccion de la tregua. Una conducta tan pérfida redobló el ardor de los romanos contra los bárbaros. César sabia que los suevos eran superiores en los combates de tropas ligeras, porque llevaban junto á los ca- ballos infantes ágiles que lanzaban dardos,

mientras los ginetes acometian y protegian á estos con sus escudos y espadas si se hallaban en aprieto. Y asi, en lugar de comprometer sus tropas en escaramuzas, atrincheró su campo á vista del enemigo, y le presentó la batalla. Ariovisto no la aceptó, y se mantuvo encerrado en sus tiendas. Los espias de César le esplicaron la causa de aquella contemporizacion. Los germanos creian en los hechizos y sortilegios, pensaban que las mugeres adivinaban lo futuro, y tenian sus palabras por oráculos. Ariovisto las habia consultado, y su respuesta fue que no esperase la victoria si peleaba antes del novilunio.

César, conociendo cuánto podia valerle esta supersticion, atacó el campamento enemigo, y arrojó de él á los bárbaros. Desbarató con el ala que mandaba la izquierda de Ariovisto: pero la derecha penetró en las filas romanas. El jóven Publio Craso, que mandaba la caballería, hizo avanzar la tercer línea, y restableció el combate. El enemigo derrotado huyó por todas partes, y no se detuvo sino en las orillas del Rhin. Ariovisto atravesó el rio con muy pocos á nado y en bateles: los demas se ahogaron ó fueron degollados por los romanos. Una de las hijas del rey y dos de sus mugeres, perecieron en el combate: otra

hija quedó prisionera. César halló á algunos de sus diputados que el rey bárbaro habia puesto en prisiones. Procilo, uno de ellos, habia visto tres veces echar la suerte para saber si le quemarian antes ó despues de los otros cautivos. La derrota de Ariovisto difundió el terror entre los suevos, y pasaron con prontitud al oriente del Rin. César, habiendo terminado con tanta felicidad dos guerras en una sola campaña, dió á sus legiones cuarteles de invierno en el pais de los secuanos, y volvió á la Galia Cisalpina para presidir sus asambleas. Tan profundo político como sábio general, se establecia todos los inviernos en aquella provincia, desde la cual estaba en correspondencia con su ejército, gobernaba las Galias, y contenia á sus enemigos de Roma.

Lejos de esta ciudad solamente eran dignos de admiracion los romanos de aquel tiempo. Mientras que la república plantaba sus águilas en las riberas del Rhin, la tristeza y la confusion reinaban en la capital del mundo. El senado, creyendo con razon que el destierro de Ciceron era el de la libertad, decidió solemnemente que hasta que fuese restituido no deliberaria sobre ningun asunto. Este senatus consulto detuvo el movimiento de la administracion, y la Italia pidió la vuelta del

libertador de la patria. Mientras la opinion pública se declaraba mas contra los facciosos, mas crecia la insolencia de Clodio. Habia triunfado de la justicia y la virtud: pero fue vencido por la fuerza y la ambicion. Cometió la imprudencia de ultrajar en una oracion á Pompeyo, cuyos numerosos amigos aumentando el partido de Ciceron, le dieron la superioridad en las tribus. El senado, viendo propicia la ocasion, dió el decreto para restituir á aquel ilustre desterrado, y el pueblo lo confirmó á pesar de los esfuerzos de Clodio, que procuró en vano oponer la violencia á la justicia. La vuelta de Ciceron fue un verdadero triunfo: recibió diputaciones de todas las ciudades de Italia, que hicieron solemnes acciones de gracias á las deidades: se celebraron fiestas en su honor: el senado y el pueblo salieron de la ciudad á recibirle, y como él mismo dice: « pareció que Roma se arrancaba de sus cimientos para abrazar á su libertador. » Basta á la virtud un dia semejante para pagarle un siglo de infortunio. Se le volvieron sus bienes, y se reedificó su casa á costa de la república. Ciceron, menos irritado de la injuria que reconocido al beneficio, o quizá dejándose llevar demasiado de la gratitud, inseparable compañera de la honradez, en la pri-

mer ocasion que habló en el senado, hizo que se concediese á Pompeyo por cinco años la superintendencia de los víveres, con un poder sin límites en todos los puertos y costas del imperio. Este esceso descontentó á los republicanos, y dió motivo á las primeras quejas de César. La guerra con los piratas de Cilicia no justificaban ya la concesion de un poder tan estenso, y la carestía momentánea producida por la negligencia de la administracion, no era causa suficiente para colocar á un hombre sobre las leyes. Este mismo año, 696 de Roma, murió Lúculo: su gloria y aun su razon, se habian eclipsado mucho tiempo antes.

Guerra con los belgas. (A. M. 3948. A. J. 56). César no tuvo lugar de observar por mucho tiempo los progresos rápidos de la autoridad de su colega. La derrota de Ariovisto y el temor de la ambicion romana, que estendia ya su poder en las Galias desde Masilia hasta las riberas del Rhin y las fuentes del Saona, inquietaron á los pueblos de la Bélgica. Germanos de origen, belicosos é independientes, resolvieron vengar á los suevos y libertar á los galos de la dominacion de Roma. César no podia oponerles mas que ocho legiones: pero sabia que la constancia romana lucharia

ventajosamente contra el valor indisciplinado y la índole móvil de sus enemigos. Le hemos seguido paso á paso en su primer campaña para dar á conocer su carácter, su modo de hacer la guerra, sus recursos, y el pais que se proponia conquistar: en lo sucesivo describiremos con mas rapidez el curso de sus brillantes espediciones. Los *Comentarios*, en que el mismo dá cuenta circunstanciada de ellas, son bien conocidos de todos, y los jóvenes que se dedican á la defensa de la patria, deben leerlos incesantemente para aprender el arte militar. César no dejó á la liga que le amenazaba, tiempo para adquirir fuerzas: marchó con prontitud al Axona con todas sus tropas, cuando los belgas se debilitaban separándose. En la primer batalla hizo gran destrozo en los enemigos, se apoderó de Remos y Suessiones, de Belovaco y Samarobriva. Los servios, que habitaban las orillas del Escalda y del Sambra, reunidos á los atuates, le dieron una batalla que fue sangrienta y disputada, y en la cual los romanos estuvieron en peligro inminente. César, viendo retroceder sus tropas, tomó el escudo de un soldado y se arrojó en medio de los enemigos: las legiones, avergonzadas de su cobardía, se precipitan detras de él y logran la victoria. Despues ata-

có á los adnáticos (pueblos del Namur). El asombro que les causaban las máquinas de guerra que veian por la primera vez, los movió al principio á capitular; pero tan veloces para romper el tratado como para hacerlo, salen por la noche de sus murallas y caen súbitamente sobre los romanos. César remedia con celeridad el desorden que produjo este ataque, reune sus cohortes, desbarata al enemigo, se apodera de la ciudad, y vende como esclavos á todos sus habitantes. Se confiaba tanto en su fortuna, en el poder de su nombre, en el terror que inspiraban sus victorias, y en la superioridad que la táctica romana, sus armas y el arte de los campamentos le daban sobre el valor fervoroso, pero desordenado de los galos, que en el momento que atacaba á los servios, los mas belicosos de sus enemigos, enviaba á sus lugartenientes con cuerpos de tropas poco numerosos á someter otras partes de la Galia. Publio Craso, hijo del triumviro, ocupó todas las costas de la Céltica que yacen entre el Secuana y el Ligeris. César, habiendo vencido á los belgas, volvió, segun su costumbre, á principios de invierno á la Galia Cisalpina. El senado mandó hacer por sus victorias *suplicaciones*, esto es, acciones solemnes de gracias: duraron quince dias,

mas tiempo que el de todas las que se habian celebrado hasta entonces. Los triumviros creyeron necesario tener una conferencia para estrechar mas los lazos que los unian. César habló con Craso en Ravena, y con Pompeyo en Luca. Convinieron que se prorogaria otros cinco años el proconsulado de César en las Galias, y que los otros dos triumviros serían cónsules. Ciceron hubiera querido, y quizá debido, oponerse con los republicanos al triunvirado: pero su destierro habia abatido su valor, y aunque César fue promotor de aquella desgracia, se creyó obligado á elogiarle en la curia y á opinar por la prolongacion de su mando. El mismo se acusa de debilidad en sus cartas á Atico, y confiesa que «debia haber imitado á Filoxeno volviendo á la prision antes que alabar los versos de Dionisio.» Una nueva confederacion se formó en la Galia Céltica contra Roma. Los venetos (habitantes de Vannes), pueblos de la Armórica (Bretaña), se unieron á los eburices y lexobios, y aun enviaron diputados á la Bélgica, con la esperanza de sublevar todas las Galias por la causa sagrada de la independencia. Los venetos defendidos por el mar en el cual tenian una escuadra bien ejercitada, por lagunas casi impracticables ó por bosques densísi-

mos, se creian invencibles; y asi insultaron y maltrataron á los diputados romanos que fueron á pedirles víveres. César marchó contra ellos. Halló grandes dificultades, no solo para vencerlos, sino aun para acercarse á sus pueblos. Ningun ostáculo fue capaz de detener su valor. Hizo construir bajeles, y por medio de sus máquinas abordó y quemó la escuadra enemiga. Los venetos, consternados por la ruina inesperada de sus fuerzas navales en las cuales tenian toda su confianza, capitularon y se rindieron. César, vengando sin medida ni piedad la injuria hecha á sus diputados, hizo degollar todo el senado, y redujo á servidumbre la poblacion. Es dificil concebir, atendida esta accion, como los contemporáneos y aun los enemigos de César han preconizado su clemencia: pero los venetos no tenian entonces historiadores, y ademas muchas virtudes de los tiempos antiguos nos parecerán bárbaras en el dia. Mientras Decio Bruto destruia la escuadra de los venetos, Titurio Sabino, lugarteniente de César, derrotó completamente los eburices y lexobios: y el jóven Craso conquistó con una sola legion toda la Aquitania, venciendo tantos pueblos armados como le rodeaban. En esta época el famoso Marco Antonio echó en Egipto los cimientos de su reputacion

y fortuna. Siendo comandante de las tropas romanas de Siria bajo el procónsul Gabinio, restituyó la corona de Egipto á Ptolemeo Auletes, destronado por sus vasallos. Habiendo adquirido inmensas riquezas, igualmente que su gefe, por el saqueo de ambos paises, consiguió sin embargo toda la gloria de la conquista, y el castigo de las concusiones cayó sobre Gabinio. Terminada esta guerra pasó á Galia y siguió la suerte de César. Este no ignoraba que todos los pueblos septentrionales de aquel pais habian entrado en la liga de los venetos; pero el invierno se acercaba, y ocultó su resentimiento hasta la primavera.

El senado de Roma hallaba mas dificil someter los enemigos interiores que los estrangeros. Cuando se iba á reedificar la casa de Ciceron, Clodio, apoyándose en una respuesta ambigua de los arúspices, se opuso al trabajo de los obreros, armó sus partidarios y marchó contra Ciceron. Milon y sus amigos le defendieron valerosamente y ahuyentaron á los facciosos. La libertad moribunda arrojaba aun algunas llamaradas, y los republicanos reunieron sus esfuerzos para disputar el consulado á Pompeyo y Craso. Los comicios estuvieron tan alborotados, que fue preciso diferir la eleccion : pero despues de un corto in-

terregno, el partido de los triumviros, valiéndose ya de la seduccion, ya de la violencia, logró un completo triunfo. Se negó á Caton la censura: Pompeyo y Craso fueron cónsules: el primero tuvo por provincia la España, que le habian prometido sus colegas y Craso la Siria. Entrambos labraron su propia ruina por caminos opuestos: Craso, haciendo que se declarase contra los partos una guerra peligrosa é inútil, con la esperanza de adquirir en ella mucha fama y riquezas, y de volver á Italia mas poderoso y temible que Sila: Pompeyo, quedándose en Italia por el orgullo de dominarla y contento con la ausencia de sus rivales, prolongando el gobierno de César en las Galias. Por esta razon no se puso al frente de sus legiones, segun la costumbre, sino encargó el ejército de su provincia á sus lugar tenientes. Embriagado con homenages engañosos, acostumbró los soldados á olvidarle, y se contentó con gozar en Roma la vana apariencia del poder, mientras dejaba á César la realidad. El consulado de los dos triumviros no fue notable sino por la mejor eleccion de los jueces y por una ley para refrenar las intrigas, que produjo sátiras contra los consules, infractores constantes de todas las leyes. El año concluyó, y al partir Craso al Oriente, los

agoreros hicieron vanos esfuerzos para que renunciase á aquella empresa desastrada, pronosticándole su ruina: se burló de sus amenazas y de las imprecaciones que el tribuno Ateyo Capiton pronunció públicamente contra él. En aquel siglo supersticioso un general perdia la mayor parte de su fuerza, obligando á los soldados á pelear contra las órdenes supuestas del cielo.

Guerra contra los germanos y britannos. (A. M. 3949. A. J. 55). Una nueva invasion de los usipios y tencteros, pueblos germanos arrojados por los suevos de su pais, obligó á César á marchar contra ellos el año 698 de Roma. Los germanos, apasionados á la guerra y á la libertad, conservaban todavia costumbres rudas y selváticas. De todas las artes de la civilizacion, la única en que habian hecho algunos progresos era la militar. César nos ha dado á conocer, mejor que ningun otro historiador, á estos pueblos temibles destinados á fundar una nueva Europa sobre las ruinas del imperio romano. En su tiempo los mas poderosos y guerreros de los germanos eran los suevos. Esta nacion estaba dividida en cien cantones, de los cuales cada uno daba mil hombres anualmente para lidiar con los pueblos vecinos. Los demas habitantes cultivaban la

tierra y producian subsistencias para los ejércitos. Al año siguiente volvian los guerreros al arado, y los cultivadores tomaban las armas: y asi conservaban perpetuamente los hábitos de los trabajos del campo y de las fatigas militares. Estos pueblos desconocian la propiedad, primera base de la civilizacion. Todas las tierras de los suevos eran comunales. Consumian poco trigo: sus principales alimentos eran la leche y la carne de sus rebaños y de los animales muertos en la caza. La estrema libertad de que gozaban sus hijos, contribuia á su estatura prodigiosa y complexion robusta. Bañábanse en los rios tanto en invierno como en verano: no conocian ni estufas ni termas: y á pesar del rigor del clima, solo llevaban vestidos de pieles, que no alcanzaban á cubrirles todo el cuerpo. Demasiado acostumbrados al saqueo para tener necesidad de comprar, no recibian á los mercaderes estrangeros sino para venderles el botin que habian adquirido en sus espediciones. Lejos de buscar, como los galos, los caballos de casta de otros paises, solo se servian de los que habian nacido en sus bosques. A la verdad no eran notables ni por su estampa ni por su tamaño; pero el contínuo ejercicio los endurecia para el trabajo y los hacia capaces de resistir á las

mayores fatigas. Los suevos, que hacian á un mismo tiempo el servicio de infantería y de caballería, peleaban muchas veces á pie, y saltaban con ligereza en sus caballos cuando era menester perseguir al enemigo vencido, ó escaparse del vencedor con una pronta fuga. Los caballos estaban enseñados á esperarlos en el sitio donde los dejaban mientras combatian: montábanlos en pelo, y el uso de las sillas era para ellos un lujo vergonzoso. Fiados en su valor y en la ligereza de sus caballos, no dudaban atacar la caballería mas numerosa y mejor equipada. El vino estaba prohibido severamente: creian que este licor enervaba y afeminaba los hombres, y los hacia incapaces de sufrir las fatigas de la guerra. Antes de penetrar en su territorio, era preciso atravesar paises inhabitados y campos incultos de sesenta millas de estension. Pensaban que estos desiertos eran la prueba de que ningun pueblo vecino habia podido resistir á sus armas, y las tristes soledades eran el monumento sombrío de su gloria selvática. Los pueblos mas cercanos á los suevos eran los ubios (habitantes del territorio de Colonia) los mas ricos y poderosos de los germanos: ventaja debida á su posicion en las orillas del Rhin, que los habia acostumbrado al comercio y á la vecindad de

las Galias, cuyos usos adoptaron poco á poco. Los suevos, que guerreaban frecuentemente con ellos, no habian podido destruir su numerosa poblacion, bien que los hubiesen debilitado y hecho tributarios.

Tales eran entonces los germanos, mucho mas temibles que los galos, si hemos de creer á César. Estos, mas civilizados, gustaban del lujo y de los placeres: eran valientes, pero ligeros, móviles, deseosos de mudanzas, y tan curiosos de noticias, que detenian á los mercaderes y viageros, los obligaban á responder á sus preguntas indiscretas, y muchas veces se decidian, en virtud de aquellas relaciones poco fidedignas, á las empresas mas arriesgadas. Los nobles y sacerdotes eran las dos clases mas ilustres de la nacion: los demas se miraban casi como esclavos. Los sacerdotes ó druidas, á un mismo tiempo legisladores, pontífices y jueces, sacrificaban á los dioses víctimas humanas, que comunmente se elegian de entre los criminales: pero si no los habia, no se escrupulizaba en inmolar inocentes. El arma mas terrible de los druidas era el anatema. El galo, sobre quien recaia, se hallaba aislado en el momento; sus amigos y parientes le huian: bastaba aprosimarse á él para creerse mancillado. La clase de los druidas estaba

presidida por un gefe, cuya residencia ordinaria era Carnuto. Adoraban casi los mismos dioses que los romanos: pero la deidad mas reverenciada era Mercurio. El culto de los druidas traia su origen de la Britannia: y así en los negocios dificiles y de mucha importancia se consultaba á los sacerdotes de aquella isla. Los nobles gobernaban las ciudades, mandaban los ejércitos y decidian en sus juntas todos los negocios. Los que poseian mas tierras y tenian mayor número de vasallos ó hombres adictos, que en algunas partes se llamaban *soldurios*, gozaban de mayor consideracion, obtenian los cargos principales y á veces usurpaban la autoridad suprema. Estos pueblos diferentes, mas ó menos republicanos ó monárquicos, formaban confederaciones que se estendian, estrechaban ó dividian segun el capricho inconstante de los gefes. Al contrario, los germanos del tiempo de César, solo adoraban á los astros, montañas, rios y bosques; sus oráculos eran las mugeres, y no admitian diferencia de clases. Iguales entre sí, ejerciendo la hospitalidad con los viageros esentos de leyes y de necesidades, no reconocian gefe sino para pelear. En estos pueblos fieros y belicosos no habia mas regla que la igualdad, ni mas cetro que la espada.

César, informado de la invasion de los germanos, reune sus legiones, marcha contra ellos, los derrota, hace pedazos á los tencteros y arroja á los demas al otro lado del Rhin. Este rio no le detiene: en diez dias construye un puente inmenso, objeto de admiracion para los romanos y de espanto para los bárbaros. Pasa el Rhin, penetra en Germánia y asombra y dispersa aquellos pueblos selváticos, aterrados de ver en sus bosques las águilas romanas. Vuelve á Galia, la atraviesa, junta un gran número de bajeles, pasa á la costa de Britannia, vence á sus habitantes desconocidos hasta entonces á los romanos, los obliga á prometer rehenes y se vuelve al continente sin poder continuar sus conquistas, porque una tempestad habia dispersado los buques que llevaban su caballería.

Asi aumentaba César cada año su gloria, su riqueza y su autoridad. El partido republicano, mas receloso que contento por los triunfos de este general, aprovechándose de su ausencia, solicitaba despertar en el pueblo el amor casi estinguido de la libertad. Reuniendo, en fin, todas sus fuerzas, logró que se diese el consulado á Dimicio Aenobarbo y la pretura á Caton: pero ademas de los muchos partidarios que la gloria de César le adquiria

en Roma, se temia al ejército de Craso, que podia volver de Asia con prontitud: y Pompeyo, aumentando su popularidad por la abundancia de víveres que habia proporcionado á la capital, mandaba el ejército de España y ademas reunia cerca de Roma algunas legiones; de modo que los republicanos, á pesar de los progresos que habian hecho en el espíritu del pueblo, se vieron obligados á la inaccion y no podian sacudir el yugo del triumvirato. La opinion estaba á favor de ellos, pero sus enemigos tenian la fuerza No tardó en saberse que Craso, despues de haber quitado á los partos muchas ciudades de Mesopotamia, los habia saqueado, y que de vuelta á Siria oprimia esta provincia con impuestos, robaba la Judea y se apoderaba del tesoro de Jerusalen. El esperaba conquistar el imperio á fuerza de oro: César se dirigia mas seguramente al mismo fin con la gloria y las armas.

Este guerrero infatigable pacificó el norte de la Galia, invadió segunda vez la Britannia, y sometió la parte meridional de esta isla. Casivelauno, rey del pais situado á orillas del Támesis á 20 leguas de la costa, fue el único que no le cedió la victoria sin haberle resistido ostinadamente. Las playas del mar eran habitadas por pueblos de orígen belga: cuan-

do estos fueron vencidos, los bárbaros del interior se sometieron á la dominacion romana, pagaron un tributo y dieron rehenes. Esta conquista inútil aumentaba mas la gloria del vencedor que el imperio de Roma. César, cuando volvió á las Galias, halló el pais desolado por una hambre espantosa que le obligó á dividir sus tropas para que encontrasen mas fácilmente subsistencias. Ambiorix, rey de los eburones (habitantes de Lieja), aprovechándose de la diseminacion de las fuerzas romanas, marchó contra dos legiones mandadas por Sabino y Cota. El primero, desalentado por este ataque imprevisto y resistiendo á los consejos prudentes y vigorosos de su compañero, se dejó engañar por los bárbaros y firmó una capitulacion insidiosa. Atacado en su marcha, y defendiéndose demasiado tarde, pereció víctima de su debilidad. Los bárbaros forzaron el campamento y destruyeron las dos legiones. Este triunfo reanimó el espíritu independiente de los galos y dispuso todos los pueblos á la insurreccion. Quinto Ciceron, hermano del orador, fue atacado por una multitud de bárbaros alentados por su primer victoria. Mas firme que Sabino se defendió con intrepidez: pero los soldados de la legion que mandaba, fatigados, heridos y

sin víveres, se hallaban en el mayor apuro. Un galo del partido de los romanos, atraviesa el campo enemigo, informa á César del peligro de Ciceron, y vuelve con la misma felicidad á anunciar á los sitiados la esperanza de un pronto socorro. César acude con siete mil hombres y acomete y destroza sesenta mil galos. Esta hazaña espanta á los otros pueblos que estaban ya para sublevarse.

Guerra con los treviros. (A. M. 3951. A. J. 53.). Entretanto los habitantes de Treviros, mandados por Induciomaro, tomaron las armas contra Roma. César los batió completamente, y se le trajo la cabeza del general enemigo. La agitacion sorda que reinaba en las Galias no le permitió volver á Italia despues de esta campaña, y permaneció todo el invierno al frente de su ejército. Los lazos que formó la ambicion de los triumviros, no fueron duraderos. Pompeyo, aparentando favorecer el poder y cultivar la amistad de sus colegas, trataba de elevarse sobre ellos. Sus numerosos clientes agitaban el pueblo con sus intrigas, y querian que se le nombrase dictador, á lo que se opuso vigorosamente el tribuno Quinto Mucio Escevola. Los partidarios de Pompeyo retardaban con sus manejos la eleccion de los cónsules, lo que ocasionó un interregno de

muchos meses: hasta que en fin Cneyo Domicio Calvino y Marco Valerio Mesala, ganando el pueblo con sus liberalidades, obtuvieron, ó mas bien compraron, el consulado. Al mismo tiempo un gran desastre ponia fin al poder y á la avaricia de Craso. Siguiendo á unos guias pérfidos, fue atacado, vencido y muerto por los partos en los desiertos de Mesopotamia, no lejos de Cárras. Un estrago tan terrible hubiera puesto la Siria y el Asia menor en poder de los partos, sin la intrepidez de Casio, que salvó las reliquias del ejército. César vengaba en el occidente la ignominia que las armas romanas sufrieron en el Ásia. Pidió refuerzos para reparar la pérdida del cuerpo de Sabino, y Pompeyo le envió tres legiones. Pusose en marcha desde la primavera al frente de sus tropas, y taló el pais de los nervios, que se disponian á la rebelion. Habiendo reunido despues en Lutecia (París) los diputados de las diferentes ciudades de la Galia, fue al pais de los senones, que no habian querido enviar diputado al congreso, los sorprendió con su ordinaria celeridad, los derrotó y obligó á su gefe Accon á dar rehenes. Los carnutos (territorio de Chartres) volvieron tambien á la obediencia. Subyugó rapidamente á los menapios, y uno de sus lugar te-

nientes venció y sometió los treviros. Avisado de un nuevo armamento de los germanos, cuyo socorro imploraban los pueblos nuevamente conquistados, pasó otra vez el Rhin y obligó á los bárbaros á refugiarse al seno de sus bosques. Queriendo intimidarlos con un freno que no se atreviesen á romper, fortificó la cabeza del puente y puso guarnicion en ella. Taló despues el pais de los eburones, hizo matar á Accon, gefe de los senones, que se preparaba á rebelarse de nuevo, y creyendo la tranquilidad consolidada por estos escarmientos, volvió á pasar el invierno en Italia.

Cuando Roma era pobre y libre premiaba á los generales mas ilustres con una corona de encina ó de laurel: pero cuando fue poderosa y corrompida, se emplearon los despojos del enemigo en hacer coronas de oro que se regalaban á los vencedores. Julio César recibió mas de mil ochocientas. Lo que en tiempo de la república era un don voluntario ofrecido á la gloria, vino á ser en tiempo de los emperadores un impuesto esigido por el orgullo y pagado por la servidumbre. La cadena que oprimió á la república fue de oro: porque las riquezas de Roma no eran adquiridas por el comercio é industria, que afirmasen la independencia de los ciudadanos, sino por la con-

quista, y no tenian mas resultado que el de proporcionar á algunos ambiciosos la facilidad de comprar clientes y armar soldados para oprimir la república, corrompiendo las costumbres é inmolando la patria y la virtud á la avaricia.

El gran Pompeyo no se aplicaba ya en aumentar su gloria, única base del poder en los paises gobernados por la opinion: y mientras César aumentaba incesantemente su fama en medio de las penalidades, los peligros y las victorias, su rival no pensaba mas que en estender su ilusoria potencia y en multiplicar las fruiciones de su vanidad. Valiéndose de la anarquía, ocasionada por las intrigas de los candidatos al consulado, consiguió que se le nombrase cónsul único; cosa inaudita hasta entonces, y lo que es dificil de creer, todos los senadores y hasta el severo Caton favorecieron esta infraccion de las leyes. No se puede esplicar semejante deviacion de los principios republicanos, sino por el motivo siguiente: Pompeyo, sosteniendo por su alianza con César el partido popular, le habia dado una superioridad visible sobre el del senado: pero Craso, aliado de los dos, habia perecido en Asia, y Julia, muger de Pompeyo, acababa de morir en Roma, y con ella se estinguió el

único lazo que esistia ya entre los dos rivales; y como Pompeyo conocia la imposibilidad de balancear en la plebe el favor del conquistador de las Galias, y sobre todo del hombre audaz que habia restituido las estátuas de Mario, no contenido ya por el imperio que su esposa tenia sobre su ánimo, pareció dispuesto á mudar de partido y á sostener contra el pueblo la causa de los ricos y de los grandes. El senado y el mismo Caton miraron la adquisicion de Pompeyo como la mas importante que entonces podian hacer. Desde aquel momento fue gefe de la aristocrácia, y en la apariencia defensor de la libertad: porque era evidente que César, mostrándose popular, aspiraba al poder absoluto. Ciceron y sus amigos se unieron al partido de Pompeyo, aunque no se dejó engañar ni por su dulzura ni por su amor fingido á la república. En una de sus cartas, hablando de estos dos célebres rivales que disputaban el imperio, dice: «el uno no puede sufrir superior: el otro ni igual: César quiere apoderarse del trono: Pompeyo, que se le dé.» El mismo Caton, desengañado mas tarde, decia cuando comenzó la guerra civil: «si triunfa Pompeyo me voy de Roma: si triunfa César me doy la muerte.» El consulado de Pompeyo fue abundante en turbulencias

y facciones. Clodio trataba de sublevar el pueblo contra el cónsul único, á quien llamaba rey, y procuraba la muerte de Ciceron, á quien tenia un ódio implacable. Milon, amigo del orador, encontró á aquel tribuno faccioso en las cercanías de Roma: movióse una disputa entre los siervos de sus comitivas, y uno de los esclavos de Milon mató á Clodio. El pueblo citó en juicio á Milon y le condenó al destierro, á pesar de la elocuencia de su amigo, príncipe de los oradores romanos. Pompeyo, tranquilizado con la muerte de Clodio, hizo mas íntima su alianza con los grandes, tomando por esposa á Cornelia, hija de Mételo Escipion y madre de Craso el jóven. En el tiempo que gobernó solo la republica, hizo mudanzas útiles en las leyes y abrevió las formas de los procedimientos judiciales En aquel momento todo parecia favorecer su ambicion y realizar sus esperanzas. El único rival que podia temer se hallaba entonces en un peligro tan grande, que tuvo necesidad de toda la fuerza de su génio para triunfar de él.

Guerra de Vercingetorix. (A. M. 3952. A. J. 52.). César tenia que combatir contra pueblos unidos. Vercingetorix, rey de los arvernos, que atribuía justamente las derrotas de los galos á su desunion, se mostró digno

por su esfuerzo y habilidad, de luchar con el héroe de Roma. Envió diputados á todas las ciudades de la Galia para conciliar sus desavenencias, y escitar los ánimos á hacer el último esfuerzo contra la dominacion romana. Sus enviados, inspirando el amor de la independencia, hicieron cesar las discordias: la Galia se sublevó, y todas las ciudades armaron sus guerreros y juraron tenerlos reunidos al principio de la primavera. César, informado de sus proyectos, se anticipa sin temor del invierno, atraviesa el monte Cevenna, marcha directamente al centro de la rebelion, halla la Auvernia indefensa y la devasta. El príncipe galo, que se hallaba en el pais de los bituriges con su ejército, vuelve con prontitud al socorro de su territorio. César, no teniendo bastantes fuerzas que oponerle, corre á buscar las que invernaban en el pais de los lingones: habiéndose reunido con ellas marcha á Genabo (Orleans), cuyos habitantes habian degollado la guarnicion romana. Apodérase de esta ciudad y la entrega á las llamas: pasa á los bituriges y toma á Avarico (Bourges). Un peligro mas inminente le llama á otra parte, porque los eduos, antiquísimos aliados de los romanos, se sublevan tambien; y convencido de la necesidad de un pronto escarmiento, se

reune con Labieno su lugar teniente, que sitiaba entonces á Lutecia con cuatro legiones y marcha con él á Bibracte. Vercingetorix, nombrado generalísimo de los galos, habia seguido hasta entonces el plan mas sábio y mas funesto para los romanos. Los costeaba sin cesar por todas partes, evitando prudentemente toda accion general: pero engañose cuando vió á César evacuar el territorio de los bituriges, y creyendo que esta marcha era una huida, le persiguió y fue derrotado en una accion general. Los restos de su ejército, que ascendian á ochenta mil hombres, se refugiaron á Alesia (Alize). César le sitió en esta ciudad: pero como su prudencia se igualaba á su valor, previendo que él mismo podria ser atacado, no se contentó con rodear la plaza de atrincheramientos, sino ademas hizo construir una línea de contravalacion, defendida con fosos, empalizadas y hoyos con palos puntiagudos, que cubria el campamento por la parte esterior. El suceso justificó su prevision: mas de un millon y cuatrocientos mil galos vinieron á forzar las líneas y no pudieron aprosimarse á ellas. Sin embargo, un cuerpo bárbaro de cincuenta mil guerreros escogidos atacó una colina que no se habia podido fortificar á causa de su grande estension. César reune sus me-

jores tropas, marcha contra ellos, y á pesar de su ostinada resistencia, destrozó una parte de aquel cuerpo y ahuyentó á los demas. El ejército galo, desanimado por este revés, perdió la esperanza de librar á Alesia y se dispersó. La ruina de la plaza fue el gran número de tropas que habia en ella, y para el cual no bastaban los víveres. Vercingetorix, no teniendo esperanza de socorro ni de subsistencias, entregó á los romanos la ciudad, el ejército y su persona. César redujo á esclavitud al general, á los oficiales y soldados, y á todos los habitantes de Alesia, y los repartió entre los legionarios. Despues de este ejemplo espantoso de severidad, perdonó á los arvernos y eduos, y se sirvió de ellos para reducir á la obediencia los demas pueblos: pero como creía mas bien cubierto que estinguido el fuego de la rebelion, pasó el invierno en las Galias. Lo que habia previsto sucedió. Los galos se sublevaron otra vez y formaron el proyecto de no combatir en masa sino en muchos cuerpos de ejército separados. César instruido de sus designios, los impidió hábilmente. En el primer mes del invierno subyugó á los carnutos: en la primavera marchó contra los belovacos (habitantes del Beauvoisis), que era el pueblo mas valiente de las Galias: y aunque sostu-

vieron dignamente su fama, fueron vencidos y subyugados. César, habiendo desarmado á todos sus enemigos, tuvo la prudencia de sostituir la dulzura á la fuerza, y la clemencia al rigor: y asi logró consolidar sus conquistas y pacificar enteramente las Galias el año 701 de Roma.

La república, señora de estos estendidos paises, se hallaba entonces en peligro de perder el Asia. Los partos, despues de la ruina de Craso, meditaban la conquista de Siria y Cilicia. Casio sostuvo la Siria: pero su sucesor Bibulo, mas tímido ó menos hábil, fue arrojado de ella. Ciceron, procónsul de Cilicia, defendió mejor esta provincia; y demostrando que habia nacido para todos los géneros de gloria, enlazó el laurel militar con las palmas de la elocuencia. Apenas supo que los partos habian pasado el Eufrates marchó contra ellos al frente de sus legiones, los rechazó en los desfiladeros del Tauro, avanzó hasta el monte Amano, donde los sorprendió y derrotó completamente, y despues de cincuenta y siete dias de sitio se apoderó de Pindeniso, que era la plaza mas fuerte que tenian: su ejército le dio por estos triunfos el título de *imperator* ó general victorioso, recompensa la mas ambicionada por los capitanes de Roma. El senado decretó su-

plicaciones en honor suyo: y á no haber comenzado entonces la guerra civil hubiera probablemente obtenido los honores del triunfo que solicitaba, y al cual era acreedor por sus victorias.

Habia llegado el momento en que la república debia perecer sino tenia valor para reprimir la ambicion de dos hombres unidos en otro tiempo para apoderarse del mando, y divididos ahora para disputarlo: pero por desgracia Caton y un corto número de hombres incorruptibles que defendian la libertad, se hallaban aislados entre los dos grandes partidos que aspiraban á destruirla. César y Pompeyo disimulaban mal su envidia: la ambicion habia roto los lazos de su amistad, y aunque su objeto era el mismo, se dirigian á él por medios diferentes. César habia acumulado inmensos tesoros en las Galias: liberal hasta la profusion prestaba sin interes sumas escesivas á muchos senadores y ciudadanos; y en una ciudad, donde la usura se mostraba sin pudor, los préstamos desinteresados eran una generosidad inaudita. Su magnificencia le ganó muchos amigos. Su casa era el asilo de todos los que se veian perseguidos por los acreedores, y vivian en ella á costa de César. En su campamento se refugiaban los que sin delitos y mal-

dades arrojaban de Italia. Repartiendo muy frecuentemente los despojos del enemigo entre sus soldados, era muy amado de ellos, y despues se dijo de él con razon «que habia conquistado las Galias con el hierro de los romanos, y á Roma con el oro de los galos.» Pompeyo, encubriendo con mas arte sus designios, manifestaba una ambicion mas circunspecta. No necesitaba de sobornar á los grandes, unidos á su suerte por el interes comun y por el espíritu de corporacion: y asi afectaba que solo entendia en el gobierno de la república. Estrechando cada dia mas los lazos de su alianza con el senado, reprimia las facciones populares, lisonjeaba la vanidad de los patricios, y parecia un soberano legal, cuando César se presentaba como un conspirador. Sin atacar directamente á su rival fue el primero que comenzó las hostilidades. Iba á concluir el proconsulado de César en las Galias, y aunque estaba ausente pidió el consulado para el año despues, con la seguridad de que lográndolo eclipsaría todos los demas poderes, sostenido por el amor del pueblo, y que concluido el segundo consulado obtendria una provincia y el mando de un ejército. El consul Marco Marcelo, secretamente escitado por Pompeyo, hizo que se desechase la peticion, por contraria á

las leyes y al uso antiguo. César buscó otro medio para conservar la autoridad sin recurrir á las armas. y ofreció á Pompeyo la mano de Octavia, sobrina suya, pidiendo para sí la hija de su rival. Pero Pompeyo no le queria ya ni como igual, ni como pariente: rehusó con desden sus ofertas, y en lugar de mostrarle los miramientos debidos á su proposicion, tomó en aquel momento mismo por yerno á Escipion, y lo elevó al consulado. Prosigúiendo en sus hostilidades, publicó dos leyes que ofendian á César indirectamente: una obligaba á dar cuenta de su conducta á todos los funcionarios públicos que habian ejercido autoridad en los últimos veinte años: la otra prohibia á los ausentes solicitar ninguna magistratura. El ódio sucedió á la tibieza: pero aun no se manifestó. Pompeyo elevó al consulado á Paulo y á Marcelo, adictos suyos: pero ignoraba que César habia comprado la amistad del primero en un millon quinientos mil escudos. Sin embargo, el que le sirvió con mas habilidad fue el tribuno Curion, ganado por siete millones. Este magistrado muy popular, fogoso, atrevido y elocuente, cumplió las miras de su sobernador con tanta mas facilidad cuanto se le creia su enemigo declarado. Para no ofender la opinion pública con una mudanza repentina y sin

motivos ostensibles, solicitó primero la superintendencia de los caminos, seguro de que no se la darian. Pompeyo rehusándola le dió un pretesto plausible para murmurar y quejarse El cónsul Marcelo, ansioso de arruinar prontamente á César, propuso al senado que le quitase el gobierno de las Galias y del ejército. La mayor parte de los senadores apoyaron el dictámen del cónsul; Escipion, por servir á Pompeyo: Lentulo, con la necia esperanza de elevarse él mismo y llegar á la misma autoridad que tuvo Sila, á quien no imitaba ni en el valor ni en el talento.

Pompeyo, disimulando sus intenciones y esperanzas, apoyó débilmente á Marcelo, y aun afectó tener por muy rigorosa su proposicion contra un general que habia hecho tan señalados servicios á la república. Sin embargo, el decreto iba á ser adoptado, como se esperaba, cuando Curion, mas hábil que todos ellos, tomó la palabra, y despues de haber aprobado el dictámen del cónsul añadió, que si se queria defender sinceramente la libertad y quitar á la república todo motivo de recelo, era menester que César y Pompeyo dejasen á un mismo tiempo los mandos y las provincias que habian gobernado por un tiempo demasiado largo. Cuanto mas prudente era este consejo, tan-

to mas irritó á los amigos de Pompeyo. Su furor llegó á tal estremo que el censor Apio propuso arrojar del senado á Curion: pero el cónsul Paulo se opuso á ello. Despues de una deliberacion enardecida la pluralidad de los senadores parecia inclinarse al dictámen de Curion; cuando el cónsul Marcelo disuelve repentinamente la sesion, sin haberse decidido ninguna cosa. El pueblo llenó de flores á Curion, lo colmó de elogios, y decidió en los comicios que si Pompeyo conservaba su gobierno, César debia conservar tambien el de las Galias, y que su ausencia, no teniendo otro motivo que la gloria de la república, no le impediria obtener el consulado. Pompeyo, ofendido de este plebiscito, que trastornaba sus esperanzas, salió de Roma y escribió al senado que no haria dimision del mando hasta que César fuese privado del suyo. Curion por su parte declaró, que si era necesario salia por fiador de César, porque conocia su resolucion de seguir el ejemplo de Pompeyo. Los senadores embarazados con estas dos proposiciones igualmente falaces, no se atrevia ni á aceptarlas, ni á rechazarlas enteramente. Queria favorecer á Pompeyo porque creia que si ambos rivales se hallaban sin ejército, nada podria resistir á César, sostenido evidentemente por el pueblo. Tomó pues

un partido medio, y se contentó con mandar que se quitase una legion á cada uno para reforzar el ejército de Asia. César obedeció y envió una legion á Italia; pero Pompeyo le pidió la que le habia prestado algunos años antes, de modo que en la realidad fue César quien perdió entrambas legiones; y no le fue posible dudar de los intentos hostiles de sus adversarios cuando supo que en vez de enviar estas tropas contra los partos, se quedaban en las cercanías de Roma bajo las órdenes de Pompeyo. Ciceron, que entonces volvió de Cilicia, se propuso dar un paso conveniente á sus virtudes y á su dignidad, haciéndose mediador entre dos hombres poderosos, cuya ambicion amenazaba igualmente á la república. César parecia dispuesto á entrar en negociacion, y aprovechándose hábilmente de los yerros que el orgullo hacia cometer á su rival, ponia de su parte sin compromiso alguno las apariencias de la justicia: seguro de que sus proposiciones no serian aceptadas, pidió que tanto él como Pompeyo fuesen privados de todos sus mandos para dejar á la república gobernarse como en otro tiempo por sus magistrados. Esta peticion aumentó su popularidad, y por consiguiente lo hizo mas peligroso.

Al mismo tiempo enfermó Pompeyo en

Nápoles, y el temor de perderle produjo una consternacion general en toda Italia: y cuando sanó la alegría fue tan escesiva que se hicieron acciones de gracias á los dioses, y se le dieron honores no concedidos hasta él á ningun ciudadano. En los mismos dias Apio, volviendo del ejército de César, esparció falsas noticias diciendo que los soldados, hartos de guerra y ofendidos por la severidad de su gefe, solo deseaban el reposo, y abandonarian á César apenas pasase los Alpes. Pompeyo, engañado por esta relacion infiel, y envanecido con los homenages que se le rendian, se negó á toda concordia: y cuando Ciceron le preguntó qué fuerzas pensaba oponer á César, respondió con altivez: «donde quiera que dé una patada, brotará legiones la Italia.» «Dos yerros, replicó el orador, has cometido: haberte hecho amigo de César, y dejar ahora su amistad.» El ódio y la presuncion cegaban tambien á los demas senadores. Todo era denuestos y amenazas, y aun el mismo Caton se jactaba de que obligaria á César dentro de poco á dar cuenta de su conducta, y le enviaria á un destierro como el que sufria Milon. Mientras los partidarios de Pompeyo mostraban mas pasion é imprudencia, César afectaba mas modestia y juicio. En esta época ofreció tres medios de pacificacion: ó

conservar ambos sus gobiernos, ó abdicarlos ó que se le permitiese pedir el consulado estando ausente. Todo fue desechado por los senadores. César irritado pasó los Alpes con una legion y se apostó en Ravena, última ciudad de su provincia. Desde alli escribió á los nuevos cónsules Léntulo y Marcelo recordando sus servicios y hazañas, y su deferencia al senado, y protestando de nuevo que atento únicamente á la gloria de Roma y á la suya propia, no temia que su moderacion se creyese debilidad. Al mismo tiempo declaró que estaba pronto á despojarse de su autoridad si Pompeyo renunciaba á la suya. El desprecio que se hacia de las pocas fuerzas que habia traido á Italia, cegó al senado de tal manera, que leida su carta, despues de una corta deliberacion, en lugar de responder á ella dió un decreto mandándole licenciar su ejército en el momento, sopena de ser declarado enemigo público, y otro por el cual se encargaba á los cónsules que velasen por la salud de la patria, y se daba á Pompeyo el mando de los ejércitos: medida que no se tomaba sino en los grandes peligros. Sin respeto á las fórmas, los cónsules no difirieron un solo instante la ejecucion del decreto: y antes de saber si César obedeceria ó resistiria, hicieron alistamiento y dieron el go-

bierno de las Galias á Domicio Aenobarbo. En vano Marco Antonio, que por el influjo de César habia sido nombrado tribuno del pueblo, y Casio y Curion, sus colegas, quisieron oponerse á tan violentas resoluciones: injuriados, amenazados, perseguidos y no seguros en Roma, salieron de ella disfrazados de esclavos y huyeron precipitadamente á Ravena.

César informado por los tribunos de los escesos que se cometian contra él, se valió de ellos para inflamar el ardor de sus partidarios, é hizo que se presentasen ante el ejército en el trage mismo de esclavos á fin de escitar el resentimiento de los soldados, á quienes habló de esta manera. «Camaradas, no ignorais con cuanta paciencia he sufrido las injurias é injusticias de mis enemigos por consideracion al bien público. Envidiosos de vuestras hazañas y de la gloria que por ellas he adquirido, han logrado robarme la amistad de Pompeyo, cuyo talento admiré siempre, cuya elevacion siempre favorecí. Cegados por su ódio, acaban de cometer un atentado casi inaudito en nuestra república, privando á los tribunos del pueblo de sus mas sagrados derechos. El mismo Sila, aunque despojó á los magistrados populares de una gran parte de su autoridad, les dejó la de defender la plebe, é impedir en favor de ella

las determinaciones del senado. Restablecidos por Pompeyo, este mismo les ha quitado ahora lo que antes les habia dado, y aun ha hecho mas. Sabeis que el decreto solemne para dar á los cónsules el poder absoluto, encargándoles que velen por la república, y llamando todos los ciudadanos á las armas, no se ha promulgado nunca sino en el caso de un peligro inminente, cuando tribunos violentos proponen leyes perniciosas, ó el pueblo sublevado se refugia á los templos ó al monte Aventino. En circunstancias semejantes Saturnino y los Gracos espiaron sus culpas: mas ahora no hay motivo que justifique semejante rigor, ni se proponen leyes agrarias, ni el pueblo está en sedicion, ni se traman conspiraciones. No se toman las armas en favor de la república, sino contra nosotros. Soldados, espero que no me abandonareis; defendereis el honor de un general que tantas veces os ha guiado á la victoria, que con vosotros ha servido tan gloriosamente á la república, y que ha subyugado con vuestras espadas la Galia y la Germania.» Dichas estas palabras los soldados de la tercera y décima legion (porque las demas no habian llegado aun) gritan unánimemente que están prontos á sostener la dignidad de su gefe y los derechos de los tribunos. Esta oracion, manifiesto

corto pero enérgico, anunciaba y declaraba la espantosa guerra que iba á abrasar el mundo y á aniquilar la república. Los movimientos de César se distinguen de los de todo otro general en que jamas dependian de la casualidad, y siempre fueron efecto de cálculos infalibles y de planes meditados muy de antemano. Despues de haber tomado las medidas mas acertadas, aseguraba la ejecucion de ellas con su increible celeridad, y anticipándose á sus enemigos les hacia sentir el golpe al mismo tiempo que el amago.

Guerra civil entre César y Pompeyo. (A. M. 3953. A. J. 51.) Arimino, llamada hoy Rimini, era entonces una de las ciudades mas considerables de Italia, é importábale mucho á César apoderarse de ella. Envió, pues, con prontitud y secreto sus soldados para que entrasen furtivamente en la plaza, sin mas armas que las espadas. Mientras ellos marchaban, fingiendo que solo pensaba en juegos y espectáculos, asistia en Ravena á un combate de gladiadores. Despues se puso á comer con sus amigos, y lejos de manifestar que meditaba una grande empresa, no habló mas que de literatura y de filosofia. En medio de la comida salió con el pretesto de que le buscaban, y rogó á los convidados que siguiesen

comiendo hasta su vuelta. Mas le esperaron en vano: César sube en su carroza y marcha á Arimino. Llegando á las orillas del Rubicon, pequeño rio que separaba la Galia Cisalpina de la Italia, se detiene reflesionando las consecuencias del paso que vá á dar. Turbado por algunos remordimientos, y por algunas reliquias de la veneracion á las leyes, grabada desde la infancia en los corazones romanos, irritado por las ofensas de sus enemigos, aguijoneado por la ambicion y retenido por el temor de las heridas que iba á dar á su patria, revuelve en su imaginacion los destinos del mundo, y dice á su amigo Asinio Polion: «si paso este riachuelo, ¡ay de Roma! Sino lo paso, ¡ay de mí!» Refirióse despues que en aquel momento se le apareció un gigante tocando la flauta. Este fantasma, creado por la superstición popular ó por el artificio de César, toma una trompeta, toca á embestir y atraviesa el rio. César pronuncia en fin estas breves y terribles palabras: *echada está la suerte*: y atraviesa precipitadamente el Rubicon, semejante, dice Plutarco, á un hombre que se cubre los ojos para no ver el abismo en que se arroja. Su llegada imprevista, el valor de sus soldados que le esperaban, y el favor del pueblo, que lo llamaba con sus deseos, le

entregaron sin resistencia la ciudad de Arimino.

Apenas llegó á Roma esta noticia, se apoderó del senado la consternacion. Los senadores, vanos y presuntuosos en la ociosidad y débiles en el peligro, habian injuriado imprudentemente á César, y aunque le vieron descender de los Alpes, no habian sabido tomar medidas para detenerlo: y ahora estaban aterrados por la pérdida de una ciudad, como si todos los pueblos de Galia y Germania se desplomasen sobre Italia. Se dió tumultuariamente á todos los ciudadanos el órden de tomar las armas. Los senadores, creyéndose ya sitiados en Roma, salen de esta ciudad con precipitacion: los cónsules, olvidando su dignidad, abandonan el timon del estado, y dejan á solo Pompeyo el mando de las tropas y el gobierno de la república. El mismo Pompeyo comienza á desconfiar de su fortuna, y poseido del terror ganeral, sale de Roma, alista soldados atropelladamente, duda que direccion les dará y con la esperanza de ganar tiempo para reunir sus fuerzas y traer el ejército de España, envia diputados á César ofreciéndole condiciones que sabia muy bien que no serian aceptadas. César, tan poco síncero como él, pero mucho mas hábil, consiente en abrir negocia-

ciones para cubrir sus miras ambiciosas con el velo de la moderacion: pero negocia sin detenerse, se apodera de Fano, Ancona y demas ciudades del Piceno, y sitia á Corfinio, donde se habia encerrado el cónsul Léntulo, uno de sus mayores enemigos, con muchos patricios y una fuerte guarnicion. Domicio Aenobarbo, enemigo tambien de César, reemplazaba al cónsul en el gobierno por comision del senado. Ya habian llegado las legiones de Galia: César estrechaba el sitio, y Domicio escribió á Pompeyo que la plaza estaba sin víveres: que se apresurase á socorrerla, si queria salvar una guarnicion tan considerable y tantos personages distinguidos. Respondiósele que por entonces no se le podia socorrer: que saliera de la dificultad como pudiese. Este abandono lo determinó á hacer los preparativos para huir secretamente y sustraerse á la venganza del vencedor. Sus soldados penetraron el designio y lo detuvieron á él y á sus oficiales El cónsul Léntulo se arriesgó á pasar el campo de César: le recuerda su antigua amistad, disculpa vilmente sus yerros é implora su clemencia. César, acogiéndole favorablemente, dá seguridad á todos los que estaban en Corfinio. Se le entrega la plaza: entra pacíficamente en ella, recibe el jura-

mento de las tropas, y despide libres y sin rescate á Domicio, al cónsul Léntulo y á los patricios, no ecsije de ellos promesa alguna de no servir contra él, y aun devolvió á Domicio su caja militar. «No pretendo vengarme, decia, sino ganar los ánimos y gozar por largo tiempo los frutos de la victoria. Los crueles, escitando el ódio público, no pueden saborear en paz los triunfos que han mancillado con sangre.»

Reforzado por la guarnicion de Corfinio, no dió tiempo á sus enemigos para respirar: persiguiéndolos incesantemente, se apoderó de toda la Apulia y obligó á Pompeyo á encerrarse en Brundusio (Brindis) con su ejército. Pompeyo, cuyo génio parecia haberse adormecido en los vanos honores del poder, veia su fuerza casi enteramente destruida en Italia: pero su gloria vivia íntegra en el Oriente: en aquel antiguo teatro de sus triunfos esperaba abrir el sepulcro á su rival, y su hijo Gneyo corrió la Grecia, el Asia y el Egipto, para armarlos en su favor. César, penetrando su proyecto, queria acabar la guerra de un solo golpe encerrando en Brundusio á su competidor. Rodeó prontamente la ciudad, y construyó con admirable ligereza dos fuertes diques para cerrar el puerto: pero aun no esta-

ban concluidos, cuando Pompeyo, burlando su vigilancia, se embarcó de noche con sus tropas, despues de haber puesto barricadas en las calles de Brundusio y abierto fosos y hoyos, que cubiertos de tierra, detuvieron la marcha del enemigo y favorecieron su hábil retirada. Abandonando la Italia á su rival, se retiró al Epiro, donde reunió en breve tiempo cincuenta y cinco mil romanos y un gran número de tropas griegas, tracias y asiáticas. Ciceron, sorprendido de la prontitud de esta invasion, tardó mas tiempo en pensar lo que habia de hacer, que César en conquistar la Italia. Su elocuencia y su nombre eran todavía un poder en la opinion pública, y se juzgaba que emplearia su influjo para continuar su honrosa mediacion. César, que no desaprovechaba ningun medio de triunfar, y que miraba quizá como mas importante en aquella situacion ganar los ánimos que vencer las legiones, trató de conquistar á Ciceron, buscar un nuevo apoyo en su elocuencia, y entrar con él en Roma, para persuadir que llevaba consigo la libertad y no la tiranía. Ciceron, menos fácil y débil de lo que se creia, no cedió ni á sus ruegos ni á sus amenazas, y adquirió mucha gloria con este acto de firmeza. Su resistencia podia llegar á ser,

como sucede en las guerras civiles, un punto de reunion. No siguiendo al vencido ni al vencedor, podia juntar muchos ciudadanos que no querian tener señor y libertar á Roma de César y de Pompeyo, como la habia salvado de los furores de Catilina: pero Ciceron tenia mas luces que denuedo, como lo prueban sus cartas á Atico. Calculaba todos los pasos de César para llegar á la tiranía: medía y contaba todos los yerros de Pompeyo: y vacilando entre ambos partidos, en lugar de defender contra ellos la república, confesaba su debilidad y decia á su amigo: «sé lo que debo evitar: mas no lo que debo hacer.»

La retirada de Pompeyo no habia dejado en Italia ni tropas ni ciudades que pudiesen detener á César: los lugar-tenientes de éste acababan de conquistar á Sardinia y Sicilia, y él se dirijió á Roma, donde los senadores que habian quedado en la capital, le recibieron como dueño y el pueblo como libertador. Reunió aquel corto número de senadores y les habló como si compusiesen toda la curia. Representó sus servicios, se quejó de las injurias que habia recibido y lamentó las calamidades de la guerra civil, de la cual dijo: «soy víctima y no autor» En fin tranquilizó los ánimos con magníficas y engañosas protestaciones

de su adhesion á la república. Lo que entonces le hacia mas falta para la ejecucion de sus vastos designios era el dinero, sin el cual ni podia aumentar su ejército ni perseguir el de los enemigos: pero Pompeyo se habia retirado tan precipitadamente en los primeros momentos de la agitacion, que dejó en Roma el tesoro público. El jóven Metelo, á quien estaba confiada su custodia negó la entrada á César: y resistiendo solo y desarmado al vencedor de Roma, á sus ruegos, á sus promesas, y despues á su enojo, defendió en nombre de las leyes el depósito que los cónsules le habian confiado. César enfurecido echó mano á su espada, y le dijo: «no escucho las leyes cuando estoy armado: morirás si te resistes: y sabe, jóven presuntuoso, que menos me costará hacerlo que decirlo.» Metelo cedió.

César tomó las sumas que le eran necesarias, guarneció los puntos mas importantes de Italia para asegurar la tranquilidad, y partió con sus legiones á España, diciendo: «voy á vencer un ejército sin general, despues volveré á vencer un general sin ejército.» Masilia se negó á abrirle sus puertas, declarando que queria permanecer neutral: pero pocos dias despues recibió á Domicio Aenobarbo con bajeles y tropas de Pompeyo. César encargó á

Trebonio el sitio de aquella ciudad, y pasó á España. Afranio y Petreyo, generales distinguidos, mandaban en aquel pais un ejército de sesenta mil hombres. Las tropas de César eran menos numerosas, pero mas aguerridas: y un cuerpo brillante de caballería gala, que le habia seguido, le daba grande superioridad sobre el enemigo. Afranio, aprovechándose del conocimiento del pais y de los accidentes del terreno, se mantuvo á la defensiva algun tiempo: pero César, derivando en otra madre el curso del Sicoris, lo pasó sin dificultad y maniobró tan hábilmente que obligó á los lugartenientes de Pompeyo á retirarse. César gana con su acostumbrada rapidez algunas marchas, se apodera de los desfiladeros por donde debia pasar el enemigo, lo costea, le corta los víveres, lo cerca y lo obliga á capitular. Afranio y Petreyo licenciaron sus tropas que hicieron juramento de no servir contra César. Penetrando despues en la Bética, donde mandaba Varron, toda la provincia se sublevó á favor suyo, y el gobernador, abandonado de la mayor parte de sus soldados, se rindió. César, olvidando antiguas injurias, no le trató como á enemigo, y acabó de someter con la clemencia á los que habian vencido sus armas. Era mácsima de este guerrero célebre, que *un ge-*

neral debe creer no haber hecho nada cuando le queda algo que hacer. Asi, sin descansar despues de su victoria, volvió con prontitud á estrechar el sitio de Masilia, que hasta entonces se habia defendido ostinadamente. La llegada del conquistador de España, aterró á los habitantes y á la guarnicion, y se rindieron. La fortuna seguia los pasos de César: pero no trataba tan favorablemente á sus generales. Dolabela y Cayo Antonio fueron derrotados en Iliria por Octavio y Escribonio, lugar-tenientes de Pompeyo. Curion, enviado al Africa por César con dos legiones, peleó al principio felizmente contra el pretor Varo y Juba, rey de Mauritania: pero despues, arrebatado por su ardor, fue rodeado y pereció con casi todas sus tropas. Supiéronse en Italia estos dos reveses antes que la derrota de Afranio y Petreyo; y cuando se esparcian falsas noticias de las victorias de estos dos generales contra César, escribian de Epiro que el ejército de Pompeyo se aumentaba de dia en dia, y que los reyes de Oriente se armaban en su favor. Casi todos los senadores que habian quedado en Roma, salieron de la ciudad para embarcarse y reunirse con Pompeyo. Ciceron no resistió al ejemplo, renuncio á su prudente neutralidad y se dejó seducir por ellos. Todos los ricos y

grandes le imitaron, siguiendo el camino en el cual veian el fantasma engañoso de la fortuna.

César, despues de la toma de Marsella, volvió á Roma; y como los cónsules estaban ausentes, el pretor Lépido, contra la antigua costumbre, le nombró dictador. Este título, cuya perpetuidad se temia, desagradó al pueblo. César lo conoció, y al cabo de diez dias abdicó la dictadura: mas como necesitaba de un título legal para cubrir su usurpacion, hizo que le nombrasen cónsul. Sus primeras actas fueron dos leyes, una en favor de los deudores, y otra llamando á los desterrados y permitiendo á los hijos de los ciudadanos proscritos por Sila, el derecho de aspirar á sus destinos públicos. Despues de haber presidido los comicios y elegido magistrados á su devocion, salió de Roma con un pequeño cuerpo de tropas y se embarcó temerariamente en Brundusio. Pompeyo, dueño del Oriente, tenia á sus órdenes trescientos bajeles, nueve legiones romanas y un gran número de tropas estrangeras, mandadas por Ariobarzanes, rey de Capadocia, por Cótis, rey de Tracia, y los generales macedonios, tebanos, sirios, fenicios y egipcios que eran mas estimados en sus provincias. Con todas estas fuerzas, que cubrian

los mares y las tierras, creia cerrrados para César los caminos del Epiro, y esta seguridad fue su ruina. Bibulo, comandante de la armada, se tardó en reunir sus bajeles; y César con una pequeña parte de su ejército desembarcó entre unas rocas cercanas al monte de la Quimera. Llegó cuando se creia que aun no habia salido de Italia, y Ciceron dijo de él «que era un prodigio de celeridad y vigilancia.» Fue recibido en Apolonia y tomó á Orico. Despues encargó á un prisionero, llamado Rufo, que llevase á Pompeyo proposiciones de paz. «Te he quitado, le decia, la Italia y la España: tus lugar-tenientes han batido á los mios en Africa é Iliria: hemos logrado bastantes victorias y cometido bastantes yerros para temer á la fortuna: evitemos grandes infortunios á nuestra patria, licenciemos los ejércitos en el término de tres dias y sometamos nuestras desavenencias al juicio del senado y pueblo romano.» Pompeyo no respondió á esta proposicion, porque sabia cuán seguro estaba César del favor del pueblo: y él mismo, que se hallaba al frente del ejército mas numeroso, dueño del mar, rodeado en Tesalónica de cónsules, pretores y casi todo el senado, de todos los caballeros romanos, y en fin, de Caton y Ciceron, cuyos nombres va-

lian legiones enteras, se creia demasiado seguro de la victoria para entrar en negociacion; y esperaba esterminar sin combate á un enemigo, cuyas fuerzas no ascendian entonces á veinte mil hombres y que no podia sacar víveres de Grecia ni de Italia. Al mismo tiempo Escipion, que habia logrado algunas ventajas en Asia, vino á reforzarle con sus legiones como primer lugar-teniente suyo. Desde que llegó á Grecia, César le envió un oficial, invitándole á que mediase para la terminacion de la guerra. Escipion escuchó al principio favorablemente al enviado: pero despues temiendo hacerse sospechoso á su partido, rompió toda plática. César buscó todavía otros medios de pacificacion, y tuvo con Libon una entrevista, que tambien fue inútil: porque conoció que sus enemigos no querian la paz sino una tregua para ganar tiempo. Desde que Pompeyo supo el desembarco de su rival, se puso prontamente en marcha hácia la costa: llegó demasiado tarde para salvar á Apolonia y Orico, y la diligencia de César le impidió ponerse en comunicacion con Dirraquio, donde tenia sus almacenes de armas y municiones.

Apenas se aprocsimaron las vanguardias de ambos ejércitos, muchos soldados se recono-

cieron y entraron en conversacion. César, queriendo aprovecharse de esta circunstancia, llamó á Lavieno, su antiguo lugar-teniente, que habia desertado de su causa y convertídose en implacable enemigo. Le preguntó sino habia medio para evitar la efusion de sangre romana. Estando en esta plática, los soldados mas ardientes de los dos partidos se lanzaron dardos. La conversacion se acabó, y Lavieno dijo á César cuando se separtaron: «no hay mas medio de paz que llevarle á Pompeyo tu cabeza." Todos los pasos de conciliacion dados por el conquistador de la Galia, aumentaban el amor del pueblo y del ejército hácia él: y la orgullosa resistencia de Pompeyo no le adquiria crédito sino en el senado y entre los nobles. Durante muchos dias emplearon aquellos dos generales el uno contra el otro los recursos de su génio y esperiencia: César, para obligar á Pompeyo á dar una batalla decisiva, y Pompeyo para evitarla. La posicion de César era cada dia mas crítica. Habia solicitado inutilmente impedir la reunion de Escipion con su rival; y ni tenia víveres ni veia llegar las legiones que por instantes esperaba de Brundusio, á las cuales cerraba el mar la escuadra de Bibulo. Cediendo á su impaciencia, se disfraza una noche de esclavo, entra en una barca, dá la

vela para Brundusio y con audacia increible confia su destino á los vientos y á las olas. Levántase una tempestad furiosa: el barquero, temiendo la muerte, y no queriendo confiar su frágil esquife al embate del mar, abierto para tragarlo, quiere virar de bordo y entrar en la rada. El guerrero se levanta y descubriéndose le dice: *¿qué temes? César vá contigo.* El barquero espantado teme á César mas que la muerte, y obedece silencioso. Pero el furor de los elementos hizo inútil su maniobra, y varó á pesar suyo en la costa de donde habia salido. Pocos dias despues supo César que Antonio, burlando la vigilancia de los enemigos, habia atravesado el Adriático y desembarcado con sus legiones sin sufrir pérdida de consideracion. Unióse con él sin que el enemigo pudiese impedirlo.

Batallas de Dirraquio y Farsalia. (A. M. 3954. A. J. 50). César vino con este aumento de fuerzas á presentar la batalla á Pompeyo cerca de Dirraquio: éste, sin rehusarla de modo que comprometiese su reputacion, ordenó sus tropas tan cerca de los atrincheramientos, que era imposible atacarle sin desventaja. Entonces César, aunque muy inferior en número, concibió el proyecto atrevido de sitiar el ejército enemigo y de apoderarse de

él cortándole los víveres. Tomó con increible celeridad todas las alturas que dominaban el llano donde Pompeyo tenia su campamento, construyó en ellas terrenos y atrincheramientos que los unian de modo que el enemigo se halló cerrado en aquel recinto. El écsito fue como César habia esperado: la falta de víveres aflijia ya á los Pompeyanos, cuando dos nobles alóbroges, desertando del campo de César por un leve motivo, descubrieron á Pompeyo el sitio débil de la posicion de su rival, que era una parte del atrincheramiento no concluida aun, hácia el lado de la marina. Mientras que César, aprovechándose de sus ventajas, acometia y forzaba uno de los campamentos de Pompeyo, éste, dirigiéndose al lugar indicado por los desertores, ataca y desbarata la legion novena, que guarnecia aquel puesto. Ahuyentada, introduce el desórden y el terror en el ejército de César: caballería, infantería, todo se mezcla y amontona en los caminos, ó se sumerge en los fosos. César, arrancando un estandarte, quiere detener á los fugitivos: en vano: él mismo fue arrebatado por la multitud: los atrincheramientos son abandonados: los oficiales y soldados arrojan las armas: se dispersan y entran tumultuariamente en los reales, sin pensar siquiera en defenderlos.

Pompeyo los hubiera tomado infaliblemente, á haber perseguido al enemigo: pero creyendo que aquella derrota inesperada, era una asechanza, se detuvo, y con esto hubo tiempo para que se disipase el terror y renaciese el denuedo. César, que habia medido toda la estension de su riesgo, dijo: «Pompeyo sabe vencer: mas no aprovecharse de la victoria.» Despues de haber infligido algunos castigos á la indisciplina y animado á sus soldados, recordándoles sus antiguas hazañas, que un corto revés no podia mancillar, mudó de plan, dejó las cercanías de Dirraquio y marchó á la Tesalia.

La noticia de su derrota, aumentada por la novelería, le habia precedido: y la ciudad de Gonfos, que antes se habia mostrado favorable á su causa, le cerró las puertas. No se ultrajaba impunemente á César: escaló en el momento las murallas, saqueó la ciudad y marchó á Metrópolis, que se rindió apenas llegó á ella. Hízose dueño de toda la Tesalia, á escepcion de Larisa, que Escipion defendia con una legion. Este general pidió socorro á Pompeyo; el cual hasta entonces no dando oidos sino á su prudencia, habia seguido el plan mas sábio de campaña Ganar tiempo, era arruinar á César, que ni recibia víveres

ni reclutas para su ejército, mientras que el de Pompeyo, abundando de todo, crecia diariamente. Pero la victoria de Dirraquio enloquecia á todos: los senadores ancianos y los jóvenes patricios sufrian impacientemente la ausencia de Roma, la privacion de los placeres y el fastidio de la guerra. Mirando á César como un fugitivo, acusaban públicamente á su gefe de que retardaba la ruina de su rival por satisfacer su orgullo y conservar por mas tiempo el mando de un ejército en el cual se hallaban los cónsules, los senadores y toda la magestad del imperio. Pompeyo, cediendo á su impaciencia, marchó á Tesalia, y se acampó al pie de una altura en la llanura de Farsalia, donde César acudió prontamente para dar la batalla decisiva, tan deseada de él. El espectáculo era grandioso y terrible. Los dos hombres mas ilustres de la tierra iban á pelear en presencia de la Europa, del Asia y del Africa, inciertas todavia del dueño que habia de darle la fortuna de las batallas. En los reales de César solo pensaban en disponer las armas, en escitarse mútuamente á la pelea y en preparar todos los medios de victoria. En los de Pompeyo se hablaba de los despojos del triunfo, de la vuelta á Italia y de los espectáculos de Roma. Los gefes repartian ya los

bienes y heredades de los que daban por vencidos. Domicio, Escipion y Léntulo, disputaron con suma vivacidad el sumo pontificado que César obtenia. La venganza turbaba los ánimos tanto como la ambicion; y los nobles estaban resueltos á proscribir á todos los de su misma clase que habian quedado en Roma y sometídose al enemigo.

Pompeyo, partícipe del delirio general, habló con desprecio de César, pintándole como un bandido, enemigo de la justicia y de las leyes: atenuó el mérito de sus hazañas, diciendo que solo habia vencido á los bárbaros, y que no resistiria á los romanos. «Os he prometido, añadió, que el ejército de César seria vencido sin combate: y si esto os parece increible, mi plan que voy á manifestaros, os lo esplicará. César no puede oponer mas que 1000 ginetes á nuestra numerosa caballería: compuesta de todos los caballeros romanos y patricios mas distinguidos, rodeará su ejército, atacará su espalda y flancos, y lo destruirá sin comprometer nuestras legiones, y aun sin que sea menester lanzar un solo dardo.» Labieno, cuyo nombre inspiraba á los soldados grande confianza, porque brillaban en él algunos rayos de la gloria adquirida con su antiguo gefe, les dijo: «No creais, compa-

fieros, que vais á pelear con aquellas antiguas y aguerridas legiones, con los valientes vencedores de los galos: yo, testigo de todas sus batallas, puedo aseguraros que la mayor parte de ellos pereció en las Galias, otra en las lagunas de Italia, y los restantes han sido esterminados junto á Dirraquio. Solo teneis que pelear con bárbaros y reclutas.» Pompeyo colocó en su ala derecha las legiones de Cilicia y de España, mandadas por Afranio: en el centro á Escipion con dos legiones de Siria, y él mismo tomó el mando de la izquierda al frente de las dos legiones que antes de la guerra civil le habia entregado César. Su derecha se apoyaba en un rio: su izquierda estaba protegida por la caballería. Siete cohortes elegidas guardaban los reales y defendian sus fuertes. El resto de sus tropas estaba repartido en el centro y las alas. Mandó á todo el ejército que aguardase á pie firme el ataque de los enemigos, creyendo sin duda que fatigado por la carrera, llegaria en desórden, y sus legiones le desbaratarian mas facilmente. En sentir de César, Pompeyo cometió en esto un gran yerro, porque olvidó cuan grande es el ardor del que acomete, y cuanto se enfria y debilita el ánimo del que se defiende. César formó su ejército en cuatro líneas: él se colo-

có en el ala derecha opuesto á Pompeyo : Sila la mandaba bajo sus ordenes. Confió el centro á Gneyo Domicio y la izquierda á Marco Antonio; y destacó seis cohortes elegidas para defender su derecho contra la caballería romana. El ejército de Pompeyo ascendia á cerca de cincuenta mil hombres, y el contrario no pasaba de veinte y dos mil. César, arengando á sus tropas en breves y enérgicas palabras, les recordó sus victorias, las injurias que habian sido el premio de tantas hazañas, y sus esfuerzos, siempre renovados para impedir ó terminar la guerra civil. Mostrando un profundo horror á la efusion de sangre romana, hizo recaer lo odioso de la lid intestina sobre el inflecsible orgullo de sus enemigos. El valor esperimentado de sus tropas y la justicia de su causa, le daban seguridad de la victoria. En fin, para quitar á los soldados el temor de la numerosa caballería de Pompeyo que cubria la llanura, les dijo que aquellos ginetes eran jóvenes afeminados, mas cuidadosos de su hermosura que de su gloria. «Soldado, clamó, hiérelos en la cara, y verás como huyen.» Dichas estas palabras dió la señal del combate. La palabra de Pompeyo era, *Hércules invencible*: la de César, *Venus victoriosa*.

Los cesarianos, aguerridos por una larga

esperiencia desde que vieron la quietud con que los pompeyanos los aguardaban, se pararon enmedio de la carrera para tomar aliento, y se lanzaron despues al enemigo que los recibió con firmeza é intrepidez. La brillante caballería de Pompeyo, que era la flor de la juventud romana y principal esperanza de su general, cargó entonces, segun el orden que habia recibido, á la débil caballería de César: y despues de haberla obligado á retirarse, se desplegó en escuadrones, procurando envolver la derecha de los cesarianos con un movimiento de conversion. Las seis cohortes de la cuarta línea de César, destinadas á oponerse á aquel movimiento, se precipitaron con ímpetu contra aquellos caballeros, dirigiendo las lanzas á sus caras, y sucedió lo que César habia pr visto. Los jóvenes, espantados de este nuevo género de ataque, volvieron la espalda y huyeron. Las cohortes los persiguieron, impidieron que se volviesen á formar, y atacando despues por el flanco y la espalda la izquierda de Pompeyo, la desordenaron y penetraron en ella. Pompeyo, viendo derrotada su caballería, en la cual tenia sobrada confianza, pareció privado enteramente de su génio, de su valor y aun de su razon: y mientras que su centro y su ala derecha, intactas aun, dis-

putaban el campo de batalla con ostinacion y ponian en duda la victoria, él, desertando antes que todos su propia causa, sale del combate, manda á las cohortes pretorias que defiendan en caso de desgracia la entrada de los reales, se retira consternado á su tienda, y espera en ella sin querer tomar parte en la lid, las decisiones del destino. Las cohortes victoriosas proseguian triunfantes. Despues de una larga resistencia, que duró desde el alba hasta mediodia, las legiones de Pompeyo, atacadas á un mismo tiempo por el frente, flancos y espaldas, ceden á la fortuna: unas se retiran á un monte cercano, otras se dispersan, arrojan las armas, mueren ó se rinden. Aunque los vencedores estaban oprimidos de calor y fatiga, César los conjura á que no dejen incompleta la victoria: les arenga, insta y reanima su fuerza y valor. Movidos por sus palabras y ejemplo, atacan los reales enemigos, defendidos por las cohortes pretorias, los aliados, y principalmente los tracios. César gritaba á los suyos: «esterminad los estrangeros: mas perdonad á los romanos." Despues de una sangrienta pelea, fuerzan los atrincheramientos. Pompeyo esclama entonces: «¿Y qué, llegan hasta mi tienda?" Despojado ya de su gloria, arroja la púrpura y las señales de su

dignidad, toma el trage de un particular, sube en un caballo ligero y no para hasta llegar á Anfipolis.

Los vencedores que acababan de dejar un campamento, donde no habia mas que hierro, se deslumbran con el oro, la plata y el marfil que encuentran en los reales enemigos. Todas las tiendas estaban adornadas de mirto y yedra, y en todas habia alfombras de púrpura y mesas llenas de bajillas de oro y plata. La disciplina de las tropas de César era tan severa, que á su voz marcharon los soldados, sin detenerse en el saqueo, á perseguir los enemigos. Estos, dejando la posicion que habian tomado, se retiraron á una altura cercana á Larisa, donde rodeados por el ejército victorioso, capitularon y se rindieron. En esta gran jornada solo perdió César mil doscientos hombres: la pérdida de Pompeyo ascendió á quince mil muertos y veinte y cuatro mil prisioneros. César, contemplando tristemente aquella multitud de romanos que yacian tendidos en el campo de batalla, dijo: «ellos lo han querido, y me han obligado á hacerlo: pues á pesar de mis victorias me hubieran proscrito si yo hubiese licenciado mi ejército.» Conservó la vida á los que no habian perecido en la batalla, y escribió á uno de sus amigos: «el

fruto mas agradable de mi victoria, es salvar á los que han peleado contra mí.» Trajéronle los papeles de Pompeyo, y los quemó sin leerlos, no queriendo saber los nombres de los ingratos que habian proyectado hacerle traicion. Pompeyo repitió muchas veces en su fuga que le habian arruinado los cobardes en quien mas confianza tenia. Sabiendo que César le perseguia sin descanso, se embarcó en un bajel mercante y llegó á Lesbos, donde halló á su muger Cornelia. La infeliz esperaba su triunfo, y se desmayó cuando supo su derrota. Vuelta en sí le dijo: «¡Ay! soy la viuda de Craso, y te he llevado en dote mi infelicidad. Antes de ser mi esposo, dominabas en los mares con quinientos bajeles: y ahora huyes. ¿Por qué te uniste á mi infortunio? ¿Por qué renuncié al proyecto de quitarme la vida? Los dioses me reservan para aumentar tu desgracia." El ilustre fugitivo la abrazó y consoló, y le inspiró ánimo para tolerar la desdicha. Habiendo desembarcado en las costas de Cilicia, reunió algunos buques y dos mil hombres con el objeto de apostarse en Antioquía y juntar allí un ejército: pero la Siria, teatro en dias mas felices de su gloria, lo fue entonces de su humillacion. Antioquía le cerró las puertas y todas las ciudades

de Asia le prohibieron entrar en sus territorios. Hubiera podido y debido ir á Numidia, donde le presentaban esperanzas de mejorar su fortuna un ejército fiel y un aliado leal como el rey Juba: pero en su impaciencia prefirió los recursos mas cercanos. La memoria de los favores que habia hecho á los ptolemeos, le determinó á buscar en Egipto asilo y socorros. Su grande alma no prevía la bajeza y la ingratitud: confió en el reconocimiento y se perdió. Anunció su llegada al jóven Ptolemeo, hijo y sucesor de Auletes. Este reunió su consejo para deliberar sobre lo que debia hacer: y pues dudaba entre la magnanimidad y la vileza, es claro que habia de adoptar el partido mas infame. Sus ministros, temiendo el resentimiento de Pompeyo sino le admitian, ó el de César si lo amparaban, movieron á su jóven príncipe á comprar la benevolencia del vencedor con la cabeza del vencido. Pompeyo, fiado en las protestaciones de afecto de aquellos bárbaros, y resistiendo á los terrores de Cornelia, á la cual el amor daba sagacidad, pasa á una chalupa para ir á ver al rey, y es asesinado á la vista de su esposa. El bajel de Pompeyo huye con la infeliz Cornelia, á pesar de ella, para libertarla de la perfidia y crueldad de sus enemigos. El tronco del gran

Pompeyo yacia sobre las arenas del Egipto, pasto á las fieras y á las aves. Un liberto y un antiguo soldado romano fueron los que la providencia destinó á hacer las ecsequias del señor de tantos reyes, y caudillo de tantos ejércitos. Hicieron la hoguera con los destrozos de un buque varado, y colocaron sus cenizas en un túmulo de tierra y cesped con la siguiente inscripcion: «en esta breve tumba yace aquel á quien el mundo erigió templos."

El partido de Pompeyo le sobrevivió, y combatió algun tiempo para defender su causa y vengar su memoria. Dirraquio era su plaza de armas: Caton mandaba las tropas en aquel punto, y tenia consigo á Varron, Ciceron y otros senadores. Reuniéronseles Labieno, Pompeyo el joven y los comandantes de las escuadras. Consternados por la derrota de Farsalia, estaban dispuestos á huir, pero con motivos diversos. Caton pensaba llevar á Italia sus tropas, y huir á un desierto donde no hubiese tiranos: Ciceron aspiraba solo al retiro y á la tranquilidad: Labieno, Pompeyo y Escipion deseaban continuar la guerra. Reunidos, pues, para deliberar, Caton que solo era pretor, cedió el mando de la escuadra á Ciceron, actualmente proconsul: pero éste, en lugar de aceptar un honor tan arriesgado,

declaró que era tiempo, no solo de dejar las armas, sino tambien de tirarlas. Estas palabras irritaron hasta tal punto al joven Pompeyo, que le llamó desertor y traidor, y le hubiera muerto á no haberse interpuesto Caton. Ciceron, libre de aquel peligro, se embarcó para Brundusio, consternado é igualmente receloso de la vuelta del enemigo, contra el cual habia combatido, y del triunfo de los amigos que abandonaba. En Italia esperó con inquietud las órdenes de César, que le devolvió su amistad. Caton, á quien la caida del cielo no hubiera amedrentado, partió con algunos bajeles en busca de Pompeyo, del cual aun se ignoraba el desastrado fin. Escipion, seguido de Labieno, condujo sus legiones al Africa, resuelto á solicitar el ausilio de Juba, rey de Mauritania. Casio se dirigió con diez navios á las costas del Asia con el designio de atraer á su causa las armas de Farnaces, rey del Bósforo; y el joven Pompeyo partió con el resto del ejército y de la armada á las riberas de España, donde su valor y su nombre le formaron en breve un poderoso ejercito.

César, que fiaba mas en su celeridad que en el número de sus tropas para someter el oriente, no tenia mas designio que perseguir

á Pompeyo con rapidez, y no dejarle tiempo de recobrar espíritu ni de juntar un ejército. Sin llevar consigo mas que tres mil hombres, y marchando siempre delante de ellos, atravesó el Helesponto en una barca, y se halló en medio de la escuadra de Casio. Cualquiera otro se hubiera turbado en tan estremo peligro, y habria perecido en él. César, inaccesible al temor, llega á los enemigos como vencedor: manda que se le rindan, y es obedecido. Cuando llegó á Alejandría le presentaron la cabeza de Pompeyo. César la desechó con horror, y lloró la muerte de su rival: pero debió vengarle, y no lo hizo. Juez árbitro de las desavenencias entre Ptolemeo y su hermana Cleopatra que aspiraba á la participacion del trono segun el testamento de Auletes, enamorado de aquella muger, que fue despues tan célebre, decidió á su favor, y hubo de sostener contra Ptolemeo y su hermana Arsinoe, una guerra civil por el corto número de sus tropas, en la cual corrió los mayores peligros. Estaba limitado á un solo barrio de Alejandría; porque los enemigos ocupaban el resto de la plaza. Desde él incendió la escuadra egipcia. Quiso atacar despues la isla de Faros: mas fue rechazado, sumergióse el bajel en que iba, y se salvó atrave-

sando á nado desde la isla al puerto, y llevando en una mano el borrador de sus comentarios, que siempre traia consigo, en otra la espada, y la cota de mallas entre los dientes. Habiéndole llegado refuerzos de Siria, vence las tropas de Arsinoe y hace prisionera á esta princesa, se apodera de Pelusio y de Menfis, y derrota junto al Nilo á Ptolemeo, que se ahogó en el rio al huir en una barca. Vuelve á Alejandría y corona á Cleopatra por reina de Egipto. El amor le detuvo junto á ella mas tiempo del que convenia á sus negocios. Roma le habia nombrado dictador aunque estaba ausente. Caton y Escipion al frente de las reliquias vencidas en Farsalia, fomentaban en Africa el partido de Pompeyo con el ausilio de Juba. Pompeyo el joven levantaba legiones en España y cubria el mar con sus bajeles; mientras César, sumergido en los deleites, parecia desconocer el precio del tiempo.

Batalla de Zela. (A. M. 3955. A. J. 49). Un peligro mas prósimo le despertó. Farnaces, rey del Bósforo hijo del famoso Mitrídates, amenazaba el Asia menor despues de haber vencido á Dimisio Calvino, general de César. Este vuela inmediatamente contra él: y con veinte mil hombres derrotó junto á Zela á Farnaces, que tenia mas de sesenta mil. Dió

cuenta al senado de esta rápida espedicion con solo estas palabras: *veni*, *vidi*, *vici*: llegué, ví y vencí. Farnaces se retiró al Bósforo, donde fue asesinado por el gobernador de aquella provincia. César dió su reino á Mitrídates de Pérgamo, que le habia hecho grandes servicios en la guerra de Egipto.

Compuestas las cosas del oriente, volvió á Roma. Antonio mancillaba la ciudad con sus liviandades, y humillaba al senado con su altanería, llegando al estremo de presidirlo como vencedor teniendo la espada al lado contra la costumbre. Al mismo tiempo Dolabela, lisongeando á la muchedumbre para adquirir su favor, turbaba todos los ánimos y amenazaba á todos los ricos la ruina de sus caudales con un proyecto de ley, dirigido á abolir las deudas. En fin, aunque se habia dado á César la dictadura por un año, el consulado por cinco, el tribunado por toda su vida, y un poder sin límites, todos los que se habian declarado en avor de la libertad, temian la llegada y el resentimiento del vencedor. César se presenta, disipa todas las inquietudes, reprime los escesos de Antonio, se opone á las proposiciones facciosas de Dolabela, concede á los deudores una moratoria para las deudas atrasadas, limita sus rigores á la venta de los

bienes de Pompeyo, llama á los desterrados, perdona á los vencidos en la distribucion de los empleos, no hace diferencia de partidos, y restablece con su clemencia la tranquilidad á la paz.

Guerra de Africa y batalla de Tapso. (A. M. 3956. A. J. 48). El Africa le llamaba á combatir. Caton, atravesando los desiertos de la Livia, arrostrando el fuego del sol, la aridez del terreno, los animales feroces y las serpientes horribles que infestaban aquellos vastos desiertos, habia llevado á Utica las reliquias de Farsalia. Alli encontró el ejército de Mauritania y las legiones alistadas por Metelo Escipion: todas estas tropas, decididas en defensa de la república, debian ofrecer el mando general de ellas al mas firme apoyo de la libertad, á Caton: pero Caton lo rehusó, se encargó solamente de la defensa de Utica, y quiso que fuese general Escipion, cuyo nombre le parecia en el territorio de Cartago un presagio seguro de la victoria. Labieno mandaba el ejército bajo sus órdenes.

César, con su diligencia acostumbrada, reune sus legiones y bajeles, y llega al Africa. Al desembarcar resbala y cae. Temiendo la impresion que este accidente pudiera hacer en el ánimo de sus soldados, finge abrazar la

tierra y esclama: *Africa*, *ya eres mia*. Convirtiendo en utilidad suya las necedades del vulgo, habia dado en su ejército un destino elevado á un hombre oscuro y de poco valor, pero que se llamaba Escipion, neutralizando asi la ventaja que este nombre daba en la opinion pública al general enemigo. Este vino á atacarle inmediatamente para no darle tiempo de tomar posiciones que le asegurasen la victoria. La fama de Metelo Escipion, la numerosa caballería de Juba, el valor de los antiguos soldados de Pompeyo, y sobre todo la habilidad de Labieno, ardiente como todos los desertores, triunfaron en el primer combate del genio de César. A pesar de todos sus esfuerzos, la fortuna quedó indecisa; sino fue vencido, le fue imposible vencer, lo que para un hombre de su temple, era tanto como una derrota. César, rapidísimo en sus demas espediciones, probó en esta que conocia el mérito de la paciencia tanto como el de la celeridad, y que sabia esperar cuando las circunstancias lo ecsigian. Resuelto á no combatir hasta que llegasen las tropas que esperaba de Sicilia, se encerró en sus reales, sufriendo con serenidad los insultos de Metelo Escipion y las amenazas de Juba. Apenas llegaron sus refuerzos, salió de sus atrincheramientos y

marchó á Tapso. Fingió sitiar esta plaza para atraer al enemigo á una posicion desventajosa. Consiguiólo, y dióse la batalla. César no pudo hallarse en ella porque estaba enfermo: pero las hábiles disposiciones que habia tomado decidieron la victoria, y solo se conoció su ausencia en la espantosa carniceria que hicieron sus lugartenientes. Aunque los mas de los enemigos arrojaron las armas y pidieron la vida, fueron degollados sin piedad. Juba, viendo destruido su ejército, se dió la muerte para librarse del furor de sus vasallos que le detestaban. Metelo Escipion huia: pero prócsimo á caer en manos de los vencedores, se atravesó con su espada.

César se apoderó con prontitud de todas las ciudades que se opusieron á su marcha, y avanzó hasta Utica, donde estaba entonces la sombra de la república representada por un gran número de nobles que tomaron el título de senado, presididos por Caton. Este romano austero, cuyo único defecto fue quizá (1) la afectacion de singularidad y la ecsageracion de la virtud, viendo destruido el ejército de

---

(1) El verdadero defecto de Caton y de todos los que seguian su doctrina politica, fue querer lo imposible. Roma no podia ya ser una república. (N. del T.)

Escipion, sometido el mundo, y aterrados á los defensores de Utica, creyó que su ecsistencia debia sepultarse con la libertad. Disimulando su designio, hizo que una parte de los senadores se embarcase para España, y aconsejó á los otros que se sometiesen á César. Por la noche habló con sus amigos de filosofia, literatura y otras materias indiferentes, con tanta serenidad y alegría, que ninguno sospechó su intencion. Despues de la comida entró en su gabinete, y conversó largo tiempo con dos filósofos: y observando que habian quitado su espada, puesta ordinariamente junto á la cabecera de su cama, llamó á sus esclavos y se quejó de que le hubiesen privado del único medio de defensa si las tropas enemigas entraban de noche en la plaza. «¿Temeis, les dijo, que me mate? Vuestra precaucion es inútil, porque si quiero me sobran caminos para salir de la vida.» Volviéronle su espada, y al recibirla dijo: «soy, pues, dueño de mi destino.» Quedó solo, se recostó, y leyó algunas horas el tratado de Platon sobre la inmortalidad del alma: despues tomó la espada, la hundió en sus entrañas, y dando un terrible grito, cayó en el suelo. Al ruido acude su familia, y le hallan todavia vivo: curan la herida á pesar suyo: pero apenas se

retiraron sus amigos, arranca el vendage, abre de nuevo la llaga, y muere libre como siempre vivió. César entró á la mañana siguiente en la ciudad sin obstáculo alguno, y sabiendo la muerte de aquel insigne varon, esclamó: «¡Oh Caton! envidio la gloria que has adquirido con tu muerte, ¿por qué me robaste la de salvar tu vida?» Este movimiento generoso fue sincero: demostrólo la clemencia con que trató al hijo de Caton y á otros personages distinguidos que se hallaban en Utica.

Despues de haber terminado en seis meses la guerra de Africa, volvió César á Roma, y triunfó de las Galias, del Egipto, de Farnáces y de Juba. Su triunfo duró cuatro dias. Se veia delante de su carro una pintura que representaba el Rhin, el Ródano, el Nilo y el Océano encadenados. Seguíanle Vercingetórix, Arsinoe y el hijo de Juba, ilustres y desgraciados trofeos del vencedor. Despues de esta solemnidad, Vercingetórix, cuyo único delito era haber defendido con valor la independencia de su patria, fue enviado al suplicio. Las costumbres de Roma eran tan inhumanas, que esta atrocidad no impidió que se elogiase á César como el mas suave de los conquistadores. Roma parecia olvidar que aquel triunfo era el del poder sobre la libertad, segun resonaba toda ella

con las alabanzas de César. El senado, escediendo en su adulacion á los cortesanos del Asia, mandó que en los dias solemnes el carro del dictador seria tirado, como el de Apolo, por cuatro caballos blancos. Su estátua fue colocada en el Capitolio enfrente de la de Júpiter, y á sus pies se puso un globo que representaba el mundo, con esta inscripcion: *A César, semidios*. El pueblo le concedió la censura por tres años, la dictadura por diez, y el privilegio de llevar ante sí setenta y dos lictores. Todos los ciudadanos, haciendo votos por su prosperidad, solemnizaron su triunfo con un banquete, en el cual se pusieron dos mil doscientas mesas. La república aplaudió su propia ruina; y para que nada faltase á la humillacion de Roma, se vió por la primera vez en aquellas fiestas combatir los caballeros como gladiadores. Tal fue el espectáculo que quiso evitar Caton dándose la muerte. César, quizá avergonzado de tanta bajeza, creyó que debia oponer una moderacion política á los honores escesivos que le prodigaban, y prometió al senado usar con mucha reserva de los honores que le habian concedido. Los actos de su administracion fueron en la mayor parte dignos de elogios: asignó recompensas á los ciudadanos que eran padres de muchos hijos: concedió el de-

recho de ciudadanía á muchos sábios estrangeros, y renovó las antiguas leyes contra el lujo de las mesas y de los vestidos. Demasiado pródigo en premiar, dió entrada en el senado á novecientos ciudadanos, de los cuales los mas no tenian otro mérito que una ciega deferencia á su voluntad. Los errores del calendario habian producido tal desórden, que se hallaban muy distantes las estaciones de sus meses. César lo remedió, y se vió obligado para comenzar la reforma á añadir sesenta y siete dias al año 705 de Roma, de modo que tuvo cuatrocientos treinta y dos. El cielo y la tierra parecian obedecerle. Ciceron, despues de la derrota de Farsalia, se habia sometido al vencedor como los demas: pero ennobleció su debilidad no interviniendo en los negocios públicos sino para suavizar el yugo de la tiranía. Su voz elocuente fue oida en favor de los proscritos, y mas de una vez obligó al vencedor del mundo á vencerse á sí mismo y domar su enojo. Caton se habia libertado del despotismo con la muerte: Ciceron se consoló con el estudio, y en esta época de servidumbre escribió sus obras filosóficas, ilustrando á sus conciudadanos sobre los medios de conseguir la felicidad privada, ya que no podia influir en la pública.

Guerra de España y batalla de Munda.

(A. M. 3956. A. J. 48). La España, destinada á ser siempre acometida por los estrangeros y nunca enteramente sometida, daba entonces nuevo vigor á los pompeyanos. Los dos hijos de Pompeyo, reuniendo las reliquias de Farsalia y de Tapso, llegaron á formar trece legiones. Instruido César de sus progresos, se embarcó prontamente para detenerlos. Algun tiempo pudieron evitar los enemigos una accion general, y el hábil y esperimentado Labieno, consejero de los dos jóvenes, impidió que César los obligase á combatir. La guerra pues se redujo al principio á la toma de algunas plazas: pero César amenazó puntos que eran muy importantes á los enemigos para conservar las subsistencias, y se decidieron á darle batalla cerca de Munda. Segun Suetonio y Floro jamas hubo accion mas reñida y sangrienta; y César decia que en otras batallas habia peleado por conseguir la victoria, y en la de Munda por defender su vida. Las legiones de Pompeyo, irritadas de tantos reveses, fatigadas de tantas correrías y enfurecidas por verse sin bienes ni patria, pelearon con tanto denuedo, que despues de una larga resistencia, desordenan las cohortes aguerridas del enemigo y las obligan á cejar. En vano César las reune, y para animarlas se arroja muchas veces al combate:

sus soldados le sacaban del peligro y volvian de nuevo á retirarse. «Compañeros, les gritaba, ¿entregareis á dos niños vuestro general, que ha encanecido con vosotros en las batallas? Los legionarios se avergonzaban con estas palabras, pero no se resolvian á tomar la ofensiva; y solo la décima legion, sosteniendo su celebridad, resistia intrépidamente al enemigo. En este momento César, que habia enviado algunos escuadrones númidas á insultar el campamento contrario, ve un cuerpo de caballería destacado por Labieno para perseguirlos, y grita con voz fuerte: «la victoria es nuestra: los enemigos huyen.» Este grito reanima el ardor de los suyos y desalienta al enemigo: la décima legion se arroja á los contrarios: las demas siguen su ejemplo: nada les resiste: Labieno muere. y el ejército pompeyano, despues de haber perdido treinta mil hombres, arroja las armas, se dispersa y busca asilo en los montes cercanos. Cneyo Pompeyo se dirigió á la mar: cortado por la caballería cesariana, se retiró á una caverna, donde le hallaron los enemigos y le cortaron la cabeza. Su hermano Sesto logró escaparse, juntó algunos bajeles é hizo la guerra como pirata, hasta que nuevas revoluciones le permitieron formar una armada.

Muerte de César. (A. M. 3958. A. J. 46).

La gloriosa jornada de Munda terminó la carrera militar de César, durante la cual habia peleado con tres millones de hombres, subyugado trescientos pueblos, tomado ochocientas ciudades, y sacrificado á su ambicion un millon de guerreros. A su vuelta á Roma descontentó al pueblo, recibiendo los honores del triunfo por una victoria conseguida contra ciudadanos romanos. Los senadores, ó por un esceso de adulacion, ó para escitar el ódio público contra él, acumularon sobre su frente mas honores que ningun mortal habia recibido. Se le decretó el título de Júpiter Julio, el derecho de llevar el vestido triunfal en los dias festivos, y el privilegio de ceñir en todo tiempo su cabeza con la corona de laurel. Como era calvo, recibió con un placer casi pueril este honor que le permitia ocultar aquella desnudez bajo las ramas de la gloria. El mes *quintílis* recibió el nombre de Julio para recordar la época del nacimiento de César. Mientras la traicion le preparaba puñales, la lisonja le erigia templos. En todo el imperio se le daban honores divinos: obtuvo el mando general de todas las tropas y la facultad de hacer la guerra y la paz. Se le declaró dictador perpetuo; se le dió por prenombre el título de *imperator*: se le nombró cónsul por diez años y padre de la

patria: en fin, lo que es tan vergonzoso de decir como dificil de creer, se deliberó en el senado sobre un proyecto de ley dirigido á entregar á su arbitrio el pudor de las matronas. De todos los honores que se le ofrecieron, solo rehusó el consulado decenal, porque nada añadia á su poder, y le quitaba los medios de satisfacer á poca costa la vanidad de algunos personages. Habiendo llegado al término de sus deseos, podia gozar en paz de su fortuna, si hubiera sabido ponerle límites, pero era ambicioso. El señor de la tierra no necesitaba del título de rey: ninguna diadema brillaba tanto como sus laureles. César tuvo la debilidad de ambicionar un nombre odioso á los romanos, y esta necedad fue su ruina.

Todos los proyectos de este hombre estraordinario eran vastos é inmensos como su génio. Reedificó á Cartago y Corinto: pensó en llenar á Roma de monumentos y formar en ella la biblioteca mas copiosa del mundo: queria redactar un código civil: componer la estadística del imperio; abrir en la embocadura del Tíber un puerto para los bajeles grandes: secar las lagunas pontinas: unir el mar Egeo con el Jonio, cortando el istmo de Corinto: vengar la muerte de Craso: subyugar los partos, penetrar en Escitia, pasar el Bo-

ristenes, abrir un camino por medio de los bosques de Germania y volver á Roma por las Galias. Embriagado de gloria, estraviado por los consejos de Antonio, y probablemente engañado por los senadores que meditaban su perdicion, resolvió ceñirse la diadema antes de salir á la guerra contra los partos. El senado, siempre adulador, colocó su estátua entre las de los reyes de Roma: mas por una casualidad se puso cerca de la de Bruto, lo que era pronosticar su suerte. Todos los que en secreto amaban la república, pedian con sus deseos un segundo Bruto, y lo hubo. Este romano, destinado á dar algunos momentos de libertad á su patria á costa de un crímen, era hijo de Servilia, hermana de Caton: llamábase Marco Bruto: y se creia generalmente hijo de César, su futura víctima, por la pasion de Servilia á este héroe. Bruto, fiel á los principios de Caton, siguió en Tesalia las banderas de Pompeyo. En la batalla de Farsalia, César manifestó mucha inquietud por él. Habia caido prisionero: y no contento con perdonarle, lo colmó de favores. Bruto detestaba la tiranía, pero amaba al tirano. Su alma estaba indecisa entre un afecto que no podia vencer y una obligacion que creia sagrada. De todas partes recibia avisos secretos que lo

escitaban á sostener la gloria de su nombre y libertar la patria. A cualquier lugar que fuese, y aun en el mismo tribunal donde administraba justicia como pretor, encontraba billetes que decian: *Bruto, ¿tu duermes? Tu no eres el verdadero Bruto.* Hasta entonces el estoicismo de sus principios no le habia impedido merecer el título del mas amable y suave de los romanos, asi como era el mas virtuoso: pero la pasion de la libertad y los consejos de sus amigos, todos ardientes republicanos, le arrastraron á la conjuracion que Casio y otros sesenta formaban contra el dictador. Advirtieron á César que desconfiase de Bruto. «Yo conozco su virtud, respondió: esperará á que yo muera para resucitar la libertad.» Dijeronle que se guardase de Dolabela, y replicó: «no temo á esos hombres gordos y colorados: pero desconfio de ese Casio, siempre flaco, pálido y melancólico.» La supersticion, que mezcla siempre sus fábulas á las verdades de la historia, inventó presagios de la ruina prócsima de César. Se vieron en el cielo fuegos errantes: fantasmas nocturnos recorrian la capital. El dictador en un sacrificio que hizo, halló que la víctima no tenia corazon: demoliendo el sepulcro de Cápis, fundador de Capua, se encontró en él una inscripcion que

decia: «el año que se abra este sepulcro, perecerá el gefe de la estirpe Julia.» En fin, un adivino advirtió á César que se guardase de los idus de marzo.

César no era muy crédulo; despreciaba los agüeros que le eran contrarios, y se valia de los favorables. Y asi mandó publicar un oráculo de la Sibila, segun el cual no podrian ser vencidos los partos por los romanos, á no ser que estos peleasen bajo las ordenes de un rey. Las tentativas de los amigos del dictador para que el pueblo le coronase, se desvanecieron todas sin mas resultado que el de probar el ódio invencible de los romanos al título de rey. Antonio, corriendo en las fiestas Lupercales, ofreció á César una diadema: pero las murmuraciones del pueblo le obligaron á rehusarla. Sus partidarios habian puesto coronas en las cabezas de sus estátuas. Flavio y Marulo, tribunos del pueblo, tuvieron el valor de arrancarlos, y la plebe les dió repetidos aplausos. Los cortesanos de César, en lugar de desanimarse, esperaban lograr su intento por la condescendencia del senado, que lleno de temor y corrompido, debia reunirse, como se decia, en las idus de marzo para proclamar á César rey de Africa y Asia, de España, de las Galias y de Grecia, dejándole en Italia el tí-

tulo de dictador. Los conjurados, sabedores de esta resolucion, escogieron aquel mismo dia para ejecutar su designio. Porcia, hija de Caton y muger de Bruto, era digna por su firmeza de su padre y marido. Instruida por los presentimientos del amor, habia adivinado los proyectos de Bruto, y se indignaba de que su esposo la creyese demasiado débil para confiarle su empresa. Dióse ella misma una grande herida, y despues de haber resistido largo tiempo al dolor que le causaba, la muestra á su esposo y le dice: «mira, Bruto, si la hija de Caton merece tu confianza, y si es digna de entrar á la parte en tus esperanzas y peligros. Antes de preguntarte tu secreto, quise saber si podria sufrir el dolor.' Esta fue la única muger que fue admitida en la conspiracion. Estos conjurados, famosos en la historia, eran Casio, que fue su gefe, aunque dejó este título á Marco Bruto, mas estimado por su nombre y su virtud: Servio Galba, antiguo lugarteniente de César: los dos Cascas, Cimbro y Minucio, partidarios de Pompeyo: Decimo Bruto, Domicio Cisnna, Casio de Parma y Poncio Aquila. Los demas no son conocidos. La mayor parte del senado, sin ser de la conspiracion, deseaba la mudanza. César á la verdad no era cruel, habia perdonado á sus

enemigos, y aun hecho beneficios á grán número de ellos: acababa de levantar las estátuas de Pompeyo, asegurando asi la permanencia de las suyas, segun la noble espresion de Ciceron. Pero si dejaba á todos el tranquilo goce de su ecsistencia y de sus bienes, ofendia sin reparo el amor propio y el orgullo de todos: pasion irritable, para la cual no hay herida pequeña, y que perdona mas bien la ruina que la injuria.

César, burlándose de las formas republicanas, hacia á su placer senatusconsultos, sobre los cuales no habia deliberado la curia. Ciceron escribió á Atico, que á su quinta, donde estaba retirado, llegaban todos los dias decretos hechos á proposicion suya, de los cuales nunca habia oido tratar, y que por ellos recibia gracias de reyes y príncipes desconocidos para él. Estando en una ocasion el dictador sentado en el foro en su silla curul, vino todo el senado á felicitarle por la dictadura perpetua y otros nuevos honores que acababa de conferirle; y no se dignó de levantarse, lo que produjo grande enojo, aunque él se disculpó despues con el mal estado de su salud. El furor crecia y el ódio ocultaba su puñal bajo el velo de la adulacion. Los conjurados, habiéndose reunido una noche en casa de Bruto, re-

solvieron matarle el dia de los idus en el pórtico de Pompeyo, donde habia de celebrarse junta del senado. A proporcion que se acercaba el instante, mostraba César menos atencion á los consejos de la amistad y de la prudencia. Ejerciendo un poder usurpado en una república, celosa de sus derechos, y entre los amigos de Pompeyo vencidos por él, nunca quiso tener guardia. «Mas vale, decia, morir una vez, que temblar muchas.» A los que le aconsejaban que desconfiase de Bruto, respondia: «yo lo conozco: el asesinato le pareceria una victoria demasiado fácil para su valor.» Cenando la noche antes de las idus en casa de Lépido, recayó la conversacion sobre el género de muerte que era preferible, y César dijo: *la mas pronta y la menos prevista.*

El dia en que iba á terminar su carrera, llegó su muger Calpurnia, turbada por un sueño en que habia creido verle asesinar entre sus brazos, se arrojó á sus pies y le suplicó que no saliese de su casa en un momento que tantos presagios señalaban por infausto. La grande alma de César, conmovida por los temores del amor, vaciló un momento, y en fin, cediendo á las lágrimas de su esposa, resolvió dejar para otro dia la reunion del sena-

do. Décimo Bruto, uno de los conjurados que entró entonces en su casa, previendo que la tardanza podria trastornar todo el proyecto, le representó el ultrage que haria al senado rehusando venir á él cuando le esperaba para coronarle, y la mancha que caeria sobre su gloria, si por un sueño de Calpurnia insultaba al primer cuerpo del estado. César salió: mas parece que la fortuna quiso avisarle en el camino el precipicio en que iba á caer. Habiendo encontrado al adivino Espurina, que le habia pronosticado desgracias, le dijo: « ya han llegado las idus de marzo. » « Es verdad, replicó Espurina; pero no han pasado. » Un esclavo, que iba á advertirle el riesgo que le amenazaba, no pudo atravesar su numerosa comitiva. Artemidoro, filósofo griego, que tenia intimidad con los principales conjurados, y habia penetrado su secreto, poniéndose entre los que presentaban memoriales á César, le entregó un escrito, donde estaban detalladas todas las circunstancias de la conspiracion, y le dijo: « leelo pronto: te interesa y urge. » César, rodeado de tantos personages y negocios no tuvo lugar de leerlo, y cuando entró en el senado lo llevaba todavia consigo.

Los conspiradores que le esperaban, encu-

brian bajo la mas profunda serenidad los movimientos diversos de que eran agitados. La vista mas penetrante no habria podido adivinar por su ademan el terrible golpe que meditaban. Estaban ocupados con la mayor presencia de ánimo en la discusion de los negocios públicos; y como uno de los senadores contradijese un dictámen de Bruto con la recomendacion de César, «el mismo César, respondió el pretor, no podrá impedirme que obre conforme á la ley.» Desde que llegó el dictador la mayor parte de los conjurados salieron á recibirle, segun estaban convenidos, y lo acompañaron hasta su silla curul, mientras otros entretenian á Antonio, su amigo y su colega en el consulado, con el pretesto de comunicarle un negocio importante. Mientras que César caminaba á su asiento; el senador Popilio Lena, de quien se sabia que estaba iniciado en la conspiracion, se acercó á él y le habló al oido. Esparcióse un terror repentino sobre todos los conjurados; y creyéndose vendidos echaban ya mano á sus puñales para darse la muerte: pero Bruto, conociendo en el rostro de Popilio mas señas de suplicante que de acusador, aseguró á sus cómplices con una mirada. Apenas se sentó el dictador, Cimbro se arroja á sus pies, pidiéndole la res-

titucion de su hermano que estaba desterrado: los demas conspiradores rodean á César para apoyar la peticion: el dictador la niega, é incomodado de las instancias quiere levantarse: Cimbro le detiene por el vestido, que era la señal convenida. César esclama: «esta es violencia y no ruego.» Casca, situado detrás de la silla, le hiere en la espalda, pero ligeramente: su mano temblaba del mismo golpe que queria ejecutar. *Malvado Casca, ¿qué haces?* le dijo César volviéndose á él, y al mismo tiempo le atravesó el brazo con un punzon de escribir en cera. Casca implora el socorro de su hermano: todos los conjurados sacan los puñales: César se arroja sobre ellos, separa á los unos, derriba á los otros, hasta que recibe una puñalada en el pecho. Ni la sangre que vierte, ni los aceros que brillan á su vista, aterran su valor: se defiende, aunque cercado y sin armas, como un leon furioso y herido: pero en el momento que vió á Bruto sepultarle el puñal en el costado, esclamó gimiendo: *¿tú tambien hijo mio?* Deja de resistir, cubre la cabeza con su manto, baja la túnica para morir con decencia, recibe sin dar un ay todos los golpes que le asestan, y por una casualidad estraordinaria cae y muere al pie de la estátua de Pompeyo.

Mientras los conjurados inmolaban á la ambicion, á la venganza ó á la república esta gran víctima, el senado horrorizado permanecia inmóvil y en silencio, no atreviéndose ni á favorecer á los conjurados ni á defender al dictador. Ni se atrevian á hablar ni á huir: pero cuando César hubo eshalado el último suspiro, y Bruto levantando el puñal ensangrentado dirigió la palabra á Ciceron, y quiso arengar al senado, todos sus individuos, temiendo comprometerse con la aprobacion ó censura de aquel asesinato, salieron precipitadamente de la curia. Antonio, Lépido y los amigos de César, helados de temor se despojaron de las insignias de sus dignidades y buscaron asilos para librarse de la muerte que creían segura. Los conjurados seguidos de algunos ciudadanos y muchos gladiadores se retiraron al Capitolio y se fortificaron en él. La noticia del asesinato se estendió rápidamente por la ciudad y con ella el terror: las tiendas se cerraron: el foro quedó desierto: los ciudadanos medrosos se encerraron en sus hogares: y el cadáver de César, aislado en medio de la capital del mundo, que parecia entonces un desierto, fue llevado por tres esclavos á casa de la desgraciada Calpurnia.

César murió á los cincuenta y seis años

de su edad. Hasta los cuarenta y dos no habia salido de la esfera de un simple particular; y sin embargo ya se adivinaba y temia su dominacion. En catorce años conquistó el mundo: nadie le igualó en talento, ambicion y fortuna. Ningun general ha sabido ganar como él el afecto de los soldados: le tenian tanto cariño como los antiguos romanos á la república: el valor que les inspiraba era invencible. Acilio, uno de sus generales, al abordar un buque enemigo, vió cortada su mano derecha, y continuó peleando y derribando con su escudo los contrarios que se le oponian: se lanzó al bajel y lo tomó. Cerca de Dirraquio, Casio Esceva, habiéndole saltado un ojo, con la espalda y el muslo heridos, y clavadas en el escudo treinta flechas, llamó en voz alta á sus enemigos: estos acudieron creyendo que queria rendirse; Casio, con la rodilla en tierra, mató á los que se le acercaron; los demas huyeron dejándole vencedor y rodeado de víctimas. Petronio, cercado de enemigos, fue prisionero de Escipion que le ofreció la vida. «Los soldados de César, replicó Petronio, la dan y no la reciben:» y se atravesó con su espada. Antes de la guerra civil, cuando Pompeyo, Escipion y Caton escitaban al senado á rehusar al conquistador de las Galias la prolonga-

cion del mando, un oficial, que traia pliegos suyos; puesta la mano en la empuñadura de la espada, dijo á los senadores: «si negais á César el mando que desea y merece, este acero se lo dará.» La naturaleza y la fortuna habian favorecido igualmente á César. Su estatura era elevada, su tez muy blanca, su cabeza oval, su rostro lleno y colorado, sus ojos negros y vivos, su talle airoso. Tenia una constitucion robusta, que solo alteraron algunos ataques de epilepsia. Su ademan era gracioso y noble, su voz sonora, sus movimientos llenos de dignidad: y aunque era tan duro é infatigable en los ejercicios como intrépido en el peligro, nadie se entregó como él al cuidado de su hermosura y á los placeres. Queria agradar tanto como mandar: llevaba siempre vestidos suntuosos y telas finas con franjas magníficas: á su adorno añadia perlas muy bellas y piedras las mas preciosas. Tenia en su palacio muchas pinturas y estátuas de los mas insignes profesores. Su tienda, ya en los bosques de Germania, ya en los arenales del Africa, tenia tapices brillantes y almohadas blandísimas. En su casa reinaba el orden mas regular y aun minucioso. Una vez cargó de prisiones á su panadero por haber servido á sus convidados un pan diferente que á él. Ja-

mas estrechó su cinto, anuncio de la estraordinaria disolucion de sus costumbres. Dominado por la diosa de la cual presumia descender, sedujo á Postumia, esposa de Sulpicio; á Lolia, de Gabinio; á Tertulia, de Craso, y á Mucia de Pompeyo, que le llamaba el Egisto de su familia. La que amó mas fue Servilia, hermana de Caton y muger de Marco Bruto: le regaló una perla valuada en seis millones. Tuvo tambien amorios con Eunoe, reina de Mauritania y con la famosa Cleopatra. Sus soldados se burlaban con libertad de sus disoluciones, y al rededor de su carro de triunfo cantaron: «romanos, guardad vuestras mugeres. Aqui os traemos este calvo, que ha seducido las mugeres galas con el oro de sus maridos.» Aunque desenfrenado en sus amores, no conoció los escesos de la mesa. Caton decia de él, que era el primer hombre sóbrio que habia formado el plan de arruinar una república. César sabia que el oro era tan necesario como el hierro para conquistar el mundo: asi, en vez de imitar la justicia de los Fabricios, Paulos, Emilios y Escipiones, juntó inmensas riquezas con sus latrocinios, superó en el arte de la rapiña á todos los procónsules de su tiempo, le sacó á Ptolemeo seis mil talentos, robó todas las ciudades, despojó todos

los templos, sacó tres mil libras de oro del Capitolio, y vendió sin pudor muchos reinos. Superior en todos los géneros, dominaba á sus rivales por la elocuencia, asi como los vencia con las armas: y Ciceron, celebrando la nobleza, elegancia y armonía de su estilo, á un mismo tiempo natural, fino y fecundo, escribia á sus amigos que nadie podia disputarle la palma oratoria. «Sus comentarios, añadia, merecen el elogio de todos los hombres de gusto. Su modo de escribir obligará á sus competidores á quemar sus plumas. Su narracion es sencilla, llena de gracia y sensatez, sin mas ornato que el de una simple túnica medio puesta.» En su juventud compuso un elogio de Hércules, una tragedia titulada *Edipo*, y una coleccion de máximas. Augusto prohibió que se publicasen estas obras por ser muy incorrectas: pero permitió dos libros sobre la *Analogia* y el *Viage*, poema que compuso en los veinte y cuatro dias que duró la guerra de España. Ciceron tuvo el valor de escribir durante su dictadura un elogio de Caton. César le respondió con una obra en dos libros, titulada el *Anticaton*: y compitiendo urbanamente con el primer orador de Roma, le elevó en dicha respuesta sobre el mérito de Pericles.

César sufria las chanzas, aunque no la resistencia. Cuando ordenó el calendario, como en él se espresaban los movimientos de los astros, dijo uno delante de Ciceron: «mañana se levantará la lira.» «Sí, replicó Ciceron, se levantará para obedecer al edicto de César.» Solicitó el consulado para Calvo, que habia escrito epígramas contra él, y alojó en su palacio al padre del poeta Cátulo, que lo habia disfamado en una sátira. Un senador, burlándose de sus costumbres tan afeminadas, como su valor era varonil, le dijo que no sería facil á una muger tiranizar hombres. César le respondió: «acuérdate que Semíramis subyugó el oriente, y las amazonas conquistaron el asia.» Este hombre, á quien comparaban con una muger, manejaba las armas con mas destreza que todos los soldados romanos: domaba los caballos mas fogosos; marchaba con la cabeza desnuda al sol y al hielo, caminaba cincuenta leguas al dia, ó á caballo ó en carroza, y atravesaba á nado los rios mas rápidos. Su espíritu era tan pronto como su espada: dictaba á la par á muchos secretarios y en diferentes idiomas: fue el inventor de la cifra para los secretos políticos. Componia versos á caballo, escribia pliegos en su carroza, redactaba sus comentarios en su tienda, y

meditaba leyes haciendo la guerra (1). Cruel para aterrar, se mostraba clemente para dar confianza á los vencidos: concedió la vida á Domisio su enemigo, que debia sucederle en el gobierno de las Galias. Respetando la gratitud para inspirarla, permitió á muchos oficiales suyos que se reuniesen á Pompeyo, de quien habian recibido beneficios. Al principio de la guerra civil, Pompeyo habia declarado que trataria como enemigos á los que no abrazasen su causa: César, mas prudente, proclamó que serian amigos suyos los que permaneciesen neutrales, y asi ganó á los inciertos y á los tímidos, que compondrán siempre el mayor número. Político profundo, orador elocuente, historiador verídico, soldado intrépido, gobernador instruido, vencedor generoso, presentado por la fortuna y coronado por la gloria, César, á quien comunmente no se alaba sino como el primero de los generales y el mas célebre de los conquistadores, fue un hombre universal. Su genio era vasto

(1) César no fue cruel, sino en el sentido que lo fueron los Escipiones, Fabios y Camilos contra los enemigos de su patria. Sabido es que las virtudes de los romanos no se estendian mas allá de las murallas de Roma. (N. del T.)

como el mundo que sometió: pero asi como admirando las pirámides de Egipto, lamentamos que hayan costado tanta sangre y oro sin utilidad ninguna para el género humano, asi sentimos al contemplar á César, cuyo nombre ha atravesado tantos siglos, que su grandeza colosal, funesta á los hombres y fundada sobre las ruinas de la república, no haya tenido por base la virtud.

CAPITULO IX.

Marco Antonio y Octavio.

Consulado de Marco Antonio. Cayo Octavio. Guerra contra Antonio y batalla de Mutina. Segundo triumvirato. Batalla de Filipos. Guerra de Perusa. Muerte de Pompeyo y destitucion de Lépido. Guerra civil entre Augusto y Antonio. Batalla de Accio.

CONSULADO *de Marco Antonio.* El tirano habia caido, mas no la tiranía. Era mas facil en una nacion corrompida dar muerte á un usurpador, que resucitar la libertad. La justicia condena el asesinato que cometieron Bruto y sus cómplices. Es verdad que las leyes de la república romana lo aprobaban, permitiendo y aun mandando matar á todo el que aspirase al poder supremo: y en otro tiempo aquella accion, aunque contraria á la moral, hubiera sido elogiada por los romanos. Pero las costumbres no eran ya las mismas: los

grandes, demasiado ricos y poderosos, no podian ya sufrir la igualdad politica: y el pueblo preferia un solo dueño á tantos tiranos, rivales en el poder y ansiosos de riquezas. Asi la muerte de César, en vez de resucitar sentimientos republicanos, causó una consternacion general. La mayor parte de los senadores que no estaban en el secreto de la conjuracion, temieron ver dirigidos contra sus pechos los puñales que habian acabado con el dictador. Los que mas temblaron fueron sus amigos, no dudando que á ellos se estenderia tambien la proscricion. El ejército, que en todas las naciones oye mas bien el grito de la gloria que el de la libertad, veia con indignacion la muerte de un general que tantas veces lo habia guiado á la victoria, y que le prometia en Asia nuevos triunfos y nuevas recompensas. Una gran parte del pueblo lamentaba la pérdida de un gefe que no habia ascendido al poder sino por su popularidad, y á quien miraba como protector contra el orgullo de los patricios. Los antiguos partidarios de Pompeyo, Ciceron y otros amigos de la república, miraban con un secreto placer el triunfo de la conjuracion: pero disimulaban su alegría por el recelo que les inspiraban la ambicion de Antonio, que entonces era cónsul, el des-

contento del pueblo y las amenazas del ejército. Si los conspiradores, aprovechándose del espanto que causó su atrevido golpe, hubieran muerto á Antonio, que tenian en su poder, arrojado al Tiber el cadáver de César, aterrado á los senadores, y anulado todas las actas del dictador, probablemente la muchedumbre los hubiera aplaudido, seguido y esaltado, porque la costumbre del vulgo es admirar á quien lo espanta, y ver la justicia donde está la fuerza. Pero poseidos ellos mismos de la consternacion general, lo perdieron todo perdiendo tiempo. Su retirada al Capitolio, indicio de temor, dió ánimo á los amigos de César.

Lépido, que mandaba una legion apostada cerca de Roma, la trajo al campo de Marte, y esperó alli las órdenes del cónsul Antonio. La presencia de estas tropas intimidó á los conjurados; y perdiendo su audacia, comenzaron á mover negociaciones, y enviaron diputados al cónsul y á Lépido para persuadirles que se habian armado no por ódio personal á César ó á sus amigos, sino por amor á la patria: que Roma, debilitada por tantas guerras civiles, quedaria arruinada si se encendiese una nueva: y que creian á Antonio y Lépido bastante generosos para sacrificar

sus resentimientos particulares á la causa comun y al bien público. Aunque Antonio estaba determinado á vengar á César, y sobre todo á sucederle si podia, recelaba de las fuerzas considerables que mandaba Décimo Bruto, uno de los conjurados y gobernador entonces de la Galia, el cual podia caer sobre él con un ejército: temia el poder de Sesto Pompeyo, que comenzaba á dominar en los mares, sostenido por los numerosos partidarios de su padre. Estas consideraciones le obligaron á disimular sus proyectos y su ódio, y se mostró dispuesto á entrar en negociacion para ganar tiempo. En su respuesta á los conjurados, les aseguró que á pesar de sus juramentos, por los cuales debia perseguir á los asesinos de César, y á pesar de su horror al perjurio, inmolaria su enojo á los intereses de la república y en lugar de emplear la fuerza para dominar el senado, dejaria á esta augusta corporacion toda la autoridad que le competia.

De conformidad, pues, con esta resolucion, convocó el senado. Nunca se le habia propuesto una cuestion mas importante. La deliberacion fue larga, animada y tumultuosa. Unos querian que se declarase á César tirano, se disfamase su memoria, y se decretasen elo-

gios á los libertadores de la patria: otros, mirando como un crimen el asesinato del primer magistrado de la república, pedian que los conjurados fuesen declarados culpables, y no se libertasen del suplicio sino por medio de una amnistía. La mayor parte del senado se mostraba dispuesta á sostener la república y á favorecer á los hombres intrépidos que los habian libertado de la dominacion: pero Antonio opuso hábilmente sus intereses á sus sentimientos: probó que no se podia infamar la memoria de César sin anular todas sus actas, y despojar por consiguiente de su esplendor á las personas mas distinguidas de la república: lo que produciria un trastorno general quitando á un gran número de ciudadanos sus dignidades, gobiernos, grados y bienes que debian á la liberalidad y benevolencia del dictador. Esta reflecsion hizo que muchos senadores de entrambos partidos mirasen la cuestion bajo otro aspecto: opuestos los intereses á los deberes, la virtud capituló con la codicia: y el senado, bajo el pretesto especioso de la paz pública, dió un acta de abolicion á los asesinos de César, y ratificó todas las operaciones del dictador. Esto era declararlo tirano, pues no se perseguia á sus asesinos, y al mismo tiempo magistrado legitimo, pues que se

confirmaban sus decretos. Segun las disposiciones del dictador, relativas al repartimiento de los gobiernos, las provincias mas importantes tocaron á los gefes de los conjurados; á Marco Bruto la Macedonia é Iliria: á Casio la Siria: á Trebonio el Asia menor: á Cimbro la Bitinia: á Décimo Bruto la Galia Cisalpina. Esta transacion, obra de la debilidad y de la astucia, cubrió por un momento el fuego sin estinguirlo. Antonio, afectando una moderacion opuesta á su carácter, consintió en visitar á Bruto y á Casio, y aun asistieron juntos á un banquete. El senado no creia en la sinceridad del cónsul, y por eso le prodigaba elogios muy esagerados.

Al dia siguiente anunció Antonio que iba á celebrar las exequias de César y pronunciar su elogio. Pison, suegro del dictador, propuso abrir su testamento: en vano los senadores mas prudentes quisieron oponerse á estas solemnidades, muy propias para escitar rencillas y alborotar la plebe. Antonio y Pison respondieron, que habiéndose ratificado todas las actas de César, era imposible contestarle la disposicion de sus bienes, y que la religion, que prohibia negar los honores de la sepultura al ciudadano mas oscuro, no permitia rehusarlos á un soberano pontífice. El senado hubo de ce-

der á este argumento sin réplica. Antonio, hábil en valerse de las circunstancias para satisfacer su ódio é inflamar las pasiones populares, hizo colocar en el foro en medio de la tribuna, adornada como un templo, el cuerpo de César en un lecho portátil Este aparato solemne y lúgubre hizo concurrir un número inmenso de ciudadanos. Pison leyó el testamento del dictador, por el cual adoptaba á Cayo Octavio, nieto de su hermana Julia, le declaraba heredero de la mayor parte de sus bienes, le nombraba tutores (entre ellos á muchos de los conjurados), sustituia en caso de muerte á Décimo Bruto, legaba al pueblo los jardines que poseia al otro lado del Tiber, y hacia una manda á cada ciudadano. El espectáculo del cadáver del héroe, su popularidad, que le sobrevivió, y su liberalidad para con los ciudadanos, escitaban á un mismo tiempo en la muchedumbre agradecimiento hácia él é indignacion contra los conjurados. El cónsul Antonio, aprovechando este momento propicio á sus designios, sube á la tribuna, hace una reseña brillante, rápida y animada de las grandes acciones de César; recuerda todos los honores con que le habia condecorado la gratitud pública: las actas del senado y del pueblo que legitimaban su poder, y el decreto que hacia su perso-

na inviolable y sagrada. Despues de leer este senatusconsulto esclamó: «este es el monumento inmortal elevado á su clemencia. Mandaba respetar no solo su persona, sino la de todos los que buscaban un asilo cerca de él: y este hombre sagrado, cuya proteccion era tan inviolable como los templos de nuestros dioses, ha perecido á puñaladas. Se han mirado como un crímen los honores mismos de que era digno, que no pedia y que nosotros le hemos concedido. Se nos acusa de cobardía, de servidumbre, por haberlos dado. Pero vosotros, oh romanos, nos justificais de esta acusacion por los últimos honores con que hoy celebrais su memoria. Vosotros todos, lo mismo que yo, estabais obligados á defender á César: y por vuestros juramentos habeis consagrado á los dioses infernales á los que no volasen á socorrerlo en caso de peligro.» Alzando despues las manos al Capitolio dijo: «Júpiter, protector de Roma, yo renuevo mi promesa: estoy dispuesto á vengar á César, á llenar mis juramentos, á mostrarme fiel á las imprecaciones que he pronunciado. Pero los árbitros del destino de Roma han pensado que el bien público reclamaba otras medidas: solo me es permitido hacer votos porque sean saludables.» A estas palabras se levantó un gran tumulto

entre los senadores, que se creyeron injuriados por el cónsul. Antonio para tranquilizarlo, moderando el ardor de sus ademanes y palabras, prosiguió asi: «se ha resuelto, oh ciudadanos, atribuir este suceso deplorable, no al crímen de algunos hombres, sino á las inspiraciones de una deidad funesta. Apartemos pues la vista de lo pasado, atendamos solamente á lo futuro, y reunidos por el amor de la patria evitemos cuidadosamente el mayor de los peligros, que es volver á sumergir la república en las calamidades de la guerra civil: no espongamos al fuego de las sediciones los buenos ciudadanos que aun conserva, y acompañemos á la tumba los restos de este gran varon, celebrando con himnos fúnebres su memoria.» Levantando entonces su vestido para dar mas libertad á sus movimientos, se acerca al feretro, se inclina sobre el cadáver, canta con entusiasmo sus alabanzas, como si fuesen las de un dios, repite sus dichos, sus palabras, sus victorias, las provincias que conquistó, los despojos que trajo al tesoro. «Sí, esclamó, solo tú, César, vengaste la patria de trescientos años de ultrajes subyugando la feroz nacion de los galos, único pueblo que ha penetrado en las murallas de Roma con el hierro y la llama.» Despues abandonando repentinamente el tono

de la apotéosis, y tomando el acento lúgubre del dolor, prorumpe en sollozos y lágrimas, lamentando la suerte de un amigo asesinado bárbaramente. Descubre el cuerpo de aquella ilustre víctima, desplega en el aire su ropa ensangrentada y destrozada por veinte y tres puñaladas que habia recibido. A este espectáculo el pueblo, partícipe de las emociones de Antonio, llena los aires de gritos y gemidos, se agolpa al rededor de la tribuna y entona los himnos funerales: y cuando el sacerdote, como hablando en nombre de César, canta estas palabras: «¿debia salvar á los que meditaban su muerte?» la plebe furiosa rompe en imprecaciones contra Bruto y los demas conjurados, que vencidos y prisioneros en Farsalia habian esperimentado la clemencia y recibido los beneficios de César, á quien acababan de asesinar. Antonio, para esaltar mas las pasiones de la muchedumbre, presenta á su vista una imágen del dictador hecha de cera, en la cual se veian las veinte y tres heridas y los golpes que desfiguraron su rostro. El pueblo al verla se entrega á su furor: unos corren al palacio donde César habia recibido la muerte, y lo entregan á las llamas: otros atacan las casas de los conjurados, que fueron defendidas por sus clientes. Helvio Cinna, que no habia tomado

parte en la conjuracion, fue hecho pedazos por la multitud, equivocándole con el pretor Cornelio Cinna, á quien se acusaba de haber echado al suelo y pisoteado la toga que le habia conferido la munificencia del dictador. Un gran número de ciudadanos y soldados juntan tablas de las tiendas, vigas de las casas y bancos de los tribunales, forman con ellos una hoguera, queman el cuerpo del dictador, y arrojan en las llamas lo mas precioso que tienen: los soldados sus dardos: los oficiales sus coronas militares: los magistrados las insignias de sus dignidades: las matronas sus adornos, deseando todos ofrecer un sacrificio al objeto de su culto y de sus lágrimas.

Pocos dias despues apareció un cometa, y persuadieron al pueblo que aquel astro era el alma de César, admitida en el número de las deidades. Se le erigió un templo en el mismo lugar donde el dolor público le habia conferido ya los honores divinos. La conducta de Antonio y sus discursos artificiosos, que escitaban tan grande fermentacion en el pueblo, irritaron á los conjurados. Teniendo por cierto que el cónsul no inflamaba á la plebe sino para hacerlos perecer, y que no podian ya fiarse de sus juramentos, se retiraron á sus provincias, y se hicieron fuertes en ellas con el ausilio de

los ejércitos que las ocupaban. Los reyes y ciudades de oriénte les ofrecieron grandes socorros. Los mas firmes se mostraron mas moderados, como suele suceder en las convulsiones civiles: Bruto y Casio, que no podian salir de Italia durante el año de su pretura, se contentaron para su seguridad con estar lejanos de Roma. No tomaron las armas y declararon formalmente que consentian en desterrarse para siempre de la patria, con tal que los partidarios de César respetasen la libertad pública. El senado, cuyo objeto era solo la conservacion de las formas republicanas, favorecia á los homicidas de César, y no disimulaba el descontento que le habia causado la conducta de Antonio. Este temiendo el ódio de aquella corporacion, y viendo que se habia apresurado á descubrir sus planes ambiciosos, quiso dar una reparacion aparente á sus yerros, y calmar los ánimos para ganar tiempo. Habiendo convocado los senadores al templo de Tebus, sosegó todos los resentimientos con un discurso artificioso: atribuyendo la muerte de su héroe á la envidia de los dioses, se estendió mucho acerca de la necesidad de reunir los partidos y de impedir las calamidades de la guerra civil. Propuso tambien para consolidar la paz que se llamase del destierro á Sexto Pompeyo, hijo

de Pompeyo el Grande: que se le indemnizase de los bienes que habia perdido, y que se le diese el mando de la armada como á su padre. En fin, despues de haberse decidido que no se publicarian en adelante mas actas sacadas del archivo de César, casi pareció colocarse entre los enemigos del dictadór, provocando un senatusconsulto, por el cual se aboliese para siempre la dictadura. Esta mudanza era demasiado pronta para que se creyese sincera, y mientras mas ecsageradas parecian estas demostraciones de amor á la república, mas desconfianza debian escitar: pero la simplicidad fue engañada por la ambicion, y los republicanos cayeron en el lazo que les tendió Antonio; y ya porque creyesen que queria la paz de buena fé, ó ya porque le juzgasen intimidado por la autoridad de los senadores, confiaron por un momento en sus palabras, y el mismo Ciceron lo colmó de elogios.

En esta misma época, un impostor llamado Amacio, que se decia hijo de Mario y pariente de César, pretendia vengar la muerte del dictador, sublevando una parte del pueblo, y presentándose al frente de una multitud de facciosos armados, queria obligar á los magistrados á hacer sacrificios á los manes de César. Antonio dispersó á los sediciosos, envió

muchos al suplicio, é hizo dar de puñaladas á Amacio. Aunque este proceder era ilegal, el senado se abstuvo de condenarlo, porque parecia que confirmaba la sinceridad del cónsul y daba seguridad á los asesinos de César. El pueblo por el contrario reprendia á Antonio por su inconstancia é ingratitud. El cónsul, afectando temor del resentimiento popular, representó al senado el peligro á que se esponia por servirlo. El senado le concedió una guardia para su seguridad; y él, imitando el ejemplo de todos los usurpadores, la aumentó é introdujo en ella oficiales y soldados que habian servido bajo sus órdenes en el ejército de César, y que se mostraban muy deseosos de vengar la muerte de su general. Reunió cerca de seis mil hombres, ganó por medio de ellos á los demas veteranos, y se halló en estado de reunir un ejército si las circunstancias lo ecsigian. Los senadores consternados reconocieron su yerro; no habian hecho mas que mudar de amo. Antonio, publicando cada dia decretos fingidos de César, cuyas actas custodiaba, disponia á su voluntad de los caudales del estado, vendia á los ciudadanos los empleos, y á los príncipes estrangeros la proteccion del senado; satisfacia la avidez de sus compañeros de disolucion, y acumulaba inmensas riquezas.

Despreciando los decretos del senado que él mismo habia propuesto y quitándose la máscara, obligó á los senadores á que le diesen la Macedonia, á Dolabela la Siria, y á dar en resarcimiento á Bruto y á Casio, despojados por esta arbitrariedad, los mezquinos gobiernos de Creta y Cirenaica. En fin, sin atreverse á tomar el título de dictador ó de rey reinaba en Roma con imperio absoluto, y creia haber llegado al colmo de sus deseos, cuando un joven ambicioso de diez y ocho años vino á trastornar su crédito, mudar su fortuna, y derribar su poder.

Cayo Octavio. Octavio, hijo del senador Cayo Octavio y de Atia, hija de una hermana de César, se presentó inopinadamente en Roma, y reclamó los derechos que le daban el testamento y la adopcion del dictador su tio. César le habia nombrado general de la caballería: pero siendo aun demasiado jóven para servir este empleo, se habia quedado en Apolonia, ciudad de Epiro, para concluir sus estudios. Alli supo la muerte del héroe, víctima de los ingratos que debian la ecsistencia y fortuna á su clemencia y sus beneficios: pero ignoraba si este crímen era obra de algunos conspiradores ó de todo el senado. Su madre le escribió que solo sesenta senadores habian

entrado en la conjuracion: pero que los demas la favorecian secretamente, y miraban á los asesinos como restauradores de la república: que Antonio y Lépido pensaban mas en sucederle que en vengarle, y que la ciudad estaba entregada á la animosidad de los partidos. El jóven heredero del dictador, lejos de sostener sus pretensiones y de manifestar sus resentimientos, no pódia esperar seguridad sino viviendo oscurecido fuera de Roma. Muchos de sus amigos llegaron hasta á aconsejarle que renunciase á la herencia de César y á su adopcion. Octavio, indignado de una cobardía que se disfrazaba con el nombre de prudencia, tomó la resolucion atrevida de llevar y sostener el nombre de César y de vengar su muerte. Este primer paso en circunstancias tan críticas, probó la elevacion de su alma y su capacidad para grandes empresas. Se embarcó dirigiéndose á Italia, y no estando seguro de la disposicion de las tropas que habia en Brundusio, entró en el puerto de Lubía, algo distante de aquella ciudad. Apenas los oficiales y soldados supieron que habia llegado el hijo adoptivo de su general, acudieron á rodearle, disiparon su recelo, juraron defenderle, le llevaron á Brundusio y le hicieron dueño de la plaza. El aumentó el

celo de las tropas con alabanzas y promesas, hizo sacrificios á los dioses, y tomó solemnemente el nombre de César, cuya celebridad perpetuó despues con sus acciones. Animado con este primer suceso, partió á Roma con solo sus esclavos; pero precedido por su nombre, que atrajo á él un gran número de oficiales, soldados y ciudadanos del partido del dictador. Rodeado de la gloria de este héroe, cuando se acercó á la capital, salieron á recibirle muchos magistrados y guerreros y casi todo el pueblo. Solo Antonio, ó por su dignidad ó envidioso, no honró en esta ocasion al hijo de su amigo y bienhechor, y ni aun se dignó enviar uno de sus oficiales ó sirvientes para darle la enhorabuena de su llegada.

Octavio, tan disimulado en sus palabras como firme en sus proyectos, aparentó no ofenderse por la inurbanidad de Antonio; atribuyéndola á los derechos de su edad y á las prerogativas del consulado, dijo á sus amigos que siendo él mas joven y un mero ciudadano, le tocaba hacer la primer visita, y que pensaba cumplir este deber al dia siguiente: pero antes de todo invitó á sus amigos á acompañarle delante del pretor para asistir á la ceremonia de legalizar su adopcion. Su ma-

dre y todos los que se interesaban en su suerte, querian apartarle de este designio. «Declarándote, le decian, heredero de César, te encargas de vengarle: escitas la indignacion del senado que quiere sepultar en el olvido todo lo que ha pasado: llamas sobre tí el furor de los conjurados, temibles tanto por su número como por sus dignidades, y por las legiones que mandan en las provincias: y en fin, te enemistas con Antonio, poniéndote al frente de un partido que hasta ahora le reconoce por gefe.» Octavio respondió: «Desde que tomé en Brundusio el nombre de César, preví las consecuencias de mi resolucion. Lo que he visto en Roma confirma mi intencion. Si los asesinos de mi padre han logrado amnistia, fue por la debilidad de los que no se han opuesto. Favorecido por mis amigos, por los soldados de César, por la justicia de mi causa y por el afecto del pueblo, espero que se revocará aquel acto vergonzoso. El mismo Antonio se avergonzaria de no sostener mi causa: y aun cuando los dioses se declarasen contra mí, prefiero perecer, á despojarme de una adopcion tan gloriosa. Nunca se me podrá acusar de declararme cobardemente incapaz de llevar el nombre de que César me creyó digno.» Tanta firmeza en tan corta

edad, dió ánimo á su madre, y sucediendo al temor la admiracion, le estrechó contra su seno, é inundándole con su llanto dijo: «los dioses, hijo mio, te guien á donde te llama tu alto destino, y te den pronta victoria de tus enemigos.» Octavio salió al foro seguido de muchos amigos: declaró solemnemente que aceptaba la adopcion del dictador, y pasó despues á los jardines de Pompeyo, despojo de este grande hombre, que Antonio se habia apropiado.

El soberbio cónsul, irritado de la osadía de Octavio, afectando despreciar su juventud, le hizo esperar mucho tiempo antes de admitir su visita; y cuando al fin dió orden de introducirle, lo recibió con frialdad. Octavio, sin mostrar enojo ni temor por este recibimiento, empezó primero á hablar. «Antonio, padre mio, le dijo, pues la amistad que César te tenia me impone la obligacion de darte este nombre, una parte de tu conducta desde la muerte de mi bienhechor, merece todo mi reconocimiento: pero otras acciones son dignas de que las acuse con libertad, siendo mi disculpa el dolor. No estabas junto á César cuando le mataron y asi no pudiste defenderle. Los homicidas te habian separado de él, y es grato para mi que escapases de sus puñales.

No lo es menos que te hubieses opuesto en el senado á que se les diesen premios: es verdad que defendias tu propia causa, pues no ignoras que buscaban tu muerte, no por vengador de César, sino como ellos dicen, por heredero de su tiranía. Estos hombres feroces que se dan el nombre de libertadores, no son mas que viles asesinos: por eso buscaron un asilo en el capitolio, donde hallaron como rebeldes una fortaleza; como reos un templo. Y ¿este crímen se cubrió con una amnistía? Y ¿los traidores compraron la impunidad? Tu deber como cónsul era conocer el espíritu del pueblo, ilustrarlo y emplear toda tu autoridad en el castigo de tan grande atentado. Pero tú les diste tus hijos en prenda de su seguridad. Acaso en los primeros momentos te fue preciso ceder al partido de los conjurados, que espantaba y corrompia á la plebe: pero cuando leido el testamento de César, pronunciaste su oracion fúnebre, y diste á su memoria los debidos elogios, el pueblo inflamado por tus palabras, corrió á abrasar las casas de los conjurados: cuando al siguiente dia quiso tomar las armas, ¿por qué no te pusiste á su frente? Es verdad que despues has intentado una causa criminal contra ellos: pero tú, amigo de César, cónsul y Antonio, ¿debiste seguir las

formas lentas de la justicia para castigar á unos malvados, cuyo delito era público? Pudiste dar de puñaladas á Amacio y no impediste la evasion de los conjurados. Les dejaste ocupar las provincias, que en desprecio de las leyes se han dado á los matadores del mismo que se las señaló. Es verdad que despues tú y Dolabela les habeis quitado la Siria y la Macedonia, pero dándoles otras provincias donde podrán fortificorse contra mí, y Décimo Bruto posee todavia la Galia. *El senado lo quiso asi*, me responderás. Mas ¿por qué no te opusiste al decreto, pues tu deber y tu interes te obligaban á ello? La amnistia salvó á los homicidas del suplicio: con los honores y provincias que se les dieron, se ultrajó la memoria de César. El dolor me hace traspasar los límites que me imponen mis años y tu dignidad: pero hablo al amigo de César, á quien elevó á los mas grandes honores, y á quien hubiera nombrado heredero, si hubiese creido que un descendiente de Hércules gustaria de entrar en la familia de Eneas. En nombre de los dioses y de tu amistad con César, renuncia, Antonio, á un sistema tan tímido: revoca esos decretos injustos, que bien puedes si quieres. Unámonos al pueblo y á los amigos de mi padre para vengar su muerte. Pero si

te detienen consideraciones personales ó un vano respeto á las resoluciones del senado, déjame obrar á mí sin censurarme ni oponerte. No ignoras la situacion de mi fortuna: sabes que necesito reunir todos mis medios para cumplir las mandas que mi padre ha hecho al pueblo. Toda tardanza seria ingratitud. En tu poder están los bienes muebles de César: acepta de ellos lo que te sea agradable; pero dame el oro que tenia reservado para la guerra de los partos: creo que bastará para cumplir las mandas de trescientos mil ciudadanos. Si necesito de mas, ó prestámelos ó sírveme de fiador, porque estoy resuelto á vender cuanto poseo para cumplir el testamento de César, conservar el amor del pueblo y vengar la muerte de mi padre."

Antonio, admirado del atrevimiento de Octavio, despues de un momento de silencio, le respondió con severidad: «jóven, á haberte dejado César su autoridad como su nombre, podrias hacerme cargos sobre la situacion de los negocios públicos: pero el pueblo romano, que no sufria ni aun en tiempo de los reyes la herencia del poder, ha jurado no concederla á ninguna autoridad. No te responderé, pues, á lo que me has dicho acerca de la república, y en esta parte te dispenso de toda

gratitud, pues lo que he hecho en tan críticas circunstancias, lo he hecho por el pueblo y no por tí. Solo esceptuaré de mi silencio un solo punto tan importante á la memoria de César como á tu fortuna. Si consultando solo á mi interes y seguridad, hubiera permitido decretar recompensas á los conjurados como á libertadores de la patria y homicidas de un tirano, la memoria de César habria quedado cubierta de una mancha indeleble, y segun las leyes, se hubieran confiscado sus bienes, anulado su testamento, prohibido sus esequias, y tú ni serias su hijo ni su heredero. Arrostrando los peligros que me amenazaban, las manos de los conjurados aun teñidas de sangre y las pasiones del senado, que aborrecia el poder escesivo de tu padre, defendí á César, y quise esponerme á la muerte antes que permitir que yaciese sin honores el cadáver del primer capitan del mundo, que me habia colmado de beneficios. A este riesgo conservé el nombre de César y tu fortuna, y tú debias agradecerlo en vez de censurar, sin atender á la diferencia de nuestras edades, mi condescendencia al senado ó las medidas que he debido tomar para conciliar los ánimos enconados y disponerlos á serme favorables en otras circunstancias. No diré mas sobre esta

materia. Yo no he aspirado, como parece que crees, á la suprema autoridad, aunque no me creo indigno de ella. A la verdad me glorío de descender de los heraclidas: mas no por eso dejo de sentir que César no me haya admitido en su familia. No puedo creer que hables con seriedad cuando me pides ser fiador tuyo en préstamos del tesoro público. No debes ignorar que tu padre lo ha dejado vacío. Cuando gobernaba el estado, pasaban por su mano las rentas de la república: se podian reclamar de él durante su vida, y se reclamarán de su heredero en su tiempo y lugar. Tu sucesion no será tranquila segun el gran número de ciudadanos que tienen sumas que demandar. Nada hay en mi poder del dinero de César, porque todos los magistrados, escepto Dolabela y mis hermanos, lo repartieron entre sí como despojos de un usurpador: y solo consintiendo en ello pude ganar votos para los decretos que propuse en honor de César. Si eres prudente, en lugar de dar al pueblo lo que te quede de la herencia de tu padre, dalo á sus enemigos para que te libren de la obligacion de cumplir mandas imposibles. No busques el afecto de la plebe: es mas varia que las olas del mar, y levanta ídolos para tener el placer de derribarlos."

Octavio se retiró descontento, y la mayor parte de los senadores vieron con placer esta desavenencia que preferian á la union de aquellos dos hombres peligrosos. El heredero de César vendió al punto todos sus bienes, los de su madre y los de Pedio y Pinario, amigos suyos, para cumplir las mandas de su padre. El senado publicó un decreto para que se tomasen cuentas de los caudales del estado que manejó el dictador. El rigor de esta medida y los sacrificios de Octavio le ganaron el afecto de la plebe, la cual no tardó en manifestárselo de un modo público. En medio de los juegos celebrados por el pretor Cayo, Antonio, hermano del cónsul, y muchos ciudadanos escitados por los senadores, pidieron que Bruto y Casio volviesen á Roma. Octavio se opuso á ellos, y los plebeyos, poniéndose de su parte, interrumpieron el espectáculo, y obligaron á callar á los amigos de los conjurados. Bruto y Casio, perdida toda esperanza, salieron de Italia y se retiraron á sus provincias para tomar posesion de ellas, aunque Antonio habia logrado un decreto que se las quitaba. Al mismo tiempo se dijo que los getas proyectaban invadir la Macedonia. Antonio, valiéndose de esta falsa noticia, que él mismo habia difundido, pidió y obtuvo el mando

del ejército que estaba en aquella provincia, con el designio de emplearlo en Italia para usurpar el poder supremo. Mientras que en Roma se agitaban estas intrigas, Bruto y Casio desembarcaron en Asia, donde Trebonio fortificaba las ciudades que seguian su partido. Dolabela, cónsul *sufecto* en lugar de César, atacó en vano á Pergamo y á Esmirna: pero algunos soldados de Dolabela, sorprendieron á un cuerpo enemigo: el cónsul animado por este triunfo, volvió de noche á Esmirna, escaló la ciudad, sorprendió á Trebonio en la cama y mandó cortarle la cabeza y clavarla en su mismo tribunal.

Antonio, siguiendo su proyecto de transferir á Italia el ejército de Macedonia, pidió en cambio de esta provincia la Galia Cisalpina, ocupada por Décimo Bruto, uno de los homicidas de César: esto era descubrir su ambicion, imitando los pasos del dictador. El senado desechó su demanda y escribió á Décimo Bruto que defendiese aquel gobierno. Antonio enfurecido hizo venir á Brundusio sin autorizacion el ejército de Macedonia. En esta época iba á dar juegos públicos el edil Critonio: Octavio colocó en el anfiteatro un trono de oro y una corona, segun el decreto del senado que habia concedido este honor á Cé-

sar y á sus descendientes. El edil se opuso: Octavio lo citó al tribunal del cónsul y Antonio dijo que daria cuenta de aquel negocio al senado. Octavio le respondió con altivez: «dá cuenta si quieres; yo sin esperar decision ejecutaré el senatusconsulto.» Corriendo después la ciudad, escitó el pueblo á no permitir que se ultrajase la memoria de César y á vengarlo de la ingratitud de Antonio. La muchedumbre, escitada por sus discursos, amenazaba al cónsul, y los partidarios de éste se preparaban á la defensa y al ataque. Parecia ya inevitable un rompimiento entre los dos partidos: pero los tribunos del pueblo reconciliaron á Antonio con Octavio, y á pesar del senado, se dió al primero por un plebiscito, la provincia de la Galia Cisalpina. La reconciliacion fue, como de ambiciosos, poco durable. Octavio se quejaba continuamente de la connivencia de Antonio con los homicidas de César, y le hacia sospechoso al pueblo y á la tropa, mas dispuestos siempre á las pasiones que á los consejos de la política. Antonio se vió obligado á disculparse ante su misma guardia, y á probar que si habia cedido al senado y consentido en la amnistia, fue para ganar tiempo y esperar la ocasion oportuna de la venganza: pero como no logró persuadir á to-

dos, se quejó amargamente de la animosidad de Octavio, asegurando que habia corrompido á algunos soldados para que le diesen la muerte. Ciceron escribia entonces á uno de sus amigos «que los ciudadanos honrados creían este designio y lo aprobaban.» ¡Cuál seria entonces la *honradez* de los romanos, cuando los buenos daban su aprobacion á un asesinato! Octavio, ofendido de esta acusacion, declamaba violentamente contra Antonio, y le intimaba á que compareciese ante los tribunales, sometiéndose al juicio de los mismos amigos del cónsul.

Pero Antonio, sabiendo que las tropas reunidas en Brundusio por él mismo, le acusaban de olvidar la venganza de César, creyó necesario apaciguar aquella sedicion, y lo consiguió por un acto de vigor, ó por mejor decir, de crueldad. Hizo dar muerte á trescientos de aquellos soldados, ganó á los demas con regalos y jurándoles que vengaria la muerte de su general. La presencia de Antonio en Brundusio al frente de cuatro legiones, alarmaba justamente al senado y á los amigos de la república. No recelaban menos de Octavio, que saliendo de Roma con gran cantidad de dinero sublevó la Campania, y levantando sin autorizacion diez mil soldados, se aprosi-

mó con ellos á la ciudad. Cuando los ánimos estaban mas agitados por el temor casi igual que les inspiraban los dos rivales, Canucio, tribuno del pueblo y enemigo de Antonio, declaró que Octavio solo se armaba para defender la libertad contra la prepotencia de un cónsul que viendo llegar el término de su magistratura deseaba prolongarla por la violencia. «No teneis, añadió, ejército que os defienda: valeos del que os ofrece el generoso Octavio.» El pueblo abrió las puertas de la ciudad al jóven César; y apenas entró, declaró en presencia del senado y el pueblo que si habia levantado tropas para su seguridad personal, solo se valdria de ellas para obedecer las órdenes del senado y defender la patria contra la ambicion de Antonio. Este discurso fue agradable á los ciudadanos, mas no á los soldados, que solo habian seguido á Octavio con el designio de pelear bajo sus órdenes, y las de Antonio contra los conjurados, y que no tenian mas deseo que el de vengar á César Negados á todo sentimiento republicano, desertaron apenas oyeron decir que iban á pelear por la libertad, y Octavio quedó solo con tres mil hombres. Obligado á salir de Roma temeroso de Antonio, volvió á recorrer los paises vecinos, y solo á fuerza de dinero pudo

formar un nuevo ejército que reunió en las cercanías de Arecio. Estas tropas quisieron darle el título de propretor: pero él lo rehusó hasta que el senado y el pueblo se lo diesen. Su fingida moderacion disipó todas las inquietudes, engañó á los mas prudentes y le ganó el afecto de los republicanos. Antonio, creyendo aprovecharse de su ausencia, marchó á Roma con una cohorte, entró en la ciudad con arrogancia y convocó el senado para acusar á Octavio: pero apenas se presentó en la curia, supo que la legion de Marte y la cuarta, abandonando sus banderas habian desertado a las de su rival. Turbado con esta noticia habló solo de negocios poco importantes, disolvió pronto la sesion, salió precipitadamente, procuró en vano apoderarse de Alba y atraer á sus desertores, se aseguró de la fidelidad de las otras legiones con donativos estraordinarios, pasó á Tibur, recibió el juramento de sus tropas y los homenages de muchos senadores y caballeros que vinieron á verle, y salió de esta ciudad con su ejército para ir á Arimino, plaza fronteriza de la Galia, y comenzar la guerra contra Décimo Bruto, que se negaba á cederle aquella provincia. Tenia la esperanza de que Lépido, comandante de cuatro legiones en España, y Asinio Polion y

Planco con las cinco de la Galia Transalpina, abrazarian su partido. Octavio, habiendo reunido su ejército en Alba, ofreció al senado sus servicios, y los mismos senadores que acababan de adular bajamente á Antonia en Tibur, se declararon en Roma á favor de Octavio. ¿Qué esperanza podia quedar á la república, cuando la opinion versatil del senado era dictada por el temor? Queria la libertad y cedia á la fuerza.

Pronto se supo en Roma que Antonio habia entrado en la Galia Cisalpina, y que Décimo Bruto, cuyas fuerzas eran solo tres legiones, se habia encerrado en Mutina, donde su enemigo le tenia cercado. La guerra comenzaba sin orden del senado: Antonio disponia á su voluntad de las legiones de la república, y de las provincias concedidas á otros magistrados por un senatusconsulto. Octavio sin título y autorizacion, levantaba y regia un ejército. No era posible que durase semejante anarquía: y el senado, si habia de conservar una sombra de autoridad, era preciso que sancionase con su aprobacion uno de los dos partidos. Hircio y Pansa, elegidos cónsules, convocaron el senado y le invitaron á deliberar sobre la triste situacion de la república. En este momento mostró Octavio aquella política

profunda, que le adquirió y conservó el imperio. A haberse dejado arrastrar por sus pasiones y las de sus tropas, hubiera favorecido á Antonio contra Décimo Bruto, homicida de César; se hubiera hecho lugar teniente de un procónsul y subalterno en un partido del cual queria ser gefe. Por otra parte, lidiando con Antonio en defensa de Décimo Bruto, parecia hacer traicion á la causa de su padre y favorecer á los conjurados; y este partido fue el que prefirió. Para destruir la república, aparentó defenderla, y adquirió la dignidad legal sin la cual no podia consumar su ruina. Ciceron por su gravedad y elocuencia, por sus servicios y virtudes, parecia, muertos ya Caton y Pompeyo, el gefe del partido republicano. La muerte de César le habia restituido el valor y la esperanza, y soñaba en el renacimiento de la república la víspera de su destruccion. Llamado por su mérito á ocupar el primer lugar en una ciudad virtuosa y floreciente, era incapaz por su carácter de sostenerse en tiempo de decadencia. Hablaba mejor que combatia: conocia mejor las formas oratorias que las asechanzas políticas: y su esperiencia se dejó engañar por los artificios de un joven. Octavio supo añadir á la fuerza que le daba el nombre de César, el crédito y glo-

ria del de Ciceron. Fingiendo profesarle el mayor respeto y confianza, le pidió sus consejos, se hizo, por decirlo asi, su discípulo: afectó, para agradarle, gran celo por la república, y aparentó no gobernarse sino por sus principios. Ciceron, encantado de su docilidad, creyó ciegamente que podia servirse de un hijo de César para destruir la tiranía, se lisonjeó con demasiada ligereza de ser el árbitro de su conducta, y fue sin conocerlo, el primer instrumento de su ambicion hipócrita.

Guerra contra Antonio y batalla de Mutina. (A. M. 3959. A. J. 45.). Cuando los cónsules dieron cuenta en el senado de la entrada ilegal de Antonio en la Galia Cisalpina, algunos senadores opinaron que se le declarase enemigo de la república: otros al frente de los cuales estaba Pison, no pudiendo justificar una violencia tan contraria á las leyes procuraron ganar tiempo proponiendo que solo se siguiesen contra él los trámites de la justicia. Salvio, tribuno del pueblo, sobornado por Antonio, se oponia á toda medida violenta. Despues de discusiones largas y enardecidas, el dictámen de Ciceron ganó todos los sufragios, y se decretó que se diesen gracias á Décimo Bruto, por no haber evacuado la Galia Cisalpina: que se mandase á César unir sus tropas

á las de los cónsules: que se conservase á Bruto el mando de su provincia: que se erigiese á Octavio una estátua de oro por haber preservado á Roma de la tiranía de Antonio: que se le concediese voz deliberativa en el senado con el título de propretor, y la facultad de aspirar al consulado diez años antes de la edad prescrita por las leyes, y que el tesoro público abonase las pagas de las dos legiones que habian desertado del partido de Antonio al de Octavio. Al dia siguiente, cuando todos los senadores iban á la curia, los parientes y amigos de Antonio se arrojaron á sus pies y les pidieron sollozando que revocasen aquellos injustos decretos. Sus ruegos, lágrimas y gritos agitaban la plebe y conmovian á muchos senadores. Ciceron, temiendo una mudanza repentina en los ánimos, habló con la misma vehemencia que en otro tiempo contra Catilina: y para destruir el efecto de la oposicion de Salvio, y el influjo de los amigos de Antonio, recordó todos los delitos de éste ambicioso, hizo una pintura satírica de sus costumbres, de su codicia y de su violencia: le echó en cara la dilapidacion del tesoro público despues de la muerte de César, la usurpacion de Macedonia, el desembarco de tropas en Italia, la entrada en Roma al fren-

te de sus satélites, el suplicio de los soldados cuyo único delito era ser fieles á las leyes, y en fin las calamidades de una guerra civil, que comenzaba sin atender á las órdenes del senado, y contra un gobernador de provincia que tenia poderes de la república. «¿Qué pueden decir, añadió, Antonio y sus adherentes para justificarse? Talan la Italia, atacan á nuestro pretor, le mandan insolentemente salir de la provincia que le habeis confiado, sitian vuestro ejército; y ¡se atreven á quejarse de nuestro decreto! Es verdad que los honores y acciones de gracias, concedidos á Octavio y á Bruto, condenan á Antonio; pero ¿somos nosotros los que le declaramos enemigo público; ó es él quien nos hace la guerra? ¿El tribuno del pueblo puede ignorar sus proyectos y operaciones? ¿Debemos esperar á que Décimo Bruto sea vencido, á que una provincia tan cercana á Roma y vuestro ejército caigan en poder de Antonio para acusarle? ¿No deberemos declararle enemigo de la patria hasta que sea mas poderoso que nosotros?" Este discurso escitó grandes aplausos: no obstante Pison defendió á Antonio, censuró la parcialidad de Ciceron á favor de los asesinos de César, é hizo temer al senado el resentimiento del pueblo que habia dado á Antonio la Galia Cisal-

pina, aunque los senadores se la habian negado. Limitóse, pues, la deliberacion á decretar que el procónsul Antonio levantase el sitio de Mutina, dejase á Bruto la Galia, y esperase las órdenes del senado en las orillas del Rubicon. Antonio respondió á los diputados que le llevaron este decreto: «Siempre obedeceré al senado; pero á Ciceron, redactor único del senatusconsulto lanzado contra mí, le digo, que el pueblo me ha dado la Galia: que echaré de ella á Décimo Bruto, y le haré espiar el asesinato de César para vengar al senado del crímen con que le ha envilecido Ciceron, persuadiéndole que proteja á este asesino.»

El senado, oida esta respuesta, declaró á Antonio enemigo de la patria, y dió el mando de Macedonia é Iliria á Marco Bruto: confió la Siria á Casio, y le mandó hacer la guerra á Dolabela. Asi los conjurados fueron legalmente señores de las provincias orientales, y Octavio se vió obligado á pelear con los cónsules contra Antonio, y emplear sus armas en defensa de los enemigos de su padre. Mientras duró esta guerra, Ciceron, que creia y parecia entonces dirigir la república, renovó sin cesar sus violentas declamaciones contra Antonio. Su elocuencia igualó á la de Demóstenes en estos célebres discursos, y se les dió

con justicia el nombre de *Filípicas*, pues que eran dictados por el mismo amor de la independencia contra un hombre no menos ambicioso y temible que Filipo. El orador emplea sucesivamente las armas de la elocuencia, del enojo y de la ironía: ya muestra el mas profundo desprecio á los vicios y disoluciones de Antonio: ya, comparándole con Catilina, le representa inferior en talento y superior en maldad á aquel célebre conjurado. Reprende su vida privada y pública; cuenta su prostitucion, sus latrocinios, su bajeza en el infortunio, su insolencia en la prosperidad. Predice sus crueldades, que no tardó en esperimentar el mismo orador: le atribuye todas las desgracias de la república; y declara en fin, que si toda servidumbre es penosa, ninguna es mas insoportable que la que ejercia en Roma un tirano tan infame y odioso. Esasperado por su ódio á Antonio, manifiesta á Octavio una predileccion ecsagerada: le prodiga los mayores elogios; y engañando al senado, porque él mismo se engañaba, le promete, le declara y aun le jura, que el joven César, sometido á las leyes y fiel á la libertad, solo combatiria por la causa sagrada de la república. Las Filípicas de Ciceron son modelos de elocuencia, y lecciones para evitar el peligro

de apasionarse en el manejo de los negocios políticos. Octavio tenia demasiada penetracion para dejarse engañar por la benevolencia aparente del senado, que le daba honores inútiles despojándole del poder verdadero. Su ejército quedaba sometido por un decreto á las órdenes de los cónsules Hircio y Pansa. Bruto y Casio ejercian en oriente una autoridad ilimitada; y en lugar de vengarse la muerte de César, se miraban sus homicidas como libertadores de la república. Disimuló, pues, sus resentimientos, que entonces hubiera sido peligroso manifestar. Antes de descubrir sus designios, queria abatir á Antonio y á Lépido, y hacerles conocer la necesidad de sacrificar su orgullo al temor y de unirse con él por su interés comun. Obedeció á las órdenes del senado, y marchó con su ejército hácia Mutina para reunirse con los cónsules.

Pansa, arrebatado por el ardor de la legion marcia, dió batalla á Antonio antes de ser reforzado por su colega como él deseaba. Los dos partidos estaban animados del furor que hace tan crueles las guerras civiles: el combate fue ostinado y sangriento; hasta que el cónsul, habiendo recibido una herida mortal mandó que le llevasen á Bononia, donde murió. Antonio destruyó en gran parte la legion

marcia, é hizo un estrago espantoso en los nuevos reclutas. Su hermano Lucio atacó los reales defendidos por Octavio con dos legiones: fue rechazado, y esta fue la única accion en que se dice que Octavio mereció elogios por su valor: porque segun todos los historiadores, la audacia que mostraba en la política, le abandonaba en el campo de batalla: y si debió su grandeza á sus artificios y á su habilidad, nunca pudo atribuirse el honor de sus triunfos conseguidos, y muchas veces en su ausencia por sus colegas ó generales. El cónsul Hircio estaba cerca de Mutina cuando supo la derrota de Pansa. Acudió con suma rapidez, y sorprendió el ejército de Antonio entregado á los convites que suelen seguirse á la victoria. A pesar de su ataque impetuoso y no esperado, el enemigo logró reunirse: pero rendido al cansancio, se vió obligado á retirarse despues de una vana resistencia. Hircio lo persiguió, lo atacó de nuevo al otro dia, lo derrotó completamente, y pereció en medio de los reales enemigos, donde habia penetrado. Octavio llegó á ellos despues de la batalla, y no pudo conservarlos; porque Antonio poniéndose al frente de las reliquias de su ejército, le obligó á abandonarlos. Pero á pesar de este triunfo insignificante, demasiado debili-

tado para continuar el ataque de Mutina y resistir á los ejércitos de Roma, levantó el sitio, pasó los Alpes y se aprosimó á Lépido. Mostróse á la vista de los soldados sin haces, despojado de la púrpura y vestido de luto, llorando la muerte de César y el triunfo de sus asesinos. El ejército de Lépido, conmovido por este espectáculo, no esperó las órdenes de su general, y se reunió á los soldados de Antonio jurando morir en su defensa.

Décimo Bruto, libre por la retirada de Antonio, salió de Mutina con sus legiones. Como homicida de César, creia á Octavio mas bien enemigo suyo que defensor: y asi habiendo cortado el puente que le separaba de él, le envió diputados para darle gracias por su libertad, disculparse de haber tomado parte en la muerte del dictador, atribuyéndola á la inspiracion de un génio funesto, y pedirle una conferencia. Octavio respondió: «Bruto no me debe ningun agradecimiento: vine, no en su defensa, sino para pelear con Antonio, que puede ser mi amigo algun dia. Ni á mi nombre ni á mi dignidad es conveniente ver á un asesino de mi padre. Busque como pueda su seguridad, mientras se lo permiten los que mandan.» Décimo Bruto, irritado de esta respuesta, se acercó á la orilla del rio,

llamó á Octavio en voz alta, le notificó el decreto del senado, por el cual conservaba el gobierno de la Galia, y le prohibió pasar el rio sin permiso de los cónsules. Pansa, antes de morir, habia dado cuenta al senado de la victoria alcanzada contra Antonio. El senado y el mismo Ciceron, arrebatado por sus pasiones, decretaron solemnes hacimientos de gracias, y dieron á Décimo Bruto el mando del ejército consular: pero no se concedió honor alguno á Octavio, ni aun se mencionó su nombre en los decretos. El senado no temia ya á Antonio, y creyéndole arruinado tuvo la imprudencia de no disimular su afecto á los homicidas de César, y su desprecio á Octavio. El objeto de los senadores era levantar el partido de Pompeyo sobre las ruinas de Octavio y Antonio. Apiano dice que el cónsul Pansa al morir descubrió este plan al joven César: otros historiadores aseguran por el contrario, que para quedarse único dueño del ejército, el pérfido Octavio habia hecho matar al cónsul Hircio por uno de sus partidarios en el campamento de Antonio, y que un hombre, sobornado por él, emponzoñó la herida de Pansa. Al mismo tiempo Casio y Bruto, fortificados con las legiones romanas de Egipto, que se les reunieron por los manejos de Cleo-

patra, conquistaron todas las provincias de oriente. Casio sitió á Dolabela en Laodicea, y tomada la plaza, mandó darle la muerte. Bruto atacó en Macedonia á Cayo Antonio, hermano de Marco, y le mató despues de haber obligado su ejército á la rendicion. De este modo aquellos dos conjurados, gobernando sin rivales la Siria, el Asia menor, la Macedonia y la Iliria, mandaban un ejército de veinte legiones. Sus victorias indignaban á Octavio, y su poder le inspiraba temor: sin embargo, continuó disimulando todavía. Pidió los honores del triunfo, y se le rehusaron. Ciceron solicitó el consulado para los dos, y revelando con un candor muy estraordinario en su edad, sus miras y esperanzas, decia al senado que Octavio, adornado de un vano título, no sería mas que un pupilo suyo, y que él solo gobernaría la república. Los senadores se burlaron de su yerro, y negaron su demanda. Octavio, enojado de tantos ultrages, abandonó el fingimiento: se aseguró de la fidelidad de sus tropas, siempre adictas á la memoria de César, trató con clemencia á los prisioneros del ejército de Antonio, los incorporó en el suyo, se acampó cerca de Ventidio, lugarteniente del procónsul que mandaba tres legiones, se abstuvo de hostilizarle, y por

medio de mensages secretos hizo entender á Antonio y á Lépido, que el interes comun de su seguridad esigia su concordia, pues que el senado se declaraba á favor de sus enemigos y de los homicidas de César. Estos mensages fueron bien recibidos: pero se convinieron en tener secreta la negociacion; de modo que Asinio Polion, Lépido y Octavio continuaron algun tiempo aparentando sumision al senado. Los partidarios de Pompeyo engañados por estas falsas esterioridades, y por noticias de Décimo Bruto, que se jactaba de consumar dentro de poco la ruina de Antonio, se creian prósimos á una victoria completa, la misma víspera de su ruina.

Los sucesos que se agolparon destruyeron en breve sus ilusiones. Súpose en Roma repentinamente que Antonio unido con Ventidio, y reforzado con las tropas de Lépido, se hallaba al frente de un poderoso ejército, y que las legiones de Bruto desmandadas se pasaban casi todas á las banderas del enemigo. Estas noticias produjeron en los ánimos una súbita revolucion. El terror sucedió á la confianza: el desprecio que tenian á Octavio se convirtió en miedo; y todos se apresuraron á adular bajamente al mismo de quien se burlaban pocos dias antes. El senado, creyendo impedir con

una deferencia tardía que Octavio se uniese con Antonio, le dió el encargo de pelear con él, y le asoció á Décimo Bruto en el mando de las tropas. Al mismo tiempo que con este artificio, hijo de la debilidad, parecia querer reconciliarse con Octavio, instaba á Marco Bruto y á Casio para que trajesen sus tropas á Italia y la libertasen de Octavio y de Antonio. Octavio, demasiado hábil en artificios para dejarse engañar por los de otros, irritaba siempre á sus soldados contra los senadores. «Esos patricios ingratos y pérfidos, les decia, os miran como á enemigos suyos, arman á unos gefes contra otros para destruirnos á todos y triunfar sobre nuestras ruinas. Quedan sin premio nuestros peligros y trabajos. El fruto de las conquistas y liberalidades de César se distribuye á los partidarios de Pompeyo; los homicidas dominan en el senado. Moriré sin sentimiento, porque es gloriosa la muerte en demanda de la venganza de un padre, y sabeis que mi ambicion no tiene otro objeto. Arrostraria todos los riesgos si solo me amenazasen á mí; mas temo por vosotros que por amor á César sois partícipes de mi destino. Solo teneis un camino de salvacion, y es hacerme cónsul, porque á nadie quiero deberlo sino á vosotros. Si lo logro, os cumpliré todas mis promesas, recibireis las

tierras y premios que se os deben, os vengaré con la espada de la ley de los asesinos de mi padre, y os libertaré de todos vuestros enemigos.» El ejército aplaudió enagenado este discurso, y dió encargo á muchos centuriones de ir á Roma á pedir el consulado para su general. Respondióseles que no tenia la edad señalada por las leyes para obtenerlo. Los centuriones replicaron que ya se le habia concedido el privilegio de anticiparle diez años, y que antes de él Corvino, los dos Escipiones, Pompeyo y Dolabela habian gozado del mismo favor. El senado, que como todos los gobiernos débiles mostraba alternativamente y casi siempre sin oportunidad la cobardía mas infame, y la firmeza mas ostinada, se irritó contra la audacia é indisciplina de los soldados, que querian ejercer una influencia sediciosa en las deliberaciones, y asi desechó sus ruegos y se burló de sus amenazas. El ejército enfurecido pidió ser conducido á Roma en el momento, que era lo que deseaba Octavio. Al frente de ocho legiones pasó el Rubicon como su padre, caminó á marchas dobles y llegó á las puertas de la ciudad. El senado lleno de consternacion no tenia tropas que oponerle. Cediendo á la necesidad, y queriendo desarmar á un enemigo con quien no podia combatir, le envió una di-

putacion para anunciarle que se habia mandado doblar la gratificacion prometida á las tropas, y que se le daba permiso para solicitar el consulado. Apenas habia salido de la curia la diputacion, cuando se supo que dos legiones del ejército de Africa acababan de desembarcar en un puerto vecino. Los senadores creyeron que este suceso era una señal de la proteccion de los dioses: la esperanza renace, el terror se trueca en una ciega confianza: Ciceron que no iba al senado receloso del estado de las cosas, vuelve á él, se revocan los decretos favorables á Octavio, se manda arrestar á su madre y hermana, y se dá orden á todos los ciudadanos para tomar las armas. Octavio, sabedor de esta mudanza inesperada, trastornó con su celeridad los designios del senado. Precedido por la caballería, marcha rápidamente y se acampa al pie del monte Quirinal, sin que nadie se atreva á presentarse al combate. Su audacia produce una nueva revolucion, y los cobardes senadores acuden en tropel y le prodigan los homenages de la mas baja adulacion. Al dia siguiente entró en Roma acompañado de una guardia numerosa, en medio de las aclamaciones del pueblo, y fue recibido como en triunfo en el templo de Vesta, donde se habian refugiado su madre y hermana. Ciceron, que de-

seaba obtener su gracia, le pidió una conferencia en que le recordó sus pasados servicios, y disculpó su conducta reciente. Octavio siempre disimulado, solo le reprendió no haber sido el primero en presentársele. En este dia ignominioso no hubo mas que un romano que diese muestras de la antigua altivez. El pretor Cornuto prefirió darse la muerte á humillarse á los pies de Octavio.

El mismo dia corrió la voz de que se habian desertado dos legiones del ejército de César. Los senadores, alucinados con esta falsa noticia, se reunen por la noche en la curia, deliberan sobre las medidas que debian tomarse para aprovecharse de este acontecimiento, y ya Ciceron animaba el senado para dar vigor á su partido: pero habiéndose desmentido prontamente el rumor, que daba nacimiento á otras nuevas esperanzas, la junta se disolvió, todos se volvieron aterrados á sus casas, y Ciceron, subiendo en una litera, se alejó precipitadamente de Roma. Octavio mostró mas compasion que enojo de esta conducta inconsiderada, y reservó la venganza para otro tiempo. Despues de haberse apoderado del tesoro público, y distribuídolo á sus tropas, se retiró con su ejército á alguna distancia de Roma para dar á los comicios la apariencia de la liber-

tad. Fue elegido cónsul con Pedio, coheredero suyo. Volvió á entrar en Roma y dió un decreto de acusacion contra los asesinos de César. Pedio, fiel á sus instrucciones, hizo revocar los decretos que declaraban á Antonio y Lépido enemigos de la patria. El mismo Octavio escribió á Antonio para felicitarle por esta mudanza, y le ofreció su socorró contra Décimo Bruto. Antonio le respondió que despues que hubiese vengado la muerte de César con la de Bruto, reunirian ambos ejércitos. Décimo Bruto, informado de esta revolucion, perdió toda esperanza de sostenerse, y en vez de esperimentar la suerte de las armas, resolvió buscar un asilo en Macedonia en el ejército de Bruto y Casio. Sabiendo despues que Octavio marchaba contra él, mudó de designio y camino. Esperaba poder atravesar las Galias y llegar á las orillas del Rin: pero sus legiones, eshaustas de fuerzas por el cansancio, le abandonaron, y unas se reunieron á Octavio y otras á Antonio. Bruto viéndose acompañado solamente de algunos ginetes galos, se disfrazó con el trage de éstos y tomó el camino de Aquileya. Fue preso en el territorio de esta ciudad, y conducido ante Camilo, gobernador de aquella parte de la Galia, el cual mandó darle muerte y enviar á Antonio su cabeza.

Segundo triumvirato. Octavio, Antonio y Lépido no eran ya enemigos: obligados á reunirse por un interes comun para abatir á Sesto Pompeyo en el Occidente, á Casio y Bruto en el Oriente, y en Roma é Italia á los numerosos partidarios de los conjurados, se juntaron de comun acuerdo en las orillas del Reno, cerca de Mutina, seguidos cada uno de cinco legiones. Escogieron por lugar de la conferencia una pequeña isla de aquel rio. Lépido entró en ella el primero para asegurarse que no habian puesto allí ningunas asechanzas: y haciendo una señal á sus compañeros, dejó cada uno trescientos hombres en las estremidades del puente, y pasaron á la isla. Su conferencia se celebró en un sitio descubierto, que se veia desde ambas riberas. Octavio, como cónsul, presidia las deliberaciones, que duraron dos dias. En ellas se decidió que Octavio abdicaria el consulado: y que para dar fin á las calamidades de la guerra civil, se confiaria el gobierno de la república á un triumvirato compuesto de Lépido, Antonio y Octavio: que los triumviros, durante cinco años, nombrarian todos los magistrados y repartirian las provincias. Antonio obtuvo las Galias, escepto la Narbonesa, que se dió á Lépido con la España: Octavio, el Africa,

la Sicilia y la Sardinia. No se habló de las provincias de Oriente, que estaban en poder de los conjurados. En Roma é Italia debian tener los tres igual autoridad. Antonio y Octavio se encargaron de dirigir la guerra contra Bruto y Casio, mientras Lépido, nombrado cónsul, quedaria en Roma para mantener el orden y gobernaria la España por sus lugartenientes. Repartieron al mismo tiempo las legiones y tocaron veinte á cada uno. Para escitar el celo de las tropas, les regalaron todos los territorios y propiedades de diez y ocho ciudades grandes, como Cápua, Regio y Benevento, despojando á los habitantes de sus bienes. En fin, con el pretesto de evitar todo peligro en Italia, mientras hacian la guerra en el Oriente, resolvieron proscribir á sus enemigos. El primer motivo de esta esterminacion fue la falta de dinero. Casio y Bruto sacaban del Oriente con suma facilidad inmensas contribuciones que aseguraban el sueldo y las subsistencias de sus numerosos ejércitos: los triumviros por el contrario, no tenian recursos para mantener sus tropas. La Italia estaba eshausta por la guerra civil: la Galia, por las depredaciones de los procónsules: Roma gozaba el privilegio de no pagar contribuciones, y las escuadras de Sesto Pompeyo intercepta-

ban los socorros que podrian esperarse del Africa y del Oriente. Ademas, los triumviros tenian á la vista ejemplos recientes, muy á propósito para irritar sus pasiones. El cruel Sila habia gozado en paz del poder supremo, y á favor del miedo que sobrevivió á su autoridad, acabó sus dias tranquilamente como un hombre particular enmedio de las familias consternadas de sus víctimas. Pompeyo al contrario, alentando con su mansedumbre la audacia de sus enemigos, fue servido con cobardía é inmolado cruelmente. En fin acababan de ver á César morir á las manos de los mismos que debian la vida á su clemencia. Octavio, Antonio y Lépido, menos grandes y mas aborrecidos y ambiciosos que Sila, resolvieron imitarle. Al principio solo proscribieron á diez y siete personas, designadas por el ódio y temibles por su influencia. La venganza repartió las víctimas, como la ambicion habia repartido las legiones y las provincias. Sacrificáronse mutuamente con horrenda crueldad los sentimientos mas dulces y las obligaciones mas sagradas. Antonio entregó al puñal de sus colegas á su tio Lucio: Lépido á su propio hermano; y Octavio á Toranio su tutor, y á Ciceron, cuya vida defendió algun tiempo, no tanto por gratitud, como por el temor de

echarse una mancha indeleble. Este ilustre orador fue inmolado al ódio implacable de Antonio.

Los agentes de los triumviros llevaron inmediatamente á Roma el orden fatal que condenaba á muerte estos primeros proscritos: unos fueron cogidos y asesinados entre los brazos de sus mugeres é hijos: otros en los templos, calles ó plazas: algunos enmedio de la alegria tranquila de los convites: muchos, como Salvio, tribuno del pueblo, cuando estaban cumpliendo las funciones de su magistratura. Estas matanzas difundieron en toda la ciudad un terror tanto mas espantoso cuanto se ignoraba hasta donde se estendia la proscripcion. Todos temblaban por sí mismos: la confusion era universal: los mas tímidos se ocultaban en los lugares mas retirados: los mas prudentes huyen: los mas atrevidos piensan en defenderse: otros desesperados, se preparan á incendiar los edificios públicos y sus propias casas. En aquella ciudad inmensa, en medio de las sombras de la noche, la muerte parece amenazar á todas las cabezas: cada ciudadano cree que todos los hombres que encuentra son verdugos. El cónsul Pedio corrió por las calles de Roma, precedido de reyes de armas, y consiguió calmar la agitacion, pro-

metiendo que al dia siguiente cesarian todas las inquietudes. En efecto publicó los nombres de las diez y siete víctimas: y como no estaba en el secreto de los triumviros, anunció á los demas una completa seguridad. Los esfuerzos que hizo para sosegar el pueblo, le produgeron una debilidad, de que murió el mismo dia. Los triumviros entraron en Roma poco despues, seguidos de sus cohortes pretorias: fueron recibidos uno despues de otro y su triunfo duró tres dias. Publio Ticio, tribuno del pueblo, propuso solemnemente é hizo que se adoptase una ley, por la cual se confió el triumvirato durante cinco años á Antonio, Octavio y Lépido, con autoridad consular. Los dias siguientes se fijaron en los sitios públicos de la ciudad nuevas tablas de proscricion. La primera constaba de ciento cincuenta nombres. La codicia, el miedo, el ódio y la venganza, elementos de la tiranía, ampliaron estas listas sangrientas hasta trescientos senadores y mas de dos mil ciudadanos. Todas las cabezas entregadas a la muerte se ponian en precio. Vendianse las conciencias: las de los ingénuos, por dinero: las de los esclavos, por dinero y libertad. El horrible salario no se cobraba sino al presentar la cabeza del proscrito. La muerte castigaba á la virtud que que-

ria libertar una víctima de los tiranos: y las ordenes mas severas mandaban á todos los ciudadanos entregar sus casas, inviolables hasta entonces, á las indagaciones de los verdugos. Ni el crímen encontraba obstáculo ni la inocencia asilo. El buril de la historia, única vengadora de la virtud contra la tiranía usurpadora, ha grabado sobre la frente de los triumviros los lineamentos indelebles del desprecio y la esecracion. Nos ha conservado el preámbulo de las tablas de prescricion, que es literalmente como sigue. «Marco Lépido, Marco Antonio, Octavio César, elegidos por el pueblo para restablecer la armonía y el buen orden en la república, declaran lo siguiente. Si los malvados, por un efecto de su perfidia natural, no procurasen escitar la conmiseracion cuando les es necesaria: ó sí, salvados por las buenas, no conspirasen despues contra ellos, no hubiera sido asesinado Cayo César por los ingratos que la guerra puso á su disposicion, y que él honró con su amistad, y colmó de riquezas y dignidades, despues de haberles dado la vida: y nosotros no nos veríamos obligados á tratar con tanto rigor á los mismos que no contentos con llenarnos de ultrages, nos han declarado enemigos de la patria. La esperiencia nos ha convencido que

no se desarma con la dulzura á los que han conspirado para nuestra ruina, teñidos aun con la sangre de César: si nos anticipamos á nuestros enemigos para no ser sus víctimas, nadie podrá acusarnos de injusticia, crueldad ni esceso en nuestra venganza. No deben olvidarse los males que hemos sufrido y que sufrió el mismo César. Sus prisioneros, libertados por él de la muerte, y llamados á heredarlo, le dieron en plena curia veinte y tres puñaladas á vista de los dioses, aunque obtenia la suprema magistratura y el sumo pontificado. Derribaron muerto á sus pies aquel grande hombre, que habia sometido al pueblo romano, las naciones mas formidables, pasado las columnas de Hércules, atravesado mares que no habian arrostrado aun los navegantes y descubierto regiones desconocidas a los romanos. Despues de este atentado, los demas ciudadanos, que ahora nos vemos obligados á castigar, en lugar de cumplir sus deberes entregando los asesinos al rigor de las leyes, les confiaron magistraturas y provincias, que les dan poder para apropiarse los tesoros de la república, levantar tropas contra nosotros y llamar á las armas pueblos bárbaros, que son enemigos implacables de Roma. Han sublevado por el terror contra su patria naciones alia-

das y llevan á hierro y fuego las ciudades que se nos conservaban fieles. Ya hemos esterminado á algunos de esos perversos, y con el favor de los dioses no tardarán los cómplices en tener el mismo fin. Hemos ejecutado este noble designio en España, las Galias é Italia: solo nos falta aniquilar á algunos asesinos de César que nos hacen la guerra de esotra parte del mar: pero, ciudadanos, cuando nos disponemos á perseguirlos en utilidad vuestra, seria contrario al interes de la república, á nuestra seguridad y á la de todos que dejásemos libres á la espalda los enemigos comunes, dispuestos á aprovecharse de nuestra ausencia y de las casualidades de la guerra. Esta espedicion urge: y hemos pensado que en lugar de comprometer la patria con una lentitud funesta, debemos apresurarnos á acabar con los hombres que han querido declarar enemigos públicos á nosotros y á los soldados que nos seguian. ¡De cuantos ciudadanos pronunciaban la ruina sus bárbaros decretos, sin temer la ira de los dioses ni la de los hombres. Nuestra venganza no será tan cruel como su furia: no la estenderemos á tantas víctimas: no inmolaremos á todos los que se han declarado enemigos nuestros ó conspirado contra nosotros: ni se verán en nuestras tablas de pros-

cricion todos aquellos cuyas riquezas ó dignidades han podido escitar el ódio ó la rivalidad: ni imitaremos el rigor de aquel magistrado supremo que antes de nosotros y como nosotros estuvo encargado de pacificar la república, y al cual disteis el renombre de Feliz por el buen esito de sus empresas. Solo nos vengaremos de los mas culpables: sin esta medida, que vuestro interes esige tanto como el nuestro, seriais en breve víctimas de las mas espantosas calamidades. Tambien es fuerza dar alguna satisfaccion al ejército, esasperado de tantas injurias, y proclamado tambien enemigo de la patria cuando peleaba por ella. Podríamos sin duda herir á nuestros enemigos sucesivamente y sin publicar listas: pero nos ha parecido preferible, en lugar de cogerlos de improviso, escribir sus nombres en estas tablas, para evitar toda equivocacion funesta é impedir que nuestros soldados, traspasando los límites que les están prescritos, inmolen á los que queremos salvar. Asi estaremos ciertos de que solo acometerán á los culpables cuya sentencia pronunciamos. ¡Plegue á los dioses que ninguno dé asilo ni defienda á los proscritos, ni se deje sobornar por ellos! El que uere convencido de haber procurado salvarlos directa ó indirectamente, será inscrito sin

piedad en estas tablas. Los que les den muerte y nos presenten sus cabezas, recibirán por cada víctima. si son ingénuos, veinte y cinco mil dracmas áticas; si esclavos, diez mil y la libertad, con el derecho de ciudadanía de que gozaban sus amos. Los que declaren el asilo de un proscrito, recibirán el mismo premio. Los nombres de los delatores y ejecutores no se escribirán en ningun archivo y quedarán para siempre desconocidos"

Este monumento de la mas espantosa tiranía revelaba lo que ordinariamente procuran tener oculto los usurpadores sanguinarios, y descubria sin vergüenza los viles pensamientos de los triumviros, sin cuidar siquiera de echar el velo de la justicia sobre las crueldades de la ambicion. Apenas se espusieron al público las tablas se cerraron las puertas de la ciudad, y numerosas tropas de soldados patrullaron al rededor de las murallas para cerrar á los proscritos todo camino de salvacion. Los satélites de los triumviros se esparcieron por la ciudad y comenzaron sus horribles ejecuciones. Un nuevo género de terror dominó en la capital del mundo, muy diferente del de una plaza sitiada que aun puede conservar esperanza ó en las armas ó en la humanidad del vencedor. Las víctimas entregadas al cuchillo de los ti-

ranos, mas infelices que las del contagio cuando los objetos de su amor las abandonan, no solo carecian de consuelo, refugio ó defensa, sino temian á un mismo tiempo el puñal de los asesinos, la traicion de sus esclavos y la codicia de sus mas cercanos parientes. Unos se arrojaban al rio desde las murallas: otros abrasaban sus casas y perecian en ellas: algunos se ahogaban en los pozos: otros se escondian en los albañales. Las personas mas distinguidas se echaban llorosas á los pies de sus esclavos y se ponian sus viles vestidos para escapar de la muerte. En fin, los mas valientes, no queriendo perecer sin venganza, salian al encuentro á los asesinos, los atacaban y morian despues de haber inmolado á muchos de ellos. Estos dias de horror despertaron todos los resentimientos y favorecieron todos los ódios. Cada uno denunciaba y mataba á su enemigo, robaba su casa y se hacia dueño de sus riquezas. El temor de los tiranos ahuyentaba la amistad y reducia la naturaleza al silencio. El oro corrompedor de los triumviros recompensó crímenes inauditos. Hijos desnaturalizados y mugeres infames, llevando en las manos las cabezas de sus padres y maridos, vinieron con audacia á recibir el vergonzoso salario de sus maldades esecrables. El cielo

permite algunas veces que el crímen oprima en la tierra á la virtud; mas nunca que la destierre enteramente: y asi en los tiempos de la corrupcion mas deplorable, brillan todavia algunos de sus celestes rayos. A pesar de estos actos de inhumanidad, traicion y cobardía, Roma pudo citar muchos ejemplos de valor y generosidad. La madre de Antonio habia ocultado en su casa por algun tiempo á su hijo Lucio. Los asesinos, descubriendo su asilo, volaron á arrancarle de sus brazos. Ella corre al foro, donde su hijo estaba en el tribunal con sus colegas, y le dice: «triumviro, vengo á delatarme: he dado asilo á un proscrito, á Lucio tu hermano. Subsistirá en mi casa mientras no mandes que me degüellen, pues vuestra ley aplica la misma pena á los proscritos y á los que los ocultan.» Antonio le reprendió su compasion hácia Lucio, que sin atencion á los lazos de la sangre habia votado el decreto que le declaraba enemigo de la patria: sin embargo, este hombre bárbaro, vencido por la voz de la naturaleza, pidió á sus colegas el perdon de su hermano. La muger de Acilio, prodigando todas sus riquezas á los satélites de los triumviros, salvó la vida de su esposo, que se escapó escoltado por los mismos soldados que tenian el encargo de asesinarle. La

muger de Ancio encerró á su marido en un cofre, lo hizo salir sobre los hombros de un esportillero y le acompañó en su fuga. Un esclavo de Panopion se puso en la cama de su amo con sus vestidos, y fue degollado en lugar de él. El hijo de Geta esparció la voz de la muerte de su padre, fingió quemar sus cenizas, y tomando el disfraz de campesino, llegó á la orilla del mar, llevó al anciano sobre sus hombros, y mereció la gloria del piadoso Eneas. Algunos proscritos atravesaron la Italia, vestidos de soldados, aparentando ser satélites de los triumviros, é inspirando á los demas el mismo terror que tenian. Sexto Pompeyo envió entonces á las playas buques menores, que recogieron y libertaron muchas víctimas del furor de los tiranos.

Ciceron, huyendo lejos de Roma, se habia embarcado en una navecilla: pero el mal estado de su salud le hacia intolerable el movimiento de las olas: saltó en tierra y se encerró en una quinta que tenia cerca de Cápua. El graznido de muchos cuervos, movido por el estrépito de los soldados que le buscaban, despertó á sus esclavos, y creyéndolo una advertencia de los dioses, pusieron á su amo en una litera y lo llevaron á lo mas secreto de un bosque, cuya espesura daba esperanzas

de poderlo ocultar. Ya iban á alejarse los asesinos, engañados por la noticia de su embarque; pero un cliente de Clodio, animado por el antiguo rencor, declaró al centurion Lénate el camino que habia seguido. Este marchó trás la litera y no tardó en alcanzarla. Ciceron, apenas le vió llegar, sin proferir una palabra, presentó su cabeza á los asesinos; cortáronsela, y tambien una mano, y las llevaron á su implacable enemigo. Antonio estaba en su tribunal, cuando Lénate le presentó los restos ensangrentados del padre de la patria. El triumviro al verlos, manifestó una alegría cruel é indecente, decretó que se diese una corona al asesino, le regaló un millon cincuenta mil dracmas y mandó clavar en la tribuna de las arengas la cabeza y la mano de aquel grande orador. Por muchos dias acudió el pueblo dolorido á ver tan triste espectáculo en mayor número que el que en otro tiempo atraia su elocuencia. La feroz Fulvia, viuda de Clodio, muger de Antonio, y digna de entrambos por sus furores, vino á gozar el placer bárbaro de una venganza despreciable: atravesó con un punzon de oro la lengua de aquel varon insigne, cuya voz le parecia oir todavia declamando las filípicas. Fulvia, mas ávida y desvergonzada que los triumviros, pa-

gaba asesinos como ellos, y condenaba á muerte sus propias víctimas. Habia mucho tiempo que deseaba poseer la hermosa heredad de Rufo: este infeliz fue degollado, y cuando presentaron su cabeza á Antonio, el triumviro, acordándose de que Rufo no estaba en las listas dijo con frialdad: «este es negocio de Fulvia.» Estas matanzas no llenaban con la prontitud deseada el tesoro de los proscritores: y como les faltaban todavia veinte millones de dracmas para los gastos de la guerra, dieron cuenta de ello al pueblo, y promulgaron un decreto para imponer una contribucion enorme á mil cuatrocientas matronas, las mas nobles y opulentas, obligándolas á declarar su caudal y prometiendo grandes recompensas á los que delatasen los bienes ocultados. Las matronas, arruinadas por esta ley, esperaron al principio conmover en su favor á las esposas y parientas de los triumviros. La hermana de Octavio y la madre de Antonio las recibieron con benignidad, pero sin poder hacer nada por ellas: Fulvia les cerró sus puertas ignominiosamente. Indignadas de esta injuria se presentan en el foro, atraviesan por medio del pueblo y llegan á la tribuna. Hortensia, hija del célebre orador Hortensio, habló á los triumviros de esta manera. «Determina-

das á seguir la marcha mas decente para nuestro secso, hemos implorado el socorro de vuestras esposas; pero el indecente recibimiento de Fulvia nos obliga á venir al foro á pedir justicia. Nos habeis quitado ya á nuestros padres, maridos y hermanos, con el pretesto de que eran vuestros enemigos. Si ahora nos quitais los bienes y con ellos los medios de educar nuestros hijos, nos precipitareis en un abismo, indigno de nuestras costumbres y nacimiento. ¿Nos acusais de haber cometido hostilidades contra vosotros, como á los infelices cuya muerte lloramos? En este caso ponednos en las listas de proscricion: pero si reconoceis que las mugeres no han podido promulgar ningun decreto contra vosotros, que no han destruido ninguna de vuestras casas, y que no han armado legiones para venceros, ¿por qué, no siendo parte en las injurias, lo somos en la venganza? Nosotras no os envidiamos ni las provincias, ni las magistraturas, ni los honores que habeis disputado á costa de tanta sangre. ¿Decis que necesitais de nuestros bienes para concluir la guerra? ¿Cuándo la república, que ha sostenido tantas lides, ha sometido las matronas romanas á una contribucion como la que esigis? Es verdad que nuestras madres, animadas de un sentimiento

heróico, viendo la república espuesta á los mayores peligros y reducida á la estremidad por los cartagineses, ofrecieron en una sola ocasion contribuir á las necesidades públicas; pero aquella contribucion voluntaria no recayó ni en sus tierras y dotes, ni en las cosas necesarias para la subsistencia de sus familias. Solo sacrificaron á la patria su lujo, sus joyas, sus adornos; y no tuvieron que temer ni embargos, ni violencias, ni delaciones. ¿Qué peligro amenaza hoy al imperio romano? Preséntense los partos ó los galos al pie de nuestras murallas, y vereis si igualamos en virtud á nuestras madres. Mas no ofenderemos á los dioses, contribuyendo á los gastos de una guerra civil; en vano implorais nuestro socorro para destrozaros unos á otros: no lo dimos ni á César ni á Pompeyo; Mario no lo esigió; Cinna no solicitó obligarnos á pagar contribuciones; y el mismo Sila, el tirano de nuestra patria, mas justo que vosotros que os llamais sus reguladores, no se atrevió á imponernos tributo."

Los triumviros ardian de ira oyendo estas palabras, y temiendo el primer ejemplo de valor, mandaron á los lictores que apartasen aquellas mugeres de la tribuna y las echasen de la plaza: pero se movió un gran rumor en

el pueblo, y los lictores no se atrevieron á obedecer. Los triumviros levantaron la sesion, y al dia siguiente revocaron su decreto, convirtiendo el tributo en un empréstito moderado, que solo exigieron de cuatrocientas matronas. Asi en aquellos dias de degradacion, de delito y de cobardía, cuando los señores del mundo doblaban su humillada cerviz al yugo de los tiranos, solamente las damas romanas, resistiendo á los triumviros, se atrevieron á hacer oir la moribunda voz de la independencia y de la justicia. Aquellas horribles proscriciones esparcieron el terror y la consternacion en toda Italia: pero tambien aumentaron hasta lo sumo el furor y la sed de venganza en el corazon de todos los que pudieron escaparse de los verdugos, y reunieron sus armas á las de los conjurados.

Batalla de Filipos. (A. M. 3960. A. J. 44.) Los romanos, que conservaban algun amor á la república, acudieron á los campamentos de Bruto y Casio, reunidos en Esmirna. Estos dos generales, que habian salido de Italia como fugitivos, sin tener una ciudad que los apoyase, ni una cohorte que los defendiese, se hallaban al frente de ochenta mil hombres, dueños del Asia y de la Grecia, y capaces de defender la libertad romana contra sus opresores. Se pre-

paraban á marchar contra Cleopatra, cuyas tropas se disponian á vengar la muerte de César, cuando supieron que Antonio y Octavio, dejando en Roma á Lépido con el encargo de gobernar la Italia, se disponian á embarcarse con cuarenta legiones para pelear con ellos. Antes de pasar á Grecia se vengaron de los rodios y licios, que les habian rehusado el pago de las contribuciones. Rodas fue saqueada, y sus habitantes no conservaron sino la vida: la suerte de los licios fue mas cruel. Encerrados en Janto, su capital, ni cedieron á las amenazas de Casio, ni á las súplicas de Bruto. Combatiendo hasta el estremo, al tiempo que querian abrasar las torres enemigas que dominaban sus murallas se comunicó el incendio á las casas de la ciudad. En vano Bruto hizo todo lo posible por apagarlo: los licios desesperados le daban á cada instante nuevo alimento, se precipitaron en él, perecieron todos, y no dejaron á los vencedores mas que cenizas. Algunos historiadores acusan á Bruto de este desastre: pero su vida entera testifica contra esta calumnia. Casio era mas capaz de cometer aquel horror: ardiente, feroz y ambicioso, peleaba mas por ódio á los tiranos que por aversion á la tiranía. Los mayores enemigos de Bruto celebraron siempre su generosidad y mansedum-

bre. Solo cometió un crímen, cuya causa fue su amor á la república. Estos dos últimos adalides de la libertad volvieron á encontrarse en Sardes: Bruto reprendió á Casio por las vejaciones y otros escesos que podian manciliar la causa que defendian. La disputa se enardeció tanto que hubiera terminado en un rompimiento á no haberlos sosegado Favonio, amigo de entrambos. Despues de esta conferencia, Bruto se retiró á su tienda, y se entregó, segun su costumbre, al estudio, que jamas interrumpian sus ocupaciones. Leia á la luz de una lámpara que estaba para apagarse, cuando repentinamente oye un ruido, levanta la cabeza y ve abierta la entrada. Un fantasma de estatura gigantesca y de aspecto espantoso se presenta á sus ojos, y le mira con ademan amenazador. El romano intrépido le dijo: «¿eres mortal ó dios? ¿qué me quieres?» «Bruto, le replicó el espectro, soy tu mal génio. Me volverás á ver en Filipos.» «Pues bien, dijo Bruto sin conmoverse, hasta Filipos.» Y el fantasma desapareció. Bruto llamó á sus esclavos, que le aseguraron no haber visto á nadie. Al dia siguiente habló de esta aparicion á Casio, el cual la atribuyó al acaloramiento de su fantasia fatigada del largo trabajo, y Bruto creyó lo mismo.

Entonces, sabiendo que Antonio y Octavio atravesaban la Macedonia, pasaron á Tracia y se acamparon cerca de Filipos, donde los triunviros llegaron algunos dias despues. Todo el mundo esperaba con asombro el desenlace de aquel drama sangriento que iba á decidir la suerte y dar el triunfo á la usurpacion contra la república. La esperanza y el temor agitaban alternativamente á entrambos ejércitos. Solo Bruto, satisfecho de haber cumplido su deber, parecia tranquilo y descuidado del ecsito. Decia á sus amigos: «sea cual fuere la decision del destino no corro ningun riesgo: si venzo, restituyo á Roma la libertad: si soy vencido, la muerte me librará de la esclavitud.» La fuerza de entrambos partidos era casi igual: cada uno constaba de mas de cien mil combatientes. Los triumviros tenian sus reales en la llanura: los conjurados ocupaban dos colinas cercanas á la ciudad, cuya fuerte posicion los hacia árbitros de dar ó rehusar la batalla, segun tuviesen por conveniente. Recibian del Asia todas las subsistencias necesarias, y la isla de Tásos era su almacen. El ejército de los triumviros, por el contrario, privado de víveres, se hallaba en un peligro tanto mas inminente cuanto Pompeyo, señor del mar, impedia la llegada de todo refuerzo ó convoy: asi es que

deseaba con ardor la batalla. Casio, mas esperimentado que su colega en el arte de la guerra, queria diferir el combate y conseguir una victoria, mas cierta por la penuria de los contrarios que por las armas. Bruto, ya porque desconfiase de la constancia de sus tropas, ya porque no pudiese contener el ardor de los suyos, instó á su colega á pelear. «Estoy impaciente, le decia, de terminar las desgracias del género humano.» Cuando hubieron tomado sus disposiciones, Casio preguntó á Bruto: «¿qué harás si somos vencidos?» «Yo he reprendido en mis libros, replicó Bruto, el suicidio de Caton, y lo he creido un delito contra los dioses. Pero hoy opino de otra manera: estoy resuelto á morir por mi patria: juzgo que tengo el derecho de elegir el género de muerte que me parezca mejor. Si la fortuna me es contraria, trocaré esta vida penosa por un mundo mejor.» «Amigo, esclamó Casio abrazándole, no nos detengamos; pues estamos resueltos á morir, nada hay que temer de los vencedores» Despues de esta conversacion dieron la señal para acometer. Octavio, á quien siempre se acusó de cobarde, estaba entonces lejos del campamento, detenido por una enfermedad verdadera ó supuesta. Antonio, que mandaba solo, atacó las tropas de Casio y las

hizo retroceder hasta sus atrincheramientos. Mientras que peleaba con esta superioridad, Bruto se arrojó tan impetuosamente sobre el ejército de Octavio, que rompió sus filas, lo derrotó, penetró en sus reales y los entregó al saqueo. Antonio por su lado ahuyentó la caballería de Casio y forzó sus líneas. Casio, mostrando un valor digno de su nombre y de su fama, hizo todos los esfuerzos posibles para reunir sus tropas fugitivas. Tomando una bandera se arroja en medio de los enemigos, y restablece la pelea por algun tiempo. Mas ¿qué puede el valor de uno solo? Su ejército aterrado no oyó sus voces, y el general tuvo que ceder al torrente y huir con los demas. Una espesa nube de polvo le impedia ver la derrota de Octavio; y creyendo á Bruto vencido como él y su causa perdida, entró en su tienda y se dió la muerte. Bruto volvió al frente de sus tropas victoriosas, reunió las de Casio, les inspiró nueva confianza y valor, y ocupó con ellas su antigua posicion. Instruido por la esperiencia, deseaba evitar el combate y obligar al enemigo por hambre: pero sus soldados, arrogantes con el triunfo anterior, pedian á gritos la batalla. Veinte dias resistió á su impaciencia: al fin, ignorando que la escuadra de los triunviros habia sido dispersada por

la de Pompeyo, y que el enemigo carecia absolutamente de subsistencias, se rindió á las instancias de su ejército y dió la señal deseada. Cuéntase que la víspera de este dia fatal creyó ver de nuevo el mismo espectro que se le habia aparecido en Asia. Sus legiones desbarataron al principio la infantería de Octavio, y su caballería hizo en ella gran matanza: pero Antonio acometió por el flanco á las tropas que anteriormente mandaba Casio, y las desordenó. El terror de estos soldados se comunicó al centro: hubo confusion y fuga, faltó el orden necesario para retirarse peleando, y la derrota fue completa. Bruto, rodeado de sus mas valientes oficiales, opuso por mucho tiempo al vencedor un valor inútil y una resistencia obstinada. El hijo de Caton y el hermano de Casio perecieron á su lado. En fin, no pudiendo combatir solo contra todo un ejército, abandonó el campo de batalla.

Los triunviros habian mandado que no se le dejase escapar, y la caballería le persiguió con ardor. Lucilio, su amigo, viendo un cuerpo de tracios que ya iba á alcanzarle, determina salvarle á costa de su vida. Sale al encuentro á los enemigos, les grita: «yo soy Bruto,» y se entrega. Préndenlo y Bruto se escapa. Antonio, creyendo cierta la noticia de

aberle cogido, acudió para insultarle y ma-arle: pero Lucilio adelantándose con valor le ijo: «Bruto no es tu prisionero ni lo será. He sacrificado mi vida por su honor. Yo te he engañado: mátame.» Antonio, enamorado de tanta lealtad, abrazó á Lucilio, y procuró ganar á fuerza de beneficios un amigo tan fiel. Bruto, seguido de muy pocos amigos, pasó la noche en una cueva, repitiendo estas palabras de Eurípides. «¡Virtud! no eres mas que un nombre vano!» Ciego por la desgracia, no conocia que la virtud es inmortal como el alma: que el teatro donde brilla mas es la adversidad, y que Bruto vencido será siempre mas estimado que Antonio vencedor (1). Acaso hubiera pensado mejor si la sangre de César no gravitase sobre su alma Y asi se le oyó, levantando los ojos al cielo, pronunciar este otro verso del mismo poeta: «el culpable recibe aun en esta vida el castigo de sus delitos.» Habia encargado á Estatilio averiguar la suerte de muchos amigos suyos. No viéndole volver, y

(1) La virtud de Bruto no era la de Sócrates. ¿Cómo puede llamarse virtud, aun en el orden puramente natural, la que aconsejó el asesinato de un bienhechor, y quizá de un padre: la que promovió la guerra civil: en fin, la que entregó el imperio del mundo á dos monstruos como Antonio y Octavio? (N. del T.).

sabiendo que los enemigos se acercaban, pidió á los oficiales que le rodeaban que le matasen. Negándose todos á ello se lo mandó á un esclavo. Estraton, que estaba cerca de él esclamó: «no se dirá que Bruto buscando un amigo no lo ha hallado sino entre sus siervos,» y apartando horrorizado los ojos le presenta la punta de su espada. Bruto se arroja sobre ella y espira. Asi acabó este hombre célebre, á quien se llamó *el último de los romanos*. Antonio y Octavio, despues de su victoria, repartieron el imperio y lo gobernaron despóticamente. Lépido, sin autoridad en el ejército ni crédito en el pueblo, no tenia de triumviro mas que el nombre. El triunfo no suavizó la ferocidad de los vencedores, é inmolaron á su venganza un gran número de víctimas. Hortensio, Druso y Varo perecieron por sus órdenes. Condenaron á un padre y á un hijo á darse muerte el uno al otro. Un proscrito pidió por favor á Octavio que se le diese sepultura: «los buitres se encargarán de eso» replicó el monstruo. La cabeza de Bruto se colocó bajo la estátua de César: sin embargo se enviaron á Porcia las cenizas de su cadáver. Aquella romana, hija de Caton y esposa de Bruto, siguió el ejemplo de entrambos y se dió la muerte tragando carbones encendidos.

Octavio se restituyó á Roma, y procuró, reinando con mas dulzura calmar el ódio que inspiraban las anteriores proscriciones. Envió á Lépido al Africa con algunas legiones de cuya fidelidad desconfiaba. Antonio quedó por dueño del Oriente. Despues de haber visto á Atenas, donde las disputas de los filósofos y los discursos de los oradores le detuvieron muy poco, pasó al Asia y la recorrió, cercado de una comitiva de reyes y tetrarcas, que solicitaban á porfia su favor con las adulaciones mas bajas. Muchas princesas venian tambien á probar en su corazon las fuerzas de la hermosura. Mas voluptuoso que los sátrapas mas afeminados, y tan arrogante como los mas orgullosos descendientes de Ciro, esijió contribuciones sin medida, y dió y quitó coronas á su placer. La belleza de Glafira, valió á su esposo la corona de Capadocia: Herodes adquirió la de Judea por su sagacidad. Antonio deseaba castigar á Cleopatra, reina de Egipto por los socorros que habia dado á Bruto y Casio: esta reina se le presentó en Tarso, y le inspiró una pasion violenta, que fue causa de su ruina. Siguióla como un cautivo el carro de su vencedor, á Alejandría, donde olvidó sus victorias, sus rivales, la capital del mundo y el imperio. Octavio solo conocia la pasion del

mando. Todo lo debia al ejército, y así distribuyó entre los veteranos las tierras que les habia prometido. Su vuelta á Italia fue mas funesta que la invasion de los galos Los ciudadanos eran arrojados de sus hogares, que caian en poder de los soldados. Los templos y calles, estaban llenos de una multitud de hombres, mugeres y niños, que pedian llorando un pan y un asilo. Solo un habitante de Mántua halló gracia en Octavio: este fue el famoso poeta Virgilio, que le pagó concediéndole la inmortalidad. Octavio se limitó á mejorar la suerte de Virgilio: el poder de un gran escritor se estiende á mas: Virgilio ilustró el reinado y el nombre de Octavio. La tranquilidad era para los romanos la única recompensa de la pérdida de su libertad; mas no la gozaron aun, y sobrevino para agravar sus males una guerra civil.

Guerra de Perusa. (A. M. 3957. A. J. 47.) Fulvia, muger de Antonio, habia hecho vanos esfuerzos para enamorar á Octavio, que despreció su hermosura y sus vicios. Irritada de este desden y de la infidelidad de su marido, que la abandonaba por una egipcia, sembró disensiones entre los triunviros, esperando que esta desavenencia sacaria á Antonio de su letargo y lo obligaria á alejarse de Cleopa-

tra. Lucio, su cuñado, la favoreció en este proyecto: reclamando para el ejército de Antonio una parte de las tierras que Octavio distribuia al suyo, rehusó todos los medios de conciliacion, formó seis legiones compuestas de los ciudadanos despojados y declaró la guerra. Octavio le venció y encerró en Perusa, le obligó á entregarse y le perdonó la vida. Fulvia, avergonzada y furiosa salió de Italia. Cuando Antonio supo la derrota de su hermano, se embarcó para pelear contra Octavio, y halló en Atenas á su infame esposa, autora de estas nuevas desavenencias. La llenó de injurias, y la dejó moribunda, no de remordimientos, sino de rabia. Se reconcilió con Sexto Pompeyo, y desembarcó en Brundusio con muchas legiones, pero de tropas nuevas. Los de Octavio eran veteranas y acostumbrados á vencer; pero repugnaban combatir contra su antiguo general. Al tiempo de dar la batalla, los triumviros se reconciliaron por la mediacion de Mecénas, Polion y Cayo Nerva, y el casamiento de Antonio con Octavia, hermana de César, fue la prenda de su concordia. Repartieron el imperio de nuevo: á Octavio tocó el Occidente, á Antonio el Oriente y á Lépido el Africa.

Despues de este convenio, Octavio marchó

contra Pompeyo que habia desembarcado en Italia. Mecénas procuró inutilmente impedir esta nueva efusion de sangre romana: con ese objeto solicitó la paz proponiendo el matrimonio de Octavio con Escribonia, parienta de Pompeyo. Este consintió en el casamiento, pero no en la paz; y despues de haber vencido en algunos reencuentros, encerró á su enemigo en una posicion desventajosa, donde le tuvo á pique de perder el imperio y la vida. Antonio acudió, le salvó del riesgo, é hizo una gran matanza en los pompeyanos. Despues de este suceso, se entablaron negociaciones, y los triumviros hicieron la paz con Pompeyo, dejándole á Sicilia, Sardinia, Córsica y el Peloponeso, prometiéndole el consulado, y dándole ocho millones de indemnizacion por los gastos de la guerra. Este tratado se firmó en una conferencia que celebraron Antonio, Octavio y Sexto en la capitana de éste. Durante el convite que hubo despues de la conferencia, Menas, liberto de Pompeyo, vino á proponerle en secreto levar el ancla, matar á sus convidados y hacerse dueño del imperio. Pompeyo le respondió: «debias haberlo hecho sin decirmelo; pero pues me hablas de ello, te declaro que me opongo al proyecto y que no quiero ser perjuro.» Antonio vivió algun

tiempo en Roma, y como casi siempre perdiese jugando con Octavio, un astrólogo egipcio, inspirado probablemente por Cleopatra, le predijo que su rival conservaria en todas las cosas el mismo ascendiente sino se alejaba de él. Antonio, crédulo por el amor, haciendo parcial de sus pasiones al cielo, salió de Roma y pasó el invierno en Atenas. Ya habia muchos siglos que los Atenienses no empleaban su ingenio sino en dorar sus bajezas y hacer mas pomposas sus adulaciones. Comparando á Antonio á Baco, le dijeron en sus arengas, que merecia ser esposo de Minerva, protectora de su ciudad. Antonio, menos crédulo y menos político que Alejandro, castigó amargamente aquella infame lisonja, porque aceptó el matrimonio, y les hizo pagar cien mil talentos por el dote de la nueva esposa. Durante su mansion en Grecia, supo que su lugar-teniente, Ventidio, habia derrotado en tres batallas á los partos, y dado muerte en la última á Pacoro, hijo de Oródes, rey de aquella nacion. Concedióse el triunfo á este general; siendo de observar que el mismo Ventidio, gefe de un ejército de los aliados contra Roma en la guerra social, habia caido en poder de los romanos, y seguido como cautivo el carro del triunfo de Pompeyo, padre

del Magno. Antonio, envidioso de la gloria de su lugar teniente, y sintiendo renovarse en su pecho la pasion de las armas, pasó al Asia, resuelto á exceder los triunfos de Ventidio: pero arrebatado por su ardor, se adelantó imprudentemente, y se vió en el mismo peligro que Craso: mas reparó la imprudencia del ataque con la habilidad de la retirada. Probó con su valor y entereza que era digno de mandar á romanos: dió á los soldados el ejemplo de una constancia heróica para sufrir el calor, el cansancio, la escasez y el peligro: sostuvo con intrepidéz catorce combates, y despues de una marcha tan larga como arriesgada, llegó á Siria con la mitad de su ejército, sitió la capital del rey de Comagene, que habia dado socorros á los partos, y lo obligó á pagarle tributo.

Entretanto Octavio, que tenia tan poco respeto á las costumbres como á las leyes, repudió á Escribonia su muger en el mismo dia que nació de ella Julia: y llevado de un amor criminal á Livia, esposa de Tiberio Neron, obligó á su marido á cedérsela, aunque estaba entonces embarazada de seis meses. Ya, para la desgracia del mundo, era madre de Tiberio. En este tiempo habia en Roma tal desórden, que los triumviros nombraron hasta

sesenta y siete pretores, y fue preciso un decreto del senado para impedir á uno de ellos presentarse en el circo á la vista del pueblo en las filas de los gladiadores. El divorcio de Escribonia escitó el resentimiento de Pompeyo. Menas, que no habia podido persuadirlo una traicion, se la hizo él mismo y entregó á Octavio sesenta de sus buques, y las islas de Sardinia y Córsica. Pompeyo reclamó su esclavo fugitivo: Octavio se negó á entregarlo y la guerra comenzó. Hubo diferentes combates por la mar: en el de Cúmas quedó indecisa la victoria. Octavio fue completamente vencido en otra batalla que se dió junto á Escila, y una tempestad disipó las reliquias de su armada. Pompeyo ensoberbecido por su triunfo, tomó el nombre de *hijo de Neptuno*, y perdió en las fiestas y regocijos de su victoria el tiempo á propósito para arruinar á su enemigo: ni desembarcó en Italia, como pudo hacerlo entonces sin ostáculo, ni sacó fruto alguno de su superioridad marítima. Octavio reunió nuevas fuerzas y se puso en estado de resistirle. Cumplidos los cinco años del triumvirato, los triumviros lo prorogaron para otros cinco años por su propia autoridad. En el Oriente, Herodes destronó la familia de los Macabeos, y ausiliado por los romanos se ciñó

la corona de Judea. En el Occidente amenazó á la provincia Narbonesa una rebelion de los galos. Agripa, cónsul, lugar-teniente y amigo de Octavio, les salió al opósito, los venció en muchos combates y los obligó á someterse. El senado quiso que triunfase; mas él lo rehusó, temiendo humillar con aquel honor al triumviro, vencido poco antes. Este rasgo de adulacion de un cónsul, anunciaba suficientemente la caida de la república.

Agripa, ilustrando el reinado de su amo con sus proyectos y victorias, reunió el lago Lucrino con el Averno, y formó de ambos un puerto magnífico, al cual dió el nombre de Julio. El temblor de tierra de 1538 destruyó todo lo que habia aun de esta famosa obra.

Muerte de Pompeyo y destitucion de Lépido (A. M. 3967. A. J. 37.) Octavio, resuelto á vengar su derrota, invitó los demas triumviros á unirse á él contra Pompeyo. Antonio le envió ciento veinte bajeles, y Lépido le trajo una escuadra numerosa y doce legiones. Los vientos, que ya se habian mostrado favorables á Pompeyo, dispersaron otra vez la armada de su enemigos, con lo que llegó al estremo su orgullo pueril. Dejó la púrpura, vistióse un manto, cuyo color verde semejaba al de las aguas del mar, y se creyó hijo ver-

dadero de Neptuno. Octavio reparó su escuadra, tomó el mando de una parte de ella, tentó de nuevo la suerte de las armas y fue vencido. Agripa, que mandaba el resto de sus buques, fue mas feliz y se apoderó de Tindaris, ciudad de Sicilia. Octavio, aprovechándose de esta ventaja, desembarcó en la isla veinte y una legiones. Pompeyo le propuso en este momento terminar la querella por una batalla naval. Aceptóse el desafio, y trescientos buques pelearon de una y otra parte con encarnizamiento. Agripa decidió la victoria por su habilidad, y destruyó enteramente la armada de Pompeyo. El hijo de Neptuno huyó con diez y siete naves, fue al Asia á buscar aliados, y encontró la muerte, que le dieron los lugar-tenientes de Antonio. Lépido, tan presuntuoso como inepto, viéndose al frente de la mayor parte del ejército de tierra, quiso aprovecharse él solo de la victoria. Octavio sabia el poco aprecio del ejército á un general tan mediano: desdeñándose de pelear con él, se presentó sin escolta en sus reales, habló á los oficiales, arengó á los soldados, les recordó la gloria y el nombre de César, y al instante se pusieron todos bajo sus órdenes. Lépido, temblando, avergonzado y destituido, no buscó recursos sino en su vileza: renunciando á

los títulos de triumviro é *imperator*, y á la autoridad de general, se despoja de sus insignias, y se arroja á los pies de Octavio, que le permitió vivir desterrado en Circellos, ciudad de Italia, y conservar la dignidad de sumo pontifice. Lépido, no se habia elevado sino por el capricho de la fortuna y la amistad de César; y careció de las prendas que hacen célebres á los hombres. Octavio envió al suplicio los principales oficiales de Pompeyo; premió los servicios de Agripa con una columna rostral, y recibió en Roma todos los homenages que el miedo y la lisonja pudieron inventar. Despues de haberse mostrado feroz para llegar al poder, quiso parecer generoso para conservarlo; y por una anomalía casi única, la historia ha tenido que pintar en él dos hombres diferentes; á Octavio, tirano cruel y feroz, y á Augusto, monarca sábio, demente, querido y respetado. Mereció por la suavidad de un largo reinado, el afecto del mismo pueblo al cual acostumbró al yugo. La tranquilidad interior, la gloria de los triunfos, el lujo las fiestas, las artes y la literatura, pusieron en olvido la libertad El universo adoró á Augusto, y la posteridad dió su nombre á aquel siglo.

Como Octavio no podia aspirar á la repu-

tacion bélica de Antonio, procuró minar el poder de este por la amenidad de su trato, por su generosidad y por la prudencia de su administracion: seguro de que su rival, entregado á las pasiones aumentaria á cada instante el ódio que inspiraba á los romanos su orgullo, la grosería de sus formas y el esceso de sus liviandades. Comenzó, pues, libertando la Italia de los bandidos que la infestaban, y restableciendo en ella la paz y la seguridad. Consoló á Roma de sus desgracias, dando fin á las proscriciones: para ocultar el cetro, aborrecido siempre de los romanos, encubria su autoridad bajo formas republicanas. Presidia el senado como cónsul: dirigia el pueblo como tribuno: y cierto de su poder, dejaba una aparente libertad á los comicios y á las deliberaciones. Recompensaba con profusion las hazañas de sus generales: lisonjeaba la vanidad de los poderosos con las magistraturas elevadas: satisfacia al pueblo con sus liberalidades, juegos y fiestas: lo separaba de los negocios, entreteniéndolo con diversiones: animaba la literatura: protegia las artes y embellecia la capital con muchos y grandiosos monumentos. Para ser digno de mandar á los romanos, era preciso sostener la gloria nacional. Octavio, venciendo su natural aversion á los

combates, hizo tres años la guerra con buen suceso á los dalmatas y pannonios: se espuso para merecer el imperio á los peligros que temia; y construyó en Roma con los despojos de la victoria, un soberbio pórtico, en el cual colocó la biblioteca que llamó *Octavia*, del nombre de su hermana: pero lo que mas le concilió el afecto de los romanos, fue una accion generosa y que no se esperaba del autor de las proscriciones. Cuando Sexto Pompeyo fue asesinado en Siria, se hallaron entre sus papeles las cartas de muchos senadores, cuyo contenido podia despertar sospechas, escitar turbulencias y promover venganzas. Octavio, á quien se enviaron, en lugar de leerlas, las hizo quemar en la plaza pública, declarando que en lo sucesivo sacrificaria su seguridad personal á la tranquilidad de todos; que el interés de la patria seria constantemente el suyo; que estaba tambien dispuesto á abdicar su autoridad cuando Antonio hubiese triunfado de los partos. Esta accion y estas palabras escitaron el júbilo en el pueblo, que cree siempre lo que desea, y que enagenado por su gratitud, abandonando la sombra de libertad que se le mostraba, creó á Octavio tribuno perpetuo. Los tiempos eran tan infelices, que un acto de clemencia y de

generosidad parecia el beneficio de un dios. Mientras Octavio merecia con una conducta, tan nueva en él, el nombre de Augusto que recibió despues y que le daremos en lo sucesivo, Antonio trabajaba en su propia ruina, entregado al orgullo, al amor y al deleite. Olvidando el lazo que le unia á la virtuosa Octavia, volvió al yugo de Cleopatra, la siguió á Egipto, consumió los tesoros de oriente en locas diversiones, hizo matar á Artabazo, rey de Armenia, porque no rendia homenages á su ídolo, y desmembró varias veces el imperio romano para aumentar el reino de Cleopatra. Los desórdenes de Antonio, haciéndolo odioso á los romanos, lisonjeaban las esperanzas de Augusto, que prevía con un secreto placer la caida del único obstáculo opuesto á su ambicion. Los amigos de Antonio le escribieron dándole noticia de la indignacion que escitaban en Roma su conducta escandalosa y la cesion de provincias á sus hijos ilegítimos Antonio dobló el descontento con su respuesta, que era una apología ridícula de sus debilidades. En lugar de prometer la revocacion de sus culpables dones, decia: «que la grandeza romana no se manifestaba tanto en conquistar como en distribuir el pais conquistado: que los héroes au-

mentaban su celebridad, dejando en los diversos reinos de la tierra una sucesion numerosa, nobles ramas de un tronco inmortal. Hércules, añadia, cuyo descendiente soy, no se limitó á los lazos del matrimonio, y honró con su amor las bellezas mas peregrinas de las tres partes del mundo, para dejar en todas herederos de su gloria, de su nombre y de su valor.» Este esceso de demencia y orgullo le quitó los partidarios que tenia en Italia, que siguieron todos la fortuna de su prudente competidor.

Por grande que fuese la ventaja con que Augusto podia atacar á un enemigo que se arruinaba á sí mismo, disimuló sin embargo sus verdaderos sentimientos, y tomó en apariencias todos los medios á propósito para evitar una nueva guerra, cuya odiosidad queria que recayese sobre Antonio. Parecióle su hermana el instrumento mas á propósito para lograrlo. Su virtud y bondad eran admiradas en Roma: habia reconciliado ya en varias ocasiones á su hermano y á su esposo: y el imperio, fatigado de las guerras civiles, la miraba como el único lazo de los triunviros, como la prenda mas sagrada de la tranquilidad pública. Augusto, pues, la hizo salir de Roma para que se reuniese con su marido,

esperando que los celos de Cleopatra la espondrian á alguna injuria que justificase el rompimiento. Su esperanza no fue engañada. Apenas supo Antonio por una carta de Octavia, que habia llegado á Grecia, cuando para calmar el sentimiento fingido de la egipcia, le escribió que volviese á Roma, renunció á la guerra contra los partos y se sepultó en Egipto, resuelto á entregar al capricho de aquella muger peligrosa no solo el oriente, sino todo el imperio y la misma ciudad de Roma. Informado Augusto del ultrage hecho á su hermana, dió cuenta de él al senado: á pesar de las lágrimas de Octavia, se quejó de Antonio, y manifestó el proyecto de vengarse de él sino daba á la república y á su colega la satisfaccion conveniente. Como Antonio creia entonces la guerra inevitable, resolvió quejarse primero de la conducta de Octavio para dar á su causa alguna apariencia de justicia. Le acusó por la invasion de Sicilia, la destitucion de Lépido, y la usurpacion de los gobiernos y provincias de este triumviro y de Pompeyo. Octavio respondió con una ironía maligna, que la mala conducta de Lépido habia sido la causa de su ruina: que le daria parte de la Sicilia y del Africa cuando se le diese á él lo que le tocaba del reino de Ar-

menia; y que las legiones del oriente no debian ambicionar algunas tierras de mediana calidad en Europa, cuando probablemente se habrian enriquecido muchísimo bajo su esforzado general en el pais de los medos y los pártos.

Guerra civil entre Augusto y Antonio. (A. M, 3970. A. J. 34). Esta respuesta era una declaracion de guerra. Antonio envió á Europa diez y seis legiones, y marchó con Cleopatra á Efeso, donde le esperaba una escuadra de seiscientos bajeles. Domicio, lugarteniente de Antonio, le aconsejó que separase de su lado á la reina, y que olvidase por algunos momentos su amor para entregarse á la gloria: pero Canidio, seducido por Cleopatra, representó al triumviro que si ésta se volvia á Alejandria, quedaria privado de la cooperacion de la escuadra egipcia. La reina triunfó, y siguió á Samos á Antonio, que olvidó entre fiestas y banquetes la actividad, madre de la victoria, por la cual habia merecido la confianza de Julio César. Rodeado de reyes que eran sus esclavos, y de deleites, mandó celebrar un gran sacrificio, para el cual envió un buey cada ciudad de Grecia. Este letargo de Antonio fue la causa de que triunfase Augusto. La Italia agotada por las guerras y ca-

lamidades anteriores, le suministraba con lentitud los tributos, los hombres y las armas de que tenia necesidad; y veia con terror conjuradas contra ella todas las fuerzas del oriente. Temia ademas los talentos militares de Antonio; y si éste se hubiese apresurado á atacar á su enemigo, Roma, para evitar la efusion de sangre, viendo ya imposible el restablecimiento de la república, quizá se le hubiera sometido. Pero el miedo que él y sus numerosos ejércitos causaban, se disipó cuando se supo la escandalosa embriaguez en que estaba sumido; y se le despreció porque ya era un sátrapa y no un romano. Al mismo tiempo la casualidad ó la traicion pusieron en manos de Augusto una copia del testamento de Antonio, á la cual dió toda publicidad. Vióse en ella con indignacion que mandaba, si moria en Roma, que su cadáver fuese llevado á Egipto. El ódio añadió que pensaba hacer á Cleopatra reina de Roma, y fijar en Alejandria la capital del imperio. El furor se apoderó de todas las almas. Augusto, manifestando mas desprecio que ira, declaró la guerra solo á Cleopatra, y afectó considerar á Antonio como despojado de la autoridad, pues la habia repartido con una reina estrangera. El decreto del senado decia que «habiendo

Antonio perdido su razon por los filtros de Cleopatra, contra ésta debia pelearse, contra Charmion é Ivas sus esclavas, y contra el eunuco Mardion, su válido y consejero, y no contra la víctima de sus hechizos.» Este mismo decreto prometia grandes recompensas á los que abandonasen á Antonio. La Italia escitada por un senatusconsulto tan popular y tan humillante para el triumviro, cooperó á todas las medidas de Augusto. Formó almacenes, completó el ejército, tripuló y alimentó la escuadra. La prudente eleccion de subalternos contribuyó al buen écsito de su empresa. El pueblo estimaba las virtudes de Mecénas, favorecedor de las letras, las artes, la agricultura y el comercio: y el valiente Agripa, elevado á las primeras dignidades del imperio, gozaba merecidamente de la confianza del ejército. Pero á pesar de todos sus esfuerzos, no pudieron oponer á Antonio, que mandaba ciento doce mil hombres, sin contar los aliados, y quinientos bajeles; mas que ochenta mil legionarios, doce mil ginetes, y doscientas cincuenta naves. Augusto, habiendo reunido sus escuadras en Tarento y Brundusio, escribió á Antonio desafiándole á que desembarcase en Italia, y prometiéndole que se le dejaria desembarcar y acamparse á una

jornada de la costa. Antonio respondió convidando á Augusto á singular batalla; y sino queria, á venir con su ejército á las llanuras de Farsalia, donde César y Pompeyo habian decidido su querella.

Batalla de Accio. (A. M. 3971. A. J. 33). Augusto, mas activo que su rival, atravesó con prontitud el mar Jonio, y se apoderó de Torina, ciudad de Epiro. Antonio despertó en fin al estruendo de la guerra, salió de Samos con su armada, y vino á anclar junto al promontorio de Accio. A pesar de los consejos que le daban sus lugartenientes, prefirió la batalla naval á la terrestre por complacer á Cleopatra. Domicio, previendo su desastre, se escapó en un esquife y se pasó á Augusto. Antonio, en vez de perseguirlo, le envió generosamente sus esclavos y equipages. La última vez que pasó revista á sus legiones, un veterano cubierto de heridas le dijo: «por qué desatiendes nuestro valor, de que dan testimonio estas cicatrices? ¿De cuando acá has desconfiado de nuestros aceros? No entregues tu suerte á unos leños agitados del viento. Deja á los egipcios y fenicios los combates navales. Nosotros, acostumbrados á vencer ó á morir sin retirarnos, peleemos en tierra.» Antonio conmovido elogió su denue-

do, y se embarcó para obedecer á la reina.

Pocos dias despues los vientos se calmaron, las escuadras se unieron, y se dió la batalla. Antonio confió su ala izquierda á Celio, el centro á Marco Octavio y á Marco Inteyo; y él con Valerio Publícola tomó el mando de la derecha. Canidio estaba al frente del ejército de tierra. Agripa mandaba la escuadra enemiga bajo las órdenes de Augusto. Al principio se quedaron las dos armadas inmóviles, una á la vista de otra, como dudosas de empeñar aquella lid sangrienta que iba á decidir el destino del mundo. Antonio fue el primero que mandó avanzar á su ala izquierda. Augusto retiró su derecha con el designio de atraer á su enemigo y alejarlo de las puntas del golfo para rodear con sus buques ligeros á los de Antonio, que eran mas pesados y maniobraban con mas dificultad. De este modo cada nave de Antonio tenia que pelear con muchas de Augusto. Un movimiento hábil de Agripa hizo que se desguarneciese el centro enemigo. A pesar de este desorden, la batalla se sostenia con tenacidad é igual pérdida de ambas partes: el ardor era el mismo en todos, y la victoria parecia indecisa, cuando Cleopatra atemorizada echó á huir con sus sesenta bajeles; y Antonio la siguió olvidado

del imperio y de su honor, abandonando á los valientes que perecian por su causa. Sentado en la nave de la reina, con la cabeza entre las manos, sin atreverse á echarle en cara su ruina, no salió de su abatimiento hasta que vió acercarse algunos buques de Octavio que le perseguian. Se resuelve á pelear, no ya para vencer, sino en defensa del indigno objeto de su amor, rechaza á los contrarios, y llega al promontorio de Ténaro. Sabe allí la derrota de su escuadra, y envia orden á Canidio para que se retire al Asia con las legiones atravesando la Macedonia.

Este ejército que le era tan fiel, no podia persuadirse que hubiese huido tan infamemente; y sus soldados, á quienes tantas veces habia conducido á la victoria, esperaban verle llegar de un instante á otro. Despues que supieron lo que Antonio habia hecho, resistieron aun siete dias á las ofertas de Augusto: pero al fin, abandonados por Canidio, que se escapó una noche, se determinaron á no combatir por el esclavo de una muger, y completaron sometiéndose la victoria de Augusto. Aun despues de la retirada de Antonio, disputó su escuadra el triunfo por mucho tiempo, y no se rindió hasta haber perdido cinco mil hombres y trescientos navios. An-

tonio supo en la costa de Africa que ya no tenia ejército: al principio quiso matarse; mas el deseo de volver á ver á Cleopatra le contuvo. Se encerró en Alejandría, donde se entregó ya al pesar, ya á una necia esperanza, pasando alternativamente de la soledad mas espantosa al bullicio loco de los placeres y convites. Augusto no le dejó tiempo para volver en sí de su delirio y buscar nuevos medios de defensa. Mientras que su ejército marchaba por la costa de Africa, desembarcó en Siria, y recibió los homenages de todos los reyes, que pocos dias antes habian adulado á Antonio en Samos. Herodes, rey de Judea, fue uno de ellos; pero espresó tan noblemente su gratitud á Antonio, que ganó la amistad de su rival, y por su franqueza conservó la corona que otros príncipes debieron á sus bajas adulaciones. Cleopatra, resuelta á hacer traicion á su amante, empezó una correspondencia con Augusto, cuyo objeto era no tratar de la paz, como el ciego Antonio creía, sino preparar si era posible la conquista amorosa de su vencedor. Estas eran las miras de aquella muger artificiosa: las de Antonio se reducian á que se le concediese pasar una vida ignominiosa á los pies de la reina. Augusto no respondió á las cartas de su rival, y

dió á la reina secretas esperanzas. La traicion de Cleopatra puso en manos del vencedor la plaza de Pelusio; y las tropas romanas dieron vista á Alejandría. El valor de Antonio se animaba: sale al frente de algunos valerosos, acomete al enemigo y lo encierra en su campo. Alegre de su triunfo, vuelve á la vista de Cleopatra, y le presenta el guerrero que mas se habia distinguido en aquel combate. La reina le regaló una armadura de oro; pero el ingrato oficial, que unia el valor á la traicion, como sucede en las guerras civiles, desertó aquella misma noche á los reales de Augusto.

Antonio desafió á este segunda vez: su competidor le respondió que eligiese otro género de muerte." Viendo su ruina inevitable, determinó perecer gloriosamente como un romano, peleando con el enemigo. Reune las fuerzas y las naves que le quedaban y se presenta en batalla. La tropa de los buques saludó á Augusto por general, la caballería siguió su ejemplo, y la infantería hubo de rendirse; aunque á pesar suyo. El infeliz Antonio conoció entonces que Cleopatra le habia hecho traicion. La reina temiendo su enojo, se escondió en un sepulcro y esparció la noticia de que se habia dado la muerte. Antonio se ar-

roja sobre su espada: prócsimo ya á morir, sabe que Cleopatra vive, penetra en su cuarto y muere á su lado, consolándose con que no habia perdido el honor, pues su vencedor era un romano. Presentaron su espada á Augusto, que fingió llorar inútilmente porque no fue creido de nadie. Libre de su rival, deseaba para que nada faltase á su triunfo, encadenar y llevar á Roma detras de su carro, á la ambiciosa amante de los señores del mundo: pero Cleopatra no queria abrirle las puertas del sepulcro, y le suplicaba que conservase su reino á los hijos que habia tenido de Julio César y de Marco Antonio. Próculo, oficial de Augusto, escaló el edificio que la servia de asilo y le arranc el puñal con que queria atravesarse. Augusto entró con mucha pompa en la ciudad de Alejandría: los habitantes imploraron postrados su perdon, que concedió por respeto á la memoria de Alejandro. Visitó el sepulcro de este héroe y puso flores sobre su atahud. Quisieron mostrarle despues la tumba de los Ptolemeos, y él respondió: *no he venido á ver cadáveres sino un rey*. Permitió á Cleopatra que hiciese magníficos funerales á Antonio. Esta reina, conociendo la suerte que la esperaba, á pesar de las palabras consoladoras y artificiosas de Augusto, despues de

haber empleado para vencerle todas las artes de la hermosura y del ingenio, se dió la muerte, aplicándose á los brazos unos áspides, que hizo traer encubiertos en un canastillo de frutas. Augusto mancilló su victoria con la muerte de Cesarion. El señor del mundo tuvo miedo á un niño, y la ambicion ahogó la voz de la virtud y de la sangre. Concedió la vida á los hijos de Antonio, redujo el Egipto á provincia romana, y volvió á Italia, donde fue recibido con alegria universal, cubriéndose con el velo de la gloria la ruina de la república. Su triunfo duró tres dias: cerró el templo de Jano, que habia estado abierto doscientos cinco años, y gozó en paz y sin ostáculos del imperio del mundo.

Así acabó la república romana: no pereció, como las de Grecia, á manos de conquistadores estrangeros, ni como Cartago, por el triunfo de una potencia rival: no se estinguió, como otros estados, en la languidez de una vergonzosa senectud. Soberana de los reyes, vencedora de los pueblos mas belicosos, dueña de las tres partes del mundo, no podia morir sino por sus propias manos. Jamas su poder habia sido mas grande que cuando perdió la libetad: su opulencia fue la causa de su

ruina; y como su fuerza no estaba ya afirmada en la virtud, pereció por el esceso mismo de sus prosperidades, oprimida por su propia grandeza.

FIN DEL TOMO V.

ÍNDICE

DE LOS

CAPITULOS COMPRENDIDOS EN ESTE TOMO.

HISTORIA DE ROMA.

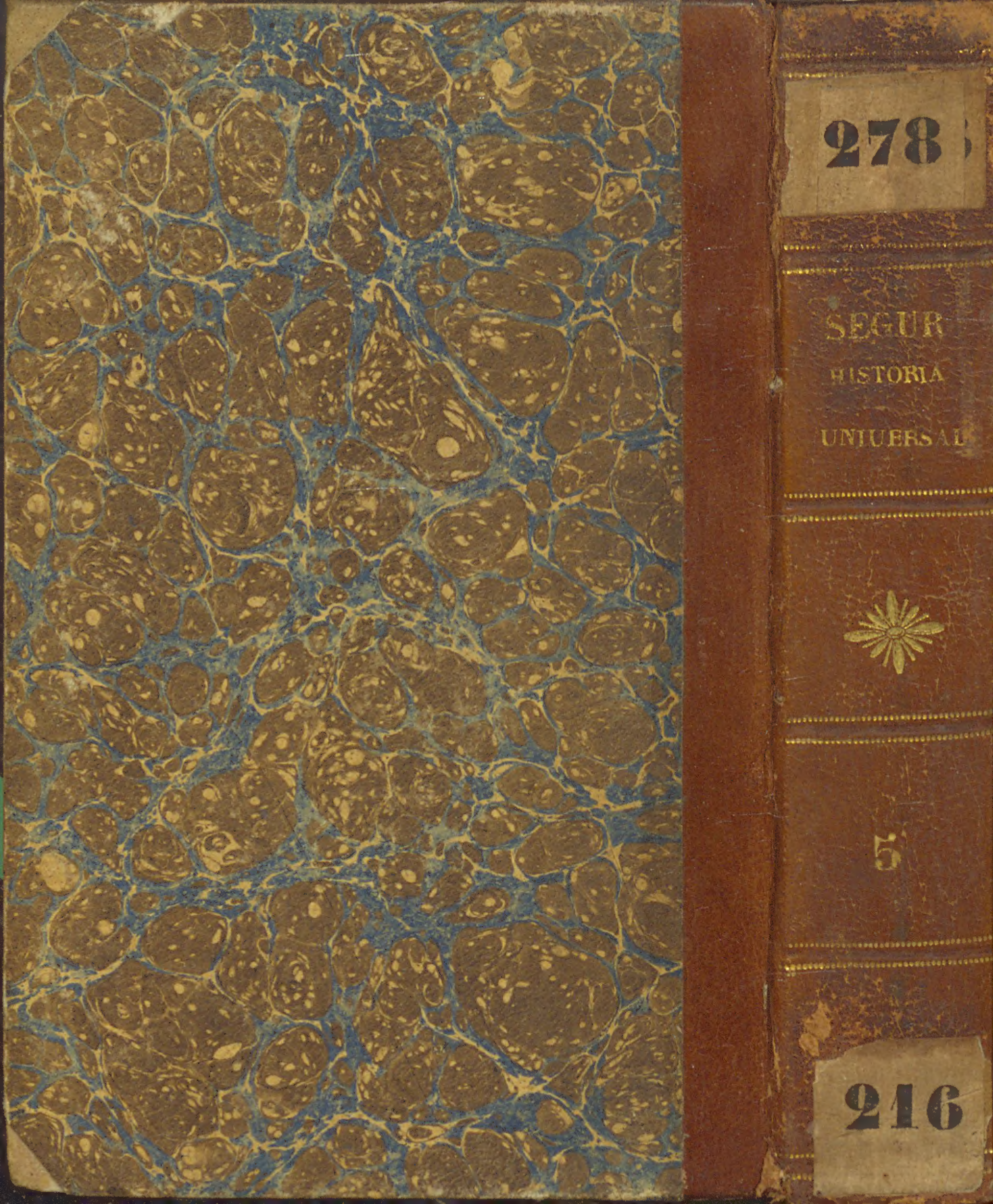
Capitulo VI.

Capitulo VII.

tavio. Guerra contra Antonio y batalla de Mutina. Segundo triumvirato. Batalla de Filipos. Guerra de Perusa. Muerte de Pompeyo y destitucion de Lépido. Guerra civil entre Augusto y Antonio. Batalla de Accio.






278
SEGUR
HISTORIA
UNIUERSAL
5
216


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm